
LA FALSA
novia
DEL
MILLONARIO
NIKOLE SANTOS

LA FALSA *novia* DEL MILLIONARIO

NIKOLE SANTOS

LA FALSA NOVIA DEL MILLIONARIO

NIKOLE SANTOS

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con nombres, fechas y acontecimientos reales es mera coincidencia. Esta edición sigue las normas ortográficas y de estilo vigentes de la Real Academia Española (RAE) y la Asociación de Academias de la Lengua Española (ASALE).

Todos los derechos reservados.

Está prohibido el almacenamiento y/o la reproducción de cualquier parte de esta obra, por cualquier medio (tangible o intangible), sin el consentimiento por escrito de la autora. La infracción de los derechos de autor puede constituir ilícito civil conforme al Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual, aprobado por Real Decreto Legislativo 1/1996, de 12 de abril, y delito conforme a los artículos 270 a 272 del Código Penal.

Copyright © 2023 NIKOLE SANTOS

EQUIPO EDITORIAL

Portada: Bruna Gurgel Vicente

Revisión: Leticia Tagliatelli

Ilustración: Crislainy Reis

Maquetación: Nikole Santos

Traducción: Gustavo Henrique

Sumário

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54
CAPÍTULO 55
CAPÍTULO 56
CAPÍTULO 57
CAPÍTULO 58
CAPÍTULO 59
CAPÍTULO 60
CAPÍTULO 61
CAPÍTULO 62
CAPÍTULO 63

CAPÍTULO 64
CAPÍTULO 65
CAPÍTULO 66
CAPÍTULO 67
CAPÍTULO 68
CAPÍTULO 69
CAPÍTULO 70
CAPÍTULO 71
CAPÍTULO 72
CAPÍTULO 73
CAPÍTULO 74
CAPÍTULO 75
CAPÍTULO 76
CAPÍTULO 77
CAPÍTULO 78
CAPÍTULO 79
CAPÍTULO 80
CAPÍTULO 81
CAPÍTULO 82
CAPÍTULO 83
CAPÍTULO 84
CAPÍTULO 85
CAPÍTULO 86
CAPÍTULO 87
CAPÍTULO 88
CAPÍTULO 89
CAPÍTULO 90
CAPÍTULO 91
CAPÍTULO 92
EPÍLOGO

SINOPSIS

UN MILLONARIO PETROLERO ARROGANTE;
UNA JOVEN COSTURERA ORGULLOSA;
¡Y LOS UNIÓ UN NOVIAZGO DE MENTIRA!

Rómulo Guimarães es un millonario arrogante que dirige negocios en el sector del petróleo en Brasil. Metódico y controlador, odia que lo molesten cuando está concentrado en algo.

Pero, de pronto, una mujer aparece en su puerta.

Con un metro sesenta de pura osadía, exige que le dé explicaciones sobre la muerte de su padre.

Para él, aquello no pasaba de un intento de estafa.

Para ella, Rómulo era, definitivamente, el culpable de la muerte de su padre.

Linda Fonseca es una joven costurera orgullosa que hace de todo para proteger a su familia. A los veintidós años, es trabajadora y lucha con valentía por sus sueños.

Pero todo cambia cuando pierde a su padre.

En lugar de recibir explicaciones sobre la causa, recibe un contrato para que guarde silencio y no lo divulgue a la prensa.

Indignada, va en busca de respuestas.

No esperaba encontrarse con un hombre insensible, cabezota y arrogante.

Y que él, pocos meses después, acabaría convirtiéndose en su novio...

... de mentira.

El detalle es que ella lo odia.

Y que su vida, a partir de ese momento, sería un infierno.

Todo lo que querían era no volver a verse jamás, pero el destino los juntó y, ahora, la novia falsa del millonario tiene todos los focos sobre ella. Él, por su parte, tiene la oportunidad de redimirse por los errores que cometió con ella en el pasa.

Querido lector:

¡Gracias por haberte interesado por mi historia!

Este libro tenía una versión más pesada, que llevaba su primer título, "El CEO sin corazón", con un inicio fuerte y complejo, pero cuando decidí relanzarlo con este nuevo título, preferí quitar ese peso y centrarme en lo que los lectores amaron: el lío que es el noviazgo falso de estos dos.

Si ya lo leíste, la única diferencia es que las actitudes de Rómulo con Linda fueron modificadas.

Solo eso cambió, nada más.

Si es tu primera lectura, espero que disfrutes de nuestra pareja y te diviertas con estos dos y con todo lo que sucede a su alrededor.

La historia contiene palabrotas y escenas de sexo explícito y por ello está indicada para mayores de 18 años.

La ciudad retratada en la historia es ficticia y cualquier semejanza con tu ciudad no es mera coincidencia.

La historia contiene también lenguaje informal, para adecuarse al ambiente y a los personajes.

¡Buena lectura!

Nikole Santos.

*Para mis hermanas, Verônica y Luciana***.**


@Cristainy_Arts



CAPÍTULO 1

Rómulo Guimarães

Brasil, en una ciudad costera.

—¿***Señor*** Rómulo? —Sérgio entreabre una rendija de la puerta de mi despacho y entorpece mi lectura—. Hay una chica en la puerta. Dice que usted conoce a su padre.

—¡No me quites la concentración con tonterías, Sérgio!

—Dice que no se va de aquí sin hablar con usted.

"¿Pero qué diablos?

¿Quién es esa chica y cómo descubrió dónde vivo?"

Inspiro hondo y me froto la cara.

—¿Quién es? No he quedado con nadie. ¡Hoy es mi día libre! —Abandono el libro con la página marcada y me levanto del sillón.

—No la conocemos.

Muchas cosas me sacan de quicio, pero la gente impertinente, sin duda, está en la cima de esa lista.

Odio a la gente que aparece de la nada exigiendo cosas y, más aún, a los que creen que estoy disponible a toda hora, para cualquiera.

Dicen que soy rígido, pero no pueden acusar a mi poder adquisitivo, ni a la influencia que tiene en mi ego y sobre mis sentimientos.

Me criaron para ser así y no tolero nada que suceda sin mi consentimiento o que esté fuera de mi control.

—Sérgio, no me reúno con quien no esté en mi agenda. Confórmate con mi respuesta y no insistas si no quieres conocer la puerta de la calle —le advierto impaciente.

Él recula, aun sabiendo que es el último empleado al que despediría.

Sérgio es de las pocas personas en las que confío y lleva tiempo suficiente conmigo como para saber que no tolero este tipo de cosas, además de conocer las medidas que tomo ante ciertas actitudes.

—Perdón, la echaré.

—Ya deberías haberlo hecho. —Sirvo una dosis de whisky *The Macallan* en el vaso y doy un pequeño trago antes de volver a sentarme en el sillón.

Me he dado el lujo de quedarme unos días en casa, ya que todos los que trabajan en mi empresa petrolera —**Guimarães Petróleo e Gás S.A.**— saben cómo me gustan las cosas y no me necesitan tanto, además de participar en las reuniones semanales y mensuales.

Ninguno de ellos se atreve siquiera a pisar la acera de mi casa, salvo mi abogado, que solo aparece cuando se le llama.

Consigo leer un párrafo más del libro de economía hasta que oigo gritos femeninos entrando por la ventana del despacho.

Quiero saber cómo alguien pasó por mis portones, que, día y noche, son custodiados por dos guardias armados. Si no consiguieron impedir que una joven entrara en mi territorio, no merecen el empleo.

—Señor. —Esta vez aparece una de mis empleadas.

La miro, asomando la cara dentro del despacho.

—¿Quiere beber algo?

—Si es posible, que esa invasora se largue. En cuanto a la bebida, me quedo con el whisky.

—Está bien. —Cierra la puerta.

—¡No me voy de aquí sin hablar con él! —insiste la mujer con voz estridente—. *¡No me toques!*

"¿Qué quiere esa loca?"

Me levanto rápido y miro por la ventana, pero está demasiado cerca de la entrada como para verle el rostro. Apuro de un trago el whisky y dejo otra vez el libro.

Voy a resolver esto, porque ni para hacer sus funciones sirven mis empleados.

Camino con los nervios a flor de piel por el pasillo y bajo la escalera de mi mansión.

Sé que no es difícil identificar dónde vivo, ya que hay pocas mansiones en la ciudad y mi nombre se cita comúnmente en los periódicos y sitios de chismes, pero entrar en mi propiedad sin mi consentimiento es novedad.

Una de mis empleadas está cerca del último peldaño, con aparente preocupación en el semblante.

—Ya lo hemos intentado todo.

—¡Entonces sois inútiles, ya que nada ha funcionado! —Paso junto a ella, que se estremece, y voy directo a la puerta de entrada.

—No quiere irse —dice Sérgio al apartarse de mi camino.

—¡Claro que no me voy! —insiste orgullosa y me mira.

Un ser de unos 1,60 m de altura y mucho atrevimiento hace que mi cuerpo se detenga. Estaba furioso por la molestia, pero, tras ver que quien la causa es un ser insignificante, que nunca vi en mi vida, la sangre me hierve y los músculos me tiemblan.

El jardín es un caos y los guardias se retuercen de dolor; uno de ellos tiene la nariz sangrando, pero intentan sujetar a la descontrolada de ojos verdes.

—¡No me toques! —gruñe al notar mi aproximación.

—¿Les pegaste a mis guardias? —Me cuesta creerlo.

—Sí, y si me tocas, serás el próximo infértil del grupo —amenaza con la nariz en alto.

—Ha saltado el muro —avisa Sérgio.

La osada me levanta la voz delante de mí, delante de mis subordinados, y me dan ganas de reír por su audacia.

—¿Quién eres tú? —pregunto.

Su rostro blanco adquiere más color; en cambio, su pelo desordenado y la ropa vieja me remiten al desorden, a la suciedad, y eso me da asco. Lo único que se salva son sus ojos limpios, de un verde claro, y ahí fijo la mirada.

—Soy hija del operario Val, que trabaja en Guimarães Petróleo, quiero decir: trabajaba. Falleció. —Se le inundan los ojos.

—Mi pésame. Ahora vete. ¡Seguridad!

—Murió en un accidente laboral, en su plataforma, y ustedes no hicieron absolutamente nada.

—¿Qué? —Me quedo incrédulo.

—Era la única persona que yo tenía y, aunque fuera solo un operario, era un ser humano, importante para mí. Ustedes no dijeron

nada ese día, no hicieron nada. Solo entregaron su cuerpo al IML y fingieron que no había pasado nada. ¡Después me salieron con propuestas absurdas, como si yo fuera a venderme!

"¡Esto tiene que ser una broma!"

Levanto la mano para que los guardias se detengan.

—¿Qué historia es esa? ¿Has venido a amenazarme por mi dinero? —Le miro bien la cara—. No supe de ningún empleado que muriera. ¿Crees que es la primera vez que una estafadora aparece delante de mí? Lárgate de aquí. ¡No vas a sacarme ni un céntimo!

Reconozco los timos y esa de ahí fue demasiado lejos apareciendo en mi puerta.

—¡No quiero estafarle en absoluto! ¡Mi padre murió trabajando para usted! ¿No le importan la vida de sus empleados? Claro que no, ¿verdad? Lo importante es el éxito y el dinero.

—¡Lárgate de aquí, mentirosa!

—No quiero ni un solo céntimo de su dinero, ¡bruto! Solo creo que deberían ser más humanos y admitir lo que pasó. Llegaron al punto de ofrecerme dinero para fingir que fue un accidente cualquiera cuando lo sé todo. Si no aclara esta historia, lo haré público. —Se me echa encima.

"¿Cómo se atreve esta mujer a amenazarme en la puerta de mi casa?"

Avanzo hacia ella, movido por el odio.

—¡Vete de aquí antes de que no responda de mí, ESTAFADORA MENTIROSA!

Sus ojos están llenos de lágrimas y no se mueve, ni baja la cabeza ante mí.

—No me voy de aquí sin que esto se resuelva —insiste.

"¡No puedo creer que se atreva a desafiarme!"

Doy un paso más hacia delante, quedando cara a cara con la mujer, sintiendo el olor dulce que lleva. Cambia de expresión, por fin, retrocede, pero pierde el equilibrio y cae tres peldaños abajo.

"¡Vaya hostia de caída!"

—Llevad a la chica fuera. ¡RÁPIDO! —grito a los guardias, que aún se recuperan de sus golpes—. ¡Haced de una maldita vez vuestro trabajo como es debido o este será vuestro último día aquí!

Por fin se mueven y vuelvo a entrar en casa, en compañía de Sérgio.

Parece que todos los empleados se pararon a mirar esto.

—No quiero volver a oír la voz de esa chica, Sérgio. Esa estafadora se pasó entrando aquí. Vamos a reforzar la seguridad.

—Vale.

Vuelvo a mi despacho.

"¡Invadió mi casa y lastimó a mis empleados!

La caída fue poca cosa.

Qué creatividad… ¡hija de un empleado!"

Desabrocho los primeros botones de la camisa, con el recuerdo de la chica plantándome cara y su voz todavía resonando en mi mente.

"¿Cómo se atrevió a desafiarme?"

No supe de la muerte de ningún empleado y, aunque creo que esto sea un timo, decido llamar a Magno, el gerente de mi empresa, que no tarda en contestar.

—¿Sí, señor?

—Dígame que no ha muerto ningún empleado en los últimos días. —Me siento en el sillón.

—Planeaba reunirme con usted para hablar de eso. Intentamos apañar la situación. En realidad, aún lo intentamos.

"¡Joder!"

—¿Un empleado murió y nadie me informó? —bramo y me levanto bruscamente—. ¡Una chica acaba de montar un escándalo en la puerta de mi casa por eso y yo no sabía absolutamente nada!

"¡Una persona murió durante el trabajo y estos malditos no me lo contaron!

¡Así que también es verdad eso de que le ofrecieron dinero para que mintiera sobre el accidente!

¡Puta mierda!

¡Y traté a la chica como a una estafadora!"

—Preferimos resolverlo sin causarle estrés.

—¡Se ve que no servís para nada! ¿Cuánto hace de eso?

—Hace una semana.

—¡Una semana, coño! He estado allí varias veces y actuasteis como si no pasara nada.

"Ella decía la verdad y mandé que la echaran de aquí."

—Hicimos lo posible para que la empresa no se viera relacionada con noticias negativas como esa.

—Y no sirvió de nada, ya que su hija me buscó personalmente. ¡Quiero una reunión para ayer!

—La haremos, señor. Buscaré a Laisa y haré que la programe.

Dejo el teléfono sobre la mesa, completamente trastornado.

"Apuesto a que va a decir que mentí descaradamente. ¡Yo no soy un mentiroso!"

Al mirar por la ventana, veo a los guardias cerrando los portones.

—¿Señor Rómulo? —Sérgio llama a la puerta y, tras mi "sí", entra en el despacho—. Ya resolvimos el problema de la chica, los guardias la sacaron. Salió tambaleándose.

—¿Qué manchas son esas en la acera? —Observo con una sospecha en mente.

—Cuando se cayó al suelo, se hizo daño en la cabeza y está sangrando.

"¡Maldición!

La caída fue fea.

Si esa chica hace pública la muerte del padre con las ideas de soborno y además cuenta que salió de aquí sangrando, estaré perdido."

—Sérgio, he descubierto que no estaba mintiendo. Corre y tráela dentro. Vamos a cuidarla y a arreglar esto —pido, preocupado.

Dijo que no se iría de aquí sin resolverlo; pues bien, ahora sí que no se va.



CAPÍTULO 2

Linda Fonseca

Más que nunca estoy segura de que fue el jefazo, el dueño de todo, quien mandó que intentaran sobornarme con aquella propuesta vergonzosa, en el momento más doloroso que pasé en la vida.

Es el hombre más guapo que han visto mis ojos; sin embargo, es un cabezota insensible y frío. Actuó con tanta brutalidad que, al echarme atrás, perdí el equilibrio y me caí al suelo. Ahora me sangra la cabeza, me duele mucho y tengo la vista un poco nublada.

Me cogieron con asco y me dejaron en la calle como si fuera un saco de basura. Estaba un poco desorientada por la caída, pero lo oí todo.

¡Una humillación!

Nunca vi a nadie mirarme con tanto asco como ese hombre me miró.

¡Monstruo!

Me limpio las manos manchadas de sangre, indignada por ello.

¡Me llamó estafadora!

¡Maldito negacionista!

¡Le voy a poner una demanda!

Un poco mareada, vuelvo a la puerta y veo que los guardias están con cara de pocos amigos porque les pegué, pero no me dejaron entrar y aún querían echarme cuando salté el muro.

Juré que no volvía a casa sin hablar con el capullo del pelo engominado, pero ahora me lo estoy replanteando; quizá resolverlo en la policía sea mejor.

El hombre de mediana edad y ropa formal, que antes intentó convencerme de que me fuera, viene hacia mí.

—Dígale a su jefe que no quiero hacer ningún acuerdo más con él. Voy directamente a la policía —aviso, cabreada.

Cuando me enfado mucho, me dan ganas de llorar, pero esta vez eso no va a pasar.

La verdad es que pensé que aquí encontraría justicia, pero no.

—Espere, entre. Quiere hablar con usted —dice el hombre y los guardias abren la puerta.

—¿Qué? ¿Ha cambiado de idea después de esta humillación?

"¡Arrogante desgraciado!

¡Me rasgué la ropa al saltar el muro!"

—El señor Rómulo ordenó que entre. Se encoge de hombros.

—¡Pero él a mí no me da órdenes! Y, como ya dije, no quiero hacer trato con él. Ahora voy a la policía. Voy a contar que... Me pierdo en el tema cuando todo empieza a girar a mi alrededor y mi visión se nubla—. Yo voy…

—¡Entre ya, señorita! —insiste, preocupado.

—Me iré en cuanto el mundo deje de… girar…

Todo se apaga delante de mí, parpadeo, pero una fuerza mayor me hace caer.

Rómulo Guimarães

Veo todo desde la ventana.

Sérgio llama a la chica para hablar, ella se traba entre las puertas y luego se cae al suelo, para empeorar la situación.

"¿Se morirá esta loca?"

Los guardias de seguridad la cargan hacia el interior de mi casa.

"Si se muere aquí, acabaré cargando con la culpa.

Otra culpa más."

Espero que nada de esto haya salido a la luz.

"¿Y si se lo contó a alguien?"

Dijo que la única persona que tenía en la vida era el padre, pero debe conocer a otras personas y bien pudo haber contado lo que pasó con el padre antes de que llegaran con la propuesta.

No voy a dejar que esta mujer salga de mi casa y manche mi reputación. Solo saldrá de aquí cuando esto esté resuelto, como ella dijo.

Aguardo noticias pensando en lo que fue capaz de hacer.

"Les pegó a mis guardias…

Es tan pequeña al lado de ellos, al lado de mí…

¿Cómo consiguió hacer eso?"

Pasan minutos y Sérgio no aparece, así que decido verlo por mí mismo.

Pero como si lo adivinara, cuando abro la puerta, mi mayordomo está llegando.

—¡¿Por qué tardaste tanto?! —pregunto, angustiado.

—Se desmayó y estábamos intentando despertarla.

—No se ha muerto, ¿verdad?

—Está viva, señor.

Suspiro, aliviado.

—Improvisamos una cura y ahora descansa en el cuarto del fondo. La segunda caída empeoró lo que hizo la primera.

—Sérgio, tiene que ponerse bien, porque no puedo involucrarme con ese tipo de problema —explico, alterado—. Cuando despierte, dígale que llegaremos a un acuerdo. Que ya estoy resolviendo todo lo de su padre.

—De acuerdo. ¿Quiere algo?

—Un té, preferiblemente de manzanilla.

"Un té debería ayudar con el estrés."

Asiente y sale del despacho.

Espero que todo esto se resuelva lo antes posible.



CAPÍTULO 3

Linda Fonseca

Me despierto con mucho dolor de cabeza.

Estoy en un lugar que no reconozco, una habitación pequeña y blanca, con dos puertas y una cama individual, donde estoy tumbada. Busco en la memoria mi último recuerdo y solo me viene el momento en que aquel subordinado me suplicó que entrara en la casa de Rómulo Guimarães.

Debo de estar en su casa...

Se aprovecharon de mi desmayo.

Me paso la mano por detrás de la cabeza y noto algo pegado, quizá un apósito.

Intento incorporarme, pero el mareo no me deja.

"Me dejó como una rata muerta, me tiró a la calle y ahora me trae a su casa... No va a hacer que cambie de idea."

Ya no quiero acuerdo con él y punto final.

¡No soy mentirosa ni estafadora!

Él lo sabe todo y miente, diciendo que no.

A ver si cuando la policía llegue a su empresa la llama estafadora y mentirosa.

Me siento de nuevo y, aun con el mareo, permanezco en la posición, esperando a que se me pase para poder levantarme y salir de aquí.

Al menos no estoy sujeta a nada. Después de que los guardias me echaran, ya espero cualquier cosa de ese tío.

El mareo se me pasa, pero vuelve al levantarme. Me apoyo en la pared hasta conseguir equilibrarme y así llego a la puerta. Fuera del cuarto está oscuro; ya debe de ser de noche, pero aún hay una luz que viene de fuera y entra por algunas ventanas de vidrio.

Camino en busca de una salida, una caminata sufrida en la que a cada paso siento como si alguien me golpeara la cabeza con un martillo; por eso doy pasos pequeños.

Contengo las lágrimas porque el dolor de cabeza es tan intenso que me hace llorar.

La caída fue fea.

Veo un par de chanclas delante de mí, unas piernas, y cuando alzo la cabeza, reconozco al hombre que más temprano insistió en que entrara en la casa.

—Es mejor volver a la cama. No pareces estar bien —dice, como si le importara algo.

—Me voy. Intento esquivarlo, pero no consigo soltarme del mueble en el que me apoyo. Estoy mareada.

—Mañana te irás. Voy a ayudarte a volver a la cama —me sujeta del brazo e intento soltarme, pero no lo consigo.

—Quiero irme.

—No puedes irte ahora, es medianoche.

Sosteniéndome por los hombros, me lleva de vuelta al cuarto.

"Dolor de cabeza de la hostia"

—Después de que me arreglen la cabeza, voy a la policía —advierto.

—El señor Rómulo dijo que acatará tu primera petición. Así que solo te irás después de resolver el asunto de tu padre.

"¡Pues esta sí que es buena!"

—¡Después de hacerme sentir basura, ahora quiere resolverlo! Apuesto a que está asustado, ¿eh? —me siento en la cama.

El hombre enciende la luz del cuarto y el dolor que siento se intensifica.

—La luz —digo con los ojos cerrados.

—Ya la apagué. Mañana un médico te examinará. El señor Rómulo ya lo ha llamado.

—Ahora quiere cuidarme… Fue un bruto conmigo, por eso me desequilibré. Todo culpa del capullo de tu jefe.

—Lo lamenta.

—Ajá. Lo lamenta... —finjo que me lo creo.

—Túmbate y descansa. Mañana te sentirás mejor y lo vais a arreglar.

"¡Seguro que le lavaron el cerebro a este hombre!

Parece un robotito"

Él sale y cierra la puerta, así que no me queda otra opción que tumbarme e intentar dormir, porque mi cabeza me está matando.

"Ah, Rómulo Guimarães, me la vas a pagar por darme la espalda...

Ya hasta veo el titular: Empresario Rómulo Guimarães ocultó la muerte de un empleado e intentó sobornar a la hija honesta del

hombre. Además de negar lo sucedido, humilló a la chica y la dejó en la calle, sangrando.

Fin de carrera."

Rómulo Guimarães

No consigo dormir.

Voy de un lado a otro, perturbado por aquella mujer. No puedo permitir que haga nada contra mí; al fin y al cabo, mi nombre puede irse a la basura con todo lo que pasó, por eso no consigo pegar ni un ojo.

Alguien llama a la puerta de mi cuarto; ordeno que entre y es Sérgio.

Debe de haber escuchado mis pasos.

—¿Tampoco has conseguido dormir?

—No. No logro pegar ojo. Por lo visto, tú tampoco. Dime que ella está dormida.

—La encontré en la cocina, intentando irse.

—No dejes que eso ocurra, Sérgio. Esa chica puede ser mi fin.

—A duras penas se mantiene en pie. No se irá. La dejé en el cuarto.

—Déjala con la puerta cerrada con llave. Es peligrosa. Si coge un cuchillo, es capaz de apuñalarnos a todos. Todavía estoy en estado de shock con lo que les hizo a los guardias.

—Yo también —se ríe, mientras yo, sinceramente, tengo ganas de llorar.

—¿Dijo algo?

—Hizo amenazas. Dijo que no quiere seguir con el trato contigo y que va a buscar a la policía.

"¡Lo sabía!"

—Tendrá que hacer un trato conmigo sí o sí. Para eso vino. ¿No dijo que solo se iría después de resolver esto? Pues bien, entonces solo se irá después de resolverlo.

—No va a ir a ninguna parte —garantiza—. ¿Quieres tomar algo? ¿Un té?

—Voy a tomar whisky; necesito algo fuerte.

El té no me ayudó, pero quizá el whisky sirva. Sé que esta noche no voy a dormir; al fin y al cabo, no tengo sueño y estoy muy preocupado.

Sérgio sale de mi cuarto y decido darme una ducha caliente para intentar relajarme. Bajo el chorro fuerte, ese rostro viene a mi mente, aquella voz vibrante, sus ojos, sus palabras, su valentía.

La verdad es que nadie me había hablado así jamás.

Tardo un rato hasta que la tensión sale de los músculos; luego me enrosco en un albornoz y salgo del baño. Con ropa ligera, voy a buscar el whisky al despacho, que queda al lado de mi cuarto. Me bebo el trago de un solo golpe y vuelvo a llenar el vaso.

"De mañana no pasa...

Voy a resolver esta situación."



CAPÍTULO 4

Linda Fonseca

Me sigue doliendo la cabeza, sobre todo en el lugar del golpe. Apenas consigo levantarme, aun así insisto. La molestia es tan grande que me dan ganas de llorar mientras me apoyo en la cama para no caerme hacia un lado.

Oigo una conversación entre un hombre y una mujer fuera del cuarto y las voces de ambos retumban en mi cabeza.

—¿Cómo que él no durmió?! —La mujer pregunta.

—No vamos a hablar de eso.

—Sérgio, ¡el señor Rómulo está desquiciado por culpa de ella! ¡Pobrecita! No parece mala persona, ni mentirosa. Fue tan cruel con ella. No debe de haber dormido por la conciencia pesada.

—¿El señor Rómulo con la conciencia pesada? ¿Estás alucinando? ¡Claro que no! Está furioso con los empleados de la empresa que no avisaron del accidente y de la muerte del padre de la muchacha. Rodarán cabezas.

—Yo no querría estar en su piel ahora. Pero ¿cómo escondieron una cosa así?

—Probablemente pensaron que al señor Rómulo no le iba a importar, pero desde que ella apareció es de lo único que habla.

—Me lo imagino. ¡Pobrecita! Perdió a su padre y, cuando vino a hacer justicia, el señor Rómulo ni sabía de qué estaba hablando. ¿Tú crees que si lo supiera habría actuado de esa forma? ¡La trató como a una estafadora!

—Claro que sí. ¡Ella irrumpió en la casa! Volvamos al trabajo, el médico llegará en un rato para verla.

Están hablando de mí.

"Yo entré en el patio, no en la casa. Me metieron aquí contra mi voluntad."

Echo un poco de agua en el vaso y, temblando mucho, me lo bebo todo.

Desde que tomé la decisión de buscar al jefe de mi padre, no he puesto nada en la boca. Tengo los labios secos, igual que la garganta, y me siento débil.

Tras hidratarme, el dolor de cabeza disminuye, pero todavía molesta.

Mi vida es un caos y pensé que venir aquí me traería paz, pero parece que la pesadilla no ha hecho más que empezar.

Mis vecinas, las únicas personas que me quedan, deben de estar preocupadas por mi desaparición.

Después de pasar por la policía, me iré a casa para terminar los arreglos que hago de vez en cuando como costurera; al fin y al cabo, tengo que reunir dinero para el alquiler, que lleva tres meses de retraso.

No éramos tan carentes, mi padre cobraba mil seiscientos reales al mes, pero hace cuatro meses recibimos el cobro de una deuda antigua que no era tan alta; aun así, usamos el dinero del alquiler para saldarla y quedar libres.

Nunca conseguimos comprar una casa.

Con el salario de mi padre y lo poco que con veintidós años gano como costurera, ya que no conseguí estudiar ni encontrar otro trabajo, no tuvimos condiciones de juntar una cantidad considerable ni de hacer un consorcio. Lo que teníamos alcanzaba solo para sobrevivir y, sinceramente, seguiría viviendo feliz con ese poco si mi padre siguiera vivo.

Quería que admitieran el accidente que ocurrió. Si fue un accidente, una fatalidad, no tienen nada que temer; pero si fue otra cosa, que podría justificar fácilmente el miedo a que la noticia se difundiera, hasta el punto de ofrecerme dinero para mentir, lo voy a llevar hasta el fondo.

Y ahora, Rómulo Guimarães tiene un problema más conmigo; al fin y al cabo, mintió y me echó estando herida.

La puerta del cuarto se abre, una luz fuerte me da en los ojos y ese mismo hombre de anoche, el que me ayudó a volver al cuarto, entra. Cierro los ojos por la iluminación tan intensa.

—Buenos días. ¿Cómo se siente?

—Pésima —susurro e intento incorporarme, pero estoy temblando, por eso no lo consigo—. Me quiero ir. Ahora.

—Necesita comer. El médico viene a verla.

—No necesito un médico, ¡necesito salir de aquí!

Una empleada entra con una bandeja de comida y la deja encima de la cama. Hay sopa, tostadas, mermelada, zumo y fruta.

Me mira con tanta pena que me hace sentir vergüenza.

"Esta no es un robot."

Por suerte, se van dejando la puerta cerrada y la luz encendida.

La comida parece buena, me muero de hambre y no puedo rechazarla. Aunque hubiera veneno ahí dentro, moriría con la barriga

llena.

Me siento frente a la bandeja y empiezo a comer.

¡Qué comida tan buena!

No dejo nada en el plato.

"Voy a asearme, coger mi bolso y salir pitando de aquí.""

Rómulo Guimarães

Conseguí dormir, pero fueron pocas horas y aun así me desperté con migraña. Me tomé un analgésico antes de prepararme para salir y pasé por el despacho de mi casa para coger el iPad.

Sérgio dejó el bolso de la intrusa en mi mesa y estoy tentado de ver qué lleva aquella atrevida para saber más sobre ella. Llevado por la curiosidad, lo abro y miro lo que hay dentro. Un móvil, facturas y una cartera. Abro la cartera y veo su documento.

Linda Fonseca, es su nombre.

"Linda de cojones...

Y descarada también."

Lo que hizo es inadmisible para mí.

Nadie viene a mi casa de esa manera, salvo mi madre y mi hermano. Aun así, ellos no saltan el muro ni se quedan sin llevarse una buena bronca.

Me insultó delante de mis empleados, redujo mi poder a cero. Echarla sin piedad fue una forma de mantener a todos conscientes de que no tolero ese tipo de cosas.

Solo tiene veintidós años.

"¿De dónde salió todo ese valor?"

Debe de ser propio de la edad; al fin y al cabo, yo era muy rebelde cuando estaba en esa etapa.

"¡No voy a dejar que una chica de veintidós años acabe con mi imperio!

Cuando ella nació, yo ya recibía lecciones de negocios y ya estaba prometido al éxito.

¡No va a ser una mocosa con gran sentido de la justicia quien me derribe!"

En su cartera solo hay un billete de diez reales, otro de cinco y muchas monedas.

"Pobre y orgullosa."

Lo devuelvo todo al bolso y cojo mis cosas.

Bajo a desayunar y Sérgio se para al lado de la mesa.

—Buenos días, señor Rómulo. ¿Durmió bien?

—Buenos días, Sérgio. He pasado una noche pésima. ¿Hiciste lo que te mandé?

—Es muy cabezota. Creo que no va a escuchar mis palabras.

"No lo dudo en absoluto."

—Entonces hablaré con ella en cuanto resuelva las cosas en la sede. No dejes que se vaya de aquí. Volveré con la solución a nuestros problemas.

—El médico llegará en treinta minutos y nos ocuparemos de ella hasta que usted vuelva. Está comiendo, parece muy débil. Calculo que no come desde hace más de un día.

"Deja de comer para quitarles el sueño a los demás."

En cuanto llego frente al edificio comercial donde está instalada la sede de mi empresa, me encuentro con el abogado que me presta servicios.

—Buenos días, Rómulo. —El hombre de cabello prematuramente canoso me tiende la mano y se la estrecho.

—Pésimo día, Edgar. Pésimo día.

—No estaba al tanto de lo que pasó.

—Por lo visto, actuaron a mis espaldas, además de saber que yo me opondría a la solución que le dieron a la situación. —Camino a su lado, entrando en el edificio.

Mi empresa ocupa cuatro plantas del edificio, de la sexta a la novena; tengo equipos para todos los departamentos y, como cualquier persona que invierte en un negocio, me gusta que todo se haga de manera correcta y eficiente.

—No estoy criticando tu forma de actuar, pero eso puede haber pasado por el miedo que te tienen; al fin y al cabo, algo como lo que ocurrió puede tener un culpable y las consecuencias pueden no ser buenas para él ni para la empresa.

—Si fue un accidente, no tenemos nada que temer. Los accidentes ocurren y, con un equipo de seguridad laboral tan bueno, la única y exclusiva persona culpable de lo ocurrido es el operario. Pero lo que hicieron al respecto es lo que importa.

Entramos en el ascensor.

—Podemos resolverlo. Deben de tener algún informe de lo sucedido y podemos emitir una nota en los sitios y en los medios de comunicación sobre el caso.

—Lo que me preocupa no es eso, Edgar. —Aprieto el botón de la novena planta y las puertas se cierran—. Su hija me buscó y yo no sabía nada. Ella entró en mi casa y acabó cayéndose por la escalera, se hizo daño y yo mandé que la sacaran de allí igualmente. Pensé que era una estafadora y solo quería librarme de ella. Ahora ya no

quiere hacer un trato conmigo. ¿Sabes cuánto puede perjudicarme eso?

—Claro que lo sé. Pero ¿cómo fue eso? No la tocaste, ¿verdad?

—No la toqué; aun así, la mujer cayó, y como la eché de allí antes de descubrir que todo lo que decía era verdad, está enfadada y no quiere hacer ningún acuerdo conmigo. ¡Tienes que ver lo terca que es! ¡La mujer me plantó cara como nadie!

"Nadie, con excepción de mi padre, claro."

—Si lo lleva a lo público, tendremos algunos problemas, sobre todo si se interpreta mal.

—Lo sé. —Aflojo el nudo de la corbata, sintiéndome un poco asfixiado—. Pero no la toqué.

—¿Y si le ofrecemos dinero por su silencio?

—Dudo que lo acepte. Todo este lío nació de una oferta económica. Solo le daría más ganas de joderme la vida.

—No cuesta intentarlo. Hagamos un contrato de confidencialidad, negociemos, honremos el nombre del padre y le demos el apoyo que quiera, siempre que no lleve este asunto adelante. Tu nombre no puede vincularse a ese tipo de cosas. Si se enteran de que la hija del operario estuvo en tu casa y salió sangrando, no será nada bueno.

"Ese resumen puede interpretarse de diversas formas."

—Un contrato es una buena idea. —Lo considero.

En cuanto salimos del ascensor, mi asistente me acompaña hasta la sala de reuniones. Además del abogado, el gerente de la plataforma, la responsable de relaciones públicas y el representante del equipo de seguridad laboral están presentes en la reunión. Los saludo con un buenos días y me siento en la cabecera de la mesa.

La tensión se extiende cuando se instala el silencio.

—Vamos, quiero saber quién fue el autor de la idiotez.

La cara de culpa del gerente lo delata.

—El accidente dejó a todos preocupados; al fin y al cabo, era la primera vez que algo así pasaba aquí. Pensamos que, para preservar el nombre de la empresa, sería mejor taparlo.

—¡E insistieron en eso hasta el punto de que la hija del operario apareciera en mi casa y yo me enterara por ella de lo ocurrido! ¿Quiere decir que mi opinión y mis decisiones no importan en mi empresa?

—No, señor. No pensamos eso... —dice el gerente.

Levanto la mano para que se calle y miro al representante del equipo que debería velar para que nada de esto ocurriera.

—¿Qué pasó?

—Una de las estructuras metálicas se desprendió y sacudió la superficie del área donde estaba el operario, y entonces lo lanzó contra la pared. Fue fatal.

Frunzo el ceño imaginando la escena.

Pobrecillo.

—¿Y quién dejó que la estructura se desprendiera?

—Estaba en mantenimiento. De hecho, el operario en cuestión formaba parte del equipo de mantenimiento.

Bajo la cabeza y me masajeo la sien, porque no sé qué hacer. En este momento tengo la cabeza en blanco.

—¿Le contaron la verdad a su familia?

—No el mismo día, pero supimos que ella lo había sospechado y le pedimos sigilo...

—¿Cuánto ofrecieron?

—Treinta mil.

—¿Y pensaron que yo nunca echaría en falta ese dinero? —pregunto, perplejo.

—Planeábamos contarlo después de tener todo resuelto.

—Sucede que aquí las cosas no funcionan así. Primero proponemos, debatimos, aprobamos y después hacemos. —Miro al gerente, con total control de mis emociones—. Quiero un informe sobre el accidente; Kettelyn, prepara las notas; Edgar, resuelve todo lo que sea necesario jurídicamente. Quiero al equipo de seguridad de la plataforma más atento, porque esto no puede volver a pasar. Y tú... —Miro al gerente—. Estás despedido.

—Pero...

Levanto la mano, él se calla y sigo su mirada.

—Edgar —lo llamo antes de que el abogado desaparezca.

Vuelve y me mira.

—Antes que nada, haz el contrato. Déjalo todo bien especificado.

—De acuerdo.



CAPÍTULO 5

Linda Fonseca

Ya se llevaron la bandeja vacía y ahora estoy esperando la digestión, aún dentro del mismo cuarto. Si me vigilan así, hasta parece que estoy presa aquí.

— Doctor, ella está aquí en este cuarto.

Abren la puerta y el médico entra. Un hombre de mediana edad, fuerte y bajo, con el pelo canoso y la piel blanca se acerca cargando un maletín en la mano.

— Buenos días.

— Buenos días.

"¡Vaya día de mierda!"

Colocan una silla delante de mí y él se sienta en ella.

— Soy el Dr. Alves.

— Linda — le estrecho la mano.

— ¿Cómo te sientes, Linda?

— Con mucho dolor de cabeza, mareo... — me llevo la mano al apósito que me hicieron.

"También siento rabia, odio y sed de justicia."

— Voy a examinarte y vamos a ver qué podemos hacer para que mejores más rápido — abre el maletín y saca algunos equipos.

El doctor anota mi nombre completo, mi edad en la ficha, me toma la tensión, mira el color de mi piel, la temperatura, verifica mi visión y, por fin, llega al apósito.

— Tengo una buena noticia y otra no tan buena.

— Diga las dos de una vez — pido desanimada.

— La herida no fue tan grande, tampoco es grave, pero necesitaremos cortar algunos mechones de pelo que están cerca de ella para cuidar mejor la lesión.

— Está bien — no me importa mucho—. ¿Cuándo van a pasar el mareo y el dolor?

"Quiero salir de aquí ya."

— Voy a recetarte unos medicamentos que ayudarán con el dolor y el vértigo, pero también debes alimentarte bien. Y si sientes los síntomas muy fuertes, te sugiero que vayas al hospital para una prueba de imagen.

— Voy a volver a mi casa.

Él me toca la cabeza, el pelo, y siento cuando corta el mechón, porque tira un poco en el lugar del golpe y duele.

— Sí, cuando estés mejor.

Ese médico solo puede ser otro pringado, subordinado del monstruo, por eso ni sirve decir nada, porque no me va a escuchar ni a ayudar.

Me hace la cura y me da los medicamentos. Nada diferente de los que tomamos por cuenta propia.

Me los tomo en el acto.

— Es mejor que te tumbes de lado — indica.

Toco el apósito y deduzco que falta un buen mechón de pelo en mi cabeza. Intento esconderlo con los cabellos que quedan y lo sujeto con una presilla.

— ¿Ya estaré bien más tarde? — pregunto antes de que se vaya—. Estoy angustiada con esto.

Él sonríe.

— Espero que sí, pero guarda reposo y deja que los medicamentos hagan efecto.

— Gracias.

— A tu disposición — se va.

Me quedo en el cuarto sin saber qué hacer y aparece ese hombre que me ha estado vigilando. ¿Cómo se llama? ¿Márcio, Aclécio?

— ¿Dónde está mi bolso? Quiero mi móvil.

— Tu bolso está con el señor Rómulo.

— ¿Qué quiere él con mi bolso? ¡Vaya a buscarlo ya! ¡Necesito hablar con la gente que conozco y avisar de lo que está pasando!

"¡Fíjate! ¡Ha cogido mi bolso! ¡Ese Rómulo es rarito! ¡Parece que de verdad quiere tenerme prisionera!"

— Lo siento, pero esas son las órdenes.

Me levanto con mareo y todo, dispuesta a salir de este cuarto y agarrar mis cosas para irme, pero él da dos pasos atrás y cierra la puerta antes de que yo llegue a ella. Giro el picaporte y ni se mueve.

Acaba de encerrarme.

"No me lo puedo creer."

— Lo siento, pero después de lo que les hiciste a los vigilantes, el señor Rómulo pidió que no dejara tu puerta abierta.

"¡Qué hijo de puta!"

— Eso no me impide agarrarte cuando entres aquí.

"¡Robotito de Satán!"

Si no tuviera la cabeza tan mal, ya me habría ido, pero esta caída fue jodida.

Rómulo Guimarães

En cuanto cruzo la puerta, Sérgio viene a mi encuentro.

— ¿Dónde está ella?

— En el cuarto.

— Llévala a mi despacho y llama a los vigilantes — subo la escalera.

Quiero que firme pronto esos papeles y me deje en paz.

Entro en el despacho aún apurado, dejo el maletín encima de la mesa, luego me quito la americana y aflojo la corbata. El día está caluroso, por eso dejo el aire acondicionado a la temperatura más fría y agradable posible.

Espero en mi butaca, detrás de la mesa del despacho; voy adelantando con mi firma y aprovecho para echar un vistazo a las cláusulas del documento.

No es nada del otro mundo, pero es un contrato y así es como sostengo mi vida.

Alguien llama a la puerta y autorizo que entre. Son Sérgio y la escandalosa, que está más pálida que una hoja de papel.

Él entra sujetándola del brazo; la chica tambalea, camina con pasos lentos y cortos, más mugrienta de lo que recordaba, y se sienta en la butaca.

"Muriéndose y con cara de quien quiere joderme la vida."

Sérgio nos deja a solas; yo me levanto con el documento en la mano y, por fin, nos encaramos.

— Después de llamarme mentirosa, ¿quieres conversar, eh? — pregunta ella un poco agresiva.

— Estaba preparando todo, investigando tus quejas. No sabía que tu padre había muerto. Fue un accidente y ya castigué a los culpables.

— ¿Mataron a mi padre?

— Fue un accidente, ¿no oíste? Hablo de los culpables por inventarse ir detrás de ti con aquella oferta. Vamos a hacer público lo que pasó. Mandé hacer un informe sobre el accidente y ya tomamos todas las medidas cabibles.

— ¿Todas? No tienes un solo problema conmigo, Rómulo Guimarães. Mandaste que me dejaran ahí fuera después de mi caída, después de llamarme mentirosa y estafadora, con el sol de justicia y la cabeza sangrando. ¡Una humillación!

— Yo no sabía que no eras una estafadora; si no, habría actuado de otra forma. ¡Entraste aquí pareciendo un huracán!

— Ajá. Lo dudo.

— Vamos a hacer un acuerdo.

— ¿Acuerdo? — ella se levanta—. Ya no quiero. Me avergonzaste. Jolín, ¿tengo yo pinta de mentirosa? Soy una persona honesta y no confiaste en mí.

— Ni te conocía y esa historia era un disparate. Yo no mandé a nadie a ofrecerte dinero.

Ella niega con la cabeza.

— Lo dudo. Tienes cara de mafioso.

"¡Lo que me faltaba!"

— No mandé, pero ahora que estamos aquí, vamos a negociar.

Ella se ríe.

— ¿No oíste la parte en la que rechacé esa mierda?

— La oí, pero ahora estamos en circunstancias diferentes. Estás hablando con el jefe.

— Estás asustado, ¿no? ¿Con miedo de lo que voy a decir sobre lo que me hiciste? No te preocupes, no soy de contar mentiras, como haces tú.

"¡Es impresionante!"

Doy un paso hacia ella y le entrego el contrato.

— ¿Tú crees que entre mi palabra y la tuya la gente va a creerte a ti, que invadiste una propiedad privada?

Ella levanta la nariz.

— Tenía un motivo estupendo para hacerlo, ¿y qué mierda de papel es este?

— Un contrato.

Ella mira la primera página y lo desprecia.

— Estás muy acostumbrado a sobornar a la gente, ¿no? Conmigo las cosas no funcionan así. Ya no hay acuerdo entre nosotros. Has tocado mi moral, Rómulo.

— ¡No vas a ir a ninguna parte! — empiezo a estresarme.

"¡Qué tía más dura para negociar!"

— No puedes retenerme aquí. Si haces eso, le diré a la policía que me encerraste en tu casa. ¡Cerraste la puerta con llave!

— La cerré para que no mataras a nadie.

— No lo dudes, lo haré cuando tenga fuerzas.

— ¡Míralo! Amenazando. Firma el puto documento y te dejo ir — le ruego.

— No voy a firmar nada. No estoy de acuerdo con las cosas que hay ahí y ya dije que no hago acuerdos contigo — ella rompe el documento delante de mí.

"¡Qué abusona!

¡Ni leyó la jodida hoja!"

Avanzo hacia ella, acaba sentada en la butaca y la acorralo apoyando las manos en los brazos del mueble, mirándola al fondo de sus ojos.

— ¿Por qué eres tan terca?

— Porque me humillaste, Rómulo — ella no se achanta y trago en seco.

"¿De dónde salió esta mujer?"

— ¿Sabes cuál es tu problema? — sigo clavado en sus ojos verdes—. Eres demasiado orgullosa.

Ella me empuja, se levanta y coge el bolso que estaba encima de la mesa.

— No te atrevas a tocarme — avisa.

— ¡No vas a salir de aquí sin firmar este contrato para ir por ahí soltando mentiras!

Abre la puerta del despacho y sale.

— No vas a obligarme a nada.

— ¡VIGILANTES, NO DEJÉIS QUE ESTA MUJER SALGA!

En cuanto salgo, veo a los vigilantes bloqueándole el paso.

— ¿Ya tenéis las pelotas listas para recibir más rodillazos? — les pregunta.

"Hace un minuto parecía estar enferma y ahora amenaza las pelotas de los otros."

— Vas a volver al cuarto, descansar, tomarte el puto remedio que te recetó el médico, no le vas a pegar a nadie y no saldrás de aquí sin firmar el documento. ¿No era eso lo que querías? ¿No era? — digo impaciente y ella me encara—. Solo sales de aquí con lo que viniste a buscar.

— Ya dije que cambié de idea.

— Pero las órdenes las doy yo, querida. Te quedas.

Ella niega con la cabeza.

— Estás bien jodido conmigo… Intentando comprarme, Rómulo...

Respiro hondo.

Es la mujer más terca que he conocido en mi vida.

— ¡Vuelve al cuarto y cuando se te pase el desbarajuste que te causó la caída, vamos a hablar y a firmar **EL PUTO CONTRATO! ¡NO VAS A DESTRUIR MI VIDA CON ESA HISTORIA! ¡CHICA, APENAS TIENES CÓMO APAÑÁRTELAS, DEBERÍAS TRAGARTE TU ORGULLO! ¡SÉ QUE, EN EL FONDO, QUIERES MI DINERO! ¡ACEPTA LO QUE TE ESTOY OFRECIENDO!**

Sus ojos empiezan a brillar, su postura firme se desmonta y suelta el bolso en el suelo.

— No quiero tu dinero. No voy a vender mi silencio — dice, y baja la escalera agarrándose a la barandilla.

Hasta parece que está llorando.

Los vigilantes la escoltan hasta el cuarto y los otros empleados se quedan mirando.

— ¡Volved al trabajo! — ordeno furioso.



CAPÍTULO 6

Linda Fonseca

Jamás lo busqué por dinero. Solo quería rechazar las innumerables propuestas y saber qué ocurrió de verdad, pero la forma en que me trató la primera vez que nos vimos me hizo cambiar de idea.

Él no parece alguien en quien pueda confiar. Me juzgó sin conocerme. De verdad creí que podría ser menos cretino de lo que fue.

La forma en que me habló hace un momento acabó con mi postura, tanto que estoy llorando en la habitación y queriendo irme.

Ahora solo quiero salir de aquí.

En cuanto me ponga bien, me iré.

El día transcurre en silencio y me quedo reflexionando.

¿Para qué fui a buscar a ese tipo?

Dijo que hará público todo sobre mi padre, era eso lo que yo quería, pero insiste en ese contrato y no quiero nada de lo que me ofrece ahí; tampoco voy a vender mi silencio. Cuando me pregunten qué pasó en cuanto puse un pie aquí, quiero poder decir la verdad.

La puerta solo se abre para entregar las comidas y apenas el tiempo que tardan en dejar la bandeja en la mesa.

Me tienen miedo, por eso cierran la puerta con llave.

Mira, tal y como estoy, tienen razón. Estoy muy quieta para que se me pasen los dolores de la caída, porque cuando me sienta bien, no habrá quien me pare en esta casa.

Nunca he sido de cultivar odio; al fin y al cabo, solo conocí a una persona en la vida capaz de despertarme un sentimiento malo: una chica de clase media que se llama Ana Cláudia, que me despreciaba porque yo era pobre.

En realidad, aún lo soy.

Ella era, y debe de seguir siendo, la niña de papá que lo consigue todo. Me hablaba igual que él me habla y me mira igual también, como si le diera asco, como si yo fuera la criatura más despreciable del mundo.

¡Los odio a los dos!

—Más vale que no se me pongan en el camino, porque cuando decida salir, esta cerradura no será un problema… —advierto a las empleadas que rondan la puerta del cuarto.

Por fin estoy mejorando, tanto que me levanté para ir al baño y ni sentí mareo.

En nada me voy.

Las únicas personas que podrían impedírmelo serían el robotito de Satán, el Satanás de Rómulo y los guardias.

Pero aun así intentaría soltarme.

—¿Qué tal? ¿Cómo va?

Oigo una voz masculina al otro lado de la puerta.

Es la primera vez que oigo una voz alegre en esta casa.

—*Estoy bien* —responde una mujer.

—¿Qué ha estado tramando mi hermano? ¿Sigue de mal humor? —pregunta él y la mujer no responde—*. Aún le tienes miedo, ¿no? Es complicado.*

"¿Hermano?

¿Es hermano del monstruo?

Quizá pueda ayudarme."

Giro el pomo y sacudo la puerta.

—¿Quién está en ese cuarto? —pregunta él.

—No... no hay nadie.

—Sí que hay —respondo apoyada en la puerta.

—¿Quién es?

—Yo... Tú no me conoces. Abre la puerta, por favor.

—¿Quién te encerró ahí?

—Tu hermano idiota. Abre la puerta, por favor.

Él se ríe.

—No me digas que eres la novia de mi hermano. ¿Qué estáis haciendo? ¿Alguna broma?

—No. No es ninguna broma. ¡Abre ya, joder!

—¿Estás vestida?

"¡Vaya pregunta!"

Su voz se aleja y, por un segundo, pierdo la esperanza. Entonces la puerta se abre.

Corro por la casa y nadie se me pone delante; huyo hacia el jardín, ignorando el dolor de cabeza, buscando algún tramo del enorme muro por donde pueda escalar.

Encuentro una parte donde hay una jardinera.

—¡Sal de ahí, moza! —pide Sérgio con voz preocupada.

—Me voy ahora mismo, y ni se te ocurra intentar pararme — subo a la jardinera y me agarro a las irregularidades del muro.

Trepo con prisa, pero aún falta un buen tramo para llegar arriba y hay musgo en la superficie. Se me resbala la mano y casi caigo, pero me sujeto enseguida.

El problema es que siento un mareo creciente. Creo que lo hice todo de golpe y mi cuerpo está respondiendo a eso.

—¿Qué estás haciendo? ¡Baja de ahí! —ordena el arrogante.

—¿Qué está pasando? ¿Quién es esa chica? —pregunta una mujer.

—¡Baja de ahí! — ordena Rómulo.

—Es la novia de Rómulo… o lo era —dice otra persona.

No consigo continuar por el mareo que siento y caigo, viendo como última cosa el cielo.



CAPÍTULO 7

Rómulo Guimarães

Momentos antes…

Me lavo la mano en el lavabo de la suite, porque me la he hecho daño cuando, lleno de rabia, le di un puñetazo a la pared.

"¿Cómo se atrevió a rechazar mi propuesta?

¿Acaso no entiende que solo saldrá de aquí cuando me asegure de que todo lo que pasó se quedará únicamente entre nosotros?"

También estoy enfadado conmigo mismo por perder el control y empeorar la situación. Nunca tuve que llegar a este punto para cerrar un acuerdo.

¡Ella es el problema!

Oigo pasos por la habitación y, por el perfume, reconozco quién es la intrusa: una señora elegante.

—¡Mamá! ¡Ya te dije que no puedes invadir mi casa así! ¡Y menos mi cuarto!

—¡Calma, Rómulo, no hace falta ser tan grosero! —se echa el pelo oscuro hacia atrás—. ¡No es así como se habla con tu madre!

Con cuidado, me seco la mano en la toalla e intento ocultarle la herida.

—Perdón. Ando muy estresado.

—¿Cuándo no estás así?

Recibo un beso en la mejilla.

—Esta vez es mucho más estrés que de costumbre.

—¿Te está sangrando la mano? —mira la toalla en mi mano.

—No es nada. ¿A qué has venido, mamá?

—He venido a ver cómo estás. Tu hermano también vino. —Camina por la habitación y yo también.

—Genial, ¡invasión doble! ¿Nunca vais a avisar?

—No, porque cada vez que avisamos nos dices que no vengamos. ¿Qué está pasando, que no has dado más noticias?

—He estado ocupado. —Abro la camisa.

—¿Con qué? ¿Qué está pasando que te ha dejado tan estresado hasta el punto de golpear la pared?

—¿Lo estás mirando todo?

—Es imposible no ver las manchas en la pared. Hijo, no puedes enfrentarte a las cosas solo. Tienes una familia. Desde que...

—No quiero hablar de eso, y ya sabes mi opinión. No voy a estar hablando de mis problemas porque vosotros los hacéis aún más grandes.

—Rómulo, siempre hemos procurado apoyarte. Fuiste tú quien creó esa manía de estar solo; te aislaste en esta mansión que se parece más a una prisión, ¡porque entrar aquí es casi imposible! ¡Deja que tu familia, que te ama, esté cerca de ti!

"No es tan difícil entrar; al fin y al cabo, aquella loca lo consiguió."

—Estoy mejor así. —Tiro la camisa y la toalla al cesto de la ropa sucia.

—¡No me conformo! Vives para trabajar. No tienes a nadie cercano, ni amigos, ni una novia. ¿O sí?

—He cogido días libres, y Gustavo sigue siendo mi amigo.

Alguien llama a la puerta del cuarto.

"Argh, debe de ser mi hermano."

—¿Qué es?

—Señor, creo que tenemos problemas en la habitación de invitados...

Me froto la cara y corro a ver.

"¿Qué está tramando esa chica?"

No hay un momento peor que este para que mi familia aparezca aquí.

Mi madre me acompaña.

—Tío, ¿tienes novia? ¡No lo sabía! ¡Por fin saliste del mercado! —pregunta el más joven que yo, de pelo claro, sonriendo.

—¿De qué estás hablando, Rodrigo?

—He hablado con la mujer que estaba en la habitación. ¿Qué jueguecito fue ese? —mi hermano me da un codazo—. No sabía que te gustaban esas cosas más salvajes. Ella salió por ahí.

"Es un burro, de verdad."

—¿Una novia? —indaga mi madre, sorprendida—. ¿Pero no dijiste que no tenías novia?

—No es mi novia —explico, y sigo a Sérgio, que va hacia el jardín, donde veo a la terca escalando el muro.

Le ordeno que pare, pero ella sigue subiendo y, de repente, cae. Impido que llegue al suelo, sujetándola en mis brazos.

"¿Cómo una persona tan pequeña consigue causar un desorden de este nivel en mi vida?"

Si no me hubiera acercado, ¡habría caído y muerto en mi jardín!

—¿Se desmayó? —pregunta mi madre, y Sérgio me ayuda a sostenerla.

—Llévala dentro —le pido.

Sérgio toma a la mujer en brazos y la carga inconsciente.

—Rómulo... —mi madre se queda conmigo en el jardín—. ¿Qué está pasando, hijo?

—Es complicado. —Me froto la nuca, nervioso.

—¿Por qué esa chica estaba intentando saltar el muro de tu casa?

"¡Porque es orgullosa y terca!"

—¿Es de verdad tu novia? No lo parece.

—No. No es mi novia —respondo, cansado de esa idea.

Mi madre espera más respuestas, y me veo obligado a decir la verdad, pues jamás diría lo contrario.

—No es nada más que la hija de un operario que murió en mi plataforma. Apareció para hablar de eso, pero yo ni sabía que ese hombre había muerto. Resulta que fui grosero con ella y ahora no quiere llegar a un acuerdo conmigo. Se hizo daño y mandé llamar al médico para que la atendiera, pero es demasiado orgullosa, mamá —cuento, y ella me mira desaprobándolo todo—. Dijo que no quiere más acuerdo, no quiere dinero, no quiere nada más que irse, pero solo saldrá de aquí con ese contrato firmado.

—Pobrecita. —Mi hermano parece tenerle pena.

—¿Pobrecita? Pobrecito yo. ¡Mira lo que hizo en el jardín! —le muestro los destrozos—. Entró golpeando a todo el mundo.

Cerramos la puerta del cuarto con llave para que no agrediera a nadie, ¡y tú fuiste y la abriste!

—¡La abrí, sí! ¿Desde cuándo se encierra a alguien en un cuarto? ¿Cómo puedes ser tan cruel, Rómulo?

"¡Ahora todos me van a juzgar!"

—Créeme, ella entraña más peligro para mí que yo para ella. Cuando firme el acuerdo de confidencialidad, se irá.

—¿Qué hay en ese acuerdo, hijo? —pregunta mi madre.

—La garantía de que no va a ir por ahí diciendo que le ofrecimos dinero para que mintiera sobre la muerte de su padre y que la dejé tirada en la calle, herida. ¡No tengo la culpa de su caída! Yo ni sabía quién era, solo la quería lejos de aquí.

—Independientemente de que fuese conocida o no, deberías haber socorrido a la chica antes de mandarla a la calle.

—Ah, mamá. Pensé que era una estafadora. ¡Saltó ese muro!

—¿En serio?

—¡Sí! —cuento aún asombrado—. Es capaz de todo. Incluso de decir que fui yo quien le pegó. Por eso me estoy precaviendo con ese contrato.

Aun así, ella desaprueba.

No hay otra forma; al fin y al cabo, la terca no quiere colaborar conmigo.

Linda Fonseca

¡Sigo en su casa!

Fallé en mi intento de fuga. Caí y, por lo visto, mi castigo es peor que la muerte: quedarme bajo el techo de este monstruo.

Me levanto para ver si el mareo pasó y Rómulo entra en la habitación; entonces recuerdo lo que dijo sobre mi interés.

—No quiero tu dinero —digo en un último intento de hacerle entender.

—Vale. Entonces quito el jodido dinero del contrato. ¿Firmas? —parece desesperado por eso.

—Quieres callarme, ¿no? Para que no cuente cómo me trataste ni manche tu imagen.

—Sí —admite.

—No. —Niego con la cabeza, analizando a ese ser despreciable—. Si no quisieras que hablara mal de ti, me habrías tratado mejor. ¿Qué te costaba dejarme entrar, sentarme y escucharme?

—Tú fuiste despreciable primero. Amenazaste mis cojones.

—Sí, amenacé, pero porque nadie quería escucharme y, por tu cara, tú tampoco querías.

—No quería. Me alzaste la voz y yo te la alcé. Invadiste mi casa y dijiste que solo saldrías de aquí después de resolver lo de tu padre; lo resolví, pero ahora digo que solo saldrás de aquí cuando resuelvas tu asunto conmigo —habla tranquilo.

"Debe de estar intentando manipularme."

—No voy a vender mi silencio.

—No te imaginas el caos que puedes causar en mi vida y en la de mucha gente que trabaja para mí, ¿no? Gente como tu padre.

—Con eso no vas a conmoverme, cariño.

—Estoy intentando llegar a un acuerdo, ¡pero no lo pones fácil!

Su cercanía es tal que su perfume, que por cierto es excelente, me entra en las narices.

—Tú tampoco me lo pusiste fácil. Solo cediste cuando ya era tarde.

"¡Sí, soy orgullosa!

¡Y terca también, igual que él!"

—¡Sérgio! —lo llama con los ojos fijos en los míos.

Ese tal Sérgio entra en la habitación con un iPad en la mano y se lo entrega.

—Entraste en mi casa, una propiedad privada. Muy bien podría denunciarte por eso y, aunque digas que te traté mal, tendré una buena excusa para ello.

"¡Qué desgraciado!"

—¡Qué bajo eres! Yo pedí que me dejaran entrar, ¡pero nadie me dejó!

—¡Invadiste mi casa! ¡Pegaste a mis guardias! No quería usar esto contra ti, pero lo estás pidiendo.

—Manipulador barato… —analizo su descaro y él se encoge de hombros.

—Espero que tengas buenos abogados, porque yo los tengo. ¿No entiendes que no puedes ganarme? —su rostro queda a centímetros del mío; pese a la diferencia de altura, se inclina para mirarme de frente.

"¡Encima provoca!"

—Y ya has visto de lo que soy capaz —replico.

—No tienes elección, bebé. Acepta tu derrota.

—Está bien. —Asiento—. ¿Quieres que firme el puto contrato? Voy a firmar, pero antes voy a leerme toda esta mierda y quiero a tu abogado aquí para hacer las modificaciones; al fin y al cabo, no solo tú tienes salvedades. Quiero poner también mis condiciones.

Sus cejas se alzan ante mis palabras inesperadas.

"Me la pagarás por estas amenazas, Rómulo."



CAPÍTULO 8

Rómulo Guimarães

***"¡Qué** audacia!"*

Ella me saca de quicio.

—Sérgio, trae el contrato. Voy a llamar a Edgar. Me retiro del cuarto y ella sigue con la pose de quien no me tiene miedo.

Cierro la puerta para que no cometa ninguna locura, busco el móvil y llamo a Edgar pidiéndole que comparezca a la mañana siguiente para por fin resolver esto.

Ahora solo me queda esperar.

"¿Qué más quiere añadir al contrato?"

Ojalá sea distancia.

He vivido días terribles con esta chica aquí, porque desde que apareció no pego ojo por la noche. Cada vez que cierro los ojos, su rostro me viene a la mente.

Sé que fui duro cuando llegó, ¡pero ella no fue nada educada conmigo!

A la mañana siguiente, aparece Edgar y libero a la criatura para que haga sus salvedades sobre el documento.

Se sienta en la silla de la mesa del comedor con el contrato en la mano.

—Voy a firmar, pero no este contrato. Quiero que ponga mis condiciones. Me ignora y mira únicamente a Edgar.

"No voy a firmar ese documento…

¡Atrevida!"

Pierdo completamente la compostura con esta mujer.

Como mi abogado tiene un portátil delante, abre el documento para modificarlo.

—¿Cuáles son sus condiciones?

—Aquí dice que no puedo hablar de nada de lo que pasó entre nosotros, no puedo demandarlo, ni él puede demandarme y puedo pedir lo que quiera a cambio. Me voy cuando el contrato esté registrado en notaría, ¿vale? No confío en nadie aquí.

—Yo tampoco confío en ti, menuda cruz. —La miro de reojo.

—Añada que ni ese imbécil, ni nadie que trabaje para él, o para sus conocidos, puede tocarme, y mucho menos hacerme daño de ninguna forma.

—Añada eso para mí también. Ella no puede hacer daño a nadie aquí.

Se ríe descaradamente.

—Ponga ahí, señor, distancia de como mínimo un metro.

—En realidad, un metro es poco —comento.

—También lo creo. Ya que eres rico, ¡vete al otro lado del mundo!

—Si fuera para no verte, me iría —lo aseguro.

Las mujeres me veneran, pero esta de ahí se comporta así.

—En cuanto a asuntos financieros, quiero que pague mi terapia.

Me echo a reír.

—Quien debería pagar la mía eres tú.

—Ya te has jactado bastante de tu dinero. Puedes pagártela tú mismo. —Me mira, rabiosilla—. Y traigan mi bolso.

—¿Ese hecho polvo? ¿No vas a exigir un bolso nuevo?

Me mira con las aletas de la nariz abiertas.

—Ese está perfecto. Otra cosa: como no podemos demandarnos, él no puede denunciar ningún daño hecho por mí. Y si él rompe el contrato, tendré libertad para hablar de todo lo que este contrato me calla.

—¿Demandar para qué? Si ni siquiera tienes pasta para pagar —analizo.

—Burgués de mierda.

Es la verdad, no tiene pasta.

—Si puede añadir que tiene prohibido aparecer en mi portón, se lo agradezco.

Él lo anota todo y ella se ríe, dándome la espalda.

—Será un placer.

—¿Algo más? —pregunta Edgar mirándola.

—Una disculpa del señor que me hizo pasar por todo esto.

Me río.

"¡Cuánta audacia!"

—También quiero leer lo que ha escrito ahí.

Ella no confía en nadie y yo tampoco confío en ella.

Edgar deja que la chica lo lea todo y, cuando está de acuerdo, sube a mi despacho para imprimir el documento. Mientras tanto, esperamos en la sala.

—Espero que cumplas todo, porque cien mil reales para mí no es nada, pero me imagino que para ti una multa así debe ser mucha cosa.

—Yo sé cumplir mi palabra. Ahora, vamos a ver si tú eres capaz de cumplir la tuya. —Me desafía y me río por dentro.

"Pobrecita, no sabe con quién está hablando."

—Voy a cumplirlo con gusto.

Minutos después, Edgar vuelve con el nuevo contrato, me entrega el bolígrafo, firmo en el lugar indicado y se lo entrego a ella.

"¡Por fin me voy a librar de esta loca!"

Vuelve a leer todo el documento y firma; entonces un gran peso se me cae de los hombros y respiro aliviado.

—Ahora regístrelo y, mientras tanto, traigan mis cosas —ordena, como si tuviera algún poder.

—No porque hayas firmado un contrato vas a mandar en nada, querida.

—Trae mis cosas, querido. —Esta vez lo exige mirándome a los ojos.

Hace falta mucho autocontrol para lidiar con gente así.

—Sérgio, sus cosas están en mi despacho.

Sérgio va en busca de su bolso.

—Vuelvo en cuanto esté registrado —avisa Edgar.

Me aparto de la mesa del comedor, porque no voy a esperar su vuelta en la presencia desagradable de esta chica.

Mis empleados ya están atentos y sé que no van a dejar que haga nada malo.

Subo la escalera y en el camino me encuentro a Sérgio cargando sus cosas.

Ella ya firmó, así que no debe contar la verdad ni inventar nada; aun así, decido esperar fuera del despacho, donde podré oír alguna conversación suya por teléfono.

Sé que lo hará.

Al cabo de un rato oigo un "hola".

¡Dicho y hecho!

—Estoy bien, doña Gertrudes. Solo estaba resolviendo algunas cosas sobre lo que pasó con mi padre. Estoy en la casa del jefe de él, Rómulo Guimarães. Debo llegar a casa sobre las diez de la mañana, como mucho diez y media. Si pasa de eso, usted debe preocuparse.

"Lista, tengo que admitirlo, pero si puedo librarme de ella antes de las diez, mejor todavía."



—¿Señor? —Sérgio llama a la puerta de mi despacho.

—¿Edgar volvió?

—Sí.

—Estupendo. —Me levanto para ver el final de esto.

Confieso que será una satisfacción ver a esta chica saliendo con el pico cerrado de mi casa.

Voy a la sala y ella ya está de pie, con el bolso barato, donde lleva cosas de menor valor aún, colgado del hombro.

—Ya está registrado —avisa Edgar y nos da una copia a cada uno.

—Estupendo. ¡Ahora, desaparece de aquí! —ordeno con gusto.

—No sin mi disculpa. —Me encara, cínica.

"Dios mío…"

—Entonces le pido que me disculpe por el malentendido.

—No es así. ¡Qué sin gracia! Quiero que sea mirándome a los ojos y de rodillas.

Suelto una carcajada.

—No hagas esto más desagradable.

—Ah, sí lo hago. Haz lo que he dicho.

—No. Acepta lo que ya he dicho y ¡lárgate de aquí! —exijo intentando ser pacífico.

Agarra el jarrón, que, convertido a reales, debe de costar unos cuatrocientos mil, adquirido en una subasta en España, y, sonriendo, lo lanza al suelo, haciéndolo estallar en cientos de pedazos.

En el mismo instante, avanzo en su dirección.

—¿ESTÁS LOCA?

—Un metro de distancia. No puedes tocarme.

"¡Qué hija de puta!"

—Sérgio, llama a todos los empleados aquí —ordena, mirándome a los ojos y con una sonrisa provocadora en los labios.

—¿Qué crees que vas a hacer, eh?

—Quiero una audiencia; al fin y al cabo, tú me humillaste delante de una. Nada más justo que revertirlo de la misma forma. Es una lección para todos. ¿No te parece?

"¡Es mala!"

—¡No voy a hacer nada de lo que estás sugiriendo, descarada! —Se me tensan los músculos de tanta rabia.

—Sí que vas a hacerlo. Y esto no es una sugerencia, está en el contrato, es una condición. Así que hagan lo que mandé, tal cual lo pedí.

Me quedo inmóvil, porque no voy a hacer nada.

Ella, al percibir mi actitud, va hacia otro mueble, que está repleto de piezas de subasta, equivalentes a más de un millón de reales, y apoya la mano con el brazo estirado.

—Haz lo que mandé o voy a acabar con este montón de adornos.

—¿Adornos? Tu vida no vale el precio que pagué por estas cosas. ¡Apártate ahora, tozuda!

—¿Son caros? ¡Estupendo! —Tira todos los objetos al suelo y los veo hacerse añicos.

"No ha hecho eso…

¿Ha tenido esa valentía la desgraciada?"

Me duele el corazón.

—¡Pero qué coño, Linda!

—No es peor que oír gritos sobre mis intenciones y mi situación financiera.

—¡Sí lo es!

"¡Qué mujer tan loca!"

—Rómulo, es mejor que hagas eso ya para no causar más perjuicios —mi abogado aconseja, preocupado.

"¡No me merezco esto!"

—Has venido mandada del infierno, ¿no? ¿Fue mi padre quien te envió?

—¿Tu padre es el Diablo? ¡Lo sabía!

—Rómulo… —mi abogado insiste en que haga lo que ella pidió.

Todos los empleados están viendo esto.

¡Es una humillación!

Me arrodillo a la fuerza del odio.

—Perdón. ¡PERDÓN! ¡AHORA SAL DE MI CASA!

Una sonrisa se le escurre por los labios.

—Emocionante —dice, satisfecha—. Con permiso. Fue un disgusto hacer negocios con vosotros. Espero que tengas pesadillas conmigo, Rómulo.

"Seguro que las tendré.

En realidad, estoy viviendo una."

Me levanto, suspirando, intentando abstraer lo que acaba de pasar. Todos están parados, atónitos con lo que presenciaron.

—Largo. ¡No quiero a nadie aquí! —ordeno a los empleados.



CAPÍTULO 9

Linda Fonseca

Cuando paso por los portones, siento como si me quitaran un gran peso de encima. Tal vez sean las esposas invisibles que me pusieron dentro de esta casa.

No imaginé que llegar a este lugar, para protestar por algo que me pareció injusto, me fuera a causar tantos problemas.

No consigo dejar de pensar en las actitudes de aquel hombre, pero comprar mi silencio fue el colmo.

Espero no volver a verlo en mi vida.

Vuelvo a casa a pie, pero con el sabor amargo de haberlo bajado del pedestal, aunque me haya perjudicado.

Espero que haya servido para que sus empleados entiendan que ningún abuso debe tolerarse; al fin y al cabo, nadie debe ser tratado como basura por la falta de sensibilidad de gente como él.

Ojalá ese hombre nunca se olvide de lo que hice, pues yo no olvidaré cómo actuó conmigo.

Casi una hora después, llego al barrio donde vivo y las vecinas, doña Gertrudes y doña Dalva, caminan hacia mí.

—Linda, hija. ¿Dónde estabas? —una de ellas me abraza, angustiada.

—Perdón por no avisar nada, me quedé sin móvil.

—¿Pero qué historia es esa de estar en la casa del jefe de tu padre? ¿Todos estos días estuviste allí?

—En medio de toda esa jornada, acabé allí y solo salí cuando me dijeron que estaba todo bien. No sé si ya hablaron abiertamente del caso, pero el hombre ni sabía lo ocurrido.

—¡Qué situación! —lamenta Gertrudes.

—Pues sí. Si no hubiera ido a averiguar qué pasó con mi padre, ¡seguiría igual! —camino hacia la casa donde vivo.

—Ay, hija mía, sé que eres orgullosa y trabajadora, pero el dinero que te ofrecieron, ¿no crees que ayudaría?

—Mire, doña Dalva, si hay algo de lo que no me arrepiento es de haber rechazado esa propuesta. Después de conocer al tal Rómulo Guimarães, tengo aún más certeza de que no quiero ni un céntimo suyo.

"¡Qué hombrecito malo!"

—Hiciste lo que consideraste correcto y eso es lo que importa —dice Gertrudes, apoyándome.

—Sí. Ahora voy a arreglar esta casa y a trabajar. Estoy llena de cuentas por pagar. —abro la puerta y ellas se apartan, poniéndose a mi disposición para cualquier necesidad, que sé que no es financiera.

Todos trabajamos para sobrevivir aquí. No hay lujos, pero sí lo mínimo de comodidad.

Bastaron dos días para que mi casa estuviera toda polvorienta por el tejado, que tiene algunos agujeros, y por las rendijas de las puertas. En fin, toda la porquería que viene, entra.

Tras unos minutos de descanso, empiezo a limpiarlo todo.

Mi casa no es tan elegante como la suya; es muy sencilla, pero no tiene la mala energía de la que está cargada la casa de él. Aquella mansión es como si fuera una prisión, y el ambiente allí es de tensión y agonía.

Mi casa, aunque ya no tenga a mi padre y me sienta triste por ello, todavía me trae paz, y seguirá siendo así ahora que tengo la certeza de que contarán la verdad sobre lo que le pasó, sin soborno, solo la verdad.

Mi padre podrá descansar en paz y yo podré convivir con lo que ocurrió sabiendo que no vendí mi palabra.



Tres meses después...

Vengo al cementerio a visitar la tumba de mi padre, pero, a diferencia de las otras veces, las cosas están más revueltas. Hay muchos fotógrafos en la entrada y, por suerte, conozco al portero.

—¿Qué pasó? —pregunto.

—Están enterrando a un empresario importante y esa gente hace de todo por una foto. —me deja pasar.

¡Vaya alboroto!

Por suerte, el único cementerio de la ciudad tiene el lado rico y el lado pobre, y me voy al lado pobre, pensando que no pasaré cerca del evento fúnebre de los ricos.

Pero la tumba de mi padre queda cerca de la carretera que separa ambos lados y, a unos diez metros o más, está el grupo de personas vestidas de negro despidiéndose del hombre.

Esa es una tristeza que ningún dinero puede evitar.

Suspiro y me siento frente a la lápida de mi padre.

—Hoy no traje flores, papá, porque un cabrito entró en el patio de doña Dalva y destrozó su macizo. —cruzo las piernas en postura de mariposa—. Debería traer novedades cada mes, pero las cosas no salieron como planeé. Antes tardaban en pagar los arreglos que yo hacía, y ahora que puse un cartel que dice que solo entrego la ropa con el dinero en la mano, mucha gente dejó de buscarme.

"¿Qué voy a hacer, eh?"

—Sé que eso no es malo; al fin y al cabo, me ahorra el tiempo de un trabajo no remunerado, pero el dinero que recibo no me está dando para pagar los alquileres atrasados.

"Estoy jodida."

—Conseguí pagar los tres meses que estaban atrasados cuando perdí al señor, pero ya volví a atrasar tres meses y la próxima semana se cumplen cuatro alquileres. —aplasto una hormiga que subió a mi muslo y sigo hablando—. Sé que el dueño pronto empezará a cobrar, pero no podía dejar de comer para guardar dinero, y él ve que, aunque con retraso, cada mes pago uno. Hice algunos cursos por internet y monté un buen currículum, pero las tiendas solo contratan a gente con experiencia y esa no soy yo. No sé qué hacer, papá, pero rendirme no es una opción.



CAPÍTULO 10

Rómulo Guimarães

Han pasado tres meses desde que ella pasó por mi vida y aún intento lidiar con todo lo que viví. La peor parte, sin duda, fue tener que arrodillarme y pedir algo que no quería: perdón.

Desde entonces, siento que nada es suficiente y me siento impotente, como si aún no hubiera recuperado el control que perdí por culpa de ella y trato de compensarlo con rigidez y exigencia a mis empleados.

Me acuerdo de eso ahora que estoy en el cementerio, en la despedida de uno de los socios de mi empresa.

Al final de todo, decido dar una vuelta por el lugar. En el breve paseo, para mi sorpresa, me encuentro con Linda sentada frente a una lápida, hablando con su padre.

"Qué mundo tan pequeño…

Cementerio pequeño…"

Al principio me pongo extremadamente nervioso y confuso; al fin y al cabo, su imagen me trae a la superficie muchos

sentimientos, incluidos algunos con los que aún no sé cómo lidiar, así que me detengo a unos metros de distancia y escucho sus lamentos.

Vista así, ni siquiera parece la loca que fue a mi casa. En realidad, parece una chica frágil. La que estuvo allí probablemente estaba poseída.

Lleva el pelo suelto, ¡tan bonito!

Y las mangas de la blusa caídas sobre los hombros la hacen delicada y no desaliñada como apareció en mi casa.

Por fin, cuando se queda en silencio, acabo acercándome impulsivamente, contrariado por su tozudez.

—Te di el derecho de pedir cuanto quisieras y, aun necesitándolo, lo rechazaste, ¡tozuda!

Ella se gira hacia mí, con una mirada alarmada, y se santigua.

"De nuevo esos ojos verdes delante de mí…"

—¿Qué haces aquí?

—No eres el único que conoce gente.

Mira al pequeño grupo de negro que aún está en el lugar del entierro.

—No me arrepiento de haber rechazado tu dinero. —Niega con la cabeza, y su pelo oscuro se agita con el gesto.

—Y aun así me causaste una pérdida de más de un millón y medio. —Le reprocho, con las manos en los bolsillos del pantalón.

—Vosotros solo sentís cuando se trata de dinero —me acusa, mirando fijamente la lápida.

—Me humillaste delante de mis empleados.

—Tú hiciste lo mismo conmigo; te pagué con la misma moneda. Y tus disculpas no eran verdaderas; entonces, ¿por qué no sentir un poco de lo que yo sentí?

Tiene razón en que no fueron verdaderas; al fin y al cabo, para entonces ya me había fastidiado mucho.

—Así que tu intención era de verdad humillarme…

—Mira, creo que no podría darte toda la humillación que te mereces. Después de lo que me hiciste… Decir que sabías que yo quería tu dinero y que debía tragarme mi orgullo… —habla con asco y me encara—. Espero que algún día te sientas humillado como me sentí por tu culpa.

Parece dolida por eso.

—Así como yo no conocía tu historia, tú no conoces la mía, Linda.

Me aparto y decido irme a casa.



"Dos años antes…

Nos reunimos para cenar como de costumbre, pero esta vez tenemos visitas de abogados y amigos de la familia.

Mi padre acaba de volver de viaje y tengo problemas en mi empresa, pues como aún estoy en proceso de construir la marca y adaptarme, las cosas siguen siendo muy difíciles.

—Entonces, en vez de recuperar la inversión, ¡estás perdiendo dinero, Rómulo! —dice mi padre.

—Toda empresa empieza así.

—No. Yo nunca perdí un céntimo en mi empresa. Y menos aún después de seis meses abierta.

—La suya no es de petróleo y gas.

—Quizá ese sea tu error. ¡Te dio por trabajar con algo que ni conoces! Deberías haberte quedado conmigo y aprender a ser un

verdadero empresario, ¡un hombre de negocios! No vas a llegar a ninguna parte con esa empresa —dice mi padre delante de todos, con una sonrisa altiva en el rostro.

—Mi empresa no...

—¡Cállate, Rómulo! No sabes nada. No sirve de nada inventar excusas para sostener tu fracaso. Cierra mientras aún no has tenido una pérdida millonaria y vuelve a trabajar para mí; es lo más inteligente que puedes hacer. Escucha el consejo de alguien de éxito. ¿No estáis de acuerdo? —pregunta mi padre a los invitados, y algunos de ellos se ríen mientras otros lo apoyan.

Me levanto de la mesa destrozado y salgo de casa, entre las ganas de defender lo que creo y de lanzarme sobre mi padre para hacerle tragar la lengua a base de puñetazos.

Elijo la tercera opción: retirarme.

No huyo, pero me retiro para ahorrarme más humillación.

Solo quien ya ha perseguido un sueño sabe lo difícil que es el camino y lo doloroso que resulta oír a alguien desmotivándote e invalidando tu esfuerzo."

Salgo de mis pensamientos con la voz de alguien llamándome.

—¿Señor Rómulo?

Miro hacia la puerta y veo a Sérgio.

—Sí.

—¿Necesita algo?

—No, no necesito.

—¿Cómo fue la despedida? —pregunta, entrando en el despacho.

—Triste.

—Parece abatido. ¿Es por eso?

Sérgio lleva demasiado tiempo a mi lado como para no reconocer cuándo algo me ha removido por dentro, y en los últimos meses eso ha sido frecuente.

—Claro que no —admito—. La volví a ver en el cementerio.

—¿A quién?

—A ella… Aquella… tozuda. —Suspiro—. Estaba hablando de su situación frente a la lápida de su padre.

—¿Y bien?

—Me recordó que no le creí. Dijo que se sintió humillada por eso. —Suspiro—. Todo lo que quería en la vida era ser diferente de mi padre y ahora veo que me parezco más a él en personalidad que físicamente.

"Y mira que soy su copia física."

—Mi padre no creyó en mí cuando empecé con la empresa. Se burló, me humilló delante de todos. Igual que yo hice con ella, Sérgio. Ni siquiera se dio cuenta de cómo me hirió. Ese día me fui de casa.

—Contextos diferentes con resultados iguales.

Asiento.

—Ni siquiera me di cuenta de que había actuado como él. —Me siento asqueado—. ¿Cómo me convertí en él? ¿Cuándo? ¿Será que el éxito lleva a eso? Joder, Sérgio, ¡me he convertido en quien odio! —Lo miro, decepcionado conmigo mismo.

—Todo en la vida sirve para algo. A veces, no es solo para lo que vemos ahí delante.



CAPÍTULO 11

Rómulo Guimarães

Quería olvidar toda esa historia, pero al final acabé pidiéndole a un conocido que investigara a fondo su situación.

Linda Fonseca...

Tal vez pueda hacer algo que disminuya su rencor. No seré como mi padre, que hiere, humilla y nunca se disculpa. La cagué; no puedo volver atrás, pero puedo intentar hacer algo para arreglarlo.

Esta noche me vestí mejor que nunca para asistir a un cóctel.

Es eso: mientras unos lloran, otros celebran.

En este caso, el cóctel es otro evento de *networking*; por eso me gusta bastante participar en este tipo de reuniones. Así consigo hacer amistades, alianzas y ganarme el respeto de las personas importantes para mi éxito, ya que años atrás no fui capaz de defenderme de los insultos de mi padre.

Hoy ya no soy así: aunque no lo enfrente, el resto del mundo come de mi mano, pero ese mundo no incluye a la prensa, porque a ella le encanta inventar cotilleos sobre la gente de mi círculo social.

Salgo de casa con la esperanza de que Gustavo esté allí también, pues siempre le insisto en aprovechar este tipo de oportunidades.

Cuando bajo del coche ya en el lugar de la fiesta, recibo una lluvia de flashes y finjo estar acostumbrado mientras camino por la alfombra roja.

—Rómulo, ¿dónde está tu novia? —pregunta una de las reporteras.

—Señor Guimarães, ¿aquella mujer que salió de su casa es su prometida? —pregunta otro reportero.

—¿Estás saliendo con la hija del obrero? —inquiere otro reportero.

—¡No!

"¡Qué preguntas absurdas!"

—Pero estuvisteis juntos en el cementerio.

—Eso no significa nada. No salgo con nadie. —Intento entrar en el lugar de la fiesta, pero siguen preguntando.

—Señor Guimarães, ¿desde cuándo sale con Linda Fonseca?

"¿Ya saben su nombre?"

Esta vez me altero tanto que ignoro la pregunta y entro en la fiesta, donde me encuentro con Edgar.

—Por lo visto, ya sabes de los chismes.

—¿Cómo saben todo eso? —pregunto, irritado.

—La gente está hablando de tu supuesta novia.

—¡Era lo que me faltaba! Ella estuvo en mi casa hace tres meses, ¿cómo lo saben?

—Están pendientes de todo; solo esperaron el momento para juntar las piezas.

—Piezas que no tienen ningún sentido. Espero que esto no pase de aquí.

Caminamos por el salón y nos mezclamos con los invitados.

No hay una sola persona que, aunque sea discretamente, no pregunte por esa historia de noviazgo e incluso de compromiso.

Parece incluso una broma, tanto que por un rato me quedo buscando alguna cámara o señal que pruebe que estamos en un programa de televisión.

Cuando me topo con una pareja de conocidos que parecen no estar al tanto de esta historia, oigo una vez más el absurdo.

—Estoy decepcionado contigo, Rómulo. Cuando por fin te echas una novia, ¡me entero por los medios! —dice el hombre.

Permanezco callado.

—¿Por qué no la trajiste? —pregunta su esposa.

Odio poner a personas como ellos en una situación incómoda, pero esta vez voy a desmentirlo.

—No pasa de un malentendido. Tranquilos, porque cuando esté en una relación, se la presentaré a todos. —Intento sonreír.

—¡Qué pena! —La mujer se queda decepcionada—. Pero esa chica a la que están suponiendo que es tu novia es muy guapa, parece buena persona. Deberías apostar por ella. ¿Qué sois vosotros? ¿Amigos?

—Conocidos. —Me bebo la copa de un trago.

"Invertir..."

Una relación amorosa es algo que tengo claro que nunca sucederá entre nosotros.

Reencontrarme con Rómulo fue inesperado y desagradable. Me quedé un poco alterada, pero estoy intentando olvidarlo. Él no forma parte de mi vida y en tres meses no ha cambiado mi opinión sobre él.

El domingo por la noche, mis vecinas y yo nos reunimos para charlar y comer las delicias que prepararon para el fin de semana.

Desde que mi padre murió, han hecho de todo para que yo no me hunda del todo. Lo que hace interesantes nuestras reuniones en la acera son los chismes que cuentan sobre sí mismas.

—Pues él llegó con toda la cara y entró en el baño después de ensuciar la casa entera con esos zapatos llenos de barro y todavía me pidió una toalla —cuenta Gertrudes, indignada—. Ay, hermana, no le di margen, ¿eh? Ni le contesté y no cogí ninguna toalla. Me insultó de todas las maneras y tuvo que salir cubriéndose el asunto con la ropa sucia.

Nos reímos con la conclusión.

—El mío hacía eso también —revela Vera—. Pero lo corté pronto. ¡A los hombres no les doy margen!

—La sinvergüenza de mi casa tiene diecisiete años y no lava sus bragas —Dalva no perdona a la hija, que está a mi lado, con el móvil en la mano—. Y eso que ya quiere tener novio.

—¡Ay, mamá! ¡No me dejes en evidencia!

—Hay que darle vergüenza, a ver si espabila. ¡Solo sabe vivir con la cara pegada al móvil!

—Estoy viendo las noticias de la fiesta de ricos de hoy. Dicen aquí que Rómulo Guimarães tiene novia. Voy a buscar a ver si descubro más cosas.

"¿Una novia...?"

"¿Quién será capaz de aguantar a ese hombre?

Todo bruto, frío, solo piensa en la riqueza.

¿Cabría amor en ese corazón?

Definitivamente no. Debe de ser un hombre sin corazón."

—¡Gente! —Rakelly abre los ojos de par en par—. Linda, ¿no eres tú? —Me enseña el móvil.

Veo una foto en la que estoy saliendo de la casa del cabezota; al deslizar, hay otra tomada en el cementerio, cuando el individuo se me acercó.

"¿Cómo?"

—¿Yo? Lee el pie de foto —pido con el corazón desbocado.

—Durante el sepelio del magnate, Bento Seravat, Rómulo Guimarães fue pillado en una conversación con la hija del obrero que perdió la vida durante el trabajo en la empresa de petróleo y gas hace tres meses. La joven, Linda Fonseca, también fue fotografiada saliendo de la casa del millonario y los internautas están señalando a la chica como la supuesta novia del empresario petrolero. Pero él apareció en la fiesta solo.

Se me quita hasta el hambre.

—¡Podrían pensar que soy empleada, cualquier cosa, menos novia de ese hombre! ¿Esa gente no tiene nada que hacer? —pregunto con el corazón en un puño.

"¡Era lo que me faltaba!

Dios me libre de salir con un monstruo así."



CAPÍTULO 12

Rómulo Guimarães

¡Qué fiesta más mala!

Todo el mundo solo habló de la novia que no tengo y, sencillamente, no entiendo cómo llegaron a esa conclusión. ¡Esa chica tiene más pinta de empleada que de mi novia!

Volví a casa temprano, cansado de esta historia.

Me desperté el lunes siendo bombardeado por mensajes, correos y toda clase de comunicación hablando sobre esto.

"¿Por qué a la gente le importa tanto si tengo novia o no?"

Decido dejarlo para tratar en la oficina; al fin y al cabo, allí tengo a Kettelyn, que debe saber más o menos qué hacer.

En cuanto el ascensor se abre en el noveno piso, me encuentro a Kettelyn esperándome.

—¿Cómo es que esta historia sigue circulando?

—¡Rómulo, todo pasó durante el fin de semana!

—¿Sabes lo que un fin de semana con un chisme así puede causar a mi nombre?

—Sí, lo sé, pero vamos a arreglarlo. —Echa el cabello rubio hacia atrás y me acompaña.

—Quiero que dejen de hablar de esto ya. No quiero a nadie sabiendo de mi vida. —Entro en mi despacho y dejo el maletín sobre la mesa; luego me siento—. No sé cómo consiguieron fotos de mi casa.

—¿Cómo ha pasado todo esto? ¿Ella es o no es tu novia? —pregunta y luego se ríe—. Claro que no, ¿verdad?

—¡Obvio que no!

Ella suspira aliviada.

—Entonces voy a hablar con las principales fuentes que han difundido este chisme y desmentirlo. No van a seguir hablando de una mentira.

—Estupendo. Y si continúan, demandaremos a todos —decido, y ella se ríe.

—Entonces, ¿quieres decir que no tienes ningún interés en esa chica?

—¡Absolutamente no!

—Bien me lo imaginaba. Ella ni siquiera es tu ti…

—¿Señor Rómulo? —Mi "detective" entra en el despacho, interrumpiéndola.

No sirve de nada gritarle, porque, aunque es despistado con estas cosas, hace un trabajo excelente cuando lo necesito.

—Ya tengo toda la información sobre la chica que a usted le interesa.

—Y no le interesa... —Kettelyn sale de la sala como si estuviera molesta.

—He hablado de más, ¿verdad? —dice Cassiano, con apuro.

—No importa. Ahora, dame lo que has encontrado.

Me entrega un iPad y me cuenta un resumen de su vida.

"Cuatro meses de alquiler atrasados."

—Apenas paga el alquiler.

—Ya veo.

—Pobrecita.

—Vale, Cassiano, gracias por la investigación. Luego mándame el importe del trabajo y lo pagaré.

—Hecho.

Nos damos un apretón de manos.

—Ah, y mantén esto en secreto, que no tiene nada que ver con lo que la prensa anda contando por ahí.

—Sí, señor, con su permiso.

Solo señala lo obvio: esa terca necesita dinero y todavía se atrevió a insultarme por ofrecérselo.

No debería insistir, pero me siento obligado a hacerlo.

Linda Fonseca

Quiero ignorar las noticias, pero me tienta saber qué están diciendo de mí, por eso decido verlas.

Solo calumnias.

Estoy en boca de todos.

Era lo que me faltaba, ¡ser vista como la novia de ese tipo!

¡Justo él!

No entiendo cómo llegaron a esa conclusión; al fin y al cabo, nunca tendré nada con ese hombre. En realidad, no quiero

encontrarme con ese cabezota nunca más en la vida y espero que se mantenga bien lejos de mí, porque voy a ignorar todo este lío.

Necesito seguir con mi vida, trabajar, porque las cosas están difíciles, pero creo que van a mejorar.

Oigo el sonido de un coche parando frente a mi casa y enseguida imagino que será uno de los vecinos impertinentes, que creen que no voy a necesitar salir de casa y aparcan justo en mi puerta para dejar libre la entrada de la suya.

Hay vecinos y vecinos, pero no hay manera: siempre hay algún capullo.

Sigo con mi trabajo hasta que alguien llama a la puerta; miro hacia atrás y no me creo a quién veo a través del cristal ahumado.

Es él.

Me levanto con un temblor que se extiende por cada músculo del cuerpo y abro la puerta.

Es él, sí, no es un espejismo.

—¿Qué quieres aquí? —pregunto, un poco grosera.

Esta vez, es él quien perturba mi paz.



CAPÍTULO 13

Rómulo Guimarães

Ignoro los chismes y voy hasta la casa de la chica porque imagino que Kettelyn ya debe haber hecho lo que prometió.

Es obvio que yo, Rómulo Guimarães, no salgo con ese tipo de mujer. Me gustan las mujeres con clase, inteligentes, con etiqueta, bien educadas y elegantes.

Linda no encaja en ninguno de mis requisitos previos; solo es muy guapa.

Incluso con el lío que rodea el falso noviazgo, vine a ofrecer ayuda para corregir la imagen que di de mí ante ella meses atrás.

No sabía que vivía en un barrio pobre y en una casa tan...

Pobre.

Su casa es tan sencilla y parece que tiene el tamaño de mi salón.

—¿Eh? ¡Dime ya lo que quieres! —me presiona de un modo nada amable.

"Olvidé lo maleducada que es."

—Tenemos que hablar. —Agarro el otro lado del picaporte y entro en la casa, cerrando la puerta justo después.

—No tengo nada más que hablar contigo; ya firmé el documento. Tú querías silencio y yo quería distancia, ¿es tan difícil cumplirlo? —lleva ese rencor en la voz.

—No lo estabas cumpliendo hasta nuestra última conversación.

—¿Ves? Sé cumplir mis promesas; tú no —acusa con el pelo recogido en lo alto de la cabeza.

—Ganaste.

Ella cruza los brazos llena de prepotencia.

—Si hubieras ganado, no estarías aquí. Esas habladurías que circulan por ahí. No me gustaron. Me pareció un insulto.

—¿Crees que a mí me gustó? Es como insultarme en diez idiomas diferentes.

Quiero redimirme, pero sigo pensando que la chica está loca.

—¿Dónde está tu poder para callar a la gente, grandullón?

—¡Estoy haciendo lo que puedo!

—¿Y vienes aquí a echar más leña al fuego? Estás haciendo lo contrario. ¿Cómo supiste dónde vivo?

—Sé todo sobre ti.

—Eres el mismísimo Satanás. ¡Ya lo supe la primera vez que nos vimos! —ella menea el dedo, muy segura.

"Loca de atar."

—No aceptaste el dinero, aun teniendo varios meses de alquiler atrasados. Yo soy el Diablo y tú una tonta orgullosa.

Ella se ríe.

—¡Joder, estoy trabajando para ganar mi dinero y tú me estorbas! No quiero nada tuyo, como sugeriste —dice, molesta.

—Ya he entendido que eso te dejó muy dolida, pero me disculpé aquel día.

"¡Qué mujer difícil!"

—Esas disculpas están lejos de ser sinceras.

—¿No crees que tú también me perjudicaste? —pregunto con las manos en las caderas.

—¿Qué es un millón de reales para ti, Rómulo, que tanto presumes de ser rico?

—Me volviste loco. —Apoyo las puntas de los dedos en la cabeza, angustiado—. Desde que estuviste allí no tengo paz.

—Mi deseo se cumplió. Fue tu castigo.

—Sáname de este castigo, acepta mi ayuda —imploro—. Así quedamos bien: tú con tus deudas pagadas y yo con la conciencia de haber hecho algo bueno por ti.

—¿Quieres hacer algo bueno por mí, Rómulo? ¡Desaparece!

—¡Testaruda! Linda, ¡estás jodida! —Intento abrirle los ojos y arrancar ese orgullo estúpido.

—Mis problemas los resuelvo yo. No quiero que mitigues mis heridas con alquileres pagados. —Su soberbia disminuye y parece que habla de corazón.

Respiro hondo.

—Mira, sé... sé que estás dolida por lo que dije, por no haber creído en tu palabra. Pero estoy aquí porque no soy ese tipo que conociste. En aquel momento, todo me llevaba a ver las cosas de esa forma.

—¡Ni siquiera te arrepientes, Rómulo! Ahí estás defendiendo tus ofensas.

—Del mismo modo que tú necesitas tiempo para procesarlo, yo también lo necesito. Me hiciste pasar vergüenza delante de mis empleados.

—Fue poco.

—Mira, tú tampoco te arrepientes. No es porque esté aquí que me guste, pero tampoco soy el monstruo que imaginas. Y, para que quede claro, cuando dijiste que deseabas verme sintiendo lo que te hice sentir, sé lo que es; por eso estoy aquí.

—¿Ofreciéndome dinero? —No me da crédito.

—Tienes derecho a odiarme, pero no puedes impedir que intente que ese odio disminuya.

—Rómulo, estaba bien como estaba. Yo sin saber tu vida y tú sin saber la mía. Estaba perfecto —explica.

—¿De verdad?

Ella guarda silencio y me mira con sus ojos redondos. Saco la tarjeta del bolsillo y se la ofrezco.

—¿Qué es eso?

—Si necesitas trabajo, ya que eres tan orgullosa, te consigo algo con una simple llamada y, si necesitas privacidad, si quieres una vivienda mejor y más segura, también puedo ofrecerlo.

Ella mira la tarjeta y no la coge, pero la dejo sobre la silla y abro la puerta para marcharme.



"¿Cómo no acepta nada?

¡Qué mujer orgullosa!"

—Es una cabezota, Sérgio —digo recostado en la ventana, mirando la calle.

—¿No aceptó tu ayuda?

—No.

No debería estar decepcionado por eso, pero lo estoy. Cualquiera aceptaría, pero la alecrim dourado no.

—Es una chica orgullosa y quiere conseguir las cosas por mérito.

—¡Pero no puede sola! Estoy intentando redimirme.

—¿Y usted se arrepiente de lo que hizo?

Miro al hombre en silencio.

—Todavía no la he perdonado por lo que me hizo, así que sigo en este dilema, pero no soy como mi padre. Me arrepiento de las palabras que le dije.

—Creo que es difícil que alguien odie a una mujer como ella.

—No lo creo difícil. Es irritante, cabezota, ¡muy borde! ¡No me respeta! Sérgio, me llama de todo…

—No forma parte de tu círculo de convivencia. —Se ríe.

—Se espera educación, independientemente de dónde nazcamos.

—Independientemente de lo que tengamos acceso —corrige él—. ¿Al menos le hablaste con cierta delicadeza?

—¿De qué manera hablas? —pregunto impaciente—. Hablé a mi manera. A la habitual.

—Es que ya está claro que no le gusta mucho tu tono de voz y usted habla diferente con ella comparado con otras personas.

—Me pone nervioso. ¡Me desbarata la postura! ¿Qué quieres? ¿Que baje la cabeza y le hable suave a esa chica arrogante?!

—Sinceramente, creo que en su posición, en la situación actual, debería plantearse actuar de forma agradable con ella.

—No pedí tu sinceridad.

—Hay que tener más paciencia con ella. Usted, mejor que nadie, puede entenderla, porque ambos tienen personalidades muy parecidas.

Miro el rostro de Sérgio y no doy crédito a lo que oigo.

—Sal de aquí, Sérgio, antes de que tomes medidas que no te favorezcan. —Agito la mano y él se va.

"¿Yo, parecido a ella?

¡Debe de estar loco!"



CAPÍTULO 14

Linda Fonseca

Es difícil aceptar la ayuda de quien ya nos trató como basura. Es como meterse el orgullo por el culo, agachar la cabeza y confirmar lo que esa persona piensa de nosotros.

Voy a seguir intentándolo sola.

Durante la semana oí que algunas personas andaban queriendo saber de mi vida y le preguntaron a Maria Isabel.

Saber eso no me dejó preocupada, pero sí consciente de que se pueden decir por ahí más mentiras sobre mí.

Maria Isabel es como la versión pobre de Ana Cláudia, es la villana pobre y envidiosa de mi vida. Apuesto a que va a contar una versión distorsionada de mí y alimentar aún más esa mentira.

Rómulo no me buscó más y, por fin, acabé guardando la tarjeta. Debería haberla tirado a la basura, pero la realidad dolorosa, en la que él simplemente consigue un trabajo con una simple llamada, fue lo que me impidió hacerlo.

"Lo voy a conseguir sola.

Él no me va a restregar que quiero su dinero nunca más."

Estoy comprando lo que faltó en casa en el supermercado y no debería estar acordándome de aquel individuo, pero vi la tarjeta dentro del bolso y listo…

Es una persecución inconsciente.

"¿Tu oferta significa una petición de perdón, o arrepentimiento, o búsqueda de redención?"

Cuando estoy en la fila de la caja, suena mi móvil y veo que es Rakelly, la hija de mi vecina, llamando.

—¿Hola?

—Linda, estaba siguiendo el directo de Ana Cláudia en Instagram y vi que estaba hablando de ti y de Rómulo Guimarães. Te envié el enlace. Creo que vas a querer verlo.

Mi corazón no aguanta tanto sobresalto y el miedo me causa un malestar en la barriga.

—Lo voy a mirar ahora. Gracias.

Estoy asustada, pues sé que Ana Cláudia debe de haber dicho alguna mierda, ya que le encanta despreciarme.

Abro el enlace que me mandó Rakelly y veo a la desgraciada, rubia, maquillándose mientras habla frente a la cámara. Es el vídeo guardado del directo. Dice un montón de tonterías, hasta que llego a la parte en cuestión.

"¿Qué pienso de esa historia de Rómulo con la chica esa?

Gente, mirad, sinceramente, creo que todo esto no es más que un engaño. Conozco a Rómulo y conozco a esa pobre chica también, así que puedo opinar. Primero, Rómulo tiene estándares muy altos y no se mete con cualquier mujer.

Nunca lo vimos apareciendo con ninguna mujer, por eso, ¡imagina el estándar de mujer que busca!

¿Vosotros creéis que va a salir de verdad con una pobretona como Linda Fonseca?

Gente, vive en la periferia, no tiene madre, la crió el padre, no tiene referencia de moda y solo terminó el bachillerato.

Creo que ni siquiera tiene un trabajo formal.

Ciertamente, debe vivir de chapuzas, además de ser inexperta y nada atractiva.

¿Qué haría que Rómulo se interesara por ella?

Creo que las redes deberían dejar de hablar de eso porque siento que enseguida Rómulo va a posicionarse furioso contra esas mentiras.

Vamos a tener pena de esa chica y a dejar de ilusionar a la pobre.

Sería un sueño salir con Rómulo Guimarães, pero es una maldad engañar así a la chica. Pobrecita. Es lo que yo pienso."

A continuación se ríe y pide cambiar de tema.

"¿Nada atractiva?

¿Dejar de ilusionar a la pobre?

¡¿Cómo pudo decir esas cosas en público?!"

No mintió sobre mis condiciones, pero estoy furiosa por haberse expuesto de esa forma conmigo. Dijo que soy una pobrecita, una pobretona, ¡que no tengo sentido de la moda!

Estoy tan indignada que las manos me sudan frío.

¡Ahora la gente sabe demasiado de mí y van a estar hablando más todavía!

¡Cuando me cruce con esa Ana Cláudia, me va a costar no darle unas bofetadas en la cara!

No me avergüenzo de mi origen ni de mi situación, pero ¿decir que no estoy cualificada para salir con un tipo solo porque soy pobre o voy menos arreglada?

¡Tengo la certeza de que si el tipo rico fuera de buen corazón, no un cretino sin corazón como Rómulo, estaría conmigo, sí!

¡Las cosas no se reducen al dinero!

En cuanto paso por caja, me voy a mi casa, con las bolsas en la mano y a pie, pues el supermercado queda a solo diez minutos de donde vivo. Cuando doblo la esquina, veo coches que no son de mis vecinos, parados en la calle y algunas personas bien vestidas andando por la acera.

Tengo un 99 % de certeza de que están vigilando mi casa y eso me deja en duda entre seguir el camino o esperar a que se vayan. Pero dudo que pretendan irse sin conseguir lo que buscan.

Tengo que enfrentar esto.

¡No es posible que insistan hasta el punto de invadir mi casa!

Sigo el camino y en cuanto voy por medio de la calle, varias personas salen de los coches y me hacen fotos; otras vienen a mi encuentro.

"¿Ese Rómulo es tan famoso así?"

—¡Ha llegado! —exclama alguien.

—Linda, ¿tú y Rómulo Guimarães estáis saliendo? —pregunta otra persona.

—¡No! ¡No estamos!

—¿Y qué estaba haciendo en tu casa a principios de semana?

—¡No es asunto vuestro! Subo a la acera y sujeto las bolsas con una sola mano para poder sacar la llave del bolso y abrir la puerta.

—¿Cuándo pretendéis hacer oficial el noviazgo?

—El 30 de febrero. Apuntadlo en la agenda.

—Solo queremos saber más sobre lo que estáis escondiendo.

—¿De dónde, joder, sacaron eso? ¡No existe nada entre nosotros! ¡Ni siquiera existe un "nosotros"! ¿Es un delirio colectivo?

—¿Y las fotos? ¿Los encuentros?

—Mi querido, si vosotros creéis que aquello significa una pareja enamorada, necesitáis revisar vuestras referencias. ¡LARGAOS ANTES DE QUE OS ESTAMPE ESTA BOLSA DE LA COMPRA EN LA CARA! ¡Quita esa cámara de mi cara, inconveniente!

Siguen insistiendo hasta que consigo abrir la puerta y entrar en mi casa.

—¡Dejadme en paz! ¡Voy a llamar a la policía!

Cierro la puerta y corro las cortinas.

"Voy a llamar a la policía, pues esto no puede quedarse así."

Antes incluso de marcar el número, mi teléfono empieza a sonar con un contacto sin identificación.

—¿Hola?

Solo hay silencio al otro lado de la línea.

—¿Quién es, eh? ¡No quiero ni planes ni préstamos!

Nadie responde y cuelgo la llamada.

Vuelvo hacia la puerta, corro un poco la cortina y veo que se están yendo.

"¡Perfecto!"



CAPÍTULO 15

Rómulo Guimarães

***"¿Qué** la hizo cambiar de idea?",* pienso mientras miro el móvil.

—¿Todo bien? —Edgar se sienta frente a mí—. Estás pálido.

—¿Yo? ¿Pálido? —Me toco la cara—. No. Acabo de recibir una llamada de la chica. Aceptó el trabajo, pero no especificó nada. La pondré a trabajar con Gustavo.

—¿Con Gustavo? —estira el cuello hacia delante, sorprendido —. ¿Estás seguro? ¿No es mejor hablar antes con él?

—Gustavo no tiene por qué querer, al fin y al cabo, quien manda en él soy yo.

Edgar se ríe.

—Solo estoy muy sorprendido con la llamada de ella y me pregunto qué la hizo cambiar de idea —explico.

—Creo que esa historia de que vosotros estáis juntos puede haber interferido.

—¡Es verdad! Por cierto, esas especulaciones ya pasaron su fecha de caducidad. Kettelyn dijo que lo desmentiría, ¡pero ya ha

pasado una semana!

—Y por lo que he visto en internet, no le dan ni un día de paz a la pobre de tu falsa novia.

"Entonces, sin dudas, fue por eso..."

Esa terca no cambiaría de idea simplemente por necesidad.

Siento que estoy a pocos pasos de demostrar que no soy como mi padre.

Después de ajustar algunas cosas con Edgar, él se va y a quien quería ver aparece, como siempre, sin previo aviso.

—¿Ya no llamas a la puerta, Gustavo?

—Pensé que era una nueva era. ¿Rómulo Guimarães saliendo con alguien? Las cosas pueden cambiar ahora. —El descarado, de traje y corbata, se sienta frente a mí.

—¿Entonces también pierdes el tiempo viendo sitios de cotilleo?

—Solo cuando es sobre mi amigo y no me entero de nada. Pensé que teníamos una amistad más sólida. Últimamente estás lleno de secretos, ya no conversamos y ahora me entero de que he ganado una asistente —enumera con los dedos mientras se queja.

—Estás muy ocupado con esa tal... ¿Cómo se llama tu novia?

—María Clara. Y no es mi novia. Aún no, pero quién sabe. Parece que todavía está evaluando mi fortuna para ver si compensa. —Se rasca la barba, dramático.

—¿No podías encontrar una menos interesada? —Una leve sonrisa se dibuja en mis labios.

—Yo no soy tan humilde como tú. ¿De dónde salió esa mujer? No la recuerdo.

—No la conoces y siento desilusionarte, pero no es mi novia.

—¿Cómo que no, si no se habla de otra cosa?

—Tú mismo dijiste que eres mi mejor amigo y esperabas enterarte de esas cosas; pues bien, si no te lo conté, es porque no existe. Juntaron fotos y sacaron esa conclusión, pero no es verdad.

—Le conseguiste un trabajo y ahora os vais a ver cada día. Es guapísima y muy bien podría pasar algo contigo. Nunca te vi contratar a nadie de esa forma.

"Sí. Yo no contrato a cualquiera."

—Teóricamente, eres tú quien está contratando a alguien, y ella era hija del operario que trabajaba para mí.

—¿El que falleció? —Se pone más serio.

—Eso. Está sola y no tiene un buen trabajo, así que eso es todo.

Sonríe.

—¡Qué buen corazón tienes, Rómulo! Hasta noto una energía diferente.

—Es terca, pero creo que os vais a llevar bien.

—Puedes quedarte tranquilo: voy a cuidar bien de tu chica. Por cierto, le hace honor al nombre, ¿eh?

—¿Linda? —Me río mirando la grapadora.

—Sí. Y muy linda. La mujer no usa maquillaje y es así. ¿Te imaginas si se maquilla? Las amigas de María Clara se murieron de envidia, al fin y al cabo, tú no le das oportunidad a nadie.

—No estoy interesado en una relación, mucho menos con esas sanguijuelas.

—Lo sé. Te gustan las humildes, sencillas, que no están acostumbradas al lujo y se van a sorprender con cualquier cosa que les des.

—No sirve de nada insinuar nada, Gustavo. No me interesa tu nueva asistente.

Definitivamente no, y ya me cansé de esta conversación.



CAPÍTULO 16

Linda Fonseca

Solo acepté su ayuda porque no aguanto más que me persigan los paparazzi.

¡Vaya cosa ese Rómulo Guimarães, para que la gente desee saber su vida y la de quien esté cerca!

Pero tengo mis condiciones, aunque no deba exigir nada. Aceptar su ayuda no significa que me guste, por eso no quiero trabajar directamente con él ni verlo cerca. Tres meses y medio de terapia aún no han sido suficientes para curarme de los traumas que me causó.

Quisiera no ver más chismes sobre mí, pero siempre que cojo el móvil aparece algo. Esta vez es un vídeo de su hermano en una fiesta. Lleva camisa social blanca con algunos botones abiertos, sudado y con el pelo despeinado.

¡Pésima grabación!

—Rodrigo, ¿qué opinas del noviazgo de tu hermano?

—¿Noviazgo? Tío, yo me alegro. A mi hermano le hacía falta eso.

"¡No me lo puedo creer que no lo desmintió!

¿Será que el hermano no explicó que eso no es más que una mentira?"

Ahora sí me perseguirán y encima me llamarán mentirosa.

Suena mi móvil y, con el contacto guardado, sé que es Rómulo.

—¿Hola?

—Mi chófer va a recogerte ahí.

—¿Cuándo? —Me pongo nerviosa.

—Ahora.

—¿Ahora? ¿Para llevarme adónde?

—A un apartamento. Prepara lo que puedas.

—¿Un apartamento?

—¿Quieres seguir ahí? Vi el acoso que estás sufriendo. También acabo de ver la tontería que dijo mi hermano y la gente no me cree.

—A mí tampoco —me lamento.

—El apartamento está en una urbanización y tu empleo ya está asegurado.

"¡Entonces lo pensó todo y lo resolvió muy rápido!"

Estoy bastante sorprendida, ya que cuando llamé solo dije que aceptaba su oferta.

—Vale.

Esto es como una huida en el momento justo y espero que no sigan el coche hasta mi nueva dirección. Al final, me parece justo aprovechar su "buena voluntad" ya que todos los problemas tienen que ver con él.

Corro al cuarto y meto todo lo que puedo en una mochila y otra bolsa que tengo. Cremas, ropa interior, pijama, abrigo, todo lo que quepa lo meto en esas bolsas.

Miro a la calle por una rendija de la puerta y veo la hora, las ocho de la noche. La calle está muy tranquila y no hay nadie; aun así, llamo a Gertrudes y le cuento lo que voy a hacer. Me apoya, aunque está preocupada.

La gente del barrio empieza a cogerme manía por culpa de los extraños que rondan el lugar buscando chismes sobre mí.

La verdad es que la privacidad ya se fue.

El coche llega cuando salgo de su casa y, en cuanto confirmo que es el chófer que vino a buscarme, me subo con mis cosas y nos vamos.

Estoy nerviosa con este cambio repentino, pero era lo que deseaba desde el día en que me abordó ese montón de impertinentes a la vuelta del supermercado.

Simplemente desaparecer.

En una urbanización, dudo mucho que me molesten.

Solo espero que mi futuro sueldo alcance para pagar las deudas y los nuevos gastos; al fin y al cabo, huyo del barrio, pero no de mis responsabilidades.

Después de llamarlo y aceptar su oferta de trabajo, concluí y entregué toda la labor de arreglos de ropa que tenía. Creo que, en el fondo, era consciente de que las cosas cambiarían rápido en mi vida.

No tardamos en llegar a la urbanización y, para mi sorpresa, conozco un poco ese camino. Es el mismo camino a su casa, pero no tan lejos como ella.

El chófer me da un llavero.

—Apartamento veintidós.

Nunca lo olvidaré; al fin y al cabo, es mi edad actual.

—Gracias. —Cojo la llave y bajo del coche.

Miro hacia arriba y deduzco que el edificio tiene unos diez pisos. Lo mejor de todo es que la puerta es grande, lo que impide que cualquier entrometido entre.

Entro y espero el ascensor que, cuando llega, aun sin saber en qué planta está el número veintidós, aprieto el botón del octavo piso.

Al salir, no encuentro mi apartamento y subo al noveno, que, sorprendentemente, es el ático.

El ático tiene el apartamento veintiuno y el veintidós.

Si en la otra planta había como mucho cuatro apartamentos, ¡este debe de ser enorme!

Abro la puerta y entro con mis cosas.

Dejo la bolsa en cuanto la lámpara, que acabo de encender, revela el lugar soñado de cualquiera que tenga Pinterest. Colores claros, en tonos pastel, muebles simples y elegantes. Todo limpio y lujoso.

"Se pasó...

¿Cómo consiguió alquilar un ático en una sola tarde?"

Esa debe de ser la parte en la que su dinero tiene influencia.

El espacio es lo que más me asusta; al fin y al cabo, tiene el doble del tamaño de la casa donde vivía.

Cierro la puerta y llevo las cosas al único dormitorio, una suite con una cama alta y ancha, forrada con edredón, armario con espejos y el baño casi del mismo tamaño que el cuarto, con bañera y ducha cuadrada. Todo en acero inoxidable y con buen olor.

Unos peldaños al lado de la bañera que llevan a una puerta despiertan mi curiosidad, así que subo y la abro. Hay un jacuzzi en la terraza, protegida por vidrio o algún material transparente.

Enciendo la luz y varias tiras de leds se iluminan en la bañera y en las paredes.

"¡Qué exageración!

Ahora sí que me preocupa el alquiler."

Vuelvo al cuarto y guardo las cosas que pude traer en el armario y en el baño, que tiene hasta albornoz.

"¿Será que alguien vivía aquí?

¿Será suyo?"

Me doy un baño maravilloso, me atrevo a decir que el mejor de mi vida; salgo del baño con el albornoz, sin intención de vestirme ahora, voy hacia el cuarto y me llevo un gran susto al encontrármelo de frente.

Es casi un paro cardiaco. Llevo la mano al pecho y me apoyo en la pared.

—¡ME CAGO EN LA PUTA! ¿Cuándo has entrado aquí?

—Ahora. —Él también parece estar en estado de shock con el encuentro.

"Vino vestido para recibir el Óscar."

Rómulo es la prueba de que se puede odiar a la gente guapa. La verdad es que la belleza no te libra del odio. Se parece hasta a Henry Cavill.

No volveré a ver "Superman", la película que él protagonizó.

Me cubro el escote y me coloco bien, pero me cuesta mirarlo a la cara después de eso. Él me analiza.

—Vístete. Vamos a cenar a mi casa. —Su voz, levemente grave, hace que suene a orden.

—¡No! Voy a comer aquí mismo.

Esa casa me trae pesadillas y no quiero volver allí.

—Entonces pediré algo. —Saca el móvil del bolsillo.

—¿No vas a preguntar qué quiero comer?

—No. Vas a comer lo que yo pida.

—Sigues siendo todo un caballero... —Vuelvo al cuarto y cierro la puerta con llave para vestirme—. Oye, no vas a estar entrando así cada vez, ¿no?

—Te llamé y no contestaste. Tengo la llave, así que entré.

—Eso es una invasión de la privacidad.

—La nuestra ya ha sido invadida.

—No existe "nuestra" —aclaro.

—Existe cuando estamos relacionados con el mismo problema.

—Ya deberías haber resuelto eso, Elon Musk. Fue por ese motivo que me eché atrás... —Me pongo las cremas y la ropa interior.

No podré usar el pijama mientras él no se vaya.

—No fue por falta de intentos. Son tan tercos como tú.

Por lo visto, lo veré con frecuencia y, si esto no es enfrentar los traumas de frente, no sé qué lo es.



CAPÍTULO 17

Rómulo Guimarães

Ella entra en el cuarto y doy gracias por eso.

¿Tenía que aparecer solo con el albornoz?

Independientemente de nuestras diferencias, sigue siendo una mujer y jodidamente una mujer muy atractiva. En albornoz, además, es la premisa de pensamientos pecaminosos.

Voy a evitar aparecer sin avisar para que esto no vuelva a pasar, pero, en mi defensa, llamé antes de venir.

Pido la comida y me tomo un vaso de agua mientras espero en la ventana.

Me encantaba quedarme aquí cuando estaba huyendo de las acusaciones de mi padre. Fue mi primer apartamento. Pero cuando decidí vivir solo, compré enseguida aquella mansión y dejé esto aquí para una necesidad.

Ahora ha servido.

Siento un perfume dulce expandiéndose por el aire a mi alrededor, entrando en mis fosas nasales. Miro hacia atrás y veo que ella está fuera del cuarto; lleva una ropa nada sexy, un vestido verde militar que no marca el cuerpo y se prolonga hasta la rodilla.

Una buena manera de mantenerme lejos de los deseos.

Pero el perfume me remata y esa cara de inocente me preocupa, porque de inocente no tiene nada.

—¿Qué pediste?

—Carne y guarniciones. Mañana uno de mis empleados va a traer cosas del mercado. Si tienes algún pedido específico, puedes anotarlo y se lo llevo.

—Por desgracia, lo que quería no está a la venta en el mercado.

—Ah, qué pena… —Actúo del mismo modo que ella—. Mira, no tengo culpa de nada. Fuiste tú quien llamó a mi puerta y los infelices grabaron.

—Tu suerte es que no fotografiaron cuando tus guardias de seguridad me echaron. —Se acerca a la ventana, con los brazos abrazando el cuerpo.

Tengo que admitirlo.

—Si nunca hubieras aparecido, no nos conoceríamos y, mucho menos, estaríamos hablando de esto ahora. —Voy hasta el sofá y me siento.

—Solo siendo un cretino insensible para decir una cosa así. Yo hice lo que creía correcto y esta historia no existiría si tú no hubieras ido detrás de mí, en el cementerio y luego en mi casa. ¡Ni voy a pensar en cómo será ahora que tu hermano soltó esas bobadas!

—Le voy a arrancar la lengua a ese idiota y voy a demandar a todo el mundo.

Ese cotilleo ya está yendo demasiado lejos.

—No lo dudo… Solo quiero que recuerdes que no puedes tocarme.

Suspiro y sonrío.

—No tengo ningún interés en hacerlo. Deberías confiar en mí.

—¿Confiar en ti? —me desprecia.

—Estás en mi casa, deberías confiar en mí.

Ella me ignora.

—Espero que solo tengas una copia de la llave de la casa, porque voy a dormir con las puertas cerradas.

"No confía de verdad…

¿Qué está insinuando?

¿Que puedo entrar en su cuarto?"

—No te preocupes, no quiero nada contigo. —Pensar en eso me hace reír.

Ella agradece al cielo con las manos en alto.

"Dramática…"

Decido encender la tele y no continuar este asunto.

Ella se sienta en el otro sofá.

—¿Por qué estás aquí?

—¿Por qué no? Soy un buen anfitrión.

Ella niega con la cabeza, riéndose de mí.

"No fui un buen anfitrión la primera vez."

—¿No quieres verme? —pregunto con un poco de sorna.

—No. No quiero, querido —responde cínica.

Yo tampoco, incluso debería estar en casa.

"¿Qué vine a hacer aquí, eh?"

—No respondiste a mi pregunta. ¿No tienes a nadie para torturar esta noche, no?

—Sí… A ti.

Ese sarcasmo suyo me tumba.

—Mira que puede ser al revés.

—No lo dudo. Ya lo está siendo. Solo estoy esperando a que llegue la cena y me voy.

—¿No vas a cenar? —La pregunta se me escapa de la boca.

—¿Por qué la pregunta? ¿Querías mi compañía?

—Claro que no. ¡Obvio que no!

"No estoy loca."

Él se levanta del sofá y sale por el apartamento trasteando el móvil.

"Ojalá se vaya pronto."

Cojo el móvil en el cuarto y vuelvo al sofá. En cuanto abro la red social, veo una noticia nueva que me incluye, para variar. ¡Ciudad de gente chismosa!

"El CEO de la empresa Guimarães Petróleo e Gás, Rómulo Guimarães, fue pillado entrando en un condominio cercano a su casa. Según informaciones, su supuesta novia, Linda Fonseca, fue vista llegando al lugar horas antes."

—¡Dios mío! ¡Nos tienen el ojo encima todo el tiempo! —exclamo indignada.

—¿Qué fue ahora?

—Ya nos han visto llegando aquí.

Él suspira.

—Ya veo que las RR. PP. no consiguen resolver esto…

—Al menos aquí hay muros donde puedo esconderme… —reflexiono para mí misma, pero lo digo en voz alta—. Qué milagro que Maria Isabel no haya hablado mal de mí…

—¿Qué? —Él me mira.

—Hay gente a la que no le gusto.

—¿En serio? ¿A alguien no le gustas tú? ¡Pero si eres tan carismática! —dice, irónico.

—¿Tú crees que a la gente también le gustas? Apuesto a que solo te aguantan porque les pagas el sueldo. —Vuelvo al móvil—. Hay gente muy cretina en este mundo, tanto del lado rico como del lado pobre.

—A ti te iría mejor del lado rico.

—Resulta que no soy rica, por si aún no te has dado cuenta.

El silencio nos atrapa por un momento.

—Mañana despiértate temprano; mi chófer va a pasar por aquí para llevarte a comprar ropa para usar en el trabajo. Vas a trabajar para un amigo mío.

"¿Amigo?

Entonces debe ser igual que él."

—¿Cómo? —Me pierdo en la parte de las compras.

—No me hagas repetir y procura elegir ropa de buen gusto. Serás asistente e irás a su lado. —Analiza la ropa que llevo.

Y yo pensando que mi nuevo trabajo sería en una tiendecita o en una gasolinera.

—Ha llegado la cena.

Dejo el móvil en el sofá y voy a buscarla a la recepción del edificio. Él viene junto, pero sigue de largo.

—Que tengas buenas noches.

"Ahora que te has ido, sí, tendré una noche estupenda.

¿Será que me vio las tetas en ese momento?"



CAPÍTULO 18

Rómulo Guimarães

Vuelvo a casa y, en cuanto llego al cuarto, recibo una llamada de mi madre. Contesto con el manos libres mientras me cambio de ropa.

—¿Qué pasa, mamá?

—¿Y ahora vas a decir que es mentira? ¿Incluso después de llevarte a la niña a tu apartamento?

"Ella vive para tener una nuera."

—Es mentira, mamá. Le ofrecí la casa para intentar arreglar las cagadas que hice con ella en aquella época. Tú lo sabes…

—¿Y ella estuvo de acuerdo con eso?

—Estuvo de acuerdo porque no aguanta más el acoso de ese montón de cabrones que insiste con esa historia de noviazgo. Pero no estuvo de acuerdo fácilmente.

—¿No sería más sencillo salir de verdad?

—Mamá, ten un poco de sentido común.

—Usa esa oportunidad de redimirte para conquistar a la chica. Por lo que vi, es una guerrera y, si te hizo repensar tus actitudes, es porque es diferente a las otras.

—¿Qué? —Me río de lo absurdo.

—Perdona, me rendí a la fanfic. ¡Parece tan real en los tabloides! Pensé que cuando llamara estarías con ella —cuenta, decepcionada—. *¿Ya le pediste perdón?*

—Sí. —Respondo rápido y en voz baja.

—¿Pero disculpas reales o solo palabras?

—Mamá, estoy haciendo todo para no ser como él. Ella está dolida por unas cosas que dije y reconozco que es tan terca como yo. Pero eso va a cambiar.

—Sé que creciste decepcionado con tu padre… Él dice muchas tonterías. Hacer daño a la chica fue una cagada y recuerdo que no querías dejar que la pobre se fuera. Eso tampoco estuvo bien.

—¿Y aun así crees que debería salir conmigo? —No entiendo sus ideas.

—Me cayó bien la chica y, por cómo se enfrenta a los paparazzi, apuesto a que con ella cambiarías esa postura.

—Bueno, no voy a decir que me trata bien. Es mucho más cruel conmigo que con los paparazzi…

"Y sí, cambio completamente la postura cuando estoy con ella. ¡Ella lo pide!"

—Equivocada no va.

—Mira, mamá… Ve a tirarle de las orejas al pequeño, que anda diciendo tonterías por ahí.

—Buenas noches. Dile a tu novia que quiero conocerla.

Ella cree en los chismes y no en mi palabra.

—Buenas noches, mamá.

¡Qué comida tan rica!

¡Qué cama maravillosa!

¡Qué noche!

Me despierto sonriendo y, al abrir las cortinas, veo la ciudad. ¡Qué vista!

Desde aquí se puede ver la mansión de Rómulo.

Me estiro pensando que podría pasar el día entero sin hacer nada, pero recuerdo que tengo cuentas que pagar y también necesito hacer compras para empezar en mi nuevo trabajo.

Por lo visto, ese amigo suyo es tan elegante como él y necesito estar a la altura, pero no tengo ni un céntimo para adquirir las cosas.

Me levanto de la cama y me doy una ducha.

En cuanto estoy lista, salgo del edificio y en la portería me encuentro con el chófer esperándome.

Tengo que reconocer lo comprometida que es esta gente.

—Buenos días. —Me abre la puerta del coche.

—Buenos días. —Entro en el coche riéndome de tanta pamplina. No estoy acostumbrada a esto y dudo acostumbrarme algún día. Sin contar que sé muy bien que es una situación temporal —. ¿Podría, por favor, pasar por alguna cafetería?

Solo un cafecito para espabilar, ya que en el apartamento no hay nada.

—Sí, señorita. —Conduce fuera del edificio.

"'Sí, señorita', oír eso es gracioso y chic."

Cuando se para delante de la cafetería, dudo si es realmente una cafetería o una tienda de lujo. No esperaba que me llevara a un sitio de alto nivel; al fin y al cabo, solo quería un café de R$ 1,50 y un mixto de R$ 3,00.

—El señor Rómulo ha mandado que te lo entregue. —Me ofrece una tarjeta y la cojo—. La clave es 2358.

Parece que nunca fue usada de tan nueva.

"¿Por qué me ha dado una tarjeta?"

Esta situación me asusta y me incomoda; al fin y al cabo, dije que no quería su dinero. Cuando acepté su "buena voluntad" fue solo en el sentido de encontrar un trabajo para mí y, con eso, poder ganar mi dinero, pagar los alquileres atrasados y encontrar un lugar donde vivir en el que los curiosos no consiguieran molestarme. Usar su dinero estaba fuera de cuestión.

Salgo del coche y entro en la cafetería. Pido solo un café y un mixto, pago con mi dinero y después espero sentada en una silla, observando el lugar. Las mesas son cuadradas, de madera; el sitio es elegante y, al mismo tiempo, acogedor.

Es la misma ciudad, pero la sensación que tengo es que estoy en un lugar totalmente diferente.

Llega mi pedido y forro el estómago.

Me siento observada; aunque no haya flashes, sé que hay algunos móviles apuntando hacia mí y eso no puede ser coincidencia.

En cuanto termino, salgo del lugar sin demora y vamos a la tienda.

No queda a más de cinco minutos de la cafetería y otra vez me preocupa el nivel del lugar y el precio que debe cobrar por sus mercancías; al fin y al cabo, mi desayuno no fue el más barato.

—¿Señorita Linda? —Una mujer aparece delante de mí, muy simpática.

—Soy yo.

"¿Me conoce?

Debe de ser por los chismes."

—El señor Rómulo avisó de tu visita. Separamos algunas opciones para que te las probaras. Entra, vamos a ver.

"¿En serio?

¡Rómulo es rápido!"

—Dijo que necesitas ropa para el trabajo y también para salir. Preparamos dos percheros con la ayuda de nuestro mejor estilista personal.

"¿Ropa para salir?

¿Salir adónde?"

Yo solo voy a trabajar y volver a casa. Esa rutina no requiere más que una ropa de trabajo y otra para dormir.

¿Tengo tan mal gusto como para necesitar a un estilista eligiendo la ropa?

Llego al primer perchero y echo un vistazo a la etiqueta: R$ 400 en el vestido.

"¡Madre mía!

¡Un vestido para usar en el trabajo!"

La vendedora se queda esperando a que elija.

—Voy a elegir con calma. En cuanto me decida, te llamo.

"Bajo presión no consigo escoger las cosas."

Decido llamar al individuo para entender mejor esta historia de ropa para salir.

Da tono un buen rato hasta que me contesta.

—*Estoy en una reunión, ¿qué quieres?* —pregunta grosero, pero con la voz contenida.

—¿Y esa ropa para salir?

—*Trabajar en nuestro ámbito no es solo presentarse en la oficina. Hay muchos eventos. ¿Era sobre eso?*

—Sí.

Me cuelga el teléfono.

"Qué bruto.

¡Colgó de verdad!"

Respiro hondo y encaro el perchero. Ni me dio tiempo de preguntar cómo eran esas ropas, de cuánto estamos hablando.

Solo la blusa cuesta R$ 200.

"Voy a usar su tarjeta y luego, cuando venga a reclamar, tendré una buena respuesta que darle."

Elijo pocas prendas, pero las suficientes para variar durante los días. También compro zapatos y otros accesorios. Las bolsas son tan grandes que el chófer me ayuda a guardarlas en el coche.

Espero que la gente de la tienda no difunda esta historia, porque deben de estar pensando que Rómulo me dio un baño de tienda.

La misión fue cumplida, pero no fue barata.

¡Gasté casi ocho mil reales con todo!

Para él no debe de ser nada, pero para mí…

¡JODER, ES DEMASIADO DINERO!

Voy a devolver cada céntimo en cuanto pueda.



CAPÍTULO 19

Rómulo Guimarães

[Notificación de débito: Se ha debitado de su cuenta R$ 7.926 en la tienda...]

¡***Pues*** no gastó tanto!

—...en el apartado de aditivos, tuvimos un porcentaje del 0,03% de...

Estoy en una de las reuniones mensuales más importantes de mi empresa y, durante la presentación de las hojas de cálculo, marco los números más significativos en la copia impresa que me entregaron.

Confío en el trabajo de ellos, pero me gusta revisarlo todo para que no se me pase nada. Aun así, la atención al móvil me ha estado estorbando.

Encargué a mi chófer que llevara a Linda a una tienda de ropa formal más barata, para no asustar a

esa criatura y para que comprara la ropa que necesitaba.

La oficina de Gustavo está en el mismo edificio que la mía y aquí la gente no trabaja en vaqueros y camiseta. Ya que prácticamente impuse que mi amigo aceptara a la asistente, al menos debo entregársela en buenas condiciones.

¿Si tengo segundas intenciones con todo esto? ¡Claro que las tengo!

Aunque sea tan orgullosa como yo, sé que se quedó agradecida por haberla sacado de aquel cuchitril y espero que sienta lo mismo por la ropa.

La reunión duró toda la mañana, luego los participantes y yo salimos a almorzar, y solo volvimos al edificio después de las dos de la tarde.

—¿Y cuándo vamos a conocer a tu nueva novia, Rómulo? —pregunta en la puerta del edificio uno de mis accionistas, mayor e impertinente.

Edgar ya está demandando a los chismosos. ¿Será que debo demandar también a los que creen en el chisme?

—No es la *nueva*. Es *la* novia. —Gustavo aparece con su cara dura y dos cafés en la mano.

—¿Por qué faltaste a la reunión de finanzas, Gustavo?

Él es mi socio, tiene su empresa, pero tiene parte en la mía. Si no fuera por la sociedad con este bendito, en la época en que aún estaba cogiendo el ritmo en el sector del petróleo y gas, habría quebrado tal como mi padre soñaba.

Pero Gustavo solo aparece cuando las reuniones terminan, por eso no tiene derecho a quejarse de nada, y creo que hasta por ese motivo nunca se queja.

—Perdón. Tu reunión coincidió con la mía y ahora por la tarde estoy ayudando a mi asistente a adaptarse al trabajo nuevo. ¡Es muy simpática! Fue una idea estupenda ponerla a trabajar conmigo. — Sigue su camino todo animado.

"¡Linda ya está aquí y yo ni me enteré!

Al menos parece que quiere trabajar."

Me despido de los socios y ellos se van de allí mismo, en la acera; yo, en cambio, debería ir al noveno piso; sin embargo, cuando el ascensor se abre en el octavo, salgo para beber agua.

Se me seca la boca, la corbata me asfixia y todo eso me deja agobiado.

Saber que está cerca me pone así.

Las personas que trabajan para mí son como me gustan. Organizadas y silenciosas.

La oficina de Gustavo es muy diferente de la mía, por eso fue la primera opción cuando pensé en un empleo para ella. Terca y respondona, se va a llevar bien con él, pero creo que mi amigo anda demasiado animado con esta historia.

Una rubita miedosa se me acerca.

—Señor Rómulo, podría haberme pedido agua y yo la llevaría a su despacho para que no se incomodara. Y el filtro del noveno piso funciona bien.

—No voy a despedirte por eso, Laisa.

—*Menos mal* —murmura.

Es el miedo que todos tienen.

Bebo el vaso de agua y veo a Gustavo paseándose por aquí con Linda; los dos están tomando café.

"Así que vino de verdad..."

Es como si estuviera desordenándolo todo a mi alrededor. La gente deja de trabajar para mirarla.

—...y hoy vengo solo para saber cómo van las cosas… —mi amigo se jacta.

Ella lleva un vestido ajustado negro, nada vulgar y muy elegante, que acentúa sus curvas y, sobre todo, sus pechos.

"Un pecado..."

Respiro hondo y aflojo la corbata.

Este tipo de ropa le queda bien.

—No apareces en las reuniones, pero te paseas por los pasillos... —comento irónico.

Los dos me miran, pero Linda enseguida me ignora.

—¡Rómulo! Estoy haciendo un recorrido con mi nueva asistente. —Gustavo luce una sonrisa amplia en la cara.

—¿Por mi empresa?

—Sí. Imaginé que tú no lo harías, así que me ofrecí para acompañarla, socio.

"Como si yo tuviera la obligación de mostrarle algo de mi empresa."

—Linda, esta es Laisa, la asistente de Rómulo.

Se saludan con un apretón de manos.

—Bienvenida. Luego podemos tomar un café abajo —sugiere sonriente mi asistente, y Linda

levanta el vaso de café en la otra mano—. Aquí tomamos mucho café.

—Me lo imagino. Por cierto, enhorabuena... Debes de ser inquebrantable para trabajar aquí...

Con la palabra *aquí* quiso decir *conmigo*, y Laisa lo entiende, tanto que se ríe junto con Gustavo.

"¿Ya vas a empezar, Linda? No puedo perder la postura contigo aquí." —intento enviarle el mensaje por telepatía. Ojalá funcionara.

—El señor Rómulo es un gran jefe —Laisa me defiende.

—Debe pagar muy bien… —se burla Linda, y yo niego con la cabeza riendo.

"¡Qué audacia!"

—Sí, muy bien —la despistada aún lo confirma y Gustavo suelta una carcajada.

—Me encanta su sentido del humor. Vamos, Linda, que mi amigo ya te ha devorado con la mirada de más. —Se apresura y ella lo acompaña.

"¡Gustavo consigue ser más descarado que mi hermano!

Devorando con la mirada...

¡Era lo que me faltaba!

Como si no viera mujeres guapas constantemente.”

—Recuérdame revisar las acciones de Gustavo y su valor. Voy a comprarlas todas y a echar a este caradura de aquí.

—Sí, señor. —Laisa me acompaña, riéndose.



CAPÍTULO 20

Linda Fonseca

Sí, no hay remedio, lo veré todos los días, porque mi jefe trabaja en el mismo edificio que él.

Gustavo me llamó dándome la bienvenida, preguntando cuándo podría empezar. Admito que solo por la gentileza ya me animé con el trabajo y no tuve excusa para no ir a trabajar.

En realidad, lo que más tengo son motivos.

Después de comer aproveché al chófer, al que ya hasta le pedí el contacto, y vine.

¿Cómo voy a volver?

En autobús, pero ya ahorré en la ida.

Mira, este trabajo no está tan mal.

Gustavo es un gran jefe y un tipo muy majo, de buen humor, paciente. Es guapetón, de porte atlético, barbudo, de ojos claros.

Mis tareas no son tan cansadas. Voy detrás de él y anoto lo importante. Dijo que hay otras cosas por hacer, pero iré aprendiendo según la necesidad.

—Linda, necesito que saques una copia del documento de la reunión de hoy de Guimarães Petróleo e Gás. Soy accionista y no pude asistir a la reunión.

—¿Dónde está el original? —Me levanto para hacer la tarea.

—Con Rómulo. —Esboza una sonrisita.

Mi cuerpo enciende las alarmas, pues ya sé que mi jefe es otro que cayó en la historia del noviazgo.

—¿Solo con él?

—Es que él hace anotaciones en el documento que recibe y eso me facilita la vida. No tengo que quebrarme la cabeza con algo que ya no entiendo muy bien, solo veo lo importante y asiento. Si se lo pides con cariñito, te lo presta.

"¿Encima tengo que pedirlo con cariñito?"

Intento no mostrar mi infelicidad.

—¿Dónde está su despacho, otra vez?

—Noveno piso.

—Ok…

En el ascensor todo se resuelve sin mucho esfuerzo.

El noveno piso no se parece en nada al octavo, y mucho menos a la oficina de Gustavo. Una sinfonía bajísima que parece salir de las paredes en tonos grises y negros, además de cuadros; el suelo es brillante y tiene un estampado marmoleado.

Una recepcionista, que más parece Miss Universo, está detrás de un mostrador de madera.

—Buenas tardes. ¿Dónde queda el despacho de Rómulo?

Ella no me mira.

—¿Tienes cita?

"¿Cita?"

—Solo voy a recoger un documento de él, es rápido.

—Aun así. El señor Rómulo solo recibe a quien tiene cita. —Me mira y arquea las cejas.

—Trabajo aquí en el edificio, soy asistente del señor Gustavo y conozco a tu jefe. No me va a echar solo porque no pedí cita. ¿Dónde está su sala, esta? —Camino hasta la primera puerta y la mujer viene detrás de mí.

Si tengo que esperar su visto bueno, nunca voy a recoger el dichoso documento.

Abro la puerta y entro en la sala, dándome de bruces con él, que alza la cabeza y me mira sorprendido.

Nunca, jamás, bajo ninguna hipótesis, me voy a acostumbrar a convivir con este hombre.

Nuestros ojos se encuentran y me detengo en medio de la sala.

—Señor Rómulo, le pregunté si tenía cita... —se explica la recepcionista, probablemente con miedo de ser despedida.

—Está bien. Puedes volver al trabajo. —Hace un gesto con la mano y ella sale cerrando la puerta.

Rómulo me mira fijamente y me acuerdo de respirar. Su despacho es impecable. Tiene su cara.

—Tu osadía no será tolerada en mi oficina.

—Si tu recepcionista fuera más flexible, no habría entrado sin ser anunciada.

—Ella solo está cumpliendo las normas, cosa que parece que tú no sabes hacer.

"Como siempre, un grosero."

—Sea como sea. Gustavo necesita tu copia de la reunión, quiere una fotocopia, así que te la traigo de vuelta en cuanto la

haga.

Él suspira, negando con la cabeza, y me entrega los papeles.

—Dime que compraste más de una prenda.

—¿Por qué? ¿Ya vas a desaprobar la ropa? El hecho de que hayas pagado no te da ese derecho. Por cierto, voy a devolverlo todo en cuanto pueda.

—No te estoy cobrando, solo me extrañó porque el importe que usaste no paga ni mis zapatos.

Abro la boca y se me cae la mandíbula de verdad.

"¿Qué zapatos tan caros son esos?"

—Compré todo lo que creí que necesitaba. No me diste un límite. Me colgaste el teléfono en la cara.

—¿Límite? Mira, para quien armó un destrozo en mi casa, no te manejas nada mal con el dinero. Y no me llames cuando esté en reunión.

—No tengo obligación de saber cuándo estás en reunión. ¿O tú también estás cayendo en el bulo? —Me giro hacia la puerta y, cuando lo miro por última vez, sus ojos están en mi culo—. Quita los ojos.

—Acuérdate de llamar a la puerta la próxima vez. —Vuelve su atención al ordenador.

—Me acordaré.

—Gustavo no sabe que tuvimos aquel inconveniente.

—Creí que eso se había acabado en el contrato.

—Se acabó, pero mi madre y mi hermano saben la verdad y mi madre quiere conocerte.

—¿Perdón?

"¡Era lo que me faltaba!"

—Quiere conocerte despierta, porque la última vez estabas inconsciente.

Parece hasta un chiste.

—No va a colar. Si es igual que tú, peor todavía.

—No lo es y solo quiere conocerte. No cuesta nada.

—Mira, creo que no dejé las cosas claras. Rómulo, estoy aquí por el trabajo. Si hubiera otra forma de conseguir empleo, no estaría aquí. Cenar con tu familia solo va a dar más cuerda a este noviazgo falso.

Él asiente.

—Lo sé. Mira, me arrepiento de haberte dicho aquellas cosas. Sé que te herí. A mí me han herido de esa forma y sé cómo es, y nadie me pidió disculpas. Quiero que me perdones, pero no soy bueno con las palabras, por eso, acepta mi ayuda.

—Teóricamente acabas de pedir disculpas. —Analizo, sorprendida, sus palabras.

Rómulo parece realmente arrepentido, pero eso no ayuda con el noviazgo falso.

Suspira y fija la mirada en un bolígrafo.

"¿Qué estoy haciendo con mi vida?"

—¿Y cómo será eso? Voy a confiar en que no será otra humillación.

—Lo hablamos a la salida, ahora tengo compromisos.

—Vale. —Esta vez me voy sin más dilación.

"¿Será que, en el fondo, tiene corazón?"



CAPÍTULO 21

Rómulo Guimarães

***"Por** lo menos, ella aceptó y quizá eso signifique perdón o una segunda oportunidad. Está cediendo. Está viendo que no soy el monstruo que cree que soy.*

Este trabajo aquí fue una gran idea."

Un rato después, Laisa llama a la puerta y entra con los papeles que Linda se había llevado.

— La Linda pidió devolverlos.

— ¿Por qué no lo hizo ella misma?

— Estaba con prisa. El señor Gustavo tiene una reunión con el señor Caleb ahora.

— ¿Caleb? — La miro, levemente molesto.

Caleb es peor que mi hermano cuando se trata de mujeres, con esos chistes sin gracia y una amabilidad con segundas intenciones.

¿Qué hará cuando conozca a la nueva asistente de Gustavo?

— ¿Una reunión?

— Una reunión — confirma.

"Es en la empresa de Gustavo, seguro."

— Laisa, quiero que vayas a esa reunión.

"Gustavo no se va a molestar por eso."

— ¿Qué necesito hacer?

— Asiste y cuéntame todo lo que pasó allí.

— Vale. — Sale de la sala.

Espero que Linda se acuerde de la cláusula que ella misma añadió en el contrato, prohibiendo que cualquier persona que trabaje para mí, o mis amigos y conocidos, la toque, lo que incluye no involucrarse con nadie.

Puede que no haya pensado en eso, pero me encargaré de recalcarlo.

Linda Fonseca

Dejo todo listo para la reunión y, puntualmente, aparece el invitado. Un hombre que debe tener entre treinta y cinco y cuarenta años, rubio, de rostro marcado, cuadrado, ojos claros y muy bien vestido. Al igual que Gustavo, tiene un porte atlético y un perfume tan agradable que hasta me detengo a aspirarlo un poco.

Laisa me ayudó a organizar la sala.

Por hablar de ella, fue un ángel que apareció en mi vida y me orientó para dejarlo todo impecable, aunque Gustavo no sea tan exigente como Rómulo. Y ella sigue aquí conmigo, ahora, aspirando el mismo perfume que yo.

— Caleb, ¿cómo estás? — Gustavo lo saluda con un apretón de manos.

— Estoy genial. Con ganas de esta reunión — dice, amistoso, y me mira. — ¿Y esta es?

— Mi asistente, Linda.

Él sonríe y me tiende la mano, pero en cuanto la aprieto, me da un beso en la mejilla.

— Mucho gusto, Linda, soy Caleb.

— Encantada. — Mi voz sale fina y baja, y se me calienta la cara.

"Otro hombre gentil, Rómulo está perdiendo con todos."

— Señor Gustavo. — Laisa se acerca hablando bajo, pero la oigo. Gustavo le presta atención mientras señala un sitio para que Caleb se siente. — El señor Rómulo me mandó asistir a la reunión.

— ¿En serio? — Gustavo pone una cara graciosa. — Siéntete libre.

Ahora entendí por qué Rómulo le dio tiempo libre. No era libre, era solo otra de esas cosas raras que se inventa, al fin y al cabo la reunión ni siquiera trata de su empresa.

Gustavo me dio una rápida explicación de qué va la reunión y no tiene nada que ver con Rómulo.

Ella busca un sitio y acabamos sentándonos cerca la una de la otra.

No entiendo mucho sobre la reunión, pero sí puedo decir que entiendo que estos dos hombres guapos son muy inteligentes.

A Gustavo no le basta con ser un jefe galán muy paciente; además, es humilde, pues ya me dijo que no entiende nada y durante la reunión vi que el hombre entiende de todo.

Caleb también habla con tanta propiedad del tema que Laisa y yo escuchamos atentamente con las manos apoyadas en la cara. Aunque no entendamos nada de la conversación, nos quedamos enganchadas.

Confieso que me decepciono un poco cuando Gustavo me pide que traiga agua y café, porque así me pierdo un poco de la reunión.

Debo añadir que Caleb parece un galán de anuncio de desodorante.

Después de entregar el agua y el café, me siento en mi sitio.

— ¿Qué me perdí? — le susurro a Laisa.

— Solo más lluvia de belleza y carisma.

En cuanto termina la reunión, Caleb avisa que se va, por otros compromisos, y aún remata diciendo que le encantó conocernos. ¡Y eso que nosotras ni hablamos nada y el conocimiento vino de él!

Cuando se va, Gustavo vuelve al despacho y arreglo la sala de reuniones con Laisa ayudándome una vez más.

— Lo mejor que mi jefe me pidió hoy fue asistir a esta reunión — comenta. — Aunque ahora me pueden despedir porque no presté atención al tema.

Sonrío.

— Fue impresionante incluso para simples mortales como nosotras.

Ella asiente, riéndose.

— ¿Cuándo crees que volverá a aparecer?

— No lo sé, pero quien lleva la agenda de Gustavo soy yo, así que sabré la próxima vez.

— Por favor, avísame. Necesito un poco más de eso en mi vida.

Soltamos una carcajada.

— Ahora tengo que ir a enfrentar a la fiera — dice Laisa y yo asiento.

— Suerte.

Ella sale y termino de coger las cosas antes de volver a mi mesa.



CAPÍTULO 22

Rómulo Guimarães

¡Por fin vuelve mi asistente!

— La reunión terminó.

Noto que Laisa parece ligera.

— Me imagino que la reunión habrá sido genial — concluyo.

— Sí. Fue bastante agradable.

"Aquel cretino encantó incluso a mi asistente."

— Vamos, dime qué pasó.

— Pues… hablaron bastante.

— ¿Quiénes son ellos?

— El señor Caleb y el señor Gustavo.

— ¿Y había alguien más en esa reunión?

— Sí, su… la asistente del señor Gustavo.

— ¿Y cómo fue?

— Fue perfecta. El señor Caleb sabe hablar tan bien y es tan inteligente… — cuenta, deslumbrada. — Fue tan amable con

nosotras.

— ¿Amable con quién?

— Conmigo y con Linda.

"¡Lo sabía!"

— Ah, ¿sí? ¿Qué dijo?

— Nos preguntó los nombres, nos saludó y durante la reunión siempre nos miraba de esa manera… Se aprendió mi nombre de memoria. Es perfecto.

Respiro hondo.

— ¿Y alguien más pensó eso?

— Todo el mundo.

— ¿Todo el mundo?

— Sí — responde, sonriente.

"¡Sabía que caería en eso!"

— ¿Y qué más dijo en concreto?

— Lamentó tener que irse y dijo que le encantaría tomar un café con nosotras.

— *¿"Con nosotras"* quiénes? — Alzo las cejas.

— Linda y yo, y el señor Gustavo también.

— Hum… Está bien.

"Descarado."

Se queda parada, esperando nuevas órdenes.

— Puedes irte.

— ¿Puedo? ¿Pero no va a querer saber el tema de la reunión?

— No. Ya me contaste lo que quería saber. Estás despedida por hoy.

— Vale, entonces. Con permiso. — Sale de la sala.

"Volvamos al trabajo…

Lista de nuevos empleados…"

Busco en el ordenador.

"Todo el mundo lo encuentra perfecto…

¿Todo el mundo quién?

¿En qué estoy pensando?

No pienses en eso, Rómulo.

Toda esta situación no significa nada para ti. Sin embargo, luego ella no hace bien el trabajo, pierde el empleo y tú no serás el culpable.

Debería estar centrada en trabajar, pero ahora se queda ahí derritiéndose por otros tipos, para luego salir en una web de cotilleos que la novia de Rómulo Guimarães se está enamorando de otro."



Rómulo: Prepárate, que en cinco minutos nos vamos.

Linda: ¿Adónde?

Rómulo: A casa. Fin de la jornada.

"¿Será que le está gustando tanto trabajar para Gustavo que hasta se olvidó de que el día termina y hay que irse?"

Linda: ¿Contigo? ¿Te parece poco lo que ya están diciendo?

Rómulo: ¿Te atreves a ir en autobús y correr el riesgo de enfrentarte a algo peor?

Tarda en responder.

Linda: Ok.

Mi asistente me acompaña a la salida y, al parar en el quinto piso, Gustavo y Linda entran. Ella le sonríe a Laisa y se queda al lado de ella, que también sonríe.

— Rómulo, ¿cómo estuvo tu día, colega? — Gustavo me saca la atención de sus cuchicheos.

— De mucho trabajo, como siempre.

— El mío también. Pero ahora creo que está más ligero con una asistente. Gran idea esa tuya.

— Ajá — asiento sin tener mucha seguridad de eso.

Ellas se apoyan en el fondo del ascensor, hablan bajo y actúan como si no estuviéramos aquí. Digamos que me ignoró, o sea, no cambia por nada y no dudo que esa conversación sea sobre Caleb.

— No sabía que seguías trabajando con Caleb. — Decido tocar ese tema, ya que es lo que me ha estado molestando desde que supe de esa reunión.

— Seguimos. Él da soporte en algunos asuntos, nuevas inversiones que quiero hacer. A las chicas les cayó muy bien — comenta, mirando hacia ellas.

— Me enteré.

Él me mira riéndose.

— Tus tácticas siguen siendo las mismas.

— ¿Cómo? ¿De qué estás hablando? Sé más claro.

— No creo que quieras que sea más claro. A buen entendedor… — Me da unas palmadas en el hombro. — Espero que tu asistente te haya proporcionado la información que querías sobre la reunión.

— Sí, me la proporcionó.

Es incómodo caminar a su lado, pero después de una rápida búsqueda de las paradas de autobús, descubrí que no hay ninguna en la calle del condominio y tendría que caminar más de una manzana para llegar a casa; por eso acepté que me llevara.

Así es fácil que piensen que estamos juntos.

Cuando el coche entra en el condominio, me acuerdo de devolver la tarjeta antes de bajar.

— Aquí, gracias.

Él coge la tarjeta y la guarda dentro de la americana.

— Sé cuál es el apartamento y puedo ir sola — digo cuando veo que él también se baja del coche.

— Necesitamos tener una charlita.

— ¿Qué charla? ¿Qué vas a inventar ahora? — Pongo los ojos en blanco.

— Vamos a hablar dentro.

— No. No quiero que te acomodes en el apartamento.

— ¿Qué quieres decir con eso? — Apoya las manos en la cintura y enseguida estira una hacia mí, lo cual es extraño.

— Que solo puedes venir si yo te invito. — Establezco el límite y me aparto de sus manos.

La otra vez me pilló cuando salía de la ducha, pero ¿te imaginas si algún día aparece cuando esté más cómoda?

— ¿Te acuerdas de quién te dejó vivir en el apartamento?

— Necesito privacidad y es por frases como esa que no quería nada tuyo, porque te crees con el derecho de restregármelo por la cara y hacer lo que te dé la gana.

— Ok. — Levanta las manos frente al cuerpo. — Tú mandas.

— Tú tienes tus reglas y yo tengo las mías. Es así o es así.

Se ríe, burlón, pero no insiste.

— Entonces vete al apartamento y arréglate; vas a cenar en mi casa.

"¡Se inventa algo nuevo a cada rato!"

— No inventes, Rómulo. Voy a comer en casa.

— No hay comida allí.

— ¿No dijiste que ibas a pedir que la trajeran?! — Me enfado con eso.

¡Comprar comida hecha no sale barata!

— Pero aún no lo he hecho. Vas a cenar conmigo, en mi casa. Una simple invitación. ¿Qué mal tiene?

"¡Todo el mal!"

Vuelve al coche.

— Cuando estés lista, puedes bajar, que mi chófer te estará esperando.

"¡Controlador barato!

¿Salió solo para decirme eso?

Dudo que fuera solo eso.

Cree que manda en todo."

Entro en el edificio y luego en el ascensor. Cuando la puerta se abre en el ático, me topo con un hombre alto, guapo y perfumado, y acabamos sorprendiéndonos con el encuentro.

Tiene el pelo oscuro y los ojos más oscuros aún.

— Hola. ¿Eres la nueva vecina? — pregunta enseguida.

— Sí, soy yo. — Salgo del ascensor al ver que las puertas empiezan a cerrarse.

Él pone la mano y se detienen.

— Soy Juliano. — Me tiende la mano y lo saludo.

— Yo soy Linda.

— Sí, es muy linda de verdad — dice, admirado, y me echo a reír.

— Linda es mi nombre.

— Ah, gran elección de nombre.

Soltamos las manos.

— ¿Nos vemos por ahí?

— Claro. — Sigo hacia mi apartamento, riéndome.

— Ha sido un placer.

— Para mí, también. — Entro y cierro la puerta.

¡Dos hombres guapos y gentiles en un solo día!

Uno rubio y uno moreno…

Tengo suerte.

Dejo el bolso encima de la mesa y me quito el vestido para darme una ducha.

¿Será vulgar?

A mí no me pareció vulgar, pero el *individuo* se quedó mirando mi culo.

Esta noche voy a ponerme ropa más suelta, porque no quiero que se quede mirándome.

Me doy una ducha, elijo el vestido más sencillo y suelto — ninguno de los que compré hoy—, una chaqueta, me hago una

coleta, me calzo las chanclas y me pongo una crema más para perfumarme que para hidratar la piel.

"Esta vez, puedo decir que solo voy por la comida.

Solo espero que eso de lo que quiere hablar conmigo no sea otro de sus absurdos.

¿Qué estoy pensando?

Es otro absurdo, seguro."



CAPÍTULO 23

Rómulo Guimarães

"***Es*** *muy testaruda, ¿dónde se ha visto que me impida entrar en aquella casa? ¡Quien pone las reglas del juego soy yo, no ella!"*

Termino de vestirme y Sérgio llama mi nombre.

—El chófer ya ha llegado.

—Estupendo. ¿La mesa ya está lista?

—Sí.

—Refuerza con los demás empleados lo de los cotilleos. No quiero oír ningún murmullo por culpa de esta cena.

—Ya están todos avisados, pero lo reforzaré. ¿Algo más?

—No, puedes irte. —Abrocho el último botón de la camisa de vestir y me miro en el espejo antes de salir del cuarto.

Voy tan desorientado que me puse ropa de vestir en lugar de algo informal.

Bajo la escalera y veo a Sérgio abriendo la puerta para ella, que entra con un vestido más suelto esta vez, lo que no disminuye en nada lo atractiva que es esta desgraciada.

Creo que ese modo testarudo suyo la vuelve aún más interesante, pero ya he visto mujeres más guapas, así que no hace diferencia.

No debería hacerla.

Ella me mira, con una sonrisa tirante, y le devuelvo lo mismo.

—Vamos. — Señalo el comedor.

Al acercarse, siento su perfume floral.

—Vaya, ¿todo esto es para mí? — pregunta, admirada.

—El señor Rómulo mandó hacer todo lo que le gustó comer aquí —dice una de las empleadas y mi mirada la hace replantearse lo que dijo— .Disculpe, señor, con permiso.

"Ahora se va a quedar pensando en eso mismo."

—Coincidentemente, es la comida que más me gusta — explico.

"Y no miento."

—Claro que debe de ser. Todo va sobre ti —replica y nos sentamos.

—Ese tonito tuyo nunca cambia, ¿no?

—¿Mi tonito cariñoso? No consigo ser menos que eso contigo.

Linda siempre lleva esa sonrisa burlona que acaba haciéndome suspirar para no responder a su altura a las cosas que dice.

Y el suspiro nunca funciona.

—Eso es pasado, Linda.

—No lo parece, porque, cada vez, suplicas para que acepte tu bondad.

La otra empleada, que está trayendo más comida, abre los ojos como platos ante lo que oye, así que tengo que reír para no

parecer cohibido con la acusación.

"Esa mujer aún me va a hacer buscar un psicólogo."

—¿Yo suplicando algo? Son las personas las que me suplican.

—Ajá. ¿Suplican para que las dejes en paz, no? —Termina amontonándose una montaña de comida en el plato.

—Dios mío, ¿pero qué es eso? ¿Te tenían atada?

—La comida de aquí está buena y el elogio fue para la cocinera y no para ti.

"¡Atrevida!"

—Fui yo quien las contrató.

—Pero fueron ellas quienes lo hicieron y punto final.

—Si quieres comer su comida, tienes que hacer las comidas aquí.

Lanzo la propuesta.

—No, gracias. Yo cocino y ceno sola, sin tu compañía. Tengo malos recuerdos de aquí. Es más, solo quiero comerme esto e irme a casa enseguida. Necesito descansar para mañana.

—Creo que mañana Gustavo no tendrá la misma reunión.

—¿De qué estás hablando, Rómulo?

—De que te quedas por las esquinas hablando de los socios de Gustavo.

—¿Qué? — Se ríe de un modo gracioso. —¿Estás hablando de Caleb?

—Ajá. De él mismo. —No consigo esconder la rabia que les tengo a esos tíos mujeriegos.

—Caleb fue encantador con nosotras.

Niego con la cabeza, admirado.

—¡Ve por ahí diciendo eso al mundo!

—Se lo digo a quien me pregunte. — Sigue con la sonrisita que me mata.

—Y luego das más tela para los cotilleos que andan por ahí. —Tomo un poco de vino.

—Mira, no voy a respetar algo que no existe, así que no pienses que voy a dejar de vivir por culpa de esa historia absurda que andan contando por ahí.

—No te estoy pidiendo que alimentes ninguna mentira, solo digo que vayas despacio. Estás con Gustavo para trabajar.

—¿Qué estás insinuando? ¿Que voy a tirarle los tejos a sus socios? ¿Crees que soy ese tipo de mujer? — Me sostiene la mirada un rato.

Como no tengo mucho conocimiento sobre su vida amorosa, me callo.

—¡Qué disparate! ¿Sabías que la gente puede ser amable entre sí sin segundas intenciones? Debe de ser por eso que tú no eres amable con nadie. No entiendes de relaciones humanas.

—Sé ser amable con quien lo merece, pero, en el caso de Caleb, él siempre está tirándole los tejos a las guapas.

—Qué bien saberlo, me subió la autoestima. —Se anima.

"¡Qué caradura!"

—Mira, cenemos ya que este tema ya me cansó. —Pierdo la paciencia.

—No fui yo quien lo sacó.

Cenamos en silencio y parece que ese silencio es peor que los intentos de tener una conversación sin burla con ella.

Después de la cena, ya se levanta diciendo que se va, huyendo de mí, como el Diablo huye de la cruz, y lo comprendo, ya

que yo huyo de la presencia de mi padre del mismo modo.

Es difícil encarar a quien de alguna forma nos hizo daño y por eso cada vez más siento la necesidad de arreglar esto.

Pero ella no ayuda, ¡jolín! Se ríe en mi cara todo el tiempo.

¡Me desprecia a rabiar!

"Feliz porque Caleb la considera guapa…"

Paso por delante y abro la puerta.

—¿Estás siendo caballeroso? —Se queda boquiabierta.

—Si te fijas en lo que he hecho por ti en los últimos días, no ha sido solo ahora cuando fui caballeroso, ricura.

—Ajá. No eres tú quien debe ir señalando cuándo has sido bueno, son los otros los que deben notar que has mejorado, que has cambiado, querido. —Pasa por la puerta.

—Fuiste tú quien señaló el gesto, yo solo lo confirmé. —Me quedo parado en la puerta. — Mañana te vas conmigo a la empresa. Paso a recogerte a las 7.

—Mira, estoy empezando a pensar que te gusta alimentar cotilleos. —Retrocede.

—Sigue así que te vas a caer otra vez.

Se da la vuelta y baja los peldaños con cuidado, luego entra en el coche y el chófer se la lleva.

Suspiro.

"¿Adónde se fue mi cordura después de ella?"



CAPÍTULO 24

Linda Fonseca

Me despierto haciendo crujir la espalda, me doy una ducha para espabilar e ir a trabajar. Ya hace una semana que trabajo para Gustavo y me estoy acostumbrando a mi nueva rutina.

A lo que no me acostumbro es a ser la falsa novia del cabezota Guimarães. Es lo que todo el mundo cree, ya que vamos y volvemos del trabajo juntos.

Esta vez, llevo un pantalón de vestir caqui y una blusa roja de manga larga, me peino con la raya en medio y recojo los lados, dejando el largo ondulado. Me pongo un pintalabios en un tono de rojo y me perfumo frente al espejo.

Con mis piezas de bisutería y esta ropa, ni parezco que no tengo un duro.

Salgo de casa guardando el móvil en el bolso.

Rómulo ya me ha mandado un mensaje diciendo que me espera desde hace unos minutos.

¡Parece que no sabe esperar!

—¡Buenos días, vecina! —Mi vecino acaba de salir del ascensor.

—¡Buenos días, vecino! —respondo con una sonrisa.

"¡Un colirio estupendo para empezar el día!"

Mi alegría dura hasta salir del edificio y ver el coche del individuo.

"No era ese mi plan...

¡No debería convivir con él!"

Abro la puerta del coche, porque el caballero de la semana pasada ya no existe en esta, y lo veo todo tieso, trasteando con un iPad.

—Buenos días. —Dirijo las palabras al chófer.

—La cena en casa de mi madre será hoy —avisa Rómulo.

Hoy está claramente en modo cabezota.

Cabezota a secas.

—¿Hoy?

"Y todavía está eso de que su madre quiere conocerme."

—Sí. Mi padre no está en casa, así que hoy es el día perfecto.

"Debe de tener algún problema con el padre."

—¿Y a qué hora es eso, exactamente?

"Siento que va a ser una humillación."

—A las 7 de la tarde. Estate preparada, te recojo en casa.

—Dices delante del edificio, ¿no? Porque te sabes la norma. —Me apresuro a recordárselo.

—Claro que me sé la norma, criatura. Me la recuerdas todos los días —habla sin mucho interés y no aparta los ojos del aparato. —Te esperaré en el coche. Sé puntual.

—Siempre lo soy.

—Ajá — se burla.

Pensé que íbamos al trabajo, pero el chófer para en la cafetería donde desayuné ayer.

Rómulo solo puede querer que digan que soy su novia, ¡porque mira lo que se inventa!

—Vamos. —Ya me está sujetando la puerta por donde tengo que salir.

"Me perdí en mis pensamientos y por un momento se me olvidó que tenía que bajar del automóvil."

—¿Por qué vamos a desayunar aquí, caballero? —Salgo del coche y cuelgo el bolso del hombro.

—Porque nos pilla de camino a la oficina.

En su casa había más privacidad. No me gusta ese lugar, pero es verdad. Sin contar que me encanta ver la cara de sus empleadas cuando oyen algo que digo para ponerlo en un aprieto.

Nos sentamos en una mesa y pido un desayuno ligero, solo café y un mixto, mientras él solo pide un café. Creo que ya habrá desayunado en casa y se inventó esto.

—Te gusta mi compañía, ¿no?

—¿Que me gusta? —Da un sorbo al café, concentrado en el iPad.

Es lo que parece.

Algunas personas nos están observando y me hago ilusiones de que nuestra postura acabe con cualquier sospecha, porque no parecemos en absoluto una pareja.

Cojo el móvil y echo un vistazo a los mensajes. Mis vecinas, cada santo día, mandan una imagen de un angelito, mucha

purpurina, buenos días y mensajes de inspiración. Si no son angelitos, son gatos, y eso da igual dónde esté.

Respondo al buenos días de todas hasta que siento algo rozar mi pie y los recojo bajo mi silla, un poco asustada.

—¿Qué fue? —Se extraña.

—No me toques.

Vuelve la mirada al iPad, suspirando.

—No ha sido a propósito.

"Igual que este desayuno aquí tampoco lo fue."

Llega nuestro desayuno y, por fin, puedo centrarme en algo que no sea la gente que nos está mirando.

—¿Eres una celebridad? ¿Por qué la gente quiere saber de tu vida?

—Soy rico y soltero, ¡claro que quieren saber de mi vida! —me mira con el tupé brillando.

"¡Creído!"

—Yo sé de alguien que haría el matrimonio perfecto contigo.

"Ana Cláudia."

—No necesito que me busques a nadie. Cuando me interesen esos asuntos, tendré capacidad de resolverlo yo solo.

—¿Resolverlo? ¿Es un problema? ¿Un enigma? ¿Un caso? —Se me escapa una risa más alta de lo que esperaba y me tapo la boca.

—Entendiste lo que quise decir.

Si en algo no puede ponerme en un aprieto es con mi estado civil, al fin y al cabo, muchas mujeres querrían estar conmigo y tengo la certeza de que, si no tuviésemos todo este problema, sería uno más de los hombres de sus sueños.

—Tu madre debe vivir con la esperanza de que te decidas sobre esa cuestión, ¿verdad? — Come con una sonrisita descarada.

—Sí, pero ella no forma parte de esas decisiones; es más, ni se te ocurra alimentar sus ideas para luego reírte en mi cara.

—¡Jamás haría una cosa así! ¡Dios me libre! ¡No estoy loca! ¡Nunca saldrán de mi boca palabras tan absurdas! Eso lo haces tú. — Toma un poco de café.

—Supones.

—No. Lo tengo claro. Conozco al Rómulo que no quiere que la gente sepa algo. Sé lo que puede hacer cuando quiere esconder una cosa. O te importa un carajo, o te gusta que yo sea tu novia falsa.

— La segunda opción, sin duda — digo con cierto desparpajo y pido la cuenta.

"Rómulo, no te gusta."

Ella termina el desayuno, pido la cuenta y, después de pagar, seguimos a la oficina.

En cuanto entramos en el ascensor, me encuentro con Kettelyn.

—Qué bien haberte encontrado, quería hablar contigo.

—Señor Rómulo, quiero saber qué quedó definido sobre el problema de la prensa.

—Edgar ya ha interpuesto las demandas. Estate atenta por si más gente comparte esas noticias falsas.

—Ahora mismo, en todas las webs hay fotos suyas, en las que aparece acompañado de esa mujer en una cafetería.

—Eso no significa nada, solo nos sentamos y tomamos café.

—No es lo que dicen. En el sitio más seguido pusieron el pie de foto. — Busca en el iPad y veo una foto de Linda riéndose mientras estábamos sentados—. **"La pareja no asumida comenzó el día de forma agradable, desayunando juntos en la cafetería de cinco estrellas de la ciudad. La conversación parecía divertida y después salieron juntos en el coche del millonario".**

—Ya lo dije… —refuerza Linda, apoyada al fondo del ascensor.

—Habla con Edgar y que demande a todos.

—Rómulo… —Kettelyn parece preocupada— …si siguen saliendo juntos, seguirán hablando. ¿No es mejor que los dos den una rueda de prensa diciendo que no hay nada?

"¡Qué exageración!"

—No —respondo rápido.

—¿Será que ella no quiere? Podéis acordar lo que vais a decir.

—Ella no quiere, pero puedes preguntárselo a ella. — Señalo a Linda y la RP se gira hacia ella.

—Ah, ¿entonces eres tú? —A Kettelyn no se la ve muy animada y Linda niega con la cabeza tan desanimada como ella. — ¿No crees que sería bueno aclararlo todo de una vez?

—¡No voy a hacer el ridículo de presentarme ante un montón de gente solo para repetir lo que ya dije un millón de veces!

"Y en algo estamos de acuerdo."

—Eso puede perjudicar vuestras vidas, incluso a las familias.

—Hoy me reuniré con mi familia y volveré a explicar todo una vez más. Y la familia de Linda, estoy seguro de que no se preocupa por esto, ya que no existe. Solo habla con el abogado y haz que esa gente pare, ya estoy cansado del tema.

—Sabes muy bien que no existiría si no te estuvieras viendo con ella —dice Kettelyn como si le molestara la historia tanto como a nosotros.

— Con permiso. —Linda pasa entre nosotros, apurada, con la cabeza baja y sale del ascensor.

"*Extraño*."

—Solo haz lo que te dije.



CAPÍTULO 25

Linda Fonseca

El ascensor se abre en el quinto piso justo cuando oigo el disparate y paso entre los dos rápidamente.

—Con permiso.

Parece que tienen demasiada confianza para que una empleada le hable así a él; incluso, parece personal tu incomodidad con los rumores.

Voy al despacho de Gustavo, pero no lo encuentro en el lugar, así que me siento a esperar. La parte que más me gusta son las butacas y los sofás de ante, que son cómodos y hasta dan ganas de dormir.

Miro al techo y el recuerdo reciente me incomoda.

"¡Mujercita ridícula!

Fingió que no me vio en el ascensor, y eso que solo estábamos los tres allí.

Una Ana Cláudia más en la vida.

Y Rómulo…

¿Qué decir de sus palabras?

¡Qué hombrecito insensible!

Menos mal que el ascensor se abrió antes de escuchar más cosas, porque me molestó cuando habló de esa forma."

Unos cinco minutos después, la puerta del despacho se abre.

—¡Buenos días, secretaria Linda! —Gustavo entra en la sala de buen humor.

—No sé si solo estás diciendo mi nombre o si me estás elogiando. —Me levanto con una sonrisa en la cara.

Esto me recuerda la parte buena del trabajo.

—Son las dos cosas, ya que tener un nombre así nos trae facilidad. Creo que Dios hace las cosas bien hechas de verdad. Apuesto a que "linda" fue el único elogio que Rómulo te ha dado en la vida y solo lo dijo porque es tu nombre.

Me río a carcajadas.

—Tienes razón.

—¿Cómo se te acercó, Linda? ¿Te tiró los tejos o no te dejó alternativa…? —Se sienta detrás de la mesa, curioso.

—No estamos juntos. —Corrijo sin deshacer la sonrisa para no incomodarlo.

—Pero va a pasar, tengo fe. Mi amigo es complicado, terco como él solo, pero tiene arreglo.

—Si tiene arreglo, no lo sé, pero en ese terreno en el que tienes esperanza nunca va a pasar nada por ninguna de las dos partes —aseguro sin duda alguna.

Tal vez sea de lo que más segura estoy en medio de todo esto.

—¡Eso crees tú! La semana pasada se puso enfermo de celos por culpa de Caleb. Por eso mandó a la secretaria que se presentara en la reunión.

Pensé que era por cualquier otra tontería, aunque toqué el tema durante la cena de ayer.

—¿Celos? Él solo es del tipo posesivo y controlador, nada más.

Quiere usar su poder sobre todo y controlar la vida de todos a su alrededor.

Desgraciadamente, he sido su blanco principal, pero creo que no tardará en entender que nada de eso va a funcionar conmigo.

—Siempre ha sido así. Y ahora que la gente dice que estáis juntos, aunque no lo estéis, no va a querer perderte por nadie. Y más aún con Caleb, que tiene las cualidades que él no tiene.

Gustavo no se corta al darle caña al amigo; sin embargo, no está mintiendo.

—En eso tienes razón.

—Pero, en el fondo, mi amigo es una buena persona, Linda. Yo hago estas bromas, pero él es un hombre de bien. Solo que se crió con un padre muy rígido y perfeccionista que quería que él fuera su reflejo. Al final se volvió así, pero con una dosis de exageración y de rencor por ello —explica, lamentándose.

Imaginé que tenía algo contra el padre.

"Entonces es eso, su padre le daba la lata."

Pero debe de haber mucha rabia para no querer encontrarse con la persona.

"¿Será que…?"

—¿Pero se hablan?

—Sí, pero a Rómulo le desagrada cuando se producen esos encuentros. Lo peor de todo es que a su padre le encanta meter baza donde no le corresponde. Antes era para que desistiera de la empresa; ahora que Rómulo tiene éxito con Guimarães Petróleo e

Gás, quiere comprar acciones y participar en ello; de hecho, no para de querer comprar mi parte y es obvio que no haré eso.

—Vaya situación...

—Pues sí. Pero dime, ¿qué tenemos para hoy?

Abro la agenda.

Rómulo Guimarães

Algo hay; salió con prisa, sin mirar atrás. Un borde siempre es, pero esta vez me pareció extraño. No debe de haber sido por culpa de Kettelyn, porque creo que ninguna mujer intimida a Linda.

O puede que sea eso mismo.

—Con permiso, señor Rómulo. —Laisa entra en la sala.— Buenos días.

—Buenos días, Laisa. —Cierro un documento en el iPad y abro otro.

—Le traigo su agenda de compromisos.

—¿Qué tenemos para hoy? —Echo un vistazo a un archivo.

—Reunión con los socios a las 9 h; reunión con el equipo de seguridad laboral a las 11 h; reunión con RR. HH. sobre los nuevos contratados a las 14 h y la visita a la plataforma a las 16 h.

—¿Visita a la plataforma? Entonces debería ser más temprano... Ponla a las 15:30. El viaje tarda un tiempo y, con el tráfico del final del día...

"Puede que llegue tarde a la cena."

—Vale. Tengo otra cosa para que hagas. Ve al quinto piso y averigua... cómo está Linda. ¿No sois amigas? —La miro y ella

quiere sonreír, pero sabe que hacerlo es firmar su despido.

—Está bien. Iré.

—Ah, Laisa, pregunta si Linda sabe que Relaciones Públicas (RR. PP.) quiere hablar con ella. Kettelyn dijo que quería hablar sobre los chismes que andan circulando y no dio tiempo en el ascensor.

—Sí.

Esa debería haber sido la excusa usada al principio.

—Y si esa reunión ocurre, apáñatelas para asistir o escuchar, y luego cuéntame todo.

—Puedes dejarlo en mis manos. —Sale entusiasmada.

"Al menos es competente."

Kettelyn cree que no sé resolver este tipo de cosas. Tiene que conformarse con mi método y no mandarme que me aleje de Linda, porque ya es demasiado tarde para eso.

Me acuerdo de llamar a mi madre para decirle que esta noche voy a llevar a Linda para que la conozca y marco su número.

—¡Hola, hijo! ¿Qué milagro es este?

—Hola, mamá. ¿Todo bien? Llamo para decir que la chica aceptó venir a la cena. ¿Puede ser esta noche, no? Ya lo he acordado con ella.

Solo de pensarlo ya me pongo nervioso, ansioso.

Linda tiene razón cuando dice que esto no debería estar pasando.

"¿Será que me está gustando esa idea de novia falsa?

No, Rómulo."

—¿En serio? ¡Qué buena noticia, hijo! Voy a decirle a la cocinera que prepare un banquete —dice entusiasmada.

—Pues eso, pero no llames a nadie: seremos solo nosotros. No quiero más problemas.

—Está bien. Solo estará nuestra familia. No haré nada para ponerte en un aprieto, quiero conocer a esa chica.

—La vas a conocer hoy. He llamado solo para avisar. Chao. —Cuelgo antes de que alargue la historia. Hoy el día será ajetreado, pero no voy a desmarcar ninguno de mis compromisos.



CAPÍTULO 26

Linda Fonseca

¿***Qué*** quiere esa mujer hablar conmigo?

Mandó un recado diciendo que me espera en el sexto piso para que tengamos una conversación.

—Señor Gustavo, ¿puede darme un instante? —pido un poco avergonzada—. La RP de Rómulo quiere hablar conmigo.

—Sí. Puede ir.

—Ante cualquier cosa, me llama y vuelvo. —Salgo de la sala apurada.

"Espero que sea algo rápido."

—¡Linda! —Encuentro a Laisa cerca del pasillo.

—¡Hola! —saludo alegre—. ¿Qué haces por aquí?

—A l señor Rómulo le gusta saberlo todo —responde toda atropellada—. ¿Qué vas a hacer ahora? ¿Cómo estás?

"Él es más curioso que los curiosos a los que está demandando."

—Voy a hablar con la responsable de Relaciones Públicas de la empresa de tu jefe. Estoy bien.

—Si quieres, puedo darte apoyo moral. Esa mujer es complicada.

—Puedo encargarme de ella sola, no te preocupes —rechazo amablemente.

—¿Segura?

—Sí. —Entro en el ascensor y ella sujeta la puerta.

—Es que de verdad necesito ir —explica, cortada.

—¿Por qué? —Me parece raro.

—El señor Rómulo dijo que yo debería estar allí.

"Apuesto a que confía en esa mujer mucho menos que yo."

—Entra. —Me doy por vencida.

Ella entra y aprieto el botón de la planta a la que iremos.

—¿Por qué te mandó aquí?

—No lo dijo —lamenta, preocupada—. Por favor, Linda, no le digas que te conté a qué vine. Me va a despedir...

—No te preocupes.

"¿Será difícil contenerme?

Lo será, pero lo haré por Laisa."

—Dijo que era para averiguar qué tienes.

—Ah, ¿entonces es eso?

"Él suelta sus mierdas con su insensibilidad y ni es capaz de ver los estragos que hace."

—Sí. Me pidió averiguar y también dijo que era para participar en la reunión.

Salimos del ascensor.

—Mira, tu jefe y yo no tenemos nada, no creas los cotilleos. Esa manía de vigilarme que está desarrollando no tiene nada de especial; es su manía de control.

—¿En serio? El señor Rómulo anda más ligero; incluso pensé que era por el noviazgo. Me dio vergüenza preguntarte.

—No lo somos y prefiero hablar a solas con la mujer. Pero no te preocupes, en cuanto termine la reunión, voy a decirte todo lo que debes contarle a él.

Ella se ríe.

—¿El señor Rómulo te deja hacer esas cosas?

—Él no me controla —explico y ella sonríe.

—Pero… ¿Y si lo descubre?

—No lo hará, es un burro. Quédate tranquila. Da una vuelta por ahí y cuando vuelva te diré todo lo que debes decirle.

—Está bien. —Se queda atrás.

Como cada vez que aparezco, la gente me mira como a la persona que está en los sitios de cotilleo y me da miedo que piensen que estoy forzando la situación.

Me detengo en recepción.

—Buenos días.

—Buenos días. —La recepcionista me analiza.

"Pues sí, chica."

—¿Desea algo?

—Sí. Quiero hablar con la RP.

—Su despacho está a la derecha. —Señala la dirección.

—Gracias, con permiso. —Me aparto mientras otras dos mujeres se acercan al mostrador.

Llego a la sala indicada, llamo a la puerta y me permite entrar sin preguntar quién es.

—Ah, eres tú —dice la mujer con desdén.

—Sí, soy yo. —Entro en la sala con la cabeza erguida.

Reconozco que es bastante guapa. Debe de ser el tipo de mujer que le gusta a Rómulo. Alta, con cara de quien lo sabe todo.

—Te llamé para resolver esto ya, porque un asunto así no debería aparecer en la vida de Rómulo. —Me señala la silla.

Analizo sus palabras.

—Supongo que no crees lo que la gente anda contando. —Me siento.

—Sí, sé que no están juntos. Jamás creería una historia así; al fin y al cabo, Rómulo no se mete con mujeres de tu tipo.

—¿Un tipo como yo? —Frunzo el ceño sin entender adónde quiere llegar.

—Sí, no eres el tipo de Rómulo. Si no vas por la línea y colaboras con nosotros, vas a volver su vida aún más desordenada. Sabes, todo estaba bien hasta que llegaste. —Se levanta de la silla y yo alzo las cejas, admirada por sus disparos.

—Espera, ¿tú qué eres de él además de RP? ¿Su rollo? ¿Te gusta? Porque no entiendo por qué me estás ninguneando de ese modo.

—Chica, Rómulo es uno de los empresarios más importantes y más serios de este país. Siempre ha velado por su imagen. ¿Sabes cuántas veces se le ha visto al lado de una mujer? Ninguna, porque mantiene sus líos en secreto.

—Hum… En ese caso, ¿tú eres un secreto?

—El asunto aquí eres tú. —Me acorrala—. Mi trabajo no era gestionar los cotilleos de la empresa. ¿Sabes qué hace alguien como yo en una empresa? Desde que apareciste en su vida y causaste

todo este lío, me rebajaron a asesora de prensa y ahora tengo que estar haciendo este trabajo sucio. No dudo que hayas sido tú quien envió las primeras imágenes a los sitios de cotilleo —me insulta, furiosa.

"Ahora tocó mi herida."

—Mira… —Me levanto de la silla de golpe—… Cuando lo busqué, solo quería defender a mi padre. Nunca tuve intención alguna de pasar por esta situación. ¡No soy una aprovechada! Como empleada, debes hacer tu trabajo y, si en este momento tienes que sacar los cotilleos de la red, trabaja en eso, no me juzgues.

—¡Qué audacia!

—¿Quieres más? Sobre no ser el tipo de mujer con quien él se mete, Rómulo tendría suerte, pero mucha suerte, de tener a una mujer como yo en su vida. Es más, le encanta esta idea de falsa novia, si aún no te has dado cuenta.

Ella se ríe.

—Te estás ilusionando. Rómulo te desprecia.

—Ajá, muchísimo. Tanto que voy a cenar en casa de sus padres hoy. —Me veo obligada a decirlo y se le borra la sonrisa—. A mí eso me da igual, ¿vale? No quiero nada con él. Así que, si no lo haces por él, hazlo por ti y por mí.

—No tardará en abrir los ojos y ver a la estafadora que eres.

—¿Estafadora? —Entorno los ojos—. Él necesita abrir los ojos sobre ti y mejorar los criterios para contratar a la gente; al fin y al cabo, solo con la competencia no basta. Ahora, con permiso. —Salgo de la sala indignada, pero con la cabeza erguida.

Rómulo Guimarães

—¿Rómulo? —Kettelyn entra en mi despacho y la recepcionista viene justo detrás.

—Le pregunté si tenía hora.

Levanto la mano y hago señas a la recepcionista para que se vaya.

—¿Qué quieres? ¿No sabes que tienes que pedir hora? Tengo muchas reuniones hoy.

—Vine a hablar sobre la chica.

—¿Qué chica?

—La chica que te está trayendo problemas.

—¿Qué pasó ahora, eh? Creí que después de la famosa charla ibas a aparecer con la solución para todos los problemas del mundo. Por cierto, baja el tono conmigo. No te olvides de quién soy.

Ella cambia la postura.

—Perdón. Tenía que ser una reunión para buscar soluciones, pero ella no ayuda. No quiere colaborar conmigo. Apareció en mi sala desafiándome, diciendo que no tengo derecho a cuestionar nada. Y que debo resolver esos cotilleos de internet, que no me necesita para nada más —cuenta, gimoteando.

No me lo esperaba.

—¿De verdad dijo esas cosas? —Me sorprende.

Yo sé que Linda es difícil; nadie mejor que yo para saberlo, pero no suelta esas cosas sin motivo.

—¡Claro que las dijo! —afirma, indignada.

—¿Qué hiciste? ¿Qué dijiste?

"Espero que no le haya dado motivos para abandonarlo todo."

—¡Yo no dije nada!

—Ella no es de soltar un montón de cosas a alguien que no tiene culpa. Hiciste algo.

—¿Estás defendiendo a esa estafadora? —Sube el tono y me levanto de inmediato.

—Baja el tono. ¿Quién te crees que eres? Aquí mando yo y no tolero a nadie alzándome la voz. —La miro a los ojos y ella recula—. Si Linda te dijo esas cosas es porque tú le dijiste algo que la ofendió. Conozco lo suficiente a las dos para saberlo.

Linda no se queda callada cuando alguien le dice algo que la hiere, y la otra adora ser altiva con quien tiene menos.

—Tú no eras así conmigo. No lo entiendo… ¿La prefieres?

—Sabes muy bien que no tengo nada con ella y no quiero nada contigo. Lo que pasó hace mucho fue un desliz. Cuando bebo acabo cediendo a mis deseos.

—¿Y ya no me deseas?

—No. Fue cosa del momento. Ahora sal de aquí y ve a hacer tu trabajo. —Me siento de nuevo—. Y procura no molestar más a Linda, porque luego me toca a mí.

Ella se calla y sale cabizbaja.

"¡Caramba!

Estas mujeres…

¡Parece que todas solo me traen problemas!

¡Quieren volverme loco!"

—¿Señor Rómulo? —Mi asistente llama a la puerta.

Ya reconozco su voz.

—Entra, rápido.

Quiero saber con pelos y señales qué pasó en esa reunión.

Ella entra y cierra la puerta.

—Siéntate y cuéntame todo. —Señalo la silla—. Y cuéntame todo en menos de quince minutos, que en nada tengo una reunión.

Tartamudea, pero luego se encarrila.

—Linda dijo que estaba bien y no parecía tener problema alguno. Fue a la reunión con Kettelyn y, cuando llegó, Kettelyn empezó a ningunearla, diciendo que era una oportunista, que vino solo para estorbarte la vida, la vida de ella y más cosas.

"Sabía que Kettelyn le había dado motivos."

—Hum… Continúa.

—Entonces Linda se indignó y dijo que no era nada de eso. Le mandó a la RP que se pusiera en su lugar de empleada y trabajara para sacar sus nombres de los medios.

—¿En serio?

—Sí. También mandó decir que usted debería ser más riguroso con sus empleados.

"¡Qué osada!"

—¿Ella te mandó decirme eso?

—Ajá.

Ahora entiendo la rabia de Kettelyn.

Linda se vale por sí sola; al menos cierto porte de autoridad tiene, y eso es un punto positivo.

—Gracias. Hiciste un buen trabajo, Laisa. Ahora ven conmigo a la reunión. —Me levanto con las cosas en la mano.

Luego hablaré con Linda.



CAPÍTULO 27

Linda Fonseca

Pasamos la tarde trabajando y Gustavo me deja salir un poco antes del horario.

—Rómulo dijo que le esperaras en su despacho.

—¿En serio? —reúno mis cosas, confusa.

—Sí, pero creo que va a tardar. Está de visita en la plataforma.

—Voy a hablar con él —saco el móvil del bolso—. Hasta el lunes.

—Buen festivo y que tengas un gran fin de semana.

—Gracias. —Salgo de la oficina.

Le mando un mensaje preguntando si Rómulo puede atenderme; al fin y al cabo, ya dijo que no le gusta que le llamen durante las reuniones y no soy tan terca como para desobedecer algo que ya sé.

No voy a su despacho a quedarme sola esperándole, porque la recepcionista de allí puede enloquecer sabiendo que estoy en el despacho de su jefe sin su presencia.

Esa atrevida de RR. PP. quiere a Rómulo, por eso me criticó de esa forma.

¿Dónde se ha visto?

Jamás montaría nada para que alguien pensara que estoy con Rómulo.

Él me llama y atiendo al momento.

—*Hola* —dice en medio del ruido del viento.

—Hola. Gustavo dijo que mandaste que te esperara en tu despacho, pero estás fuera. No voy a quedarme allí, me voy a casa en autobús.

—Vale. Acuérdate de arreglarte para la cena en casa de mi madre. Paso por allí a las 18:30. Estate lista, no me gustan los retrasos.

"¿Otra vez ese aviso?"

—Menos mal que no quiero complacerte. Mándame ya la dirección.

Rómulo Guimarães

Impaciente…

No conseguí adelantar la visita para salir a la misma hora que Linda; de hecho, aún estoy en la plataforma, viendo algunos asuntos. El jefe está a mi lado, señalando las partes que necesitan mejoras. Hace un tiempo que no vengo aquí.

—¿Dónde fue que ocurrió el accidente? —pregunto, y él palidece mirándome—. No me diga que usted fue uno de los empleados que pensó que iba a mantener esto en secreto. Se cobró una vida.

—Hicimos lo posible y cumplimos las órdenes. La iniciativa salió de quien estaba por encima de nosotros; nos esforzamos para que no pase ese tipo de cosa. Pensamos que el equipo de seguridad laboral lo iba a informar a la dirección.

—No, no lo dijeron, pero ya fueron despedidos, así que pagaron por la irresponsabilidad. Quiero saber qué pasó aquí. ¿Cómo murió ese hombre? —recuerdo lo que contó el jefe del equipo, pero un nuevo relato puede traer información nueva.

—Le voy a mostrar el lugar. —Sale por el pasillo y le sigo—. Él era responsable del mantenimiento de las torres y mástiles. Aquel día hacía frío y las torres estaban en mantenimiento. Por cuenta del vendaval, se torcieron, algunos cables se rompieron y algunos tornillos de los mástiles se soltaron. Fue un caos intentar resolverlo todo de una vez. No imaginábamos que el destrozo había sido tan grande, señor. Después de que se rompieron los cables, ocurrió la desgracia —cuenta, subiendo unos peldaños, y voy detrás de él—. Todo pasó allí. —Señala el lugar—. Ahora ya lo arreglamos.

Es una versión un poco diferente de la que ya oí.

—Val era uno de los operarios más queridos aquí. Nadie jamás haría nada que le perjudicara, y mucho menos encubrir algo así si no fuera obligado —explica, triste.

—¿Y dónde se alojaba? ¿Mandaron todo a la familia?

—No, señor. Su cuarto permanece igual. No conseguimos hacerlo. Como le dije, era muy querido por todos los equipos y es muy difícil lidiar con lo que pasó.

"Parece que está siendo sincero."

—¿Quiere ver?

—Sí, por favor. —Acompaño al hombre hasta los dormitorios.

—Es este de aquí. Compartía el cuarto con otro operario que está en tierra. —Abre la puerta, entro y enciendo la luz.

Hay una cama y algunas cosas sobre la cabecera.

Pero lo que más me llama la atención es la foto que él mantenía allí junto a un trofeo, una foto pequeña suya con Linda y los dos están sonriendo.

Ella tiene rasgos de él.

Cojo la foto, la miro de cerca y luego miro el reverso, donde está escrito: **"Mi querida, Linda"**.

—Esa era su hija. No pasaba un día sin hablar de ella, de lo amable que era y de lo buena hija que fue. Imagino que todavía esté sufriendo mucho por su pérdida. Solo se tenían el uno al otro.

Asiento, aún con la vista en la foto.

Linda sufre y ahora me siento aún peor por lo que hice con ella aquel día.

Ahora entiendo aquel semblante cuando me enfrentó por primera vez, una mezcla de dolor y rabia.

—¿Desea ver algo más, señor?

—No, pero quiero que mande a alguien a poner esas pertenencias en una caja.

—Lo haré.

Echo otro vistazo a la plataforma y, en cuanto me entregan las cosas, me voy a casa.

Despido al chófer y llevo la caja al otro coche, ya que hoy por la noche voy conduciendo a casa de mi madre.

Me ducho y me pongo un pantalón y una camisa verde claro; luego me arreglo el pelo y me remango la camisa hasta la mitad de los antebrazos.

Voy con un poco de retraso, pero decido pasar por un lugar antes de recoger a Linda e ir a casa de mi madre.

Enseguida aparece Sérgio llamando a la puerta y le hago pasar.

—¿Qué va a querer para la cena, señor?

—Hoy no hace falta que te preocupes por eso, cenaré en casa de mi madre. —A través del espejo veo su expresión de sorpresa—. Quiere conocer mejor a Linda.

—Es una idea estupenda.

—No sé yo. Ni he salido y ya estoy arrepentido de esta idea. Solo voy para hacer el gusto de mi madre, que anda ilusionada con los cotilleos de la gente.

Él asiente con una leve sonrisa.

—¿Qué pasa, Sérgio?

—Nada, señor. —Disimula—. ¿Necesita algo?

—No. Ya me voy.



Paso por otro sitio antes de buscar a Linda en el apartamento.

En cuanto llego, la encuentro esperándome con los brazos cruzados, con un vestido amarillo claro, ceñido a la cintura y suelto en los muslos, sandalias de poco tacón; lleva el pelo suelto sobre los hombros y, por el brillo del rostro, sospecho que va maquillada.

"¿No ha quedado monísima?"

En cuanto aparco mi I8, ella se inclina hacia delante y mira el móvil.

—Vas tarde —puntualiza con su mala leche de siempre.

—Pensé que ibas a elogiar el coche, pero en fin.

—No sé cómo abrirlo. —Tira de la manecilla.

Abro la puerta desde dentro y ella se aparta, quedándose admirada, por *fin*, con la presencia del coche.

—Entra, vamos tarde —apremio, y ella entra y cierra la puerta.

Su perfume llena el coche. Es un buen perfume. Como solo se lo he olido a ella, me recuerda a ella.

—Ay, ay, mira tú… ¿De quién es la culpa, Rómulo?

—Fue por un buen motivo —aseguro.



CAPÍTULO 28

Linda Fonseca

Rómulo tiene un coche bonito y hasta parece que conduce bien, o tiene mucho miedo de abollarlo, porque tiene tal atención y cuidado en el tráfico que hasta yo, una persona que solo va con los ojos muy abiertos, sin confiar en el conductor, me relajo en el asiento durante el viaje.

No tarda en llegar a la casa de su madre.

Casa no, mansión.

Vive en una urbanización de muchísimo nivel, con una casa más bonita que la otra, y alrededor de la mansión no hay muros. Hay un jardín bonito delante, con focos bajo las plantas que realzan el color verde; las paredes tienen tonos claros y ventanas de vidrio, una puerta, y hay un senderillo hasta la entrada.

Rómulo para el coche justo delante de ese senderillo; salgo y espero que él haga lo mismo.

No debería preocuparme por eso, pero creo que estoy preparada para conocer a su madre. Confío en que ella no reparará en el mechón de pelo que está naciendo donde el médico cortó para reparar la herida que me hice en la casa de su hijo. El vestido que

llevo desentona con la ocasión, con un estilo romántico, pero fue el único que no era ni demasiado nuevo ni demasiado viejo para esta cena.

—Vamos. —Él pasa a mi lado, sale disparado por delante y lo sigo.

Admito que estoy nerviosa.

¿Y si ella me llama estafadora y oportunista?

Toca el timbre y esperamos un poco a que la puerta se abra; mientras tanto, observo al desgraciado, que va elegante incluso sin proponérselo.

"¿Hace pesas?"

Lleva un perfume tan agradable que lo huelo desde atrás y me está sofocando.

La puerta se abre y aparece una mujer con uniforme, dándonos las buenas noches.

—Buenas noches. — Rómulo entra en la casa y yo voy justo detrás.

—Buenas noches. —Le sonrío al pasar junto a la señora de cabello gris.

"¡Qué caserón!"

Parece un templo, pero con muebles modernos, y está tan iluminada que me duelen hasta los ojos.

—¡ Rómulo, aún no creo que hayas venido! —dice una mujer elegante, de cabello muy negro y rostro fino, y lo abraza.

Es alta, tanto que su rostro supera el hombro del grandullón en el abrazo.

—Si lo tratas como un milagro, me voy antes de la cena.

"¡Siempre borde!"

—No tienes remedio, ¿eh? —ella lo suelta, manteniendo la sonrisa, y se vuelve hacia mí—. Linda, querida, qué bueno verte bien. Me preocupé mucho cuando te vi desmayada. —Se acerca, hablando como si me conociera de toda la vida—. Un placer, mi nombre es Sandra. —Me abraza.

—Encantada, Linda.

"¡Esta mujer está demasiado animada!"

—¿Cómo estás? ¿Ya te recuperaste de la herida? —Ella toma mis manos.

La verdad es que es la primera persona que me pregunta por eso.

—Sí, pero quedó la cicatriz.

—Ya veo... Rómulo me contó del accidente. Esos escalones nunca me inspiraron confianza.

—No es bueno confiar.

—Ni caminar de espaldas —completa Rómulo.

—Apuesto a que disfrutaste viéndome caer.

Él se ríe, sentado en el sofá.

—No hagas caso a lo que dice. Rómulo habla sin pensar. Pero algún día se arrepentirá y no tendrá arreglo —prácticamente lo maldice—. Vamos a sentarnos aquí a hablar más. ¡Rodrigo! Ven a hablar con tu hermano y tu cuñada.

Me vuelvo hacia Rómulo con los ojos abiertos y él se da una palmada en la frente, sentado en el otro sofá.

—¡Por el amor de Dios, madre, no alimentes eso!

—No estamos juntos —aclaro.

Ella ni siquiera hace caso a nuestras súplicas.

—Rodrigo es totalmente lo opuesto a Rómulo, ya verás.

—Creo que hablé con él cuando estaba en cat... en la casa de Rómulo.

"Fue él quien abrió la puerta para que yo huyera."

—Sí. Sí. —Ella tiene una sonrisa enorme para mí.

—¡He llegado! —Baja la escalera corriendo, con una camisa en la mano y el torso desnudo, lo que provoca que abra los ojos de par en par.

"¡Qué cuerpo tan bonito!

Qué abdomen...

Y es alto.

Rubio.

¿Será adoptado?

¿Cómo será el padre de Rómulo?"

Cuando abrió la puerta para mí, no tuve tiempo de mirarlo bien, porque casi lo atropello al intentar escapar y en el vídeo no reparé en su fisonomía. Es bastante más joven que Rómulo.

—¡Ponte la condenada camisa, Rodrigo! —ordena Rómulo, claramente molesto.

—¿Ya estás celoso? —Se pone la camisa, riéndose de Rómulo, y se acerca a mí; entonces me levanto—. Por fin hablo con la mujer que sacó a mi hermano de la sequía.

—¿Qué? —Me quedo confusa.

Me saluda con un beso en la mejilla.

—Encantado, soy Rodrigo. Si necesitas cualquier cosa, aquí estoy disponible.

—No hagas caso a lo que dice —aconseja Rómulo más como orden que como consejo—. Solo dice tonterías.

—Ajá. ¿A quién queréis engañar? ¿A mí y a mamá? ¿Mira, mamá? —Se sienta junto al hermano y se ríe con la madre—. Rómulo es un hombre de las cavernas, nunca dudé de eso. Lo difícil es que a una mujer le guste tal como es. ¿Qué viste en él?

—¿Yo? Nada. —Me río.

—¿Todavía tienes la osadía de sentarte a mi lado después de alimentar a la prensa con esa idea? ¡Debería arrancarte la lengua, Rodrigo!

La forma en que Rómulo mira al hermano mientras habla me asusta.

—Todo el mundo hablaba ya y, en mi defensa, estaba borracho.

—¡Eres mi hermano! Es normal que la gente crea lo que dices, independientemente de si estabas sobrio o no.

Estoy de acuerdo con él.

—Cuando la vi corriendo por tu casa, me preocupé, pero ya han pasado tres meses y la gente dice que estáis todo el tiempo juntos.

"¡Qué calumnia!"

—De verdad pensé que era tu novia. Me hice ilusiones. Antes, pensé que eras del valle de los unicornios o de esas personas a las que no les gusta el sexo.

Rómulo niega con la cabeza y me río de eso.

"¡Qué chico tan sin sentido!"

—No tiene remedio, Rodrigo —desprecia Rómulo.

—¿Y tú? ¿Qué voy a decir yo? —responde el hermano.

Sandra me provoca, riéndose, y yo también sonrío.

—No te asustes. Siempre es así, se tiran pullas todo el tiempo. Vamos a dar un paseo por la casa y a hablar sin la

interferencia de estos dos. —Se levanta y toma mi mano.

Miro a Rómulo y él mueve la mano como quien me indica que la acompañe.

Pensé que la visita iba a ser para que su madre viera que estoy bien, pero, como él dijo, ella cree en esas cosas y, como sospechaba, su sueño es ver al hijo con alguien.

Siento decepcionarla *—mentira, no lo siento—,* pero no seré yo quien realice ese sueño.



CAPÍTULO 29

Rómulo Guimarães

Fue una pésima idea venir hasta aquí, tanto que ya hasta me arrepentí.

Mientras las dos se alejan, Rodrigo se estira en el sofá, con el ojo puesto en Linda. Le restriego un cojín que tenía a mi lado en la cara.

—¡Deja de mirarla!

—¡Caramba, Rómulo! ¿No dijiste que no estáis juntos? ¿Por qué estás celoso? —Me quita el cojín.

"¿Yo?

¿Con celos de ella?

¡Yo no!"

—No son celos. No aguantas ver a una mujer sin lanzarte encima. ¡Tú y Caleb! La traje por nuestra madre, así que contrólate y respeta la visita.

—Le tengo el mayor de los respetos. Mi respeto es tan grande como tus celos.

—¡No estoy celoso de ella! —Esa idea me estresa.

—No. *Qué va.* —Se levanta—. Solo falta que me sueltes un puñetazo.

—Si sigues, lo haré. Y por otros motivos también.

—Si quieres, puedo ayudar a terminar con esa historia de que estáis saliendo. La voy a invitar a salir conmigo. Es mi tipo y hace honor al nombre.

Me levanto con otro cojín y se lo restriego con más fuerza en la cara, y cae en el sofá.

—La próxima vez será ese jarrón. —Señalo el adorno de mesa.

"¡Qué idea más absurda!

Ella solo es alguien que tiene problemas conmigo.

Si sin ser nada ya tenemos una relación complicada, imagina si se mete con mi hermano.

¡No quiero a Linda como mi cuñada!"

Dejo a mi hermano en el salón y me acerco adonde están ellas para saber de qué andan hablando. Me escondo —o lo intento — detrás de la pared.

Mi madre la lleva a la sala de la vergüenza, o sea, la sala donde están los álbumes.

"¿Por qué toda madre tiene esa manía?"

—Mire, aquí están Rómulo y Rodrigo de pequeños. —Mi madre muestra un portarretratos.

—Su marido debe de ser muy guapetón. Juntó su belleza con la de él e hicieron bebés preciosos.

"Sí, admitió que me encuentra guapo."

Puedo decir que la genética es excelente en cuestión de apariencia.

—Sí. Modestia aparte, mi marido es guapetón. —Mi madre no pierde la ocasión de presumir.

Sonrío.

—Mírelo aquí.

—¿Ese es su marido?

—Sí.

—¡Pero aquí parece ser una foto de Rómulo!

—Sí. Son idénticos.

¡Lamentablemente!

—¡Caramba, idénticos de verdad! Pero parece que a Rómulo no le gusta mucho encontrarse con su padre.

"No me gusta, no."

—Él y su padre no llegan a un acuerdo. El padre le exige demasiado y, la última vez, Rómulo se sintió bastante humillado con las cosas que oyó en una cena con muchos invitados. Desde entonces no viene aquí.

Linda se queda quieta un rato, como si estuviera pensativa.

—Desde que él se fue, ¿es la primera vez que viene aquí?

—¿A una cena? Sí. Usted llegó obrando milagros en esta familia.

Admito que solo vine por ella, pero podría haber hecho todo en mi casa.

—Creo que no, ¿eh? —No se entusiasma—. Su hijo… Sé que es su hijo y a usted no le debe de gustar oír a nadie hablar mal de él, pero es un cabezota. Lo aprendió del padre. Perdón, es lo que entendí de su historia.

"Quejándose de mí ante mi madre…

¡Lo que me faltaba!"

—Ay, querida, lo peor es que tiene razón. No imaginé que mi hijo sería así. Creo que la rigidez con la que lo criaron se refleja en sus actitudes como adulto. ¿Qué hizo mi cabezota?

"Sí, mi padre hizo un gran trabajo conmigo.

Solo que yo no quería ser como él."

—Habló de mi familia como si no fuera nada, ¿sabe? Que mi familia no importa, ya que no existe… Y lo dijo de un modo tan frívolo, tan banal.

"Así que fue por eso que se puso de ese modo."

No fue una reacción exagerada, pero enseguida me di cuenta de que cuando salió del ascensor parecía estar molesta por algo.

En mi defensa, no sabía que le dolía hablar de la familia.

Admito que, esta vez, fui muy insensible, de veras, pero no me di cuenta; fue algo automático, fue antes de saber más sobre su padre.

Me imagino que a su padre le importaría mucho ver el nombre de su hija ligado a chismes como esos.

—Mire, querida, Rómulo fue un niño que creció siendo muy exigido por su padre, tanto que se convirtió en ese hombre exigente. Creo que nunca se permitió conocer a alguien, enamorarse, amar, dejar que la gente conozca su lado sensible. Siento que con usted eso puede pasar y quizá ya esté pasando, pero él no quiere abrirse y se comporta así. Con el tiempo va a cambiar, se lo garantizo. No es casualidad que sus vidas se hayan cruzado.

"Mi madre sí que es ilusa si piensa todo eso."

Me aparto para no oír nada más de esa tontería. Puede que Linda haya tocado mi herida, pero lo único que hizo fue despertar mi peor lado y lo único que he estado haciendo es corregir eso. No hay nada de abrirse ni de enamorarse.

Cuando era más joven, soñaba con esas cosas, incluso me permitía vivirlas, pero mi padre consiguió construir esta coraza a mi alrededor y ahora que la he tomado como mía, me protege y nunca la voy a romper.



CAPÍTULO 30

Linda Fonseca

La madre de él está muy ilusionada de verdad, porque de ninguna manera voy a querer algo con Rómulo.

Volvemos al salón después de un tour deslumbrante por la mansión de Sandra y encontramos a Rómulo parado como una estatua, con los brazos cruzados, cerca de la mesa del comedor, mientras escucha a su hermano contar algo.

Parece estar oyéndolo todo en automático.

Sandra va hasta la mesa y, después de hablar con una empleada, vuelve animada.

—La cena está servida, vamos a comer.

Confieso que ni siquiera tengo hambre para comer junto con esta gente.

Me acerco, tímida, a la mesa del comedor, una mesa con un banquete para al menos veinte personas, y ella sugiere los asientos, haciéndome sentarme al lado de su hijo. Lo hago por educación y me pongo un poco de cada cosa que me apeteció comer en el enorme plato de porcelana decorado con flores.

Al final, la comida quedó tan bonita en el plato que me despertó el hambre.

—¿En serio vas a comer solo eso? —pregunta Rómulo de repente.

—Sí.

—No hace falta fingir que comes como una modelo cuando comes como un jornalero.

—¡Rómulo! —lo reprendo, avergonzada, mientras su madre y su hermano prestan atención a la conversación—. No tengo tanta hambre.

Rómulo niega con la cabeza y come su comida, que llega a ser la misma cantidad que hay en mi plato.

Debe tomar alguna proteína para mantener los músculos.

—Linda, querida, siéntete a gusto —dice su madre, y se lo agradezco.

Comemos en silencio durante unos dos minutos y, cuando ese silencio empieza a volverse incómodo, su madre decide romperlo.

—Linda, en medio de toda esta historia, ¿tienes un novio de verdad? Me quedé con la duda —pregunta Sandra.

"Y sigue el bochorno igualmente…"

—No. No tengo —respondo con una leve risa y no aparto los ojos del plato.

—Suerte de Rómulo. ¿Ya pensaste en inventar que sale con alguien que ya tiene novio? —dice Rodrigo.

—Quien tenga un mínimo de sensatez no se cree esa historia —dice Rómulo, algo con lo que estoy de acuerdo.

—No tiene nada que ver conmigo —se defiende Rodrigo—. Cuando me preguntaron ya hacía días de esa historia y solo me pareció un milagro.

—¡Cállate, Rodrigo! —ordena el hermano, groseramente.

—Pero esa historia no te está fastidiando la vida, ¿no es así, Linda? —pregunta su madre.

"Pregunta complicada esa."

—Sinceramente, sí. Me persiguieron durante más de dos semanas por culpa de esa historia y ni siquiera pude trabajar bien. Lo único bueno fue que acabé aceptando el empleo, ahora puedo mantenerme sola y el apartamento me aleja de los inconvenientes. De casi todos.

—¿Hablas de mí? —pregunta Rómulo.

—Claro. Apareciste sin avisar y yo estaba saliendo del baño. La suerte fue que llevaba el albornoz.

—Debió de ser la visión del paraíso, ¿eh, Rómulozinho? Para ti, que raramente tienes ese tipo de experiencia —dice su hermano.

—Callado, Rodrigo. Fue un accidente, Linda.

—Y por eso te prohibí entrar allí sin ser invitado. También quería prohibirte otras cosas, pero está difícil.

Su familia se ríe de mi sinceridad.

—¿Tú crees que yo quería estar en esta situación? Y sobre dificultad, yo sufro más teniendo que lidiar con tu terquedad… —replica, haciéndome reír.

—Lidia invitándome a cenar…

—¡Mira, mamá! —se ríe Rodrigo, mientras su hermano y yo nos miramos torcido.

—¿Puedo sentarme lejos de él? —le pregunto a su madre.

—Siéntete a gusto, querida.

—Gracias. —Me levanto y salto una silla, con mi plato en la mano; luego cojo el vaso—. Mire, doña Sandra, ya que estamos siendo sinceros, no aguanto a su hijo.

Él se ríe.

—¡Yo sí que no te aguanto! Me das más trabajo que mis empleados.

—¿Qué hice para darte trabajo? Quieres decidir mi vida. Hoy querías que me quedara plantada en tu despacho esperándote hasta saber a qué hora ibas a llegar. Me pusiste a trabajar en la empresa de Gustavo y sigues mandando a tu asistente a vigilarme. Encima te metes con los socios que ni siquiera son tuyos.

—Debes trabajar y no quedarte flirteando ni cayendo rendida por los pasillos del edificio. Te estoy ahorrando ir en autobús y luego un buen tramo a pie cuando te pido que me esperes.

"Un ángel en mi vida."

—¿Flirteando? ¿Cuándo estuve flirteando o cayendo rendida por alguien? Laisa y yo solo nos alegramos de los buenos modales, de cómo nos trataron. Tú no lo entiendes porque eres un maleducado, bruto, arrogante y crees que todo el mundo tiene que tragarte con una sonrisa. Mandas vigilarme como si yo fuera a hacer alguna desgracia.

—No confío, por eso mando vigilarte, sí.

—Sí, voy a liarme con el socio de Gustavo, pedirle que me rescate de ti, luego voy a matar a esa RP de nariz empinada y ser feliz para siempre. ¿Es de eso de lo que tienes miedo? —encaro a Rómulo con la duda.

—Iiiii… —Rodrigo pone cara de espanto—. DR, celos… Ya son una pareja de verdad.

—¡Cállate, Rodrigo! —exclama Rómulo—. A saber si no te vas a olvidar de nuestro acuerdo.

—Está bien, hasta puedo llegar a pegarme con tu RP desgraciada que me llama cazafortunas; por cierto, está muy interesada en ti. Pero ¿tengo yo pinta de alguien que se lía con

alguien y va diciendo lo que no debe solo porque está con esa persona? ¿Y más aún de tu entorno? Ahórramelo, Rómulo.

—Linda, créeme, solo él piensa esas cosas de ti —dice Rodrigo mientras su madre observa todo callada.

—Espero de verdad que cumplas lo acordado y aproveches la oportunidad que te di. No todo el mundo consigue un empleo así.

—Y, como siempre, me echas en cara lo bueno que hiciste, como si yo estuviera siendo desagradecida, cuando, en realidad, el paranoico eres tú. Es lo que pasa con quien hace el mal a los demás: se queda perturbado. —Vuelvo a comer.

En resumen, le molesta si puedo gustar a alguien o incluso involucrarme con alguna persona de su medio.

Si eso pasara, no rompería el acuerdo de confidencialidad, pero yo nunca he tenido novio y no sería ahora, con un tipo como Caleb, cuando eso fuese a ocurrir.



CAPÍTULO 31

Rómulo Guimarães

¡***Pésima*** idea!

La cena fue un caos.

Linda y yo nos lanzamos pullas todo el tiempo y, cuando terminamos de comer, decidí que debíamos irnos.

—¿Pero ya? ¿Tan pronto? —Mi madre se decepciona.

—Sí, esta cena ya dio lo que tenía que dar. Ni siquiera me siento en el sofá.

"Linda se cree dueña de la razón."

—Chao, mamá. La comida estaba deliciosa. Me acerco para despedirme de ella.

—¿Pero qué está pasando aquí?

Oigo la voz de mi padre y miro hacia la puerta de entrada.

"¡Tiene que ser broma!

¿Está aquí de verdad?"

—¡Robert! —Mi madre se aparta y lo recibe con un abrazo.

—¿Rómulo? ¿Por qué nadie me avisó de que habría una cena aquí? —Mira a mi madre.

La tirria me hierve por dentro; al fin y al cabo habla como si fuera la persona más adorable del mundo en una familia en la que todos son felices.

—Fue de última hora.

Me niego a saludarlo cuando se acerca y él sabe el motivo.

—¿Y quién es esta chica? —Mira a Linda.

—Es una conocida —digo.

Avanza para tocarla en un saludo más íntimo, pero me adelanto y la arrastro hacia mí.

Linda Fonseca

Ahora la situación se volvió incómoda. El padre de él apareció por sorpresa, justo cuando nos íbamos.

Y, por si no pudiera empeorar, Rómulo rompió la cláusula del contrato que dice que no puede tocarme, me agarró por la cintura para acercarme y casi me arrancó la última dosis de aliento.

La última vez que estuvimos tan cerca fue en la semana en que nos conocimos. Aun así, en aquella época no sentí más que el aire que él respiraba y su perfume, pero ahora siento su cuerpo pegado al mío, su olor elevado a la enésima potencia y el calor que no debe ser otra cosa que la rabia que lleva dentro.

Dudo que corra sangre por sus venas; debe correr lava como la de un volcán en erupción.

El hombre que parece ser el clon de Rómulo —quiero decir, Rómulo es el clon del padre— ve que el hijo me sujeta como si

intentara impedir que me tocase y sonríe como si sospechara que somos algo más que conocidos.

—¿Conocida? ¡Nunca has traído a ninguna *conocida* a cenar con nosotros! —comenta con una sonrisa—. Es algo que jamás esperé.

—Claro —afirma Rómulo con amargura en la voz.

—Si es más que amistad, sé hombre y admítelo. Sujetar a la chica como un crío de trece años, asustado, no es lo que se espera de un Guimarães.

Rómulo niega con la cabeza y me suelta.

—Vamos a parar con esto, estamos poniendo en un aprieto a Linda. Su madre se pone incómoda y yo también.

"Ahora sé a quién ha salido."

—Vámonos —dice Rómulo.

—¿Pero ya? Déjame conocer a la joven. ¿Linda es tu nombre? Te queda bastante.

—Todo el mundo está de acuerdo con eso —confirma Rodrigo.

—Estamos cansados y ya hemos hablado de más durante la cena. Vamos, Linda. Rómulo sale delante.

—¡Qué pena! Entonces lanzo la invitación para otra cena; quiero conocerla mejor —propone el padre de Rómulo y me tiende la mano para un saludo.

Le tomo la mano al señor y asiento como si aceptara otra cena.

Si solo con Rómulo ya fue una cena complicada, ¿te imaginas con este hombre?

Nunca vi a Rómulo de este modo.

—Gracias por haber venido, Linda. Me encantó pasar un rato contigo. Ven más veces. Sandra se despide.

—Gracias por la invitación, la cena estaba deliciosa. En esto soy sincera.

—Chao, cuñada. Luego me mandas tu dirección para ir a visitarte. Rodrigo me guiña un ojo y le hago un gesto con la mano, mientras Rómulo se ríe.

"Momentos raros."

Siempre se ríe de las cosas equivocadas.

Salimos de la casa y, en cuanto llegamos al coche, él me abre la puerta. Creo que está tan distraído con la aparición de su padre que está siendo caballeroso en automático, lo cual está bien.

Es de eso de lo que hablo cuando digo que no debe hacer las cosas pensando en la recompensa o para demostrar algo.

Entro en el coche y me pongo el cinturón. Después, él también entra y viajamos en silencio. Yo, realmente, estoy cansada, porque me cansé de discutir con Rómulo y por todo el estrés que la idea de esa cena me causó. Como también tengo sueño, apoyo la cabeza en el asiento y cierro los ojos.

El sueño me domina.

—Linda —alguien me llama—. Linda.

Es Rómulo, que me sacude el hombro.

—Una vez más rompiste el contrato.

—Ya hemos llegado.

Abro los ojos y lo veo sujetando la puerta del coche para que yo salga.

—¿Ya? —Parpadeo para espantar el sueño.

"¿Estamos realmente frente al edificio donde vivo?

¿Durante cuánto tiempo dormí?"

Me quito el cinturón y salgo del coche. No tengo nada más que decirle, así que me cuelgo el bolso al hombro y camino hacia la portería.

—Espera —pide.

Me detengo y miro hacia atrás.

"¿Qué quiere Rómulo ahora?"

Saca una caja de dentro del coche y me la trae.

—¿Qué es esto? —Miro la caja y luego a él.

—Creo que ahora te pertenece a ti. Por cierto, sobre lo que dije hoy en el ascensor, perdóname, fui realmente un insensible —se lamenta.

Hasta su calma me perturba; es raro, al fin y al cabo su semblante así me deja preocupada y parece que veo otra faceta de Rómulo.

Su lado sensible.

Aunque me resulte extraño, cojo la caja, que ocupa mis dos brazos.

"¿Qué hay ahí dentro?"

—Buenas noches. Vuelve al coche.

Es evidente que el encuentro con su padre no lo dejó nada contento, pero no parece enfadado; parece decepcionado.

Espero a que se vaya y entro en el edificio contando los segundos para llegar al apartamento y abrir la caja sellada con cinta adhesiva.

En cuanto llego, cierro con llave y llevo la caja al dormitorio. Busco unas tijeras de manicura que dejo en el neceser y corto el precinto, viendo lo que hay dentro.

El corazón me da un brinco en el pecho al reconocer las pertenencias y el llanto me sube a la garganta.

Son las cosas de mi padre.

A veces, antes de que se fuera a la plataforma, le entregaba alguna cosa para que se la llevara. Hasta el trofeo que recibí en la escuela le di.

Mi padre trabajaba en ese lugar mucho antes de que Rómulo fuera el dueño. La empresa era de otra persona que quebró y luego Rómulo la transformó en algo exitoso. Mi padre pasaba un mes entero lejos y esa era la forma de tener algo mío cerca de él, para que siempre se acordara de mí.

Y ahora está todo aquí, cada una de las cosas.

Saco una por una, llorando, hasta llegar a un paquete que no reconozco; es nuevo y tiene el logotipo de una joyería. Lo abro y veo que dentro hay una cajita de terciopelo, rectangular, que parece algo caro. Dentro hay un collar con un relicario en forma de corazón, todo dorado y con piedritas brillantes. Abro el relicario y veo una foto mía con mi padre.

Me tapo la boca y lloro aún más.

"¡No me creo que haya sido él quien hizo esto!"



CAPÍTULO 32

Linda Fonseca

Lloré toda la noche mirando las cosas de mi padre, porque fue como si estuviera cerca de mí. Al mismo tiempo que lloré de tristeza por no tenerlo ya aquí, lloré de felicidad por tener sus cosas conmigo, que me dan un poco de consuelo en su ausencia.

Estoy segura de que ese collar no fue mi padre quien lo compró, pues, por el aspecto del paquete y el olor a cosa que acaba de salir de la tienda, fue Rómulo quien hizo eso.

"¿Qué le habrá dado para regalarme estas cosas?"

Yo sé que él fue a la plataforma ayer por la tarde, así que debe de haber traído esas cosas de allí, pero ¿de dónde sacó la bondad y la iniciativa de comprar este collar y encima poner la foto?

Fue un bello gesto, tengo que admitirlo, tanto que consiguió emocionarme mucho.

Voy a cuidar de este colgante que tiene nuestra foto y, siempre que pueda, lo usaré, para recordar que mi padre siempre estará conmigo.

"¿Debería agradecerle?

Con toda seguridad debería agradecerle por traer la caja, pero este regalo debe de ser tan caro que ni siquiera debería aceptarlo."

Sin embargo, devolver un regalo suena muy grosero y descortés, más aún algo que me gustó tanto y con lo que ya hice planes de usar siempre. Sin contar con que Rómulo ya está acostumbrado a mi mala leche cuando se trata de él.

¿Habrá pensado que estaríamos bien con un regalo tan significativo?

¿Él desprecia mi vida de huérfana y luego aparece con estas cosas?

Rómulo es un pozo de confusión.

Pero al menos lo reconoció y pidió disculpas.

Sujeto el colgante, deslumbrada por su belleza.

¿Cuánto debe costar?

Mi vida, seguro.

Voy a dar un paseo y, si paso delante de su casa, quizá entre y le agradezca el regalo.

Rómulo Guimarães

—Buenos días —dice Sérgio al encontrarme en la sala de estar.

—Buenos días, Sérgio. Salgo de los desvaríos que vinieron mientras miraba el jardín.

—¿Cómo fue la noche? —Se acerca y deja una taza de café sobre la mesa.

—Fue pésima, discutí con ella y mi padre todavía apareció. Tengo recuerdos fugaces de la noche pasada.

De hecho, anoche casi no dormí pensando en todo.

—Sérgio, reúne a los empleados, voy a dar el festivo y el fin de semana libre a todos.

—¿El señor está seguro?

—Lo estoy, quiero quedarme solo.

"Será mejor así."

—¿Y los guardias de seguridad?

—Ellos pueden irse a la hora del almuerzo.

—Vale.

—Esto también se te aplica a ti.

—Gracias. Esboza una leve sonrisa y sale en dirección a la cocina.

Siempre que estoy muy tenso, que necesito paz, les doy un descanso a mis empleados y me quedo solo en casa.

Puedo decir que vivo solo, pero la verdad es que no vivo solo. Está el encargado, la cocinera, la limpiadora, Sérgio, los guardias…

Mi casa vive llena de gente.

Pero en este festivo quiero quedarme solo para hacer cosas que no me gusta hacer delante de mis empleados.

Tomo café y veo a todos salir con sonrisas en el rostro.

Creo que todo el mundo se merece un descanso.

"Y la casa se quedó solo para mí."

Cojo una botella de vino de la bodega y acabo encontrando una botella de *Royal Salute* que también me llevo.

Tumbado en el sofá, me tomo primero la botella de vino mientras veo programas de Discovery.

"Mi padre se cree demasiado…

Decir que se admiró de que yo apareciera con una mujer.

¿Qué se cree que soy?

¿Cree que no consigo convencer a una mujer para que camine a mi lado?

¿Un chaval de trece años?

Sí, la aparté de él, pero no para decir que estaba conmigo, sino porque no quería que él la tocara.

Ahora la terca debe de estar preparándose para restregarme el contrato en la cara.

Debe, pero no la hice daño y mi trato en ningún momento fue irrespetuoso.

No tengo problemas con las mujeres, solo con Linda, de verdad."

El hecho de no haber buscado a alguien hasta hoy es porque no siento que necesite a una mujer a mi lado, como piensa mi madre.

Estoy bien solo.

En cuanto al sexo, a veces hace falta, pero ya llevé mujeres a la cama y luego quisieron más de mí, así que preferí mantenerme lejos de ellas.

Conseguir sexo es muy burocrático, pero entre construir una relación para llegar al sexo y pagar por sexo, prefiero estar solo, al menos por ahora.

Empiezo a beber el vino directamente de la botella.

"Para él, nunca soy lo bastante bueno.

Soy millonario, dirijo un negocio de éxito, del cual sueña con ser socio, tengo una mansión, coches caros, un nombre respetado…

¿Qué más espera de mí?

¡Tengo más de lo que él ha conquistado en sus 57 años!

No tengo esposa ni hijo, todavía, pero en el futuro puedo tenerlos si quiero y eso no disminuye mi éxito.

No tiene ni idea de la cantidad de mujeres que quieren estar conmigo."

Me llevo la botella a la boca y doy dos tragos grandes.

"Él me tiene envidia por ser tan joven y estar consiguiendo todo sin su ayuda.

Quiere que yo lo necesite para que le esté agradecido.

Pero a él solo tengo algo que agradecerle: el coraje que me dio en medio de aquella humillación de salir de casa e irme a vivir solo, lejos de sus consejos metiches."

Me llevo la botella a la boca de nuevo y cambio de programa.

En cuanto se acaba el vino, paso al whisky, pero derramo el vaso y este se rompe al lado del sofá, por eso me levanto a buscar otro en el fregadero.

Estoy un poco mareado y me doy con algunos muebles hasta llegar a la cocina, pero encuentro el vaso con facilidad y vuelvo a la sala, recordando la cena.

"Pero claro que ella no debería tener a nadie, tiene que estar disponible para mí.

Como dice mi madre, el destino lo quiso así.

¿Habrá tenido novio en el pasado?

Ella es valiente, pero tengo la leve impresión de que debe de ser tímida para esas cosas."

Echo una medida de whisky en el vaso, dejo la botella en el suelo, me tomo la dosis de un trago y me relajo en el sofá mientras el líquido baja por la garganta.

"Esa manera suya debe de dejar a mucho macho con ganas de besarle la boca. Hasta en mí ha despertado esas ganas.

Lo admito, su belleza y su osadía me enloquecen.

Puede que no la dome con mis órdenes, pero en la cama garantizo que la dominaría de pies a cabeza, su cuerpo y su mente.

Ningún tipo aguantaría a esa chica más que yo, pues soy el tipo que entra en conflicto con esa terca.

Es guapa, la desgraciada hace honor al nombre, como a todos les encanta señalar.

¿Pero para aguantar su personalidad y su manera tozuda?

He estado con ella pocas veces y ya estoy seguro de que solo yo puedo soportar a esa de ahí.

No tiene novio porque nadie la aguantó."

Cojo la botella del suelo para echar otra medida y así lo hago, de un trago, entonces suena el timbre.

—Que alguien vaya a abrir la puerta —ordeno, y solo después recuerdo que estoy solo.

Me levanto peor que la última vez y abro la puerta.

—¿Quién me molesta? A mi casa solo puede venir quien fue invitado. Solo con mi autorización. —Abro la puerta con un poco de dificultad y veo a Linda parada un peldaño abajo, jadeante, sudada, con las mejillas ruborizadas y tímida—. ¿Qué quieres, Linda?

"¡Bastó con pensar en ella para que apareciera la endemoniada!"

—Yo… Pasaba por delante y pensé… en pasar por aquí.

"¿Cuándo fue que la dejé intimidada?

Creo que nunca.

Está bastante interesante así."

Observo a la mujer durante unos segundos.

"¿Y esa ropa de licra?

¡Mierda!

No puedo encontrarme con ella estando en esta situación, porque voy a espantarla con cualquier tontería que diga."

—Hoy no estoy recibiendo visitas.

—¿Por qué?

—Es mi día libre de todo el mundo, de los empleados, y te incluyo a ti también. Puedes irte.

—¿Estás bebiendo? —me escruta.

—Sí, lo estoy. Ahora vete. No puedo hablar contigo hoy. Después… Después. —Tiro de la puerta.

—Vale. —No insiste, solo se aparta y se va.

Cierro la puerta e intento echar el cerrojo.

"¡Maldita sea!

Vete a marearle la cabeza a otro, porque hoy solo el alcohol me va a marear la mía."

Vuelvo al sofá y cojo el vaso y la botella.



CAPÍTULO 33

Linda Fonseca

*"**El** hombre es bruto sobrio, es bruto borracho…*

Pero no voy a insistir para que me escuche.

Ya que hoy no va a darme la lata, voy a ver cómo está la condición de la casa donde vivía con mi padre."

Después de ducharme y quitarme el sudor de la caminata, me pongo cualquier ropa y voy en autobús hasta el barrio donde vivía.

Un día normal en mi vida, ya que muchas cosas cambiaron desde que acepté el trabajo.

Cuando llego delante de casa, mis vecinas me reciben como si me estuvieran esperando y ni siquiera avisé de que venía.

Siguen preocupadas por mí.

—Linda, ¿estás bien? —Gertrudes entra en mi casita conmigo.

—Sí. Estoy genial. De verdad.

—¿Y en los últimos días?

—Estoy quedándome en un piso. Conseguí de verdad un trabajo y allí esa gente no aparece —cuento animada y busco una escoba—. Trabajo como asistente de un empresario y el piso no

queda tan lejos de la empresa. Me lo dieron todo, tiene que ver qué piso tan bonito.

—¡Qué bien, Linda! Pero, ¿eres asistente de ese hombre con el que dicen que estás saliendo? —pregunta, preocupada.

—No, de otro empresario. —Además de la escoba, también cojo un paño para quitar el polvo de los muebles del salón.

—Y esa historia del noviazgo… ¿Es verdad? Sé que ya lo negaste miles de veces, pero él estuvo aquí y vi que os tomáis hasta café juntos. —Se sienta en el sofá.

—No existe nada entre nosotros. —Empiezo la limpieza.

—Ah, ya entiendo. Todavía no existe. —Se ríe.

"¿Todavía?"

Me río de eso.

—Imposible que pase. Él y yo no encajamos ni para una buena convivencia sin ser nada. Él es muy bruto y yo no bajo la cabeza. Al final, acabamos a base de choques —cuento riéndome.

—Espero que todo vaya bien, Linda, porque quiero verte feliz. Aquí todos queremos. Pero si ese hombre representa peligro, si es malo contigo, independientemente de la intención, debes volver a casa, no insistas. A tu padre le gustaría verte feliz.

—Sí, lo sé. —Toco mi pecho y siento el collar colgado del cuello, así que lo saco de debajo de la blusa y abro el relicario—. Mira.

—¡Qué cosa tan bonita, Linda! Parece de buena calidad.

—Sí. Me lo dio él.

—¿Rómulo?

Asiento con una leve sonrisa.

—¿Y aún dices que ese hombre no gusta de ti? Una cosa así debe de haber sido cara.

—Sí, pero creo que los gestos afectivos son más valiosos que las cosas materiales.

Aunque un regalo también puede ser un gesto afectivo…

Pero viniendo de él, dudo que haya algún afecto.

No puedo decir que no me gustó, pero no voy a venderme por un collar.

—Sí. Eso es verdad, pero en la conquista todo vale, acuérdate. Cada detalle… Cada uno expresa lo que siente a su manera. Tal vez su forma de decir que le gustas sea así. —Se levanta—. Voy a cuidar de mis alubias. Almuerza en mi casa hoy.

—Sí, iré. —Vuelvo a meter el colgante debajo de la blusa y sigo limpiando los muebles.

No creo que ese regalo sea para decir que le gusto.



Después de cuidar la casa y almorzar en la de Gertrudes, descanso el resto del día.

Fue un día maravilloso y hoy está siendo aún mejor.

Es la primera vez que afronto un festivo como un día de verdadero descanso, pero cuando llega el viernes por la noche, después de otra ducha, recibo una llamada.

Dejo la preparación del cuscús para atender.

— ¿Aló?

—¿Dónde estás? —Es la voz de Rómulo.

Aparto el teléfono y no veo su nombre.

Creo que debe de haber llamado desde otro teléfono.

—Estoy en casa. —Vuelvo a poner el móvil en la oreja.

"¿No me había dado el día libre?"

—Y, ¿por qué no abres la puerta? Llevo rato llamándote aquí.

"¿Ha venido a buscarme?"

Estiro el cuello y miro hacia la puerta.

¡No hay nadie!

—No estoy en el piso. —Enseguida entiendo dónde me está buscando.

"¿Qué quiere en pleno fin de semana?"

—¿Y dónde estás?

—¡De día libre! ¿No dijiste que me dejarías en paz? ¡Estoy aprovechando el milagro en mi casa!

Se queda en silencio un rato.

—Pero ya es de noche, no deberías andar por ahí. Voy a buscarte.

—¿En serio? Innecesario. No tienes la obligación de hacerlo y voy a dormir aquí otra vez.

—¿Otra vez? ¿Estás ahí desde ayer? Voy a buscarte.

"¡Este hombre se ha vuelto loco!

¿Qué tengo yo mejor que hacer en el piso, sola?

Aquí tengo con quién hablar.

Con tanta gente a la que podría ir a buscar, viene justo detrás de mí.

Parece acoso.

¡Creo que está creyendo que soy algo suyo!"



CAPÍTULO 34

Rómulo Guimarães

Bebí el jueves todo el día y el viernes hasta el mediodía; estuve fatal el resto de la tarde, pero me vino bien.

Después de vomitar, sentí que todo lo malo que me estaba quitando la paz se fue por el váter para abajo.

Dormí hasta que me desperté acordándome de todo lo que hice durante estos días, que fue exactamente nada además de beber y cerrar la puerta en la cara de Linda.

Tenía hambre y no soy hombre de cocina; si lo fuera no tendría una cocinera, y aun así le di el día libre. No quería pedir más comida por delivery para comer solo y decidí usar eso como excusa para saber qué quería decirme Linda cuando me buscó ayer.

Me di una ducha, me tomé un remedio para la resaca y fui a su piso.

Sé que dijo que no podía ir sin estar invitado, pero ignoré la orden y llamé a su puerta. Ella no me la abrió. Me pasé unos cinco minutos llamando, tocando el maldito timbre, pero no abrió ni dijo nada.

No estaba invitado, lo sé, pero ¿le costaba abrir y preguntar qué quería, y luego cerrarme la puerta en la cara como hice yo con

ella ayer?

¡No le costaba!

Debe de estar enfadada conmigo otra vez.

Solo la mandé a casa porque estaba bebiendo y, cuando bebo, siempre digo y hago lo que no se debe. Además, simplemente no puedo mentir ni ser hipócrita diciendo que Linda no me movió desde que la reencontré; si voy más a fondo, eso debe de haber pasado desde la primera vez que la vi.

No habría sido bueno para mi ego ni para nuestro contrato que entrara en mi casa cuando yo estaba en ese estado, por eso preferí evitar y seguir como estamos.

No es porque sea guapa y jodidamente atractiva que voy a entregarme a algún deseo reprimido.

Entonces, ¿por qué no abrió la puerta?

Al final, descubrí que ni siquiera estaba en casa cuando la llamé.

Me sentí un payaso por llamarla cuando no había nadie en el piso. Menos mal que nadie me vio y que ya no estoy borracho.

Ahora voy a buscarla a su antigua dirección.

"¡Pero qué idea la de esta chica, volver a esa casucha!

Parece que va buscando problemas."

Quiero saber qué le pareció el collar que le di, tengo curiosidad por ver qué quiere decirme y saber qué coño está haciendo allí.

Cuando llego delante de la casa, llamo a la puerta y espero a que aparezca la mujer terca.

No tarda: abre con un paño de cocina al hombro.

—Pasa. Vas a tener que esperar, estoy haciendo mi cena. De hecho, ni quería volver allí hoy. —Cierra la puerta y vamos a la

cocina.

Voy detrás, fijándome en su atuendo. Un vaquero corto que casi deja el culo al aire y le jode la cabeza a cualquier hombre. Es una ropa fea, nada que debería llevar porque no es elegante, pero le queda bien.

No necesito ni alcohol para sentirme tentado a hacerle propuestas indecentes.

—¿Qué es? —pregunta, borde.

—Esa ropa no la compraste en aquella tienda, ¿verdad? —Señalo el short.

—¡No! La compré en la tiendita de aquí cerca y fueron R$ 60. La tengo desde hace tiempo; la uso porque me gusta y me queda muy bien. —Habla con la nariz levantada.

—Pero no deberías ir con ese tipo de ropa siendo mi novia —bromeo y me siento en una silla.

—Sabía que te lo tomabas en serio —me acusa.

—Solo era una broma.

"Yo no me lo tomo en serio."

—No intentes ser gracioso otra vez. Yo no me cambiaría de ropa por un novio. —Remueve una olla que huele de maravilla; tanto, que hasta se me olvida el tema cuando el aroma me llega a las narices.

—¿Qué estás haciendo?

—Comida.

—¿Qué tipo de comida, bruta?

—Cuscús especiado, entrometido.

—Mmm… —Estiro el cuello—. Huele bien.

—Claro que huele bien, ¡sé cocinar! No soy como las mujeres con las que sales, que no deben saber ni freír un huevo.

—Pues no has mentido —admito riéndome.

Se le escapa una risa.

—¿No estabas de día libre? ¿Ya mataste la sed de beber?

—Lo que bebí sirvió para el propósito.

—Pues…

—¿Qué querías cuando estuviste en mi casa?

—¿Yo? Nada. —Se le enrojecen las mejillas—. Solo estaba paseando por allí y decidí pasar a ver a Sérgio.

Sonrío.

—¿Vas a empezar a mentir ahora? ¿Crees que no conozco tus expresiones?

—Sonríes así y es raro.

—¿Raro? ¿Cómo? —Frunzo el ceño—. Todo el mundo habla muy bien de mi sonrisa.

—¿En serio? Me parece rara, porque nunca te ríes de esa manera. Solo en plan burlón y con esa sonrisa forzada.

—Claro, si tú solo me estresas. ¿Cuál es el motivo bueno para reírme espontáneamente?

—Digo lo mismo de ti. —Coge una tabla con verduras de la encimera y las echa a la olla, que huele bien.

"Novedad."

—Mira, no hace falta que vayas a ninguna cena en casa de mis padres; ignora esa invitación. Mi padre es un impertinente.

—Quedó muy claro que tu padre te subestima. ¿Por qué no dices nada?

—No necesito demostrarle nada.

—Pero quieres. No me mientas, que lo sé. —Agita la cuchara.

"Sí, admito que me encantaría ver a mi padre reconocer que soy un hombre de éxito."

—Siempre busca un problema y, en el momento, me bloqueo. Cuando suelta esas cosas, no sé explicarme.

—La verdad, debe de ser un problemón lo vuestro. Pero deberías posicionarte. Si conseguiste todo lo que él no creía que conseguirías, ¿por qué bajar la cabeza? Es más, la vida es tuya; nadie la conoce mejor que tú. Él no sabe nada para ir buscando problemas. Demuestra que ya no vas a morder el anzuelo.

—Dijiste que nadie debe hacer nada para demostrarle nada a los demás.

—En tu caso conmigo, sí, pero tu padre se lo merece. Me pareció un hombre tan burgués gilipollas como tú lo eres.

"¡Qué mujer de lengua afilada!"

Me río porque al menos ha entendido por qué no quiero estar cerca de mi padre.

—¿Sabes cuando respetas tanto a alguien y lo ves en un lugar inalcanzable, como si fuera intocable o un crimen insultarlo, llevarle la contraria?

—Mira, ya cometiste otros crímenes. Decirle a tu padre que no sabe una puta mierda de tu vida solo va a liberarte. Confieso que me encantó romper tus cosas valiosas. No me curó del trauma, pero que deja un regusto dulce en la boca, lo deja.

—Vi tu sonrisita. Pero para ti es fácil, no tienes nada que perder.

—¿Y tú qué tienes que perder, Rómulo? Ya te fuiste de casa por eso, ya estuviste lejos de tu familia por eso y, no sé si ya lo eras,

pero te volviste un tío muy difícil de tratar. Espero que no te mires en tu padre ahora que estás mejorando.

—¡Jamás me miraría en él!

"¡Habla de lo que más miedo me da!"

— Pues empieza a mostrar que eres diferente haciendo algo que él no haría.

—Se reirá de mí o incluso me llamará débil.

—A la cara, porque a tus espaldas, cuando se eche a dormir, pensará en lo que oyó y verá que es un gilipollas.

"Si es como hizo conmigo…

Me pasé más de tres meses pensando en sus palabras y en sus actos."

—¿Me buscaste solo para saber a qué fui a tu casa y para meterte con mi ropa? —Cambia de tema.

—Una compañía para la cena. —Veo el collar en su cuello, pero me contengo de preguntar por él, porque si lo lleva es que le gustó—. Mis empleados están de día libre.

—Primero: ¿qué brote de bondad fue ese? Segundo: ¿por qué mi día libre terminó antes que el de ellos? Tercero: te dije que no podías ir al piso sin mi invitación… ¡Y cuando te digo que haces de todo para dar que hablar, dices que son cosas mías!

"¡Lo suelta todo de una!"

—¡Cuánta pregunta! ¡Ya se me olvidó cuál fue la primera! —Estoy agobiado—. Ya di los motivos; ahora que estás preparando la cena, te haré compañía.

Me dedica una sonrisa forzada, fingiendo que no le gusta.

Pero le gusta.

—Si le pones pegas —que sé que no lo harás, porque mi comida es maravillosa—, pero si le pones, cojo el plato con la

comida y te lo restriego en la cara.

—Qué delicada…



CAPÍTULO 35

Linda Fonseca

No era necesario que Rómulo viniera detrás de mí, pero ya que está aquí al menos pillo un aventón de vuelta a casa.

Parece estar muy bien para quien estuvo bebiendo dos días seguidos.

Lo pongo todo en la mesa y me siento a comer.

—¿No tienes resaca?

—Sí, tengo una ahora mismo, pero tomé un remedio.

—¿Sérgio no se quedó para cuidarte? —contengo la sonrisa.

Sérgio hace todo por él.

—Sé cuidarme muy bien solo, Linda.

—Ajá. ¿Y cómo acabaste en mi apartamento detrás de la cena? —lo miro con una sonrisa curiosa.

—No iba a pedirte que hicieras la cena. Iba a pedir que el restaurante la entregara en tu casa, ¿entiendes?

"Cómo le gusta mi compañía..."

—Aún estás a tiempo. La comida de aquí es rica, pero no es comida de rico.

—Creo que aquí hay comida suficiente para los dos. ¿Y comida de rico? Tienes cada cosa…

Nos servimos en los platos.

—Vamos a ver si está buena de verdad. —Da la primera cucharada.

—Ni se te ocurra poner nota, Rómulo. Ya sabes las amenazas que hice —le recuerdo y doy la primera cucharada.

"Una delicia, como siempre."

—Estupendo. Nota, un nueve.

—¿Nueve? ¡Dije que no pusieras nota! ¿Por qué un nueve? —me molesta. ¡Es un once!

—La comida en sí es un diez, pero es una comida y debería tener una bebida de acompañamiento.

"Esta gente rica..."

—No será por eso. —Pongo la garrafa de café cerca de él—. Ahora es un diez.

—Sírveme para que el diez sea merecido —pide con una risita descarada.

Lo encaro con los ojos entrecerrados.

—¿Estás bromeando conmigo, no? ¿Crees que esto es un restaurante? ¿Tengo pinta de camarera? Puedes servirte tú solo.

—Tranquila. —Aún se ríe en mi cara.

—Ni tranquila ni nada. Me estresas, Rómulo.

—Nada que tú no me hagas a mí también. Pero hablando en serio, está bueno. Muy bueno de verdad. Creo que hasta voy a repetir. —Abre la garrafa de café y se sirve.

No contengo el orgullo que siento por ser buena cocinera de este plato.

—Gracias.

Quien hace lo mismo varias veces a la semana en algún momento se vuelve especialista.

Me analiza y se me borra la sonrisa.

—¿Qué fue?

—Nunca te había visto sonreír así. Tienes una sonrisa bonita.

Me atraganto con el cuscús y empiezo a toser con la mano en la boca.

No esperaba un cumplido viniendo de Rómulo y ahora no sé dónde meter la cara después de eso.

—Bebe café. —Me acerca un vaso con un poco de café y bebo.

"¿Otro vaso?

¿Me sirvió café a mí?

Es un día de milagros."

—Gracias. —Consigo hablar y la tos va parando poco a poco.

Bebo café hasta limpiarme la garganta.

—¿Todo eso es por lo que dije?

—Para quien está acostumbrada a oír solo guasa… Da susto, sí.

Vuelve a comer riéndose.

—Linda, mi madre te mandó esto. —El hijo de la vecina aparece en la cocina con un recipiente en la mano y me levanto para recibir el presente.

—¿Y tú quién eres? —Rómulo cambia el tono de voz.

—Soy hijo de la vecina, Gertrudes, aquí al lado —responde el chico amablemente.

Es más joven que yo, delgado y lleva una camiseta al hombro.

—Soy Rómulo Guimarães. —El hombre se levanta y da un apretón de manos firme.

—Encantado. —El chico se intimida.

—Gracias. Dile a tu madre que luego le devuelvo la bandeja —agradezco.

—Está bien. —Se va.

Dejo la bandeja a un lado y vuelvo a comer.

—¿Qué es ese chaval tuyo? —exige saber Rómulo.

—Hijo de mi vecina, o sea, es mi vecino.

—¿Por qué lo dejas entrar así en casa? ¿Y si estuvieras saliendo del baño?

Me río.

—Creo que quien hace eso eres tú, Rómulo.

—Es muy diferente. Sin contar que hoy llegué, te llamé y me quedé allí esperando.

—Pobrecito… El chico ya es de la casa.

—¿Y yo?

—Tú no —digo lo obvio riéndome de él.

Parece estar muy preocupado por eso.

—Ay, ay, ¿ves…? —Mueve la cabeza de un lado a otro.

¡Y parece de verdad molesto con eso!

En cuanto terminamos de comer, guardo lo que sobró en un recipiente para llevar al apartamento.

—¿Solo uno?

—Para mí.

—¿Y yo, Linda?

—¿Quieres llevar un poco? —me extraña.

—Si no quieres dividir en otro recipiente, mañana paso por el apartamento para comer en el desayuno.

—No. Sabes, me acordé de que hay un recipiente allí… —Voy al armario a por otro. Ni pensar en estar haciendo todas las comidas con él.

—Esa regla tuya es absurda.

—Yo vivo allí, yo pongo las reglas. —Divido el cuscús, meto los recipientes en bolsas, lavo los platos y dejo todo bien limpito—. Vámonos.

—Sí, ¿y vas con ese short?

—¡Claro!

"Qué pregunta…"

—¿Y si hay algún paparazzi por aquí?

—Que se apañen. —Me encojo de hombros.

—Quien se apaña soy yo después de que tu culo salga en sitios de cotilleo. ¡Ten piedad de mí, Linda!

—A mí me da igual. —Salgo delante—. Pon ese bolso en el coche, son ropas que me llevo.

—¿Otras ropas de ese tipo no, verdad? —carga el bolso.

—Eso lo vas a descubrir solo en los sitios de cotilleo. —Salgo a la acera riéndome.

Se vuelve loquito con esas cosas.

—Linda, ¿ya te vas? —pregunta Gertrudes.

—Ya, gracias por la comida. La abriré cuando esté en casa y te devuelvo la bandeja cuando vuelva —prometo, sonriendo.

—No tardes en volver.

—Como estoy trabajando, solo puedo venir los fines de semana, pero vengo, sí. —Cierro la puerta con llave, entro en el coche saludando con la mano y nos vamos.

Llevo la bolsa de las bandejas en el regazo y, en el camino, noto que Rómulo está todo el tiempo mirando mis piernas.

"¡Qué descarado!"

—¡Deja de mirar mis piernas, Rómulo! —protesto en voz bien alta.

—¿Qué piernas ni qué? ¡No estoy mirando tus piernas! Estoy mirando ese recipiente que la mujer te dio. ¿Vas a compartir conmigo, no?

"¡Y mira que se quejó del chico que entregó la bandeja!"

—¿Ahora te volviste comilón, eh?

—Estoy seguro de que lo dio para los dos.

—Yo no me enteré de eso.

—Pues ahora te enteras. Somos una pareja.

Suelto una carcajada con lo convincente que lo dice.

—Cuando bebes te vuelves muy hablador, ¿eh? Y de muy buen humor.

—Ajá, hablo, sí.

"Y yo que tengo que aguantar…"



CAPÍTULO 36

Linda Fonseca

Rómulo es otra persona cuando bebe, simplemente se transforma.

La mayoría de la gente empeora cuando bebe, pero él hasta resulta gracioso. Parece más ligero y se vuelve comilón.

Confieso que hasta dudé de si lo que tomó fue alcohol de verdad u otra cosa. La verdad es que dio un trabajazo sacarlo del portal del edificio, porque quería entrar al apartamento para coger un poco de lo que me dio mi vecina.

Por poco no abrí el recipiente y le lancé lo que había dentro a la cara. Pero como era dulce de leche y para no tener yo dolor de barriga por maldad, le dije que después le daría un poco.

Di el aviso antes de que se fuera:

"No pienses que porque cenaste en mi casa somos amiguitos. Sigo teniéndote que aguantar."

Me despierto con el teléfono sonando, me estiro en la cama y cojo el aparato para atender. Solo abro el ojo para ver el botón de contestar y arrastrar hacia un lado.

—¿Aló?

—Buenos días. Ayer se me olvidó decirte una cosa.

—¿Y quieres decirla a primera hora, fastidiando mi sueño, Rómulo?

—Acompáñame a un evento esta noche.

Rómulo está loco de remate, ¡solo puede ser!

Es una cosa más absurda que la otra.

¿Dónde se ha visto acompañarlo a un cóctel?

Todo lo que quiero es que me vean como la asistente de Gustavo, esa a la que nadie le presta mucha atención.

¡Rómulo llama demasiado la atención! Solo con haberse parado a mi lado en el cementerio, la gente ya imaginó cosas y revolvió internet buscando pruebas de que teníamos algo.

Vale que el hombre es rico y guapo a rabiar, pero no tenemos nada. Salir juntos solo traerá más caos.

—A ver, ¿tu diversión es dar que hablar y luego demandar a quien está hablando? Porque es lo que parece.

—No voy a mentir, me divierto, sí. Pero no tengo otra opción, Linda. Tiene que ser contigo.

—¿Y quién dijo que soy una opción, Rómulo?

—No puedo llevar a otra mujer. La última vez fui solo y todos solo preguntaban por ti, así que si llevo a otra mujer será embarazoso.

—Estupendo, entonces lleva a otra. Mi diversión es verte en apuros.

—Linda, ¿quieres que lleve a otra mujer?

—Me da igual. —Empiezo a analizar la situación a partir de lo que respondo.

¿Será que me da igual?

—Hicimos un acuerdo, ¿recuerdas? Lejos el uno del otro.

—Esa parte ahí debe desconsiderarse. Siempre estamos juntos. No voy a llevar a otra mujer. Te pago para que vayas si eso te convence.

—Ni pagando. La mayor humillación que vivo actualmente es que me vean como tu novia.

—¡Bruta! Yo sé que te gusta.

—No me gusta.

"Nunca lo dejé en evidencia."

—Es la oportunidad de desmentirlo delante de todo el mundo.

—¿Yendo juntos? Quien te enseñó esas cosas te robó el dinero.

—Es una buena idea. Diez mil reales por una fiesta en la que nadie me estará molestando porque tú estarás allí. Es la primera oferta.

"Se despertó de buen humor."

—Rómulo, sabes que no tengo interés en tu dinero.

—Lo sé, pero es una situación diferente. Vamos. ¿Una noche a mi lado en un evento de la alta sociedad no vale los diez mil?

—¿La noche entera? Diez mil es poco —bromeo.

—Veinte mil para que no te despiertes mañana con la noticia de que te cambié.

Me echo a reír.

Realmente anda más ligero.

—¿Veinte mil por tener que aguantarme una noche entera?

—Cien mil para que no me restregues en la cara que rompí el contrato.

"Los veinte mil ya era mucho.

¿De verdad voy a hacer esto?

No debería prestarme a esto, después de tanta confusión..."

—No vas a dejarme en paz, ¿verdad?

—No hasta convencerte.

—Vale. Pero no intentes ninguna gracieta.

—Me voy a portar bien y esfuérzate tú también por hacer lo mismo.

—Si algún rico viene a insultarme, ya me conoces.

—Recemos para que no pase. El chófer te llevará al salón sobre las dos de la tarde.

Aparto el móvil de la oreja y miro la hora, luego lo acerco de nuevo.

—¿¡LAS DOS DE LA TARDE!? ¿Y POR QUÉ DIABLOS ME LLAMAS A LAS OCHO DE LA MAÑANA, RÓMULO?! —grito estresada.

—Para convencerte de ir y darte tiempo para hacer todo lo que necesitas antes. No me digas que aún estabas durmiendo, ¿Linda?

—¡Sí! ¡Es fin de semana y duermo hasta la hora que me dé la gana!

—Vale, tranquila.

—¡Tranquila, coño, Rómulo! —me siento en la cama, porque después de esto se me fue el sueño—. No me fastidies, si no, ni aparezco en esa fiesta.

—Vas a ir. Ya me diste tu palabra.

—¡No pienses que vas a manipularme con dinero!

—Ni hablé del dinero. Sé que vas más por mí que por los cien mil.

—Ajá. Así mismo es —confirmo con guasa.

—Después de comer vas al salón. Sobre las seis paso por allí para irnos directos a la fiesta.

"¿Cuatro horas en un salón?

¿Qué van a hacer conmigo?

¿Una cirugía plástica?"

—¿De acuerdo, Linda?

—De acuerdo. —Pongo los ojos en blanco—. ¿Y la ropa?

—Allí tienen de todo.

"¿Será que ya sabía que me convencería?

¿Quién debería ser su segunda opción?

¿Cuál de las rubias?"

—Vale.

El día apenas empezó y solo de oír todo esto ya me siento cansada. No debería haber contestado el teléfono, porque ahora soy un pozo de ansiedad.



CAPÍTULO 37

Linda Fonseca

Yo no sabía que necesitaba tanto hasta llegar al salón, porque me sentí la persona más fea del mundo por necesitar tanto.

Al final de todo esto, quizá necesite un cartelito que diga **"yo soy Linda"** para que Rómulo me reconozca cuando venga a buscarme.

Me arreglaron el pelo, me hicieron las uñas, las cejas, cuidado de la piel, depilación con cera...

Sufrí, pero no dejé que tocasen mi preciosa.

¡Solo faltó llamar a un dentista para blanquearme los dientes!

Se fijaron en el mechón de pelo que estaba creciendo y tuve que contarles lo de mi caída, pero no dije que había sido en casa de Rómulo.

Cerraron el salón solo para mí y todos estaban muy entusiasmados con eso.

Ellos creen que Rómulo es el hombre de los sueños y que tengo suerte por estar con él.

—Siempre me quedo imaginando el contenido que ese hombre lleva entre las piernas —comenta descaradamente el

peluquero y acabo bastante cohibida—. Entonces, suertuda, ¿estás a la altura del tamaño del hombre?

"No hay cómo responder algo que no sé."

—Nunca vi nada.

—¿Tiene buena pegada? —pregunta otro profesional.

Nunca lo toqué, pero él me agarró de la cintura el día que encontramos a su padre. Fue el agarre, con el que me arrastró de un lado a otro, y me hizo tener un miniinfarto.

—Digamos que sí.

Ellos se ríen.

Creo que di a entender que ya tuvimos algo.

"Voy a tener más cuidado con las respuestas."

—Esos machos así, muy serios, gustan de chicas más tímidas. Por eso Linda aquí pescó al buenorro de Guimarães. Tienen fetiche por chicas más calladas, con cara de virgen.

"¿Tengo cara de virgen?"

Peor que no es solo la cara.

—Rodrigo Guimarães es otro sueño —dice una de las chicas.

Ese hasta que es agradable, si lo comparo con el hermano.

En cuanto terminan, me miro en el espejo y hasta me reconozco.

La verdad es que pedí que no me pusieran mucho maquillaje y me hicieron caso.

—Solo realzamos tu belleza —explica el maquillador.

Supieron hacerlo muy bien, porque me quedo enamorándome de mí misma delante del espejo.

—Solo quiero ver la cara del guapetón cuando te vea así —comenta el estilista.

"No me importa la opinión de Rómulo.

Mentira, sí quiero ver su cara."

—Vamos a ver la ropa —remata el estilista y me animo.

Veo que trajeron tres opciones.

La primera es un vestido negro, midi, cuajado de pedrería, con una sola manga en el lado izquierdo, además del cuello alto y una abertura hasta la mitad del muslo en el lado derecho. Me queda muy bonito, pero quiero probar las otras opciones.

La segunda opción es un vestido largo, dorado y brillante, con una abertura cruzada, escote cruzado, hombros al descubierto. También queda bonito, pero es muy estilo madrina de boda.

Entonces voy por el tercero, que es pura provocación: corto, en color beige que da la impresión de ser transparente, todo de pedrería, con mangas, con un tejido de flecos y un escote enorme en V.

Me lo pongo ya con las sandalias.

—¿Te gustó este?

—Me gustó. —Me planto frente al espejo—. Es muy escotado, ¿no? No estoy acostumbrada y el largo es bien corto, pero lo que más me incomoda es el escote.

Es transparente del ombligo hacia arriba, no tiene forro, solo el tejido, la pedrería y las copas. Ya del ombligo hacia abajo tiene forro y llevo unos shorts cortos color nude y medias, por eso el largo no me molesta tanto.

—Este quedó precioso y estás poderosísima. Podemos hacer una coleta y vas a matar a todos del infarto. El escote es tendencia.

—No sé, no... Entre los tres, tiro más por el primero —comento y, cuando me giro, veo a Rómulo pasando por la puerta.

"¡Dios mío!"

Siempre de traje, pero hoy con esmoquin está más elegante que nunca. Es como si fuera intocable.

"¡Está guapísimo de cojones!

¿Cómo puede ser tan lindo y tan terco?"

Es el pecado en persona.

Hace mal, pero es tentador.

—Buenas noches. —Su tono de voz hace parecer que es el jefe de todo el mundo aquí. Mira a los empleados del salón y después a mí, de arriba abajo.

Me muero de vergüenza, pues el hombre prácticamente me devora con los ojos.

—Date la vuelta de frente —ordena y, de forma impulsiva, me giro.

Mira el escote y abre mucho los ojos, negando con la cabeza de un lado a otro; luego parece acordarse de que hay otras personas aquí y se ríe acercándose.

—¿Vas a ir con ese vestido?

—¿Qué pasa?

—¿No hay otro vestido mejor? ¿Menos escotado? —le pregunta al estilista.

—Sí, tenemos.

"No me creo que vaya a querer elegir mi ropa."

—No hace falta otro, voy con este. Me gustó y el escote es tendencia, ¿no es así? —Miro al chico y él me apoya.

"Voy a usar este solo porque él ha puesto pegas."

Rómulo suspira y se rasca la nuca, acercándose.

—Linda... Linda... —Se está conteniendo, porque se le marcan las venas en la frente—. Si vas con esa ropa, mañana solo se va a hablar de tu escote en los sitios de cotilleo.

—No me importa. Solo falta ponerme el perfume para que nos vayamos. —Empujo su cuerpo lejos de mí y voy a coger el bolso.

"¡Qué pectoral tan duro!"

—Y hacer la coleta. Siéntate aquí —pide el peluquero.

—Siéntate ahí y espera, Rómulo —ordeno y él se sienta mirándome.

Hoy soy yo quien pone las reglas.

—Amor, pon tu móvil aquí en este bolso; es para combinar con el look. —El estilista me entrega otro bolso, donde guardo el pintalabios, el móvil y mi perfume tras pulverizarme un poco en el cuerpo.

No tarda mucho y el peluquero hace el peinado.

—Pero ahora con el pelo recogido, peor —se queja Rómulo.

—Tú no entiendes de estilo, Rómulo.

—Pero estiloso, es —no deja de comentar el maquillador.

—¿Ves? Yo sí entiendo. —Él aprovecha el elogio—. ¿Ya terminaste ahí? Odio llegar tarde. —Se levanta.

"Lo dice el que siempre llega tarde."

—Vamos. —Me levanto y me bajo la falda del vestido.

Rómulo niega con la cabeza y el chico trae la cuenta, que él paga mientras me espera a que junte mis cosas.

—Gracias, gente. Me encantó el trabajo de ustedes —agradezco cargando mis bolsos.

Ellos agradecen la confianza y salimos del salón.

En cuanto estamos en la calle, veo que Rómulo está con ese coche de gente pija.

—Ábrame la puerta, caballero.

—¿Tienes por lo menos unos shorts debajo de ese vestido, Linda? —Parece estar preocupado por eso.

—No —miento.

—¡Ay, Dios mío! —Se lleva la mano al corazón.

—Sigue vivo, que tenemos una fiesta a la que ir.



CAPÍTULO 38

Rómulo Guimarães

Ella está haciendo esto por capricho; apuesto a que ni siquiera le ha gustado ese vestido. Yo, en cambio, me pongo quisquilloso porque estoy en mi derecho de serlo.

Un escote enorme, un vestido diminuto…

No puedo ni decir que no esté guapa, porque está guapa de parar el tráfico.

El problema es el tráfico.

Por la gente que conozco y que estará presente en el evento, se van a fijar en lo que no deben.

Cuando llegamos a la fiesta, detengo el coche frente a la alfombra roja y, otra vez, ese montón de chismosos y fotógrafos están aquí, esperando una historia.

— Madre mía…

Por lo visto, está preocupada.

— Creo que no voy a salir de aquí, Rómulo.

— Ah, sí que vas a salir. Aunque sea a mi hombro.

— ¡Pero hay un montón de fotógrafos y ni me gustan las fotos!

— Si hubieras venido con ropa decente… pero viniste así. Ahora tendrás que salir, no quiero ni saber. Baja el vestido para no enseñar lo que no debes —pido, estresado.

— Pero ya está bajo.

Lo acomoda de nuevo, con los muslos completamente al aire.

"¡Un pecado!"

— Entonces saldré primero y abriré la puerta para que salgas sin hacer el ridículo.

Me quito el cinturón de seguridad y ella asiente con la cabeza, de acuerdo con la idea.

"Apenas llegamos a la fiesta y ya me está dando trabajo."

Pensé que sería una buena idea traerla.

No miento: en el momento solo pensé en ella, porque la desgraciada se ha adueñado de mi sueño y de mis pensamientos. La convencí de venir conmigo, pero ahora me pregunto si fue buena idea exponerla a esto.

Salgo del coche y ya empiezan a hacer fotos. Voy hasta la puerta del pasajero y la abro lo mínimo posible.

— A ver si sales con cuidado.

Bloqueo el hueco de la puerta.

— ¿Cómo voy a salir así, Rómulo? ¡Ni siquiera puedo poner el pie fuera!

— ¡Argh!

Abro un poco más la puerta e intento quedarme delante todo lo que puedo.

Ella sale sujetando la falda del vestido, se queda de pie justo delante de mí, a unos cinco centímetros de distancia, y me mira con una sonrisa inocente.

— Ya está.

"¡Joder!

¡La desgraciada está demasiado guapa!

¿Y esa boca carnosa tan invitante?

Esos cien mil tienen que cubrir lo que haga por culpa de esta tentación."

Linda Fonseca

Ahora me mira de ese modo, como si viera todos mis poros a la vez, mientras parece estar pensando mil cosas sobre mí. Cosas que deben darle miedo a él, igual que me lo dan a mí.

No voy a dejar que eso me intimide, aunque ya lo ha hecho y ahora el corazón me late como un tambor.

— ¿No te vas a apartar? —pregunto alzando las cejas—. ¿O estás hipnotizado?

— Cuidado con lo que dices, por aquí la gente lee los labios — esboza una sonrisita falsa—. Vamos.

En cuanto se aparta, todas las luces vienen hacia mí y no sé qué hacer ahora, porque he visto muchas alfombras rojas, pero no sé el arte de fingir que estoy acostumbrada.

Casi le pido a Rómulo que vuelva a ponerse delante de mí; me alejo del coche y piso la alfombra. Enseguida pasa a mi lado y apoya la mano en mi espalda, justo en la columna. Corrijo la postura y caminamos lado a lado.

Me siento como un bichillo fuera de la madriguera. Los fotógrafos piden poses para fotos como si no hubieran tomado suficientes, así que Rómulo se detiene y yo hago lo mismo; luego me sujeta de la cintura.

La tela del vestido es tan fina que siento su mano caliente sobre mi piel y eso me eriza.

Lo miro, perdida.

— Mira a la cámara para que consigan rápido la foto que quieren —dice mirando al frente, forzando una sonrisa.

— Vale.

Intento hacer una pose, pero, al final, solo me quedo quieta, sujetando el bolso con una sonrisa amable.

Por fin podemos seguir, pero empiezan las preguntas.

— Rómulo, ¿por qué demandas a las personas que hablan de tu noviazgo, si no es mentira?

— El hecho de que ella esté aquí conmigo no significa que estemos saliendo, pero si algo me molesta y puedo hacer algo al respecto, lo haré.

"¡Ah, eso lo sé bien!

Le encanta abusar del poder."

Entramos en el edificio; un guardia busca nuestros nombres en la lista y nos indica que nos dirijamos a la quinta planta, donde se celebra la fiesta. Entonces vamos hacia el ascensor y veo que no hay nadie más aquí.

Mientras las puertas se cierran, los fotógrafos hacen fotos con la intención de ver más de lo que les enseñamos en la entrada.

Cuando se cierran del todo, suspiro aliviada.

— Recuérdame no volver a aceptar hacer esto jamás.

— Dime al final de la noche si no habrá merecido la pena. Por cierto, no digas ninguna tontería. No bromeaba cuando dije que por aquí la gente hace lectura labial.

— ¿Y quieres que hable en códigos? No sé hablar en código.

— Mejor, como si fuéramos cercanos.

Me río.

— Quiero verte haciendo eso, porque ni siquiera sabes dar una sonrisa que parezca verdadera, Rómulo.

— ¡Sí que sé! ¿No recuerdas el día que estuve en tu casa? — dice, y yo sigo riéndome—. Ya verás quién se va a desempeñar mejor esta noche.

— ¿Esto es alguna apuesta? —alzo la ceja.

— No, porque si lo fuera, perderías lo que aún ni siquiera has ganado.

— Soy competitiva.

— Yo también.

El ascensor se abre en la quinta planta y él vuelve a apoyar la mano en mi cintura.

— Vamos, *querida*.

— Cuidado con la mano, *querido*.

Él arregla el cuello de la camisa y salimos del ascensor.

Aunque me crea extravagante, no me siento fuera de lugar, a pesar de estar en un evento de alta sociedad, ya que todos van extravagantes.



CAPÍTULO 39

Linda Fonseca

Rómulo saluda a sus conocidos y me presenta a cada uno de ellos. Recibo muchos piropos, pero nadie deja de hablar de la historia del noviazgo.

Conozco a una pareja muy amable y parecen tener cierta confianza con Rómulo, así que nos detenemos a conversar y beber con ellos.

No estoy acostumbrada a tomar alcohol, por eso bebo despacio, apenas rozando la bebida con los labios, fingiendo que me encanta. En cambio, Rómulo está bebiendo como las demás personas.

"¿Será que hoy se transformará otra vez?"

—Rómulo siempre es muy discreto, pero está volviendo a todos locos con esa historia. ¿Son novios o no? —pregunta sin rodeos la mujer elegante de mediana edad.

—La verdad es que no me gusta exponer mi vida íntima —dice Rómulo, de pie a mi lado.

Se está aprovechando del contacto, porque otra vez pone la mano en mi espalda.

—Pero es lo correcto, Rómulo. A mí tampoco me han gustado nunca esas cosas tan públicas —concuerda su amigo—. La gente quiere saber de todo lo que no les incumbe.

—Y tú, Linda, ¿qué opinas? —pregunta la mujer.

—Ese tipo de atención no me agrada ni un poco, más aún cuando no es verdad.

—Sé que vernos juntos refuerza las sospechas, pero la gente debería creer en nuestra palabra —dice Rómulo—, algo con lo que estoy totalmente de acuerdo.

—Tienen razón, pero es difícil no pensar nada cuando vemos la forma en que se miran.

"¿Eh?"

Evito mirarlo.

—Impresión tuya —dice él.

"Pues sí, impresión de ella misma."

Nunca lo miré con ninguna ternura y creo que ese es el tipo de mirada que se espera de una pareja enamorada.

El anfitrión aparece y nos saca de la conversación.

Después de dar una vuelta, termino la bebida y echo un vistazo a la gente. Pueden ser ricos y usar cosas de marca, pero son unos chismosos.

Me extraña la ausencia de mi jefe, que dijo que también vendría y, hasta ahora, nada. Creo que su presencia puede darme más tranquilidad después de enfrentar las preguntas de la gente.

No sé cómo comportarme, qué hacer y me siento cohibida.

Cojo una nueva bebida y pretendo quedarme con ella hasta el final de la fiesta.

—¿Estás fingiendo que bebes? —pregunta Rómulo.

—Sí. No me gusta beber.

—¿Por qué no lo dijiste antes? También hay bebida sin alcohol.

—No lo sabía. También pensé que se notaba bastante que no bebo.

—¿Qué más no haces? Necesito saberlo.

—Muchas cosas. Es más fácil que preguntes qué hago; la respuesta sería: cuidar de mi vida.

—Hablo de lo social, de las fiestas.

—Yo no voy a fiestas.

—Pero ya fuiste, ¿no?

—Sí, a las fiestas del vecindario, pero creo que no cuenta. —Me arreglo el escote y él me observa.

—¿Y qué te gusta?

—¿Por qué quieres saber eso ahora? —Lo encaro.

—Porque la gente está haciendo preguntas y no quiero parecer sorprendido cuando respondas.

—No hago nada, Rómulo, nada. No tengo vida social, no tengo amigas de mi edad, no tengo novio ni ex. Y sobre lo que me gusta... —Mis ojos se fijan en una chica que está sacando fotos. Está lejos, parece que acaba de llegar. Cuando miro su rostro, el pelo claro, la boca llena de relleno, me aseguro de que es quien sospechaba.

—¿Qué pasa? —pregunta Rómulo.

"¡La vaca de Ana Cláudia está aquí! Vamos a ver qué va a decir al verme acompañada por el intocable Rómulo Guimarães."

—¿Linda?

—Lleva esta bebida y tráeme una sin alcohol. —Le entrego la copa.

—¿Qué? Te has puesto seria de repente.

—Ve ya. —Lo sujeto por los brazos y lo dirijo hacia la barra.

Toque...

Algo que no debería existir entre nosotros, pues es demasiada intimidad.

—¿Linda Fonseca? —Ana Cláudia me ve y se muestra bastante sorprendida.

—Ana Cláudia... —El desánimo sale junto con mi voz y ahí viene ella hacia mí con un traje extravagante de pedrería negra.

—¿Qué haces aquí?

—Estoy acompañando a Rómulo.

Suelta una carcajada forzada.

—¿Rómulo? ¿Un sosias, no? ¿Y ese vestido? ¿De segunda mano? Cuidado, que el verdadero Rómulo puede demandarte —aconseja, destilando veneno.

La risa que se me escapa es verdadera.

—¿Sosias? Será mejor que se lo preguntes a él mismo. Lo de la ropa de segunda mano también, ya que fue él quien me la dio. ¿Y tú? ¿Ese modelito es de colaboración?

Se le cambia el gesto y me doy cuenta de que se ha quedado cortada.

Rómulo aparece con mi bebida.

—Gracias. —Cojo la copa de su mano—. La gente está pensando que eres tu propio sosias.

Rómulo no sabe adónde mirar.

—Buenas noches, Ana Cláudia, ¿todo bien?

—Estoy genial, ¿y tú?

Se saludan con besos en la mejilla.

—También bien. No sabía que conocías a Linda.

Siento que escuchar mi nombre en su boca pesó.

—Sí, conozco a Linda desde siempre. —Ana Cláudia me mira con una sonrisa falsa—. Nunca imaginé que personas tan diferentes pudieran involucrarse.

—Los opuestos se atraen, ¿no es así? —recuerdo.

—Muy opuestos —asegura ella.

—No tanto. —Rómulo me pasa la mano por la cintura—. ¿Nos puedes disculpar?

—Claro. —Su sonrisa amarilla se le queda congelada en la cara mientras Rómulo me arrastra lejos.

—Ahora, quiero ver qué va a decir en internet.

—¿De dónde conoces a Ana Cláudia?

—Por desgracia, su vida se cruzó con la mía en el instituto. Ni me preguntes qué hacía en una escuela pública. Vive menospreciándome —cuento, molesta, y pruebo la bebida sin alcohol.

"¡Es mucho mejor!"

—Nunca fue muy agradable.

—Voy a empezar a anotar las cosas en las que estamos de acuerdo. Por cierto, estamos de acuerdo en que, aunque corto y muy escotado, me queda muy bien este vestido, ¿no?

Él me mira y se ríe.

—Lo poco que has bebido ya te hizo efecto.

—Admítelo, Rómulo. ¿O le quedaría mejor a tu relaciones públicas? Ella es más alta, ¿no?

Suelta una risa más espontánea.

—No puedo creer que estés diciendo eso. ¿Cuándo perdiste el juicio? Cuéntame.

—Cuando te conocí —admito, dramática.

—¡Yo también! ¡Qué coincidencia!

—¡Mentira! ¡Tenemos algo en común!

Reímos.

—Según Sérgio, tenemos otra cosa en común. La personalidad.

—Se pasó.

—Mucho. Casi lo despedí por eso.

Me echo a reír.

—Pero lo voy a perdonar, porque ya lo ofendí cuando estaba allí. En mi mente. Lo llamé de algo peor.

—¿De qué?

—No lo voy a contar. Se lo vas a decir.

—Dilo. Ahora me da curiosidad.

—Robocito de Satán.

Él suelta una carcajada y yo también me río.

—¿Por qué?

—¡Todo lo que decía parecía programado!

—Eres pésima.

Se toma la bebida de un trago mientras yo echo otra mirada a nuestro alrededor y veo a Caleb y a Gustavo.

—¡Mira, Gustavo y Caleb! —comento animada.

—Argh. —No se anima con la novedad.

—¿No vas a hablar con tu amigo?

Gustavo es divertido.

Mira hacia un lado y, de la nada, me pone la mano en la cintura, dejándome frente a frente con él, con la copa entre los dos.

Cada parte de mí se estremece.

—¡Casi tiro la bebida sobre tu ropa! ¿Por qué hiciste eso? —pregunto asustada.

Con la mirada fija en mi rostro y, en un movimiento rápido, inesperado, avanza hacia mi boca, apretándome por la cintura, lo que me saca del suelo y me pega más a su cuerpo.

Sin tiempo para razonar y ni siquiera apartarme, tengo los labios tocados por los suyos.

Caliente, mojado y muy suave...

Algo que nunca había experimentado antes.



CAPÍTULO 40

Rómulo Guimarães

Actúo por impulso y, cuando tomo conciencia de ello, ya estoy tocándole los labios.

Los labios de Linda.

Imaginé que tarde o temprano iba a pasar, pero no esperaba que fuese así, de esta manera.

Está en mis manos, la tomé por sorpresa y no pudo esquivarlo. Por primera vez, está bajo mi dominio y, por más que mi deseo sea saborear esos labios suaves y tercos, me limito a un simple roce durante unos segundos, que ya es suficiente para saber que nunca debería haber deseado hacer esto.

Linda se aparta e inmediatamente abro los ojos, viendo que me mira con los ojos muy abiertos. Su rostro maquillado no me permite ver su color real, pero su mirada sorprendida indica que está en shock por lo que hice. Yo, aun siendo consciente de que ha sido un error absurdo, quiero volver a besarla.

"¡Debo de estar fuera de mí!"

Y lo estoy…

El motivo: Caleb.

Al igual que yo, ella no dice una palabra, pero imagino que le pasan muchas cosas por la cabeza y no es simplemente "el cabezota de Rómulo me besó, voy a darle una hostia".

La verdad es que quería este beso desde hace tiempo.

— ¡Qué pareja de enamorados! —exclama Gustavo y rompemos el contacto visual.

Veo que Caleb y mi amigo están cerca y, por más que no seamos la susodicha "*pareja de enamorados*", mantengo a Linda atrapada entre mis brazos, mirando directamente a Caleb, que es tan descarado como mi hermano y Gustavo.

No tenemos enemistad, pero conozco bien sus costumbres y, desde que supe que iba a conocer a Linda, no se me va de la cabeza que pueda intentar tener algo con ella.

Aunque no sea mi novia, no me gusta la idea de verla con Caleb o con cualquier otro, y no necesito estar borracho para verlo.

Espero que haya visto el beso y, si no lo vio, que entienda que, si está conmigo, no está disponible.

Linda quita mi mano de su cintura, como si tuviera miedo de lo que puedan pensar.

— Has venido. —Gustavo la saluda.

— Rómulo suplicó —me delata, y me quedo callado.

— ¡Estás impecable! —dice Caleb al saludarla, y me da rabia —. Rómulo tuvo mucha suerte.

— No estamos juntos. —Ella se encarga de dejarlo claro y deja la copa en un rincón—. Voy al baño, con permiso.

No sirve de nada hacer algo que no esté de acuerdo; al fin y al cabo, la mujer es terrible.

— Me había hecho ilusiones después de ver ese beso, pero ahora, con ese corte… —se burla Gustavo.

"¿Amigo o enemigo?"

— Créeme, terminar un beso y no llevarme una bofetada ya es un progreso. —Recuerdo que mi copa está vacía—. Y lo que dijo no fue un corte; es su manera educada de pediros que no nos estéis poniendo en aprietos delante de nadie. Con permiso.

Linda Fonseca

Me planto frente al espejo del baño y toco mis mejillas, que arden como si tuviera fiebre; después deslizo los dedos hasta los labios.

"Él me besó…

Sus ojos jaspeados estaban mirando todo el tiempo hacia donde su boca quería ir, y fue.

No lo entiendo…

¿Por qué hizo eso?

¿De dónde salió ese deseo?

¿Se habrá vuelto loco?"

Seguro que no está bien de sus facultades mentales.

¿En algún momento habrá pensado que yo estaba por él?

Porque, si pensó eso, la respuesta es no.

¡Definitivamente no!

Nunca siquiera imaginé eso, pero ahora…

Ahora lo imagino, lo recuerdo y todavía lo siento.

— ¿Tenía que ser justo con él, Linda? —pregunto mirando mi reflejo.

Y así mi cordura se va cuesta abajo.

Su rostro no sale de mi mente. Es como cuando vemos un fogonazo de luz que nos estropea la vista por un rato. Cuando cierro los ojos, lo veo mirándome, y cuando los abro, el recuerdo sigue.

Mis manos están muy frías.

Abro el grifo y me las lavo; luego entro en una de las cabinas y me encierro en ella.

"¿Y si me paso el resto de la fiesta aquí?"

— ¡No me creo que Rómulo de verdad haya traído a esa pobretona como acompañante y yo haya venido sola! —Es la voz de Ana Cláudia.

Ese berrido lo conozco bien.

— No tienes confianza con Rómulo —una sensata justifica.

— Él no le da pie a ninguna mujer y, de repente, no se separa de ella.

— Es lo que dicen: están juntos.

— No lo están. ¡Ellos mismos dijeron que no! —dice Ana Cláudia, demostrando ser de las pocas personas que creen en nuestra palabra.

— Se estaban besando hace un rato. Tal vez solo estén queriendo dejar la noticia en el círculo en el que conviven, fuera de los sitios de cotilleo.

— ¿Qué círculo? Ella no es de nuestro círculo. Vive en la periferia, no tiene modales y ni siquiera sabe vestirse.

— ¿Viste la ropa que lleva?

— Todo de él.

— Si se lo dio, entonces le importa. Mira, Ana, tienes que conformarte con que nunca tuviste oportunidad con Rómulo y ahora que sale con esa chica, menos todavía.

Oír esta conversación me deja una sensación extraña, porque parece hasta que todo es real.

Rómulo y yo nos hemos acercado demasiado.

Espero a que salgan del baño y entonces abro la cabina, me lavo las manos, me seco y salgo.

Veo que Rómulo, Gustavo y Caleb están juntos, y no me queda otra que volver a acercarme a ellos. Me planto al lado de Rómulo, pero no lo miro.

— Tu bebida. —Él me ofrece una copa llena y la tomo, pero evito el contacto visual.

Si no corriera el riesgo de pasar la mayor humillación de mi vida estando borracha, ahora mismo iría a la mesa y llenaría esta copa con alcohol.

¿Quién sabe si, con la cabeza al viento y el juicio lejos, no consigo sobrevivir a esta noche?

— ¿Y cómo va el trabajo con Gustavo? —pregunta Caleb cuando Gustavo se aleja.

— Me está gustando mucho.

Caleb parece un galán de telenovela turca y afortunada será la mujer que se case con este hombre. Y no lo digo solo por la belleza, porque me parece muy educado y agradable.

¿A quién no le gusta la gente agradable?

— Qué bien. Gustavo es un tío majo, pero despistado cuando se trata de compromisos. Con alguien al lado, ¿quién sabe si no aparece a la hora?

Sonrío.

— No miente. —Milagrosamente, Rómulo está de acuerdo y mi intento de fingir que el hombre que me besó hace poco no está a mi lado se delata.

— Si depende de mí, no volverá a llegar tarde —garantizo.

Mientras intento no mirarlo, Rómulo me observa todo el tiempo, y lo sé porque lo puedo ver con la visión periférica.

"¿No será que todo esto no pasa de un sueño?"

Veo que Gustavo está acompañado de una mujer. No sabía que estaba comprometido, pero por la forma en que se miran y se tocan, estoy casi segura de que es su novia. Y para rematar, es amiga de Ana Cláudia.

"¿Será la sensata del baño?"

La noche se arrastra entre conversaciones tediosas y el clima posbeso que me impide sentirme cómoda. Mis manos permanecen heladas todo el tiempo y mi corazón da indicios de pararse cada vez que mi mirada se cruza con la suya.

Puede parecer exagerado, pero tengo un buen motivo para ponerme a temblar por un simple beso; al fin y al cabo, no es simple como debería, significa mucho más que eso y además pasó con alguien que semanas atrás no quería ver ni pintado de oro.

Por suerte, Rómulo avisa que ya nos vamos y empieza a despedirse de la gente. Con la cantidad de bebida que tomó, me da miedo que no pueda conducir, pero tanto yo como mis pies pedimos auxilio después de horas de pie.

Socializar con quien solo habla de negocios es difícil; casi imposible decir algo, y lo más fácil es sonreír.

Los chicos deciden quedarse un rato más en la fiesta, los que nunca quieren que acabe.

Después de despedirnos, entramos en el ascensor con otras dos parejas que hablan de la comida que sirvieron.

En mi opinión, estaba deliciosa, pero para ellos todo estuvo pésimo.

Salimos del edificio y el aparcacoches va a buscar el coche, dándonos algo de tiempo a solas frente al lugar de la fiesta. Hay algunos vigilantes por la zona, pero no nos hacen sentir acompañados por nadie más que nosotros dos.

Me concentro en mi respiración y en la calle, porque no tengo nada que decir. No después de que me haya besado y de que me dé miedo saber el motivo, por muy insignificante que sea.



CAPÍTULO 41

Rómulo Guimarães

*"—**Linda**, espera. —Salgo del coche y voy tras ella, que se detiene frente al edificio.*

—¿Qué quieres?

—¿No vamos a hablar sobre lo que pasó?

—¿Qué quieres decir? —Me mira con los ojos muy abiertos, llena de timidez.

Doy un paso hacia delante.

—Que no hay nada de malo en lo que pasó.

—Claro que lo hay.

—No, Linda, no lo hay. —Doy otro paso, mirando sus labios carnosos—. ¿Y quieres saber más? Creo que deberíamos hacerlo otra vez.

—Rómulo… —Parece sorprenderse.

Antes de que diga cualquier cosa que acabe con mi oportunidad, agarro su cintura, la alzo del suelo, la sostengo en mis brazos, la apoyo contra la pared y tomo sus labios, sediento de su sabor.

—No debería haber bebido tanto. Ahora ni me oyes de lo distraído que estás.

—¿Qué? —Miro a un lado y Linda farfulla.

—Estoy diciendo que prestes atención a la conducción. No deberías haber bebido.

—Estoy muy bien para conducir.

—Ajá, ni escuchaste lo que dije.

—Te escuché, si no, no te habría respondido.

—Antes. ¿Qué dije antes?

—¿Qué dijiste antes?

Ella niega con la cabeza.

Cómo me gustaría que fuese la versión más ingenua de mis desvaríos…

Entramos en el condominio y aparco el coche frente al edificio. Ella se quita el cinturón con prisa y decido intentar tener una conversación decente, aun sabiendo que mis pensamientos están lejos de hacerse realidad.

—No bajes, voy sola.

—Linda, lo que pasó…

Me pide que pare, levantando la mano.

—No quiero hablar de eso. No ahora, Rómulo.

—En otro momento, entonces —supongo.

—No lo sé. —Sale del coche con una prisa alarmante.

"¿Será que me tiene miedo?

¿Qué estoy pensando?

Ella es el peligro aquí, el peor de los peligros.

Soy yo quien debería tener miedo."

Vuelvo a conducir y salgo del condominio rumbo a mi casa.

Pasé toda la noche atrapado en ella y ni debería haberla besado, porque ahora lo que más deseo es hacerlo de nuevo.

"¡Qué perdición!

Después de todo lo que hizo en mi vida, de ocupar mi cabeza, no puede ocupar otras partes.

Lo peor de todo es esta necesidad de explicarme, siendo que ni sé qué explicación puedo darle. No puedo admitir que me remueve, que despierta deseos en mí.

La idea es disminuir el rencor que siente por mí, no enamorarme de ella.

¡Era lo que me faltaba!

Yo no me explico a nadie, al fin y al cabo soy Rómulo Guimarães, el gran y respetado empresario.

¡Son las personas quienes se explican ante mí!

Pero ahora estoy aquí, asfixiado con esta historia.

Hasta es bueno que se haya ido sin tener esa conversación.

¿Quién sabe si mañana ya lo he olvidado?

No fue nada del otro mundo."

Al llegar a casa, me ducho y decido quedarme un rato en mi despacho. Abro las redes sociales y me pierdo en la cantidad de fotos que publicaron de la fiesta. Miro las fotos hasta encontrar fotos nuestras.

De Linda y de mí.

"Nuestra, qué fotogénica es Linda.

Y esa sonrisa…

Ese vestido le quedó muy bien, ¿pero hacía falta ese escote?

Entro en los comentarios."

[Decid lo que queráis de las intenciones de Linda, pero que la chica es guapa nadie lo puede negar.]

[¡Cómo le quedó perfecta esa ropa! Parecen felices juntos.]

[Me pareció vulgar, parece bailarina de escuela de samba.]

[He vivido para ver a Rómulo Guimarães al lado de una mujer. Apoyo que salga con alguien como Linda. Es humilde y no es como esas pijas que nacieron en cuna de oro.]

[La gente metió tanta presión que aparecieron juntos. La prensa es jodida, ¿eh?]

[Ah, les deseo todo lo mejor. Combinan mucho y la gente debería dejar de criticar solo porque ella es pobre.]

[¡Interesada! Mirad, ya usando ropa de marca. Apuesto a que fue él quien pagó. Ella debe de haberlo exigido y lo estará disfrutando.]

[No me hacen gracia estos dos. Ese Rómulo está muy sobrevalorado y esa chica solo quiere fama. Se nota que lo hacen solo por los focos. Todo es montaje.]

[Guapísima. Ojalá sean felices.]

[Acabo de saber que dio su primer beso con él. Mira, voy a decir una cosa, Linda, valió la pena que esperases, porque dar el primer beso con un hombre así debe de ser inolvidable.]

"¿Qué historia es esa?"

Actualizo la página y aparece una nueva publicación.

Linda Fonseca - Una radiografía de la novia de Rómulo Guimarães.

Una chica llamada Maria Isabel encabeza la pieza y, justo debajo, un fragmento de su entrevista.

"Linda nunca tuvo novio, nunca ni siquiera besó. Su primer beso debe de haber sido con Rómulo Guimarães."

¡¿QUÉ?!

Menos mal que estoy sentado, esto solo puede ser una broma.

Abro el pie de foto.

[Guardamos esta entrevista durante meses hasta que surgió la prueba de que están juntos y ahora, en primicia, ved hechos inéditos revelados por Maria Isabel, amiga de la infancia de Linda Fonseca, la actual novia de Rómulo Guimarães, el CEO y empresario millonario que ha acaparado los focos en las últimas semanas tras surgir rumores de un noviazgo secreto con una joven humilde.

"MARIA ISABEL: Linda siempre fue de familia humilde, su padre trabajaba en una plataforma petrolífera y ganaba bien, pero hoy en día las cosas no son baratas. Alquiler, comida, agua, luz… Nunca vivieron en el lujo. Linda es costurera, sabe hacer arreglos en ropa y, desde que su padre murió, vive de eso. Cuando íbamos a las fiestas, ella nunca iba. Como el padre pasaba un mes sí y un mes no en casa, a ella le gustaba estar cerca de él y siempre fue muy obediente. Nunca tuvo novio. Nunca supimos que hubiese estado con alguien y creo que ni siquiera besó. Su primer beso debe de haber sido con Rómulo Guimarães. Había un chico en nuestro barrio que decía gustarle, pero nunca tuvo oportunidad, porque ella no iba a las fiestas ni se quedaba con nosotros en la calle."]

"¿Entonces aquel beso que le di fue su primer beso?

No.

Necesito oírlo de ella.

Necesito que me diga si es verdad o no.

Y si es verdad, ¿por qué?

¿Cómo es que nunca besó a nadie?

¡Tiene veintidós años!

Y si nunca besó… también nunca…

¡No me lo creo!”



CAPÍTULO 42

Linda Fonseca

Llego a casa y, cuando me planto frente al espejo, no me reconozco.

"¿Qué clase de persona fui esta noche, haciendo este papel que ya se está pasando de la raya?"

Me quito la ropa, el maquillaje y me ducho. Después vuelvo a ser yo misma, es decir, no sé si seré la misma después de lo que pasó.

Él me besó…

Yo nunca había besado a nadie…

Por falta de oportunidad, la verdad, al fin y al cabo siempre fui casera, no iba a las fiestas. Mi padre no me ataba, pero tenía miedo de que pasara algo mientras estaba lejos. Siempre fuimos solo él y yo. Tampoco hay tantos tíos interesados en mí, como piensa la madre de Rómulo.

Nunca me habían besado, esta fue la primera vez y me gustó sentir otros labios sobre los míos.

Cuando toco la boca con las yemas de los dedos no es lo mismo.

La textura…

¿Pero tenía que ser justo con el cabezota de Rómulo?

En cuanto termino de secarme, me visto y voy a la cama. Me tumbo e intento dormir, pero cada vez que cierro los ojos, recuerdo aquel momento y por eso no consigo conciliar el sueño.

Hago la cosa más idiota que podría hacer: cojo el móvil y me pongo a ver las redes sociales.

"¡Quedé tan guapa!

¡Esta gente de webs de cotilleos tiene cámaras buenísimas!"

La asquerosa de Ana Cláudia hizo una secuencia de stories presumiendo de la marca de la ropa.

Creo que herí su ego diciendo que eran prendas de colaboración.

Una vez más, Rómulo y yo somos el tema del momento; incluso publicaron la foto de cuando llegamos a la fiesta y, modestia aparte, soy bastante fotogénica.

Quedé preciosa.

Guardo la foto para usarla de fondo de pantalla, pero, claro, voy a recortar a Rómulo.

Paso a la siguiente publicación y me sorprendo.

"¿Qué hace Maria Isabel aquí?"

Leo el pie de foto completo de la nota.

"¿Qué?"

Me siento en la cama.

"¡La muy hija de puta fue a contar que nunca había besado a nadie!

¡Mierda!

¡Mierda!

¿Cómo tuvo esa desfachatez?

¡Qué vergüenza, qué vergüenza!"

Bajo a los comentarios.

[¿Primer beso a esta edad? Pues, hermanos, me ha vuelto la fe en la humanidad.]

[Anda, entonces el juego cambió. La gente diciendo que es una interesada y tal, pero la tía ni siquiera había besado. Está claro que lo suyo es real.]

[A saber si no está diciendo eso solo para limpiar la imagen de Linda. Creo que todo esto es un montaje.]

[¡Dar el primer beso con un hombre como Rómulo Guimarães! ¡Caramba! ¡Vaya mujer con suerte! Imagina la primera vez con un hombre así…]

"¿Primera vez con Rómulo?

¡No, nunca!"

Salgo de los comentarios, cierro Instagram y aparto el móvil de mí.

"¿Qué mierda tiene Maria Isabel en la cabeza?

¿Dónde se ha visto ir diciendo cosas sin saber?

¡Decir que nunca besé!

¡Que mi primer beso fue con Rómulo!

¡Ni siquiera es cercana a mí, solo vive en el mismo barrio!

¡No tiene derecho a suponer eso!"

Lo peor es que todo el mundo se lo cree.

Menos mal que Rómulo no mira webs de cotilleos.



Dormí de más y arreglarme a prisa no me librará del retraso.

Antes de salir corriendo, solo tengo tiempo de arreglar el asunto de mi cara y parecer presentable en el trabajo.

Llevo un vestido negro y el pelo recogido en lo alto de la cabeza, con finos mechones cayendo sobre la frente. Me pongo corrector para eliminar las ojeras y un bálsamo labial sin color.

Me miro en el espejo y veo que mi aspecto ha mejorado bastante.

Por último, me calzo unos zapatos de tacón bajo y cojo el bolso para salir de casa.

Voy a enfrentar a Rómulo como si nada hubiera pasado el fin de semana y a tratarlo como siempre lo trato.

Entro en el ascensor y salgo al vestíbulo del edificio.

"¿Ah, que hubo un beso?

¿Qué beso?

No significó nada para mí.

Ya he besado tantas bocas, no va a ser la tuya la que marque la diferencia."

Veo que su coche está parado frente al edificio y evito mirar a las ventanillas, porque sé que, si Rómulo está dentro, me ve a través del cristal tintado. Abro la puerta, no miro a los lados, entro en el coche sin decir nada y me pongo el cinturón como si fuese una tarea que exigiera atención. Después de hacerlo, suspiro y miro mis manos.

No miro a un lado, pero sé que no hay nadie, además de mí, en el asiento trasero.

El conductor empieza a conducir y, por la mano, me doy cuenta de que él está sentado en ese asiento.

Me mira a través del retrovisor.

Rómulo es el conductor.

"Respira, Linda."

—¿Qué pasó con el conductor? —La pregunta se me escapa de la boca.

—Lo he liberado por ahora.

"Qué raro."

Rómulo, como siempre, va vestido para ser implacable, como si su ropa fuera una armadura.

—Quiero hablar contigo sobre el nuevo rumor que anda circulando.

—¿Qué rumor?

—La historia del beso.

—¿Qué historia del beso? —Mi cuerpo se tensa. Si el coche no estuviera en marcha, podría abrir la puerta y huir. Como no puedo, miro mis manos heladas.

—Lo que dijo esa chica… Que nunca habías besado… ¿Es verdad?

"¡No me creo que haya visto esa historia!

¡Dijo que no miraba cotilleos!"

Rómulo Guimarães

Esa pregunta no me dejó dormir bien el sábado, mucho menos el domingo; ¡hasta soñé con esta conversación!

—Mentira… Todo es mentira. ¿Quién es esa loca que dijo eso? —pregunta alterada, quedando claro que miente.

—¿Crees que me vas a mentir a mí, Linda? ¿A mí? —La miro por el espejo.

—No te debo explicaciones, Rómulo. —Pone mala cara y, aun así, es guapa.

Ese morrito deja sus labios aún más carnosos…

¡Estoy perdido!

Si sigo mirándola, temo perder la dirección.

—Creo que este asunto sí me incumbe, dado que te besé. ¡Así que fui el primer tío que te besó! —concluyo intentando centrarme en la conducción.

Está roja como una fresa.

—Entonces es verdad, ¿no, Linda?

"Caramba, ¡fui el primero y único en besar la boca de la terca!

Debe de estar en shock.

No debería haberla besado.

Si lo hubiera sabido…

Quizá deseaba que otra persona la besara."

—¡Di algo, Linda! —la apremio, angustiado.

—¿Qué quieres que diga? —pregunta furiosa—. ¿Quieres que lo admita y después qué? No tienes idea de lo avergonzada que estoy con todo esto y, si me cruzara hoy con Maria Isabel, seguro que me quitaría este tacón y se lo estamparía en la cara.

Peor es que no lo dudo.

"Entonces, es verdad."

—¿Pero cómo? ¡Tienes veintidós años!

—¿Por qué, de un tiempo a esta parte, vives haciéndome tantas preguntas? ¿No eras tú el hombre de pocas palabras?

"Sí…"

—Puedo haber cambiado —admito con amargura.

Fue verla aparecer con el albornoz y empezó la desgracia en mi mente. Aquel día sentí más que la necesidad de redimirme y lo llevé bien hasta la fiesta, donde me descontrolé por completo.

—Prefería cuando eras más callado. ¿O sigues borracho? Porque cuando bebes te pones muy hablador.

—El tema eres tú y tu inexistente vida sexual, no mi comportamiento.

—¿¡Qué!? —Me mira haciendo muecas—. ¡Ya te dije que eso no te interesa, no te incumbe! ¡No importa si ya besé o si hice otras cosas!

—¿Qué estás esperando? ¿El príncipe azul?

—¡Rómulo, PARA! —grita.

—Porque por falta de opciones dudo que haya sido. —Sigo con mi línea de razonamiento—. Quiero imaginar, en el mejor de los casos, que solo eres así conmigo. Entonces, eliminando ese tu modo, ¿qué te impediría encontrar a alguien?

—Mira, sinceramente, estoy a punto de mandarte a la mierda. —Se frota la cara—. Y solo para que quede claro, no es porque ayer me robaste ese beso que te vas a considerar el tío que me quitó el primer beso. Aquello ni de lejos fue lo que esperaba para un primer beso, así que lo desestimo. En realidad, ni me acuerdo de nada.

Me río de su idea.

—Pero fue un beso, lo consideres o no.

"Y fue muy bueno."

—¡No lo fue! Ni me acuerdo. ¡Ay, Dios mío, qué horror! —Parece mareada—. No deberías haber hecho eso. ¡En el contrato pone que no puedes tocarme!

Suelto una carcajada.

—No puedes exigírmelo ya que acabas de decir que no ocurrió. Si estás fingiendo que no pasó nada, entonces tienes que fingir ante el contrato también. No existe cláusula de indemnización por un beso robado y, además, no te hice daño.

—¡Que te parta un rayo! ¡No te atrevas a besarme otra vez! ¡Nunca más, Rómulo Guimarães! —Parece al borde del colapso.— Me quitaste la magia que podría existir si algún día besara a alguien que me gusta.

"Como si no le gustara yo…"

—¿Entonces de verdad te guardas para un príncipe azul? —Me deja pasmado.

"¿Quién hace eso hoy en día?"

—No es eso. Solo digo que no quería que fuera contigo, mi archienemigo.

—¿Tu archienemigo? No creo que pienses eso de mí.

—Pues lo pienso.

"Terca."

En cuanto me detengo frente al edificio, ella sale a toda prisa y solo consigo alcanzarla gracias al ascensor, que tarda en abrir.

—¿Ahora vas a estar huyendo de mí? ¿Literalmente, corriendo? —Me planto a su lado para esperar el ascensor, que enseguida se abre.

—Lo posible para no tener que estar cerca de ti. —Entra en el ascensor y entro justo después.

Solo nosotros dos.

Se encoge en una esquina, apartada, como si estuviera reflexionando sobre algo, mientras mira un punto fijo en el suelo.

No voy a insistir en el tema: no somos nada y tiene libertad para buscar a su príncipe azul.

¡Pero es exagerado huir de mí!

—Ya hice la transferencia —aviso, desde mi rincón.

—Lo vi —responde seca.

El ascensor se abre en la quinta planta y veo que Caleb está aquí, echándole labia a la recepcionista de la planta.

—Ay, Caleb, ¡eres un príncipe! —dice la recepcionista ilusionada.

"¡Era lo que me faltaba!"

Cuando miro a un lado, Linda ya está saliendo.

"¿Será que también lo ve como un príncipe?

¿El tal príncipe que debería besar su boca?"



CAPÍTULO 43

Rómulo Guimarães

Llamo a Gustavo a mi despacho y aparece enseguida.

—¿Por qué ansías tanto mi presencia, querido amigo comprometido?

Me levanto del sillón y voy hasta la ventana.

—Solo quiero saber qué mierda estás haciendo con Caleb. ¿Qué negocios son esos para que Caleb esté siempre aquí en mi edificio? —pregunto molesto.

Él se ríe.

—¡Negocios, pues! Él me ayuda con asuntos nuevos del mercado y está vendiendo acciones de una empresa de la que es socio. Estamos negociando.

—¡Todos los días, Gustavo! ¡Todos los días veo a ese tipo aquí!

—Siempre te ha importado un carajo Caleb. ¿Por qué de la noche a la mañana te molesta tanto él?

—Porque le encanta coquetear con todo el mundo y, por casualidad, Linda es tu asistente —voy directo al grano.

—Rómulo, él sabe que ella es tu novia. ¿Qué estás pensando? ¿Crees que va a intentar conquistar a una persona que ya está comprometida? ¿Qué locura es esa? ¿Estáis pasando por alguna crisis en la relación o algo así?

"Simplemente por el hecho de que mi noviazgo con ella no existe y Linda se va a enamorar de Caleb."

Nunca pensé que tendría problemas como ese, pero, por más absurdo que sea, no quiero que pase.

—Dudo que Caleb respete la relación de los demás.

—Rómulo, la transacción ya está casi terminada. No volverás a ver a tu "amenaza" por aquí, pero te aconsejo que cuides esos celos tuyos, porque creo que Linda no es el tipo de chica a la que le gustan esas cosas.

—No la conoces mejor que yo.

—Digo que puede que no le guste un tipo que lo controla todo. Sé que estás muy enamorado, se te nota en la mirada y en tus actitudes desde que ella apareció. Pero, tío, tienes que entender que no puedes hacer desaparecer a todos los hombres de la ciudad para que no la miren. Eso tienes que trabajarlo en tu cabeza.

"Me esfumaría si pudiera.

No estoy enamorado."

—Sabes, a veces creo que sueñas demasiado, Gustavo.

—Y yo creo que tienes celos de mi amistad con Caleb y no de Linda.

Me río.

—Ajá. Ve y concluye la mierda de la transacción, porque no quiero ver más a ese Caleb rondando el edificio —doy por concluida la reunión.

—Vale, celoso… —sale de la sala, burlándose de mí.

"Celoso…"

—¿Señor Rómulo? —Laisa aparece y vuelvo a sentarme en el sillón—. La RR. PP. está aquí.

—Que pase.

"Ahí vienen más problemas..."

Ella sale de la sala y, enseguida, entra Kettelyn.

—Buenos días, Rómulo.

—Señor Rómulo.

—Señor Rómulo —corrige con poca aceptación—. Ustedes salieron el sábado y ahora todo el trabajo que hice no sirvió de nada.

"Vino a quejarse."

—Solo fuimos a la fiesta y ya. No pasó nada más.

—No se habla de otra cosa que de la primera vez de tu "novia". —Hace comillas en el aire—. Quiero saber cuándo van a aclararlo todo.

—En ningún momento. No voy a llevar a Linda al público para hablar de su primer beso.

"¡Qué absurdo!"

—La gente está curiosa.

—Que lo estén. No le debo explicaciones a nadie y ni se te ocurra llamar a la prensa con esa justificación. No vamos a decir nada.

—¡Así me dificultas el trabajo! ¿Y todos los procesos?

—Soy el jefe y digo lo que vas a hacer. No vamos a hablar en público de nada. Ahora sal, que tengo más cosas que hacer —vuelvo al trabajo.

Ella anda más preocupada con eso que yo.



La semana pasó volando y no volvimos a tocar el asunto del beso, pero no significa que no lo haya pensado.

Jo, ¡besé una boca que nunca había sido besada!

Y eso la vuelve mucho más atractiva.

Aunque ella se empeñe, eso no cambia el hecho de que solo yo la he besado.

Si antes ya me excitaba con su manera de ser, ahora se ha vuelto aún más excitante; sin embargo, ya no la veo como una chica desinhibida, la veo como una chica tímida, virgen, que nunca sintió el placer sexual entre dos personas.

¿Cómo puede ser?

Eso me vuelve loco.

Es un absurdo; al fin y al cabo, es lo bastante guapa como para conseguir a cualquiera.

"¿A qué le tendrá tanto miedo?

¿Por qué nunca tuvo ningún novio?

¿De verdad estará esperando al príncipe azul?"

Alguien llama a la puerta de mi despacho y me saca de mis ensoñaciones.

—¿Señor Rómulo?

—Adelante, Laisa.

—¿Necesita algo más?

—No. —Miro el reloj de pulsera—. Puedes recoger tus cosas para irte, yo también me marcho.

—Ok, hasta el lunes.

—Hasta luego.

Cojo el móvil y le mando un mensaje a la causante del caos en mi vida.

RÓMULO: Nos vamos, date prisa.

Recojo mis cosas y salgo de mi despacho. Cuando el ascensor se abre en el quinto piso, no encuentro a Linda esperándome como de costumbre, así que salgo a buscarla.

No es posible que Gustavo tenga compromisos después de las cinco de la tarde.

Llego a la oficina y la puerta está abierta.

—¿Dónde está Linda? —echo un vistazo por el lugar y no la veo.

—Linda ya se fue a casa.

—¿Cómo? —frunzo el ceño.

Aunque tengamos el impás del beso y nuestras diferencias, viene todos los días conmigo y actuamos como si no hubiera pasado nada.

—La llevé después de comer, está enferma.

—¿¡Enferma!? —me asusto.

"¡No me dijo nada!"

Miro el móvil y veo que no respondió a mi mensaje.

—¿Por qué no me avisaste, Gustavo? —reclamo.

—Creí que sabías que está enferma. Ya llegó indispuesta y a la hora de la comida estaba fatal.

—Vale, ya me voy —salgo de la sala, apurado.

"¡Enferma!"

Toco el timbre del apartamento.

—Linda, abre la puerta.

"¿De qué está enferma?

Pensé que parecía bien esta mañana. La miré todo el camino y no vi problema."

—¿Linda?

"¿Se habrá desmayado?

¡No dice nada!

Voy a recurrir a la última opción…"

Cojo la llave de repuesto y abro la puerta.

Cuando entro, la encuentro saliendo del dormitorio con una caja de pañuelos en la mano y parece abatida.

—¿Cuál es la regla? Solo si eres invitado. —Su voz está fatal, nasal.

—Te llamé y no atendiste. Pensé que podías haberte desmayado.

—Iba a atender, a mi tiempo. —Se tumba en el sofá y se envuelve en una manta de lana.

—¿Por qué no me dijiste que estabas enferma y te fuiste sin avisarme? —pregunto, molesto.

—No quería molestarte y Gustavo me trajo.

—¿Has tomado algún medicamento? Voy a comprarte uno.

—No hace falta. Mi vecino ya me dio una pastilla y se fue al súper; dijo que me traería otro medicamento muy bueno. —

Estornuda acto seguido.

—¿Tu vecino? —me mantengo a distancia.

"¿Qué vecino?"

—Sí, el vecino de al lado. Oyó mis estornudos y vino a ver cómo estaba. Es médico, así que entiende de estas cosas.

—No sabía que en la casa de al lado había una familia viviendo.

"Esa es nueva para mí."

—No, está él solo. Vive solo.

"¿Otro tío?

¿Vive solo?"

—¿Y lo dejaste entrar aquí? ¡Podría ser un pervertido, Linda!

—Es majo y necesitaba ayuda.

—¡No habrías necesitado su ayuda si me la hubieras pedido a mí! —reclamo con las manos en la cintura.

—No hables alto, Rómulo. Me duele la cabeza. —Aprieta los ojos.

Está realmente fatal.

—¿Desde cuándo sientes esto?

—Desde esta mañana, pero empeoró a lo largo del día. —Se encoge bajo la manta.

—¿Y qué medicamento tomaste?

—No lo sé. Está ahí, sobre el fregadero.

Lo compruebo y veo que es una pastilla para la gripe.

Me quito la americana, dejándola colgada en el banco de la cocina, me remango la camisa y busco alguna infusión para

preparar. Abro los armarios —que están abastecidos—, encuentro una caja de té y pongo agua a hervir.

Yo siempre me siento mejor con té.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta.

—Té.

—¿Sabes hacer té?

—Claro. ¿Quién no sabe hacer un té, Linda?

Ella se queda callada.

Mientras el agua no hierve, voy hasta el salón.

—Apaga la luz del salón, por favor. Me duelen los ojos —susurra.

Apago la luz del salón y dejo solo la de la cocina.

—¿Te has tomado la temperatura?

—No, no tengo termómetro. Juliano me va a examinar.

—¿Quién es Juliano? —pongo el dorso de la mano en su frente y constato que está caliente.

—Mi vecino médico.

"Está sobrevalorando mucho a ese tipo."

—Tu mano está fría —susurra, aún con los ojos cerrados.

—¿Sientes frío? —apoyo el dorso de la mano en su cuello.

—Sí.

—Tienes fiebre.

—¿En serio? —su voz tiene el ánimo por los suelos.

Me levanto y vuelvo a la cocina.

—Voy a hacer el té y luego comprar el medicamento para la fiebre.

—No hace falta que cuides de mí, Rómulo.

—Pero lo haré. —Pongo el agua caliente en la taza y un sobre de té.

Mientras espero a que esté listo, suena el timbre; voy a la puerta ya imaginando quién puede ser y, en cuanto la abro, me topo con un hombre de lo más preocupado.

—Hola, ¿cómo está Linda? Le traje el medicamento y también mi maletín para examinarla mejor.

—Ya me estoy ocupando de ella —le tiendo la mano—. Rómulo Guimarães.

Debe saber de los rumores, todo el mundo sabe.

—Es un placer —me saluda sin importarle quién soy—. Soy Juliano, vivo aquí al lado.

—Entra, Juliano —pide Linda y no puedo impedirlo.

"Otro metido a carismático."



CAPÍTULO 44

Linda Fonseca

Nunca me he sentido tan mal físicamente. Solo quiero quedarme quietecita, sin moverme, con los ojos cerrados, a oscuras, en silencio.

—Voy a comprobar su temperatura —avisa mi vecino.

—Yo ya la comprobé, tiene fiebre —dice Rómulo y abro los ojos.

Los dos se acercan al sofá donde estoy y Rómulo parece un vigilante de seguridad, de brazos cruzados, vigilándome.

Enciende la luz.

—¿Cómo te sientes, Linda? —Juliano se sienta en el borde del sofá.

—Pésima. Me pesa la cabeza, me duele, y no para de gotearme la nariz.

—Con permiso —baja la manta, con un termómetro en la mano, y luego lo coloca en mi axila—. ¿Tos?

—No.

—¿Diarrea?

—Tampoco.

Me revisa los ojos y las yemas de los dedos.

—¿Dolor de garganta?

—No.

—Está resfriada —afirma Rómulo—. Salta a la vista.

Segundos después el termómetro pita, Juliano lo saca de debajo de mi brazo y vuelve a taparme.

—La fiebre indica que el cuerpo está combatiendo algún tipo de virus o infección. Puedes estar con alguna virosis. Toma este medicamento para la fiebre… —anota—. El medicamento que te di más temprano también te servirá para los síntomas de resfriado. Por lo demás, hidrátate mucho, aliméntate bien y no dudes en llamarme.

—Yo me quedaré aquí con ella —avisa Rómulo.

"Rómulo no aguanta ver a otro hombre cerca de mí."

—Estupendo. Puedes organizar los horarios para que tome los medicamentos a su hora —Juliano se levanta y le entrega la receta a Rómulo—. Este es mi contacto, pero estoy aquí al lado, así que solo llama.

—Gracias, Juliano —agradezco.

—Siempre a tu disposición. Que te mejores pronto. Me pasa la mano por la cabeza con una pequeña sonrisa en la cara, y Rómulo ya sale delante, con las aletas de la nariz ensanchadas, para abrir la puerta.

Juliano deja los medicamentos encima de la mesa de centro y se va.

Cierro los ojos e intento descansar, envuelta en la manta.

Por suerte, enseguida vuelve Rómulo y apaga la luz del salón.

—Toma el té para mejorar.

—El medicamento de la fiebre —recuerdo.

—También —va a la cocina y regresa con un poco de agua y la taza de té—. Siéntate.

—Así estoy bien.

—Siéntate para tomar el medicamento y el té —ordena.

—Me duele el cuerpo y cuando me levanto me mareo.

—Inténtalo al menos. Eres una paciente nada colaborativa, ¿lo sabías?

—Tu paciente… No me regañes, estoy enferma. —Me muevo y siento el cuerpo entero estremecer.

Suelta un suspiro tan fuerte que lo oigo.

Abro los ojos, lo veo dejando las cosas en la mesa de centro y luego viniendo hacia mí.

—Vamos, siéntate. Parece que te estás muriendo.

—Casi.

Me aparta las piernas del sofá, después me sujeta los brazos y me hace sentarme. El frío y el dolor corporal me agarran con fuerza, más que él. Me recuesto en el sofá y cierro los ojos mientras él se sienta a mi lado, pegadito a mí, y acabo apoyándome en su cuerpo para no caer hacia un lado.

—Mira eso, tocándome —bromea, y hasta para reír me duele —. Toma primero el medicamento. —Me pasa el vaso con las gotas dentro.

"¡En gotas, más difícil aún de tomar!"

Ni escondo la mueca.

Le devuelvo el vaso y me vuelvo a arrebujar, buscando la caja de pañuelos bajo la manta. Está en el suelo, así que intento cogerla, pero no puedo y él la toma por mí.

—Gracias, doctor Rómulo. —Dejo la caja en mi regazo y cojo algunos pañuelos para sonarme la nariz—. No deberías estar cerca de mí. Luego no vengas a culparme por pegarte una virosis.

—Ya he cogido cosas peores de ti. Tus manías. Toma el té. —Me entrega la taza.

—¿Tiene azúcar? —La huelo.

—No.

—No voy a poder tomarlo sin azúcar.

Me quita la taza y se levanta del sofá.

—Así el té no va a servir.

—Solo dos cucharadas. —Meneo los pies—. Tengo los pies helados.

Me lanza una mirada afilada desde la cocina y me muerdo la mejilla para no sonreír.

—Te estás aprovechando de mi buena voluntad, ¿no?

—¿No dijiste que ibas a cuidarme? Ahora vas a tener que cuidarme de verdad, o vete.

—¿Irme para que llames a ese vecino tuyo?

—¿Estás celoso? —bromeo, pero, en el fondo, me preocupa que sea verdad por la forma en que se comporta. Rómulo es posesivo.

—Lo estoy. —Vuelve con la taza en la mano y su chulería me hace creer en su respuesta—. Dos cucharadas de azúcar, madame.

Cojo la taza de su mano con una leve sonrisa.

—Gracias.

—¿Los calcetines?

—En el armario.

"Todo servicial."

Va a mi cuarto y yo me tomo el té muy despacio.

"Pues no está mal."

—¿Cómo compraste tanta ropa con ocho mil reales?

—¡Olvida esa historia, Rómulo! —me quejo con la voz mejor, después del calor del té—. La mitad de esa ropa la traje de casa.

—Esas deben descartarse.

—Los calcetines están en el cajón, no en esa parte. Y es en el segundo cajón, ni se te ocurra abrir el primero.

Rómulo es muy entrometido y aún habla de mis compras.

"La próxima vez que me dé esa tarjeta, gastaré el doble."

Vuelve con un par de calcetines.

—Toma, mimosa.

Levanto la manta y dejo mis pies al aire, levantados.

—No llego, me duele el cuerpo. —No miento, pero me entran ganas de reír.

—Aprovechadora —dispara, agachándose para ponerme los calcetines.

"¿Él solo quiere las partes fáciles, como echar a mi vecino de aquí?"

—Eres un chico muy servicial.

—Ajá. Cenicienta.

Se me calientan los pies.

—Gracias, Rómulo. No hacía falta que te quedaras aquí cuidándome. De verdad.

Él se rige por agenda y esto no estaba en sus planes.

—No repitas eso otra vez.

Se levanta y va a la cocina con las mangas de la camisa azul remangadas. Suspiro, reprimiendo las tonterías que quieren cruzarme la cabeza, y pienso lo contrario.

"¿Y el rencor que llevabas por él, Linda? ¿Cuándo desapareció?"

—¿Sérgio? —habla por teléfono—. Sepárame ropa de dormir y mándala con el conductor. Voy a dormir en el apartamento de Linda. Está enferma…

—¿¡Qué!? ¡No me puedo creer que vayas a seguir con esa conversación! —protesto—. ¿Quién dijo que estaba de acuerdo con eso, Rómulo?

—Y una cena para los dos también. Haz algo nutritivo. —Sigue al teléfono.

"Bueno, ahí la cosa cambia.

Estoy enferma y él no sabe cocinar."

—Pero vas a dormir en el sofá —ya te aviso.



CAPÍTULO 45

Rómulo Guimarães

Obvio que no voy a dejarla al cuidado de ese tipo.

Cuando llega mi ropa, me doy una ducha e insisto en que Linda haga lo mismo.

O se está muriendo o finge, porque dice que no consigue hacer nada.

Ha dormido un poco y ahora se despierta con el pelo mojado, toda sudada.

—Una ducha fría —sugiero.

—¡Pero entonces pasaré más frío!

—No, no vas a pasar. ¡Eres muy mimada, Linda! —analizo a la mujer frente a mí, con las manos en la cintura.

Está tumbada en el sofá como si fuera su lecho de muerte.

—Es que la enfermedad me ha tomado. No sirvo para nada, Rómulo.

—Mimada y dramática. El medicamento ya ha hecho efecto. Levántate y ve a ducharte, ¡o te llevo al baño! —amenazo, y es suficiente para asustarla.

—¡Por Dios, no hace falta tanto!

—¿Quieres que te bañe yo o que llame a tu vecino? —pregunto con sorna.

Ella se incorpora en el sofá, rapidísimo.

—Ni una cosa ni la otra. —Se calza unas chanclas y se lleva la manta a su cuarto.

"Eso es. Tengo que usar estas armas para convencerla de las cosas."

La vigilo hasta que entra en el baño, luego pongo la cena en la mesa y espero.

Aparece a los quince minutos, en pijama y con una toalla enrollada en el pelo.

—Necesito secarme el pelo después. —Se sienta en una silla.

—Mira, ¡hasta pareces una persona!

—Gracias por el cumplido, *cariño*. —No tarda en empezar a ponerse comida en el plato.

Me siento en otra silla y también sirvo mi cena.

Quiero ver si, aun estando enferma, tiene todo ese hambre.

—Deja de mirarme. Eso me da vergüenza.

—Estás delante de mí.

—También lo haces cuando estoy a tu lado. ¡Todo el tiempo!

Sí, confieso que últimamente he hecho cosas que no van conmigo.

Me sorprendo pensando en aquella historia, recordando aquella noche, y a veces me quedo en eso cuando la veo cerca de mí.

"¡Veintidós años y nunca ha besado!"

Bueno, al menos llegará a los veintitrés con una historia diferente.

Nunca había pensado tanto en mi vida y ahora ella se ha apoderado de mis pensamientos. Esto no debería estar pasando, pero no lo puedo controlar.

Intenté alejarme durante la semana, pero no funcionó…

La cena está estupenda como siempre, solo que no tan caliente como cuando llegó, y ella come como siempre, con el plato a rebosar.

—Esta comida está deliciosa.

—Sí —concuerdo.

"Es de las pocas cosas que le ofrezco que le gustan, y no la hice yo, así que no es mérito totalmente mío."

—¿Sabes que no es mala idea mandarme la cena todos los días? —Levanta la mirada con una sonrisita.

"Qué pecado…

Está entrando en mi mente otra vez.

Esa mirada, esa sonrisa y la boca que solo yo besé...

¡Esto no está bien!"

No debería estar tan cerca de ella, porque así es más difícil no ceder a mis deseos. Lo peor es que está más presente en mi vida cada día que pasa. Yo la hago presente en mi vida.

Ahora se pone cortada.

—Otra vez, Rómulo...

—Tenía la cabeza en otra parte, pensando en asuntos de la empresa —miento.

Odio mentir, pero miento.

—¿Y mi idea? ¿No es estupenda? Llego tan cansada de la oficina…

—¿Ya te dije que eres una aprovechada?

—Ya. Y ya te dije que no lo soy.

—Te dije que cenaras en mi casa, pero no quisiste.

—No te pido ir allí, quiero que la cena venga aquí.

—Eso sería demasiada comodidad. ¡Ni siquiera colaboras conmigo!

—¿Cómo que no?! Fui a aquella fiesta contigo, fui a la cena de tu madre... Ni tengo obligación de hacer nada de eso, pero lo hice.

—¿Ya hablaste con aquella chica sobre lo que dijo en internet?

—No. Prefiero mantener distancia de ella y de esa historia también. —Sigue comiendo, ahora más seria.

—Entonces, ¿no te importa lo que están diciendo?

Niega con la cabeza.

—¿Qué diferencia hace? Ella no mintió. —Por fin lo admite con todas las letras.

—La gente está sugiriendo que fui…

—¿Vamos a parar con ese tema?

—Vale. Pero la gente sigue hablando y, como me incluyó, quería saber.

—No me importan esas personas. ¿Podemos no hablar de eso?

—Sí, claro. —Vuelvo a comer—. ¡Es que no me entra en la cabeza!

—¿Qué no te entra en la cabeza, Rómulo?! —pierde la paciencia—. No todo el mundo tiene una adolescencia de fiestas, borracheras y sexo. Yo no soy así.

—¿Eres de la iglesia? —Es la única respuesta que encuentro para eso.

—Voy, pero no es por eso.

La observo intentando descifrarla.

—¿Siempre eres así, enfadada?

—El problema no soy yo, Rómulo. Es que solo me topo con tíos asquerosos. Nunca miré a alguien y pensé que podría ser mi novio, ¿entiendes?

—¿Piensas que soy asqueroso?

—¡No! ¿Por qué no hablas de ti? —propone, curiosa—. ¿No eres el mandamás? ¿Por qué no tienes a nadie?

—Porque no quiero.

—¿No quieres? ¿Y las necesidades masculinas?

—Me las arreglo.

—Ah, ya. Las mismas respuestas para mí.

—¿Que te las arreglas, eh? —alzo la ceja, sorprendido.

"No intentes imaginar eso, Rómulo."

—No... Que no tengo a nadie porque no quiero.

"Pero debe apañárselas también."

—Es… Parece hasta una broma que la gente piense que estamos saliendo —analizo.

Mi madre tiene razón en algunas cosas. No en que yo quiera algo real con ella, ni en la maldita acción del destino, sino en el hecho de que estamos solos y aun así juntos.

Terminamos de cenar y dejo todos los platos en el fregadero.

"¿Lavar?

No parece una buena actividad."

—¿Va a lavar los platos, señor Rómulo? —pregunta antes de irse al cuarto.

—Voy. —Me remango.

"¡Debo de estar enfermo!"



CAPÍTULO 46

Linda Fonseca

Tengo miedo cada vez que Rómulo toca el asunto del beso, porque me desarma por completo; es algo que no domino y toda mi chulería se va.

La verdad es que me da vergüenza no tener experiencia en esas cosas y no era un problema hasta ahora.

Después de secarme el pelo, me preparo para dormir y me voy a la cama mientras Rómulo va de un lado a otro por la casa. Creo que aquí no hay la comodidad que ofrece su casa, por eso es posible que se vaya antes de que yo me despierte.

Arropada con el edredón, cierro los ojos.

Aún me siento enferma, pero estoy mejor que antes.

El sueño llega y enseguida me duermo.

Despierto temblando, aprieto fuerte el edredón, pero no me quita el frío, así que me encojo en la cama y nada.

Otro edredón cae sobre mí y ese me abriga bien de pies a cabeza. Abro los ojos, con la sospecha de quién podría haber hecho eso, y lo encuentro trasteando en el armario.

—¿Qué estás haciendo, Rómulo? —susurro.

—Buscando otra manta, ya que te di la mía.

"Por eso está caliente..."

Por impulso huelo el edredón y tiene su perfume. Huele bien.

—¿Dónde estabas durmiendo?

—¡En la cama, claro!

"¿Conmigo?"

Mi corazón se dispara de un modo que casi espanta el sueño.

—Te dije que ibas a dormir en el sofá.

"Es tan terco…"

—Este apartamento es mío, así que duermo donde quiero, y esta cama es lo bastante grande para los dos. —Cierra el armario y vuelve a la cama con un edredón.

"¿Está sin camiseta?

¡Coño!

¡Qué cuerpo atlético!"

Me doy la vuelta hacia el otro lado e intento fingir que esto no está pasando. Por suerte hay distancia entre nosotros, porque la cama es muy grande.

Después de eso tardo en volver a dormirme. Nunca he compartido la cama con nadie, y menos con un hombre.

"Sueño, ¿dónde estás, eh?

Linda, no puedes disfrutar de esto.

No eres una guarra.

¿No fuiste tú la que dijiste que andabas dolida con él?

Tu corazón no es de piedra, pero no puede gustarte él."

Rómulo Guimarães

"¡Sal de mi cabeza, sal de mi cabeza!

Es solo interés sexual, como te interesas por cualquier otra. Y, convenimos, ella es solo una pobre chica, no tiene nada de lo que te gusta en una mujer.

¡Encima sigue siendo virgen!

La chica no sabe llevar la vida que tú llevas y la gente se está burlando de eso.

No puedes querer quedarte con ella solo porque descubriste que es completamente virgen y que fuiste el primero en besarle la boca.

No es como si fuera tuya por eso.

Sí, la quisiste antes de saberlo.

¿Pero qué importa?

No estaría bien usar a una chica así, una pobrecita, para matar tus ganas y luego ya sabes...

Luego no vas a querer nada más con ella.

En algún momento, se irá de tu vida.

¡Ni siquiera le gustas!

¿Qué quieres? ¿Que le gustes?

Por favor, Rómulo."

Gime como si estuviera en una pesadilla o sintiendo dolor. Abro los ojos y me giro hacia ella, que está de cara a mí, dormida.

Aunque el cuarto está oscuro, la poca luz de la calle que entra por los laterales de la cortina me permite ver su rostro.

No parece estar en un buen sueño y respira por la boca. Debe de tener la nariz congestionada.

Nunca pensé que estaría cuidando de alguien, y menos de ella, pero siento que es lo que debería estar haciendo, ya que no imagino a ninguna otra persona a su lado, cuidándola.

"Dios mío, ¿por qué estoy pensando en estas cosas?

¡Y con ella!"

Se encoge. Parece que los edredones no están ayudando con el frío.

Le pongo la mano en la frente y no está tan caliente; aun así, parece tener mucho frío, así que me acerco a ella y pongo mi edredón encima de los otros. Ella se mueve y se acerca más a mí, pegándose a mi cuerpo.

Respiro hondo y cierro los ojos.

Lo hizo inconscientemente y mañana, cuando se despierte, me va a matar.

Debería apartarme, pero no puedo, quiero estar cerca de ella.

Dejo mi cabeza por encima de la suya e intento dormir.

No sabía que esto era tan bueno, a pesar de haber dormido con otras mujeres.

Y el olor de su pelo es tan rico. Inhalo su olor hasta dormirme.



CAPÍTULO 47

Linda Fonseca

Me despierto sintiéndome fatal, para variar.

Cuando abro los ojos, veo a Rómulo trasteando en mi armario otra vez.

—¿Qué tanto toqueteas ahí, eh, Rómulo?

Él me mira.

—Solo estoy buscando una cosa.

—Pues para, es mi armario. —Cierro los ojos.

Aún estoy somnolienta, así que voy a dormir un poco más.

"No, doña Gertrudes. Le juro que le dije a Rómulo que no tenía nada con su hijo. No imaginé que lo mandaría a Alaska."

Suena el timbre, pero no me levanto.

—Buenos días —dice alguien.

—Buenos días —responde Rómulo.

—Vine a saber cómo está Linda.

—Está bien.

—¿Puedo verla?

—Mejor no, aún está durmiendo.

Tomo conciencia de la conversación.

Rómulo durmió aquí mismo y está siendo grosero como de costumbre.

Desanimada, me levanto de la cama y voy al baño. Cuando salgo, mi aspecto está mejor, pero yo no me siento así.

Encuentro a Rómulo en el cuarto, con una taza en la mano. Me mira y suelta un largo suspiro.

—Tu vecino te estaba buscando.

—Y lo echaste, ¿fue?

—No. Le dije que estabas durmiendo. Estabas durmiendo cuando salí de aquí.

Miro la cama y hay, como mínimo, tres edredones. Sí que durmió en la cama conmigo.

Admito que pensé que había sido un delirio.

"¡Qué vergüenza!

Dormí con una persona con la que ni siquiera tengo intimidad."

—Creo que ya te puedes ir. —Decido hacer la cama, aunque el dolor de cabeza me molesta.

—Entonces prepara tus cosas. —Deja la taza en la mesilla de noche.

—¿Por qué?

—Porque tú también te vas. —Sale del cuarto.

—¿Cómo? Yo no me voy. ¿Quién decidió eso? —Suelto el edredón y voy tras él.

—Yo lo decidí. No voy a dejarte aquí sola.

—Sé apañármelas sola y, si me siento muy mal, hay un médico al lado.

—Pero de ninguna manera voy a dejarte aquí con ese tipo.

—¡Rómulo, deja esa tontería!

—Sus intenciones no parecen las mismas que las tuyas y en mi casa estarás bien cuidada.

—¿Para encerrarme en la habitación?

—Eso no va a volver a pasar. Solo si vuelves a amenazar a los empleados. —Coge un vaso de agua—. Tómate la medicina y separa la ropa para llevar.

—Ya estoy bien instalada aquí. —Cojo el vaso y la medicina.

Me da miedo quedarme en su casa y pasar el día entero con él, corriendo el riesgo de que pase algo más entre nosotros.

—No voy a pasar el día aquí.

Me tomo la medicina.

—Entonces puedes irte.

—No me voy sin ti. Vamos, arréglate o lo haré yo.

—¿Era por eso que estabas trasteando en mi armario?

—Sí.

—Espero que no hayas metido mano en mi cajón prohibido. —Le devuelvo el vaso y vuelvo al cuarto.

—No tengo ni un poco de curiosidad por ver tu lencería —dice a lo lejos.

—Ajá.

Vuelvo al cuarto y cojo algunos vestidos de punto, algunas bragas, los meto en una bolsa grande y guardo mi neceser ahí también, pero esa simple tarea me deja cansada, así que me siento

en la cama; enseguida me tumbo y me enredo en el edredón, y él aparece en la puerta del cuarto.

—Te tumbas cuando lleguemos allí.

—No voy a dormir en el cuarto del pánico ni en tu cuarto, ¿verdad?

—Claro que no. Mandé preparar un cuarto para ti. ¿Crees que estoy feliz por haber compartido la cama con alguien con virosis?

—Fue por tu libre y espontánea voluntad.

—Levántate —ordena.

—¡No hables como si fuera tu perrita!

—Si no te levantas, te echo al hombro y te llevo.

—El hombre de las cavernas. —Me levanto para que eso no pase—. Sal, voy a cambiarme de ropa.

Sale, nada animado, y cierro la puerta del cuarto.

"Dios mío, ¡dormí con alguien!

¿Se habrá quedado mirándome dormir?"

Recuerdo que me dormí de un lado, pero me desperté del otro, y él se despertó antes que yo, así que debe de haberme visto dormir.

"¡Qué vergüenza!

¿Seré fea al dormir?

No es que me importe eso.

¿Pero lo seré?"

Me pongo otra ropa y salgo del cuarto con mi pequeña maleta y el pelo suelto.

—¿Solo eso? —Mira la bolsa en mi mano.

—Solo voy a pasar el día allí. —Me encojo de hombros.

—Te vas a quedar allí hasta que te cures.

—O sea, una vez más, presa en tu casa.

—La otra vez también estaba cuidando de ti, desagradecida. —Coge la bolsa de mi mano y se adelanta, juntando la otra bolsa con sus cosas.

Yo me voy a curar lo más rápido posible.

Rómulo Guimarães

En cuanto llegamos a mi casa, Sérgio me quita las bolsas de las manos.

—Llévala al cuarto de ella.

—Sí, señor. El cuarto ya está listo.

—Perfecto, pero primero vamos a desayunar. —Voy al comedor.

—¿Puedo ir al cuarto, Rómulo? —pregunta Linda, tímida.

—¿No vas a desayunar?

—Es que mi cuerpo pide cama.

Esa cara tuya de pobrecita es inédita para mí.

—Es más fácil comer y luego subir. Vamos. —La atraigo por la cintura y me suelta un manotazo en el brazo.

—Me sé el camino. —Se adelanta.

"¡Argh!

¡Qué complicada es!"

Se sienta en una silla y pone un pellizco de comida en el plato.

—¿Qué tienes que estás comiendo tan poco? —Me sirvo un poco de macedonia de frutas.

—No tengo hambre.

"Ojalá no me contagie con esa virosis."

Me suena el móvil en el bolsillo y, cuando lo saco, veo que es mi madre llamando.

—¿Diga? —digo en cuanto descuelgo.

—¡Hola, hijo! ¿Todo bien?

—Estoy bien. ¿Y tú?

—También bien. ¿Y la cena con tu padre? Él está preguntando. ¿Puede ser hoy?

"No me creo que haya seguido adelante con esa historia."

—No. No puede ser.

—¿Por qué no? No me digas que sigues alimentando ese enfado con tu padre. Pensé que en el último encuentro…

—El último no mejoró nada. No vamos, Linda está enferma y la estoy cuidando, así que no vamos.

"¡Qué gran excusa!"

—¿Está enferma? ¿De qué? ¿Estás cuidándola? ¡Sí que están cercanos!

"Listo, ahora sí que se hace ilusiones."

—Le dio una virosis. No vamos a salir ni hoy ni mañana. Marca para una fecha en la que mi padre no esté.

Linda me reprueba con un gesto de cabeza.

—¿Y se está quedando ahí contigo? ¿La estás cuidando de verdad? ¡Qué bien!

—Sí. No iba a dejar a la chica sola, ¿no? No soy el monstruo del que vais hablando por ahí.

Linda se ríe.

—Pásamela. Quiero hablar con ella.

Le paso el teléfono a Linda.

—Mi madre quiere hablar contigo.

Linda abre mucho los ojos y coge el aparato.

—¿Sí?... Sí. Por desgracia… Fue ayer… Estoy. Estoy mejor… Sí. Mi vecino es médico. Pasó por casa, me examinó y recetó unas medicinas. Las estoy tomando y me siento mejor… Ah, sí, me acuerdo… Pues eso. Marque para otro día… Sí. Es verdad… Coja mi número con él y hablamos… Pues sí… —Se ríe—. Vale, hablamos. Hasta luego. —Me devuelve el móvil.

"¿Qué está tramando con mi madre?"

—Mamá. ¿Algo más?

—No. Sigue cuidando de Linda.

—Vale. ¿Y Rodrigo?

—Está aquí contándome la boda de su amigo.

—Ah, vale. Hasta luego.

—Hasta luego, besos.

Guardo el móvil y vuelvo a comer mi desayuno.

—Ni siquiera consideraste mis consejos, ¿verdad? —pregunta Linda enseguida, con la mano del tenedor cerca de la boca.

—No he pensado en eso en los últimos días.

—Deberías. Todo ese asunto es muy feo.

—En mi cabeza no hay sitio para nada más. Y ni se te ocurra marcar una cena con mi madre. Conoce tus límites en tu posición.

—¿Qué posición?

—Ni yo lo sé, pero no engañes a mi madre.

—No necesito hacerlo, ella ya lo hace sola. —Se ríe.

—¿Y te hace gracia? No sabía que te gustaban esas ideas.

—Y no me gustan. Solo veo desventajas.

—Claro. ¡Nunca has vivido nada de eso!

Su rostro se sonroja enseguida y se coloca unos mechones de pelo detrás de la oreja, evitando mirarme.

Me sorprendo pensando en lo que ella piensa sobre el beso.

¿Habrá cambiado algo con respecto a mí?

Estas peleas deben de ser para alejarme...

Intentos fallidos, debo decir, porque si es eso, voy a hacer exactamente lo contrario.



CAPÍTULO 48

Linda Fonseca

Creo que debe pensar que soy una doncella encallada. Apuesto a que estará pensando que, si no fuera por él, me pasaría la vida entera sin besar a nadie.

Peor es que no está equivocado. Ni siquiera sé cómo actuar cuando sé que alguien está interesado en mí.

Un día, un chico…

Mejor ni acordarme, pero cuando supe que le gustaba, ya no pude mirarle a la cara.

Rómulo da muchas señales… me miró fijamente toda la semana con cara de póker, cuidó de mí, incluso durmió en mi cama y me dio una manta…

Y hoy, me trajo a su casa.

Sé que puedo estar haciéndome muchas ilusiones, pero parece que Rómulo sí tiene algún interés en mí.

Termino de desayunar y me levanto para ir al cuarto.

Él viene detrás de mí.

Aún me siento mal, pero no tan mal.

—Voy a enseñarte el cuarto. —Pasa delante.

Cuando llegamos al cuarto, veo que es tan bonito como el que tengo en el apartamento.

—¿Este es el cuarto de huéspedes o la suite principal? —bromeo.

—El de huéspedes. Pero si quieres ir a mi cuarto…

Le miro, chocada con sus palabras.

—Rómulo…

—No estoy bromeando —dice mirándome la boca.

—Peor todavía. —Busco la manilla lo más rápido posible y abro la puerta—. Con permiso, voy a descansar.

—Tienes Netflix en la tele. —Se aparta—. Y no cierres con llave, tienes que tomar los medicamentos a la hora justa.

—Está bien. —Cierro la puerta y me apoyo en ella.

"¿Habló en serio sobre ir a su cuarto?

¡Ay, Dios mío!

Mis paranoias no pueden ser reales…

¡No puede ser!

Debe de ser mofa sobre mofa."

Me tumbo en la cama y enciendo la tele.

Pasar el sábado en casa de Rómulo no fue tan malo, ya que me quedé todo el día viendo series y tomé los medicamentos a la hora justa.

¡Todo pasó tan rápido!

Además, comí cosas ricas que me ofrecieron. Las empleadas de Rómulo son muy amables conmigo, salvo por la parte en que quieren llamarme "señora".

Yo no soy la señora de nadie.

Rómulo, en cambio, se quedó en su despacho o haciendo cualquier cosa y no lo vi fuera de las horas de las comidas.

Me dormí pronto y el domingo me desperté sintiéndome casi curada. ¡También, después de tantas medicinas!

Me levanto temprano, me doy una buena ducha, luego voy a desayunar y me encuentro a Rómulo en el salón, leyendo el periódico, con el rostro escondido detrás del papel amarillento.

Lleva un chándal y el pelo está mojado.

—Buenos días para ti también —dice, dándome un susto.

—¿Cómo detectaste mi presencia? —pregunto, asustada, y él baja el periódico.

—Por los pasos.

"¿Ya reconoce mis pasos?

Ahora me da miedo."

—Cada día que pasa te vuelves más raro. —Voy al comedor haciéndole una mueca, y una de las empleadas se ríe mientras coloca una bandeja en la mesa.

Antes de sentarme en una silla para desayunar, suena mi teléfono y contesto.

Es mi vecino, Juliano.

—Hola, Juliano. ¡Buenos días!

—Hola, Linda. Buenos días. ¿Cómo estás?

—Mucho mejor. Tomé aquellas medicinas como es debido. Ya no siento nada además del resfriado. Pero esos síntomas tampoco

son fuertes.

—Eso es muy bueno. He notado un silencio en tu casa. ¿Sigues en casa de tu novio?

"¿¡Él también!?"

Él piensa que Rómulo es mi novio.

—Estoy en casa de Rómulo, pero vuelvo en breve.

Rómulo aparece en el comedor y se apoya en la mesa, con los brazos cruzados, analizándome con la mandíbula apretada y bien marcada.

—Pregunto porque puedo volverte a examinar para ver si está todo bien de verdad.

—Cuando esté ahí te aviso.

—Hecho. Que tengas un domingo estupendo.

—Para ti también. —Esbozo una ligera sonrisa y cuelga.

Me siento en una de las sillas y Rómulo sigue mirándome, en pose de tipo duro.

—¿Qué fue, Rómulo? —pregunto de una vez.

—¿Estás quedando para encontrarte con ese tipo? —Su tono deja claro que la idea no le gusta ni un poco.

—No. Solo estaba hablando con mi vecino. Llamó para preguntar si ya estaba mejor y dijo que, cuando vuelva al apartamento, me va a examinar.

Él niega con la cabeza.

—Dije que solo te irás cuando estés curada; así no necesitarás el examen de nadie.

—Ya pasé el sábado aquí. No quiero abusar de tus empleadas.

—No estás abusando de nada. Aquí tienes a todo el mundo a tu disposición, con todo lo que necesitas para simplemente reposar.

¿Por qué quieres volver allí, donde tendrás que apañártelas sola?

De hecho, aquí estoy muy bien, pero soy sincera cuando digo que no quiero abusar.

—No estoy acostumbrada a vivir con tantos privilegios.

—Todo el mundo se los merece cuando está enfermo. No tiene nada de malo. Quédate. —Su petición suena un poco desesperada y se sienta en una silla—. ¿O quieres ir para ver a ese tipo?

—¡No! —niego, asustada por esa sugerencia.

"¿Estará pareciendo eso?"

—Es lo que parece.

"¡Mierda!"

—¡No! No es eso. Me voy a quedar aquí hasta mejorar.

"No estoy por nadie."



CAPÍTULO 49

Rómulo Guimarães

Linda está tomando el sol en el jardín, mirando las flores; yo, en la ventana del despacho, la observo de reojo.

"Mierda, ¿cómo puede ser tan atractiva?"

No debería tenerla tan cerca. Es casi inevitable no querer tocarla.

Está siendo un gran entretenimiento verla admirar las flores, pero de cerca debe de ser mejor; por eso, decido ir al jardín.

Me acerco, observando que está mirando flor por flor.

—No me digas que te gustan las flores.

Guardo las manos en los bolsillos del pantalón.

—Me gustan.

Toca una rosa.

—¿Aquellas flores que había en la lápida, las plantaste tú?

—¿Las marchitas? —se ríe—. Eran del patio de mi vecina, pero un animal entró y lo desordenó todo; por eso, aquel día no llevé flores nuevas.

—Puedes pedir un ramo al jardinero cuando vuelvas a visitarla.

Ella me mira, sorprendida.

—Vale.

"De cerca, es más tentadora.

Esos labios rosados...

Lo peor de todo es que se da cuenta cuando me pierdo en ellos."

—Oye, ¿cuánto cuesta ese apartamento tuyo?

"¿Qué?"

—No sé. Creo que unos doscientos mil. ¿Por qué? —sonrío con mi sospecha.

—El dinero me está cundiendo y, ahora que pagué mis cuentas, quiero tener un sitio donde vivir.

—Ya lo tienes.

—No. El apartamento es tuyo, Rómulo.

—No voy a venderte mi apartamento.

—Vale, entonces encontraré otro.

Vuelve a mirar las plantas.

—No hace falta que encuentres otro, puedes quedarte en mi apartamento.

—¿Para que entres en él cuando te dé la gana y hagas lo que quieras solo porque la casa es tuya?

—No fue tan malo compartir la cama conmigo, ¿o sí?

Ella calla un rato.

—No sé, estaba durmiendo. ¿Tú no? —me mira.

Asiento con la cabeza.

—Sabes, creo que hemos avanzado.

—¿Dónde? —sigue mirándome, dudando.

—Entre nosotros. Quiero decir, ¿quién consigue pegar ojo al lado de alguien en quien no confía? —cojo una de las flores y la pongo detrás de su oreja.

Roja como el rubor de sus mejillas.

Linda Fonseca

Me paralizo.

No puedo moverme y, si lo hago, quizá pierda el equilibrio.

Él sabe jugar bajo.

"¡Dios mío!

¿Qué está intentando hacer conmigo?"

Después de colocar la flor en mi oreja derecha, me mira con las manos en los bolsillos del pantalón y ni siquiera consigo decir algo o aparentar indiferencia.

Se acerca lentamente y estoy segura de su próximo paso. Mi corazón late fuerte y por unos segundos ni recuerdo cómo se respira.

Lo peor es que yo quiero.

—Señor, hay paparazzi al otro lado del muro —dice un guardia, haciéndome dar un salto hacia atrás.

—Vamos a entrar y, si se acercan, haced que se vayan —avisa él.

El guardia se aleja.

—Vamos, Linda.

Rómulo me toca la espalda baja.

Todo mi cuerpo se pone en alerta con su toque y me apresuro a entrar en la casa. Ni espero más conversación, subo al cuarto y, detrás de la puerta cerrada, creo que estoy protegida.

¿De los paparazzi?

No, de Rómulo.

Me quito la flor de la oreja y la miro, apoyada en la puerta.

Él puede ser muy persuasivo e hipnotizante.

Él puede ser irresistible.

Me quedé como una tonta delante de él por cosas tan nimias...

Cuando el asunto llega al noviazgo y ese tipo de intimidad, retrocedo de los veintidós a los catorce.

Tengo derecho a ser ingenua o parecer tonta por poca cosa, porque lo que las chicas de catorce ya vivieron, lo estoy viviendo a los veintidós y, independientemente de la edad, creo que la sensación de descubrimiento debe de ser la misma.

Solo quisiera saber fingir que no soy tan tonta.

"¡Deja de ser así, Linda!

No es como si te gustaran las cosas que él hace."

Me siento en la cama, me enrosco en la manta y pongo una serie en la tele. Pocos segundos después de empezar, ya hay una pareja besándose, por eso cierro los ojos con fuerza.

"No quiero pensar en él...

No voy a pensar en él."

Abro los ojos y la pareja está en una escena aún más avanzada. El chico le está quitando la ropa a la chica y ella suelta suspiros.

"¡Dijo que le gustó dormir conmigo!

¡Me puso una flor en la oreja!"

¿Será que...

Parece que sí.

¡Siempre está mirando mi boca!

No tengo ningún problema en la boca.

"Quiere volverme loca."

Ha hecho de todo para que estemos cerca el uno del otro y eso todo el mundo ya debe de haberlo notado. ¡Hasta mi vecino nos ve como novios!

Ahora que sabe que fue el primero en besarme, debe de estar haciendo esto para vacilarme. A estas alturas debe de estar riéndose de mí, riéndose en mi cara después de sus actitudes.

Rómulo está haciendo todo lo que un hombre podría hacer con una mujer para luego reírse de mí y no dudo que, cuando todo esto acabe, me lo restregará en la cara: que solo tuve las experiencias gracias a él, que le di pena y decidió hacerlo, o que estaba aburrido y decidió jugar conmigo.

Salto de la cama.

¡Ahora me va a oír!



CAPÍTULO 50

Rómulo Guimarães

Me quito la ropa para darme una ducha y aliviar las ganas que tengo, pero el teléfono suena en el despacho y voy hasta allí para atender.

—Buenos días, Rómulo. Perdón por llamar en domingo. —Es Kettelyn en la línea.

—Algo importante, supongo. —Me siento.

—Sí. Abrieron las inscripciones para la premiación de los empresarios del estado, ¿quieres participar?

—Sí. Quiero.

—De acuerdo. Solo quedan veinticuatro horas para la inscripción, así que lo haré ahora.

—Perfecto. ¿Era solo eso?

—Sí. Que tengas un domingo estupendo.

—Para ti también. —Devuelvo el teléfono al gancho.

La puerta de mi despacho se abre sin aviso y Linda entra furiosa.

—¡Solo he venido a avisar una cosa! ¡Sé lo que estás haciendo conmigo! ¡Sé que solo estás haciendo eso para reírte en mi cara! ¡No te atrevas a repetirlo, porque no soy una payasa!

—No sé de qué estás hablando. —Me levanto del sillón, contrariado.

Ella abre mucho los ojos, luego se los cubre y se gira hacia otro lado; al fin y al cabo, estoy solo en calzoncillos.

—¿Por qué vas por ahí con esa pinta?

—Porque es mi casa, mi despacho y voy como me da la gana.

Pero reconozco que haberme levantado vestido así no fue una buena idea, porque es pasarse con la virgen brava.

Suerte que la llamada de Kettelyn me hizo olvidar lo que iba a hacer en el baño.

—¡Pero hay más gente en la casa! ¡Como yo!

—Tú ya eres de la casa y, para los de fuera, hasta eres mi novia. —Bromeo.

—¡No lo soy!

Paso por la puerta que comunica mi dormitorio con el despacho y cojo un albornoz.

—Mira, iba a ducharme y tuve que atender una llamada. ¿Qué historia es esa por la que vienes reclamando? Por cierto, nadie entra en mi despacho sin llamar y avisar.

—Puedo entrar en cualquier rincón que me dé la gana, ya que dices que soy de la casa. —Sigue de espaldas—. Y la gente de fuera me apoyaría.

Me pongo el albornoz riéndome.

—¿Ah, sí? Entonces quieres aprovechar la opinión pública. Si hubieras tardado un poco más, entrarías en mi baño y me pillarías desnudo.

—¡Yo no! ¡Quedas reprendido!

Y suelta eso todavía para hacerme reír más.

—Ya me he puesto un albornoz. Puedes darte la vuelta y hacer tus reclamaciones, pero sé más directa, porque no entendí el motivo para pelear conmigo.

Ella se gira, toda llena de chulería.

—Estoy aquí para decir que te pasas el día besándome, poniéndome una flor en el pelo, empeñado en compartir la cama conmigo y mirándome fijamente hasta dejarme toda cortada para después reírte de mí.

"¿Es por esto?"

—¿De dónde has sacado eso? ¿Es efecto secundario de los medicamentos?

—¿Lo vas a negar?

—¿Quién se rió de quién, Linda? Yo no hice eso para divertirme, no. Yo estaba con el pensamiento lejos las veces que te miré fijo.

—Curioso que siempre piensas lejos mirando a mi boca.

"Ahora me ha pillado."

—No tengo culpa de que tu boca llame tanto la atención de mis ojos.

Su garganta se mueve cuando traga.

—No voy a caer en esa, Rómulo. No vas a usarme.

"Solo fui sincero."

—Piensa lo que quieras, pero confía en tus ojos.

Ella no me mira a los ojos.

—Ya dije lo que quería, así que, con permiso. Puedes ir a darte tu ducha.

—No pides permiso para entrar, pero al menos lo pides para salir, ¿no? Vamos a mejorar eso. La mujer maleducada no va conmigo. —Aviso yendo hacia mi cuarto y me echo a reír.

La verdad es que ya me ha vuelto loco otra vez.

Linda Fonseca

¡Él suelta las cosas descaradamente!

¡Rómulo es un SINVERGÜENZA!

Paso el domingo en el cuarto y, cuando llega la noche, empiezo a pensar en el trabajo. Necesito ponerme bien pronto, porque tengo que trabajar. No puedo abusar de la buena voluntad de Gustavo.

Después de una ducha, me pongo un vestidito que deja a la vista el collar y el colgante que me regaló, y el pelo suelto; enseguida salgo del cuarto con la intención de decirle a Rómulo que mejor me lleve de vuelta por el tema del trabajo.

No voy a decir que no me esté gustando estar en su casa, pero tengo que irme. Es mejor así.

Llamo a la puerta de su despacho y espero. Después de un rato, la puerta se abre y lo veo con la camiseta negra apretada en los bíceps, pantalón de chándal negro y está frotándose la toalla en el pelo.

—¡Mira eso! ¡Ha llamado a la puerta! —dice, sorprendido, y alza una sonrisita burlona.

"Se está divirtiendo a mi costa."

—¿Te dio miedo pillarme desnudo?

—Prefiero preservarme.

Él abre espacio y entro en el despacho.

—¿A qué debo el placer de tu visita?

—¿Qué visita? Vivo en el cuarto de al lado. —Voy directa a un sillón que parece bien cómodo y me siento en él.

Realmente, es muy cómodo.

Él cierra la puerta y se acerca.

"¿Así se sienten los empresarios?

Emocionante."

Hasta tengo el pecho inflado.

—¿Vives? ¿Entonces quiere decir que te vas a quedar por aquí? —Se apoya en la mesa con la mano izquierda.

—Muy al contrario. —Me balanceo en el sillón.

"Además de cómodo, es divertido.

¡Me gusta!"

—Pensé que no ibas a salir nunca de ese cuarto, ya me estaba preocupando. Pensé en forzar la cerradura.

—¿En serio, Rómulo? —Finjo creerme su charla y su mirada baja a mi escote, así que lo cubro con la mano—. ¡Quita los ojos de mis pechos, salido!

—Por lo visto te ha gustado el regalo.

"Ah, estaba mirando eso…"

Sujeto el colgante.

—Sí. Ha sido hasta sensible por tu parte.

—Espero que las cosas hayan servido de algún modo para… ya sabes… el luto. —Se aparta de la mesa y pasa por otra puerta que está abierta.

—Sí. Es muy bueno tener las cosas de mi padre. Cada una de esas cosas tiene un significado. —Me levanto del sillón y voy hacia la puerta.

Es su dormitorio.

¡Y qué dormitorio!

Es espacioso, con una cama enorme y alta, en tonos pastel, puertas que no sé adónde dan y una ventana enorme.

—Entonces… —Se arregla el pelo.

Recuerdo a qué venía.

—Entonces, estaba pensando que sería mejor irme. Mañana tengo que trabajar. —Me apoyo en la puerta con los brazos cruzados.

—Ya hablé con Gustavo, mañana no necesitas ir. Así te recuperas por completo.

—¿En serio? ¿Hablaste con él de verdad? —Me sorprende su actitud.

—Hablé. —Se gira con el pelo arreglado del modo impecable de siempre. Peinado de lado y sin un pelo fuera de sitio—. No hace falta que te preocupes por eso.

—Ah, vale, entonces. —Me aparto de la puerta.

"Dios mío, ¡qué cama tan grande!

Parece la cama de un reality de solteros."

—Esa no te da miedo compartirla conmigo, ¿no? —Pasa por la puerta junto a la que estoy.

"¡Cómo huele de bien!"

Salgo del dormitorio y después voy hacia la salida del despacho. Él me acompaña.

—Eso no va a repetirse; solo pasó porque estaba enferma.

—Ya hiciste cosas más íntimas estando sana.

—No. Yo no lo hice, yo lo sufrí.

—¿Sufriste un beso y un abrazo? —pregunta, riéndose de mí.

—¡Claro, Rómulo! —Bajo la escalera y voy a la cocina, a ver si encuentro a alguien, para que así me deje en paz.

No encuentro a nadie; incluso Sérgio, que está en todas partes, no está aquí.

—¿Dónde está todo el mundo?

—Aquí… los dos. —Responde sentándose en el sofá y enciende la tele.

—¿Y dónde están la cocinera y Sérgio?

"No podemos estar a solas."

—Es domingo por la noche. Están en su casa.

—¿Y eso es habitual?

—Depende. —Menea el mando de la tele.

—¿Depende de qué? —Voy hasta el salón sintiendo un cosquilleo en el estómago que me molesta—. ¿Y los guardias?

—Están fuera.

—Entonces, mejor me voy a mi casa si aquí no está la única cosa que me sujeta, que es la comida de tu empleada.

Él me mira.

—Si tú te vas, yo también, y en el apartamento solo hay una cama. —Advierte.

—Tú vuelves.

—No.

—Duerme en el sofá.

—No. Yo no duermo en sofás.

—¿Por qué insistes en estar cerca de mí, o viceversa?

Él se levanta.

—Es duro admitirlo, pero me está gustando tu compañía. ¿De verdad estar sola es mejor que quedarte aquí conmigo?

"¡Qué golpe bajo ser tan directo conmigo!"

Tengo el corazón latiendo a mil por hora con su aproximación.

—Sé sincera. ¿O ya tienes otra compañía? ¿*El vecino médico*? —se burla en la última pregunta.

—No. ¡No tengo nada con él! ¡Uf, qué persecución!

—Creo que es mejor que te quedes en compañía de alguien de quien sabes de lo que es capaz que de alguien que parece muy majo, pero al que apenas conoces.

—No intentes persuadirme, Rómulo.

Tengo las manos sudadas y la cara ardiendo.

—Siéntate y relájate.

—¿Contigo cerca? ¿Diciendo esas cosas para dejarme cortada?

Él se sienta y mira la tele.

—Voy a parar. —Dice riéndose, y ya sé que es cuento—. ¿Qué sueles hacer los domingos?

—Veo la tele, quedo con mis vecinas, doy patadas voladoras y chutes en los huevos a quien se atreva a aprovecharse de mí… —Lo miro de soslayo y me siento en el otro sofá.

—Sí. Eres maestra en chute en los huevos. Jamás me aprovecharía de ti. Sé de lo que eres capaz. Por cierto, por tu culpa guardé mis objetos de subasta.

—¿Dónde?

Se queda traumatizado.

—Los escondí de ti, para que no los rompieras. ¡No voy a decir dónde, claro!

Me echo a reír.

—Mejor no me lo cuentes. Sé que son tu punto débil.

—Entonces sabes poco de mí.

—Sé mucho. Estoy atenta a todo. Solo observando.

—Qué va. Yo te observo todo el tiempo y no te veo observar nada más que tus propias uñas.

—¡Uf, Rómulo! Ahora me da muchísima vergüenza. ¿Tienes esa manía?

—¿Hablamos de manías? De las tuyas.

—No. Vamos a ver la tele. —Decido.



CAPÍTULO 51

Rómulo Guimarães

Linda está toda encogida en el sofá, intimidada por mis palabras. Yo no soy de mentir y pensé que ya se había acostumbrado a eso. Sin contar con que ella también me lanza verdades duras a la cara.

Pedí una pizza y refresco para la cena.

Llevo todo al salón.

Una cosa que no suelo hacer, comer comida rápida.

—¿Pizza? —se sorprende.

—Sí. No sé si te gustan estos sabores. —Abro la caja sobre la mesa de centro.

—Siempre que no tenga atún.

—A mí tampoco me gusta el atún. —Voy a buscar vasos y, cuando vuelvo, está sentada en la alfombra—. ¿En la alfombra?

—Sí. ¿Ya estás oxidado para esto?

"Al menos han vuelto las bromas."

Me río de ella.

—Mi querida, no tienes idea de lo que puedo hacer con este cuerpo de aquí. —Me siento en el suelo.

"Espero que lo haya entendido en todos los sentidos."

Pero parece que no, porque no le da mucha importancia a lo que dije y ya está mordiendo una porción de pizza.

—¿Volvió el apetito?

—Un poco. No es que sea comilona ni golosa. Por lo general, como poco, pero la comida de tu casa es muy buena.

—Esta no es de mi casa —me lamento.

—Pero está buena también.

Pongo refresco para nosotros y volvemos a ver el programa que dan en la tele.

No suelo hacer nada de esto y este domingo en especial está siendo diferente.

Parece una niña comiendo lo que le gusta, pero ese cuerpo de mujer…

Ese escote fue lo que me descolocó.

Hace algún tiempo que no estoy con una mujer, porque no me van las relaciones. Lo que tuve con Kettelyn fue algo muy superficial, como lo fue con todas las demás. Sin contar con que fue un gran error, ya que trabaja para mí.

Las mujeres de mi entorno —no es que salga mucho— son insufribles. Mención de honor para Ana Cláudia, que solo habla de zapatos y seguidores.

Pasa que no estoy buscando un compromiso ni algo profundo, pero Linda me hace querer conocerla profundamente y eso implica dejarla hacer lo mismo conmigo. Pensándolo bien, ya hablé con ella de asuntos que no me gusta compartir con nadie. Y ella me entiende.

Se está riendo con las cámaras ocultas y esa sonrisa me atrapa por el corazón. Es algo que mis ojos no deberían ver como forma de protección.

"Ya sé, voy a intentar comer con la cabeza baja."

Creo que estoy enfermo de ver en ella la posibilidad de algo. No debería estar tan cerca de ella, pero he hecho de todo para que se quede cerca de mí.

Ya no soy el hombre sensato de antes; ella me hizo cambiar muchas cosas con ese modo suyo.

—¿No te resulta pesado que todo el mundo te llame *señor*? Quiero decir, no eres tan mayor. ¿Cuántos años tienes, otra vez?

Suelta las cosas de la nada. Su cabeza debe de estar tan revuelta como la mía en estos últimos días.

—Treinta y cinco. Me llaman así por mi posición y porque me gusta.

—Eres muy creído. ¿Qué pasa? ¿Te sientes poderoso? —alza la ceja.

—No me siento. Eso solo confirma que soy poderoso.

Se ríe de mí.

—Dios mío. No existes.

—No, Linda. La que no existe eres tú. Tu vida parece hasta mentira. Joven, guapa, que nunca tuvo novio y, además, muy valiente, desafiante, pendenciera, impulsiva, orgullosa, terca, orgullosa, terca, terca…

Me escucha con las cejas levantadas.

—¿Quieres que te resuma? Un "playboy" malhumorado, rebelde con los padres, egocéntrico, posesivo, creído, con un sentido del humor dudoso, celoso, posesivo, controlador, posesivo…

—Te faltaron "rico" y "guapo".

Se atraganta con la pizza, riéndose de mí.

—Y modesto —dice, tapándose la boca.

Sonrío.

—Creo que ese vecino tuyo, en quien no confío, está interesado en ti. —Suelto lo primero que se me viene a la cabeza.

Listo, ¡lo dije!

—Posesivo. ¿Ves? No deberías pensar en eso, pero quieres controlar mi vida. Estás pendiente de los hombres que se me acercan, como si fueran a querer algo conmigo. Ojalá.

—¿Ojalá, Linda? Y no soy posesivo. Solo estoy garantizando que no vas a hacer tonterías. ¿Después de que besaste a uno quieres salir besando a todo el mundo? No todo el mundo tiene solo esa intención.

—¡Qué absurdo! ¿De verdad crees que yo conseguiría ligar algo con uno de esos tíos?

Ahora parece que se está tomando las cosas en serio; coge otra porción de pizza, apurada.

—¡Dímelo tú! Tú, que sabes mi historia con las relaciones amorosas. ¿Lo conseguiría? —Se levanta y coge el vaso de refresco.

—No tendrías la iniciativa, pero ellos la tendrían, seguro. —Yo también me levanto y ella camina como si fuera a salir del salón—. Y tú lo permitirías porque parece que te gustan mucho ellos.

—¿¡Qué!? ¿De dónde sacaste eso?

—"Mi vecino es médico", "Deja que mi vecino cuide de mí", "Ay, mi vecino…", "Voy a hacer lo que mandó mi vecino"... —La imito y se queda boquiabierta, mirándome, admirada.

—¡Rómulo, eres muy desubicado! ¿Cuál es el problema de pensar que mi vecino, que es médico, va a saber cuidar de una persona enferma? ¡Es lo más obvio!

—No. —Voy hacia ella y decido decir lo que quiero, ya que el día estuvo cargado de sinceridad.

¿Será que todavía no lo entendió después de todo?

Nunca fui de esconder lo que pensaba.

¿Sabes qué? ¡Que se joda!

—Él no puede ser mejor que yo, Linda.

Se ríe con la cara enrojecida.

—¿Te estás escuchando?

—¡No voy a dejar a ese montón de buitres encima de ti!

—¡Rómulo! —Sus ojos están desorbitados.

—Eso es. Me molesta, sí, y no voy a admitir que ningún tío intente nada contigo ni que te acose delante de mí, ni a mis espaldas.

—¡Pero no hay nadie acosándome! ¿Te estás tomando en serio esta historia de noviazgo? —pregunta, preocupada.

—No, pero están pasando muchas cosas serias entre nosotros.

—¿Qué quieres decir? —da un paso atrás.

"¿No quedó claro?"

Tiene las manos ocupadas y este es el mejor momento para hacer lo que no hice en el jardín.

Doy un paso adelante y no digo nada más, solo sujeto su rostro y beso sus labios.



CAPÍTULO 52

Linda Fonseca

Rómulo decidió echarme en cara lo que yo ya sospechaba, pero aun así me sorprendí. Se muere de celos de todos los tíos que se me acercan y ahora aplasta mi boca con un beso.

Imaginé que quedarme aquí acabaría en esto, por eso una parte de mí quería quedarme y la otra quería huir.

Esto no debería volver a pasar, pero está pasando.

Rómulo sostiene delicadamente mi rostro, mi estómago se estremece como la primera vez, el suelo desaparece bajo mis pies y lo que queda son las cosas en mis manos.

Mueve sus labios sobre los míos, succionando la carne blanda que tanto le gusta mirar. Sus dedos se deslizan por mi pelo y su lengua pide paso.

Algo que no debería concederle, es obvio.

Es lo único que controlo en este momento: la posibilidad de sentir su lengua en la mía, porque del resto no puedo hacer nada.

A un lado el vaso de refresco, al otro un trozo de pizza, y no pienso desperdiciar ni uno ni otro tirándoselos a Rómulo.

Con las manos atadas, sin poder pararlo, a no ser que…

Me agarra de la cintura, apretando mi piel de un modo tan rico que me hace ponerme de puntillas.

Pierdo el control de la mandíbula y su lengua se zambulle en mi boca.

El sabor de lo que comimos no interfiere con la nueva sensación que me hace derretirme en sus brazos y apretar un muslo contra el otro, sintiendo mi intimidad palpitar.

La sensación es caliente y resbaladiza...

Un toque placentero.

Es tan bueno como ya imaginé y es un peligro, es incorrecto. No debería gustarme su beso.

Aparto la cadera y levanto la rodilla hasta darle en sus partes bajas.

Me suelta de inmediato y se cubre la zona, encogiéndose con los ojos fuera de las órbitas.

—¡Me cago en la puta, Linda!

Ni siquiera le pegué fuerte.

No fue un "¡*Suéltame, desgraciado*!", fue tipo "*Suéltame, por favor*".

—Esto es para que aprendas a no aprovecharte de mí. —Me aparto en dirección a la escalera.

—¿Aprovechándome? ¡Te estaba gustando! ¡Si no quisieras ya habrías parado al principio! ¡Y ahora vas y haces esta jodienda! ¡Hay muchas formas de parar un beso sin dar un rodillazo en los cojones a los demás, ¿sabías?!

Le tiene mucha estima a sus bolas.

"¿Yo, disfrutando?

Me gustó, pero nunca voy a admitirlo en voz alta."

—Vuelve aquí, Linda. ¡No huyas de mí! —pide, y yo me apresuro a subir la escalera—. ¡Linda, tenemos que resolver esto!

—¿Resolver qué, Rómulo? No hay nada que resolver. —Voy a mi cuarto.

"Dios mío, ¡ya lo estoy llamando mío!

¡Así voy a acabar haciendo lo que él quiere!"

—¡Linda! —Por el ruido de sus pasos, sé que viene detrás de mí.

Entro en el cuarto, dejo el refresco en el suelo y cierro la puerta con llave. Ahora quiero ver cómo entra este hombre.

Cojo el vaso y me siento en la cama con los trozos de pizza en la mano. Me como los dos juntos, incluso sin hambre.

"Dios, qué nerviosa estoy."

Estoy comiendo la pizza con su beso.

"¡Él me besó otra vez!

¡Rómulo!"

Sin duda está fuera de sí y debe querer de verdad algo conmigo.

Golpea la puerta y doy un trago al refresco para no atragantarme.

—Linda, no huyas. Este asunto es serio.

—Ni intentes entrar. He cerrado la puerta con llave.

—¿Tienes miedo de mí?

—Deberías.

—Linda, ¿has oído lo que he dicho?

—¿Qué?

Se queda callado y luego oigo un ruido. Creo que le dio un puñetazo a la pared.

—Linda, nosotros podemos… Tú… Yo… ¡Argh! Aparte de lo que pasó, de estar más cerca... Sé que lo entiendes... Que lo sientes.

Mi corazón quiere destrozar huesos y piel y salirse de mí.

"¿Él quiere llevar esto adelante?

¿Nosotros dos?"

—¿Entiendes que estás hablando de ti y de mí, Rómulo?

—Sí, lo sé, pero ¿crees que esto no merece una oportunidad? ¿Que yo no la merezco?

—Lo que yo piense no importa.

"No puedo entregarme a esto."

—¡Claro que importa! ¡Y no puedes darme una patada entre las piernas cada vez que te bese!

—Me besaste en un momento en que yo no podía hacer nada, además.

—¿Y te pareció mal o lo hiciste solo para mantener la pose? ¿No está clarísimo? Estoy haciendo de todo...

"No, Linda, descarta todo...

No puedes."

—¡Yo no te pedí nada de eso, Rómulo! —Muerdo la pizza y la trago con toda la sensación que el beso y sus palabras me causaron.

"Menos mal que la puerta está cerrada con llave."

—Vale. Está bien…

Parece que entendió mi recado.

Todo se queda en silencio.

Sigo comiendo mi pizza y tomando mi refresco intentando no pensar en nada.

—¿Esto es un no? —pregunta de la nada, y pego un salto del susto.

¡Creí que ya estaba en su cuarto hacía rato!

—¿Eh, Linda? ¿Me estás dando calabazas?

"¡Ego herido!"

—Ay, Dios mío, Rómulo. Vete a tu cuarto —le imploro.

¡No sé cómo encarar estas cosas! ¡Estoy asustada!

—Lo voy a tomar como un no.

"¡Qué terco!"

Silencio...

Por fin se fue.

Termino el tentempié y decido ir al baño a lavarme las manos y cepillarme los dientes.

—Me voy, pero esto aún no ha terminado —avisa Rómulo.

"¡DE LA NADA!"

Me paro a mitad de camino y miro a la puerta.

Rómulo está fuera de sí; al fin y al cabo, se quedó parado minutos en silencio para, de la nada, pegarme un susto diciendo eso.

—Vete a tu cuarto ya, Rómulo. No voy a abrir la puerta.

No sé cómo seguir con estas cosas.

Sé que la parte de la amargura por las cosas que Rómulo dijo no ocupa un espacio tan grande, ya que cada vez se vuelve menor, distinto de lo que vengo sintiendo por él.

Pero los asuntos amorosos son cosas nuevas para mí.



CAPÍTULO 53

Rómulo Guimarães

Entro en mi cuarto, atónito, me quito la camisa y empiezo a reírme de la situación.

"Me han dado calabazas.

¡Calabazas!

¡Es una broma de verdad!

¿Qué tengo en la cabeza?

¿Por qué fui encima de ella de aquel modo, eh?

No tenía que haberla besado y, peor aún, prácticamente admití que tengo sentimientos por ella.

¡Ah, Rómulo, estás loco!

¡Solo puedes estar enfermo!

¿Yo, con sentimientos por ella?"

Voy al baño riéndome de desesperación.

"Una cosa es tener interés, otra es tener sentimientos.

Solo porque me parece atractiva y no estoy de acuerdo con que otros tíos estén tirándole los tejos o, simplemente, que se

queden cerca de ella, no significa que tenga sentimientos.

¡No!

¿Por qué fui a tocar ese tema con ella?

Ahora me han dado calabazas.

¡Calabazas de Linda!

¿Cómo pudo hacerme eso?

Soy el único tío que la besó y debería, como mínimo, sentir algo por mí.

Linda se está haciendo la difícil, eso es.

No quiere dar su brazo a torcer.

Si yo, que soy yo, dejé el orgullo a un lado, ¿por qué no deja ella también la chulería?"

Experiencias nuevas para ella que yo le daría con gusto.

Aunque es virgen y quizá se esté guardando para su príncipe azul.

Pero que ese príncipe espere, porque ahora está conmigo.

Dudo que lo vaya a encarar todo con indiferencia.

No consigo dormir, doy vueltas en la cama, pensando en ella, en el beso.

Ella correspondió, le estaba gustando y, de la nada, ¡me atizó en los cojones con un rodillazo!

Dudo que no haya pensado en lo que pasó esta noche.

¡Lo dudo!

Yo, que ya he besado muchas bocas, me quedé pensando; imagina ella, que solo ha sentido mi beso.

¿Será que no le gustó mi beso?

Cuando poseí su boca y pude pasearme por ella, fue maravilloso.

"Quiero un beso de esos sin sabor a pizza.

Dios, ¿por qué estoy pensando tanto en esto?"

Ni siquiera debería importarme.

Antes estaba bien solo, pero desde que la besé el domingo pasado, siento la necesidad de más y ella puede dármelo.

¿O quiere que busque a otra?

Debería preguntárselo.

Necesito besar una boca y tocar un cuerpo, necesito a alguien en mis brazos.

Son cosas que no echaba de menos, pero cuando la tuve en mis brazos, parece que se destrabaron esas necesidades.



Salgo del cuarto listo para ir a trabajar.

Planeo seguir adelante, pero cuando miro la puerta del cuarto donde ella está, no me contengo.

—Linda. —llamo a la puerta, giro el pomo, pero no abre.

"Si se muere, nadie lo sabrá con la puerta cerrada."

—¿Estás despierta?

—¿Mmm?

—Hm… —niego con la cabeza—. ¿Ya te has levantado?

—No. ¿Qué quieres?

—¿Te sientes mejor?

Estoy tan loco que la besé al tercer día de que estaba con una virosis.

Pero anoche parecía estar muy bien.

—Ajá.

—Me voy a la oficina.

—Ya era hora.

Su atrevimiento me impresiona.

Ya entendí, Linda quiere decir que no afecté su cordura como ella afectó la mía.

—El café está en la mesa —avisa Sérgio.

—Vale. —Voy al comedor con él—. Pero creo que lo que necesito es un tranquilizante.

Él se ríe.

—Con todo respeto, pero creo que la señorita le está sentando muy bien.

—¿Bien? —me sorprende su comentario.

—Sí. Usted anda con otro ánimo.

—¿Diferente…? Es cosa tuya. —Tiro de una silla y me siento.

"¿Será tan evidente así?"

Tomo mi café y ella no aparece.

—Sérgio, cuando quiera irse, llama al chófer y dile que la lleve a casa.

—Sí, señor.

Abro la puerta sigilosamente, miro fuera y veo que Sérgio anda por aquí.

—¿Ya se fue? —pregunto en voz baja.

—Sí, señorita —responde riendo.

—Estupendo.

Nunca más voy a conseguir mirarle a la cara a Rómulo después de lo de ayer.

Querría poder echarle la culpa a la bebida, ¡pero nadie tomó nada más que refresco!

Esa conversación, ese beso…

¡Nos besamos!

Fue un besazo de verdad.

Fue bueno, fue rico, fue único y fue con Rómulo.

No, no puedo enamorarme de él, que ya me hirió una vez.

Peor que él siente la misma herida por su padre y yo todavía le digo que se arreglen.

¡Buen ejemplo estoy dando!

Pero entre nosotros es diferente, al fin y al cabo no éramos nada el uno del otro y nos encontramos así ahora.

Desayuno y decido irme andando. Por el camino voy reflexionando sobre los dos, mientras intento recordar en qué aplicación anoté la contraseña de su Netflix.



El martes no tengo rastro de la virosis.

Es día de volver al trabajo y ya me despierto preocupada por mi ida; al fin y al cabo, voy con él.

Me pongo un vestido, tacones, moldeo las puntas del pelo y me maquillo un poco.

Me arreglo para parecer bien y sana, luego salgo de casa.

Mi teléfono suena en cuanto salgo del ascensor.

—Llegas con quince minutos de retraso —dice Rómulo, y salgo del edificio apresurada para entrar en su coche.

En cuanto lo hago, aparta el móvil de la oreja y me encara, pero yo no lo miro.

—¿Qué? —me enderezo en el asiento y me pongo el cinturón de seguridad.

"No siento nada, mucho menos recuerdo lo que pasó."

Estoy nerviosa, lo noto en mi cuerpo.

—Nada. —Mira al frente, igual que yo, pero no dura mucho—. ¿Reunión importante?

—No. ¿Por qué?

—Vas toda maquillada.

"¡Se dio cuenta!"

—Siempre voy así y ni voy maquillada, es solo rímel y pintalabios.

—Vale. —Se aquieta.

"Que este trayecto sea rápido."

—Laisa, desprograma la reunión de las ocho, estamos atascados... Ok. Está bien —dice Rómulo al teléfono.

Nos quedamos atascados por un bache en la carretera y no hay manera de volver ni de tomar otra ruta, porque el atasco se volvió un caos y, por lo que se oye, más atrás ya hubo accidente.

—¿No vas a avisar a Gustavo? —pregunta.

—Ya le avisé hace rato. —Miro hacia fuera.

—La cafetería está a pocos metros de aquí —comenta el chófer.

—Entonces vamos a esperar a que pase este lío allí. —Se quita el cinturón.

—¿Cómo? —me opongo a la idea—. ¡Voy con tacones!

—¿Y? Vamos andando. —Abre la puerta y no me queda mucha opción más que quitarme el cinturón y salir del coche con el bolso.

Ya no aguanto más estar en este coche.

Subo a la acera y, antes de arreglarme la ropa, él me agarra del brazo.

—Vamos.

—Déjame arreglarme la ropa primero. —Tiro del brazo y me arreglo el vestido.

Él me espera sin quejarse.

—Lista.

Salgo delante y, de repente, Rómulo me coge de la mano, haciéndome disminuir el ritmo.

—¿Y así era como no podías andar con tacones por la calle?

Siento un temblor en la barriga.

"Debe de ser vergüenza, solo puede ser eso.

Yendo cogidos de la mano…

¡Si apenas le he mirado a la cara hoy!"

Endereza la mano, entrelaza nuestros dedos y me quedo aún más rígida.

—¿Por qué has hecho eso? —por fin lo miro y se me seca la boca.

—Quiero ir de la mano contigo.

"¡Dios mío!"

—Rómulo, ¿qué idea es esa?

—¿Cuál es el problema? No vamos a sorprender a nadie.

—A mí sí me sorprende.

—Ya deberías esperarlo después de lo de ayer. Cuando quiero una cosa, no descanso hasta conseguirla, Linda.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Lo has entendido muy bien como para preguntármelo.

Tropiezo y él me sujeta por la cintura, impidiendo que me caiga.

"¡Qué susto!"

¿Y ese brazo fuerte sujetándome?

Mi cuerpo se bloquea.

—Deja de huir de mí, Linda.

Veo la sinceridad de su petición en sus ojos y el miedo a involucrarme en esto solo crece.

Me recompongo y él me suelta cuando ve que es lo que quiero.

—No puede ser, y lo de ayer fue un rechazo, sí. —Me aparto y camino más adelante hacia la cafetería.

"No puedo tener nada con este hombre."



CAPÍTULO 54

Rómulo Guimarães

¡Coño!

Sé que Linda está haciendo esto para alejarme, que no debería seguir insistiendo, molestando, pero no estoy loco: sé que le gusto y que me quiere.

No estoy forzando nada, ni quiero; solo humillándome de cojones, como ahora, que me dejó tirado en la calle y se puso a caminar delante.

Respiro hondo y voy detrás de ella, pero no para continuar ese asunto, pues vamos a tomar un café.

En cuanto tenga ocasión, retomo, porque, como dije, no desisto hasta conseguir lo que quiero.

Linda Fonseca es mi purgatorio particular.

La mujer me está haciendo pagar por los errores que cometí con ella, que cometí con otros y por los errores que aún ni siquiera he cometido.

Nos sentamos en la misma mesa y ella ni me mira.

Noté antes, cuando se metió en el coche, que no tenía color en el rostro.

Sí, mientras ella estaba con la cabeza baja o mirando hacia las esquinas, yo estaba mirándola a ella, que siente tanto que se le transparenta en la piel.

¡Terca!

¡Me vuelve loco!

Tomamos café y volvemos al coche, pero esta vez le abro la puerta.

Ella es una maestra fingiendo desinterés y yo, un simple amateur, que no sabe esconder el interés que tiene.

Entiendo que se asuste al ver a un hombre como yo, de mi porte y experimentado, diciendo cosas directas, pero eso solo me da más ganas de provocarla.

Linda nunca baja la cabeza ante mí y hoy apenas levantó la mirada.

Llegamos al edificio de la empresa y tomamos el ascensor.

A solas, veo una buena oportunidad de retomar el asunto.

—Linda, no fue justo lo que hiciste ayer conmigo.

"Ahora no tiene forma de huir."

—¿Qué fue? ¿Te rompí los *huevos*?

—No estoy hablando del rodillazo, pero eso fue un golpe bajo también. Estoy hablando de huir y encerrarte en la habitación. ¿Me tienes miedo? —Me pongo frente a ella y la acorralo contra la pared, apoyando los brazos a cada lado de su cuerpo.

Ella me mira a los ojos.

—¿Yo? ¿Con miedo de ti? —Se ríe.

—Entonces, ¿de qué tienes miedo?

—De nada. No tengo miedo de nada, Rómulo.

—No era lo que parecía cuando nos estábamos besando.

—Mira, Rómulo, olvida eso. —Su mirada se inquieta.

—¿Entonces admites que te gustó?

—¿Eso es para alimentar tu ego?

—Nos conocemos muy bien como para tener que hablar de ego. Sabes que mi ego no se alimenta de eso.

—¿Por qué estás insistiendo en esas cosas? Sabes que nunca tuve a nadie. ¿Quieres aprovecharte de mí? ¿Es eso? Yo no soy como tú, Rómulo. Tengo sentimientos y no quiero que me hagas más daño.

—¿Y crees que estoy intentando hacer eso?

—Si me usas, va a acabar en eso, sí —afirma con una mirada preocupada.

"Mujeres…"

—No voy a hacerte daño.

El ascensor se detiene y ella consigue salir de mi barrera.

—Espera. —La agarro del codo y vuelve a mis brazos.

Sus pupilas están dilatadas y su mirada, alarmada.

—Tienes que darle un beso de despedida a tu novio. —Paso una mano por su rostro, facilitando nuestra aproximación, que es rápida, pero suficiente para sentir su dulce sabor, sus labios suaves y hacerla derretirse en mis brazos—. ¡Qué boca más rica! —susurro antes de soltarla, y ella sale del ascensor, aturdida.

"Quiero más."

Linda se aleja bajo las miradas de algunas personas que estaban en la recepción y ahora deben de tener la certeza de que estamos juntos; en respuesta, suspiro tan desorientado como ella.

"Ya has sido más orgulloso, Rómulo Guimarães."

Linda Fonseca

"¡Qué boca más rica!"

¡Quiere volverme loca de verdad!

Encima me besó delante de las chicas del quinto piso y ahora seré el tema del día.

Aunque dije que le di calabazas, el hombre no desiste. Ahora solo se dedica a buscar motivos y más motivos para estar cerca de mí y decir cosas que me dejan sin aliento.

"Dice que mi boca es rica…

¡Rómulo!

Le dije que no jugara con mis sentimientos, pero ¿qué hizo justo después?

¡Me besó!"

Quiero creer que se tomó en serio mis palabras y no está jugando conmigo, pero es demasiado difícil.

"No puedo enamorarme de Rómulo.

¿Cuántas veces voy a tener que repetírmelo?"

—Linda, ¿estás bien? —Gustavo aparece delante de mí, antes de que entre en su despacho.

—Sí. ¿Por qué?

—Estás agitada y con las mejillas rojas. ¿Tienes alergia?

—Tal vez sea. —Me toco el rostro.

—¿No mejoraste de la virosis? —Abre la puerta del despacho, entro y él viene justo detrás.

—Ya estoy bien. Perdón por haber faltado ayer. Rómulo habló contigo antes que yo. —Me siento en una silla.

—Estaba muy preocupado por ti. Has hecho milagros con mi amigo, Linda, y te mereces el premio Nobel de la Paz. Supe que ayer no amenazó con despedir a nadie.

—¿Hace eso todos los días?

"¡Es muy de él!"

—Sí. Y llama inútiles a la mitad de los empleados. Soy su socio, pero una vez se estresó tanto conmigo que dijo que me iba a despedir, ¿lo crees? —Se sienta en el sillón—. Ahora solo piensa en ti y nos atormenta menos. Por favor, nunca termines con él.

"¿Terminar?

¿Terminar qué, por el amor de Dios?"

Suelto una risita desesperada.

—Es mejor centrarnos en nuestro trabajo. —Me aferro a la agenda.

Acompaño a Gustavo en algunos compromisos; luego él se queda centrado en el ordenador. Cojo un cafelito para los dos y lo tomamos en la tranquilidad del despacho.

Me quedo pensando si me merezco un sueldo si me esfuerzo tan poco, pues es un trabajo tan ligero.

—Linda, va a salir un documento en la impresora 3. Necesito que lo grapes y se lo lleves a Rómulo. Dile que es un proyecto.

"No es un trabajo tan ligero.

¿Por qué no lo manda por email?"

—Vale. —Me levanto y salgo de la sala.

"¿No estará Rómulo haciendo que Gustavo pida estas cosas solo para que yo aparezca en su despacho?"

Tiene pinta de hacer eso, después de hacerme quedarme en su casa solo para que no pareciera que yo estaba por mi vecino.

Ese hombre consigue persuadir a todo el mundo.

¡Oh, cielos!

No sé cómo actuar delante de él después de lo que comentó sobre mi boca, pues me quedo completamente cortada para ese tipo de elogio.

Cojo los papeles en la impresora, los grapO y subo al noveno piso. Cuando salgo del ascensor, la recepcionista ni se atreve a seguirme, pero bien podría impedirme esta vez.

—¡Linda! —Laisa viene a mi encuentro y me saluda.

—Hola, Laisa. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y tú? El señor Rómulo dijo que estabas enferma.

—Sí, el fin de semana. Una virosis de las buenas. Pero ya estoy bien.

—Menos mal. Es este tiempo. Mi tía también tuvo una virosis la semana pasada. ¿Qué es eso? —Mira mis manos.

—Es para Rómulo. ¿Está aquí?

—Sí. Pero está en una reunión con la responsable de RR. PP.

—¿Con la responsable de RR. PP.?

"¡Esa engreída!"

—¿Reunión de qué? ¿Lo sabes?

—Es que el señor Rómulo ganó un premio a mejor empresario. Ella está hablando con él sobre eso.

—¿En serio? ¿Ganó un premio? —Me quedo admirada.

—Sí, el señor Rómulo es un empresario muy exitoso. Siempre gana esos premios.

—Qué bien.

Por la forma en que actúa, sin admitir incompetencia, solo podía tener esos resultados.

Me acerco a la puerta y le pido a Laisa que no haga ruido, pues quiero oír la conversación.

—La entrega de premios será dentro de un mes. Un sábado.

—Está bien. Voy a pedirle a Laisa que lo apunte en mi agenda. ¿Algo más?

—Rómulo…

Pongo los ojos en blanco por la voz tan pesada que tiene; es como si quisiera decir que está preocupada.

—Señor Rómulo —corrige él.

"Toma."

—¿Cuándo vas a admitir que tenemos intimidad suficiente como para no hablar con esas formalidades?

"¿Intimidad suficiente?

Entonces ya llegó hasta el final con él."

—Estamos en el ambiente de trabajo, así que debes hablar con las formalidades, sí.

"¿Será que se encuentran fuera del ambiente de trabajo?"

Confieso que me entra una preocupacioncilla.

—¡Argh! Te volviste imposible después de que apareció esa mujercita pobre…

"¿Hablando mal de mí?"

Abro la puerta y entro.

—Con permiso.

Ella me mira, haciendo un puchero; entonces la miro bien a la cara y voy hasta Rómulo.

—Rómulo.

—Hola.

—Mi jefe mandó entregarte esto. —Le muestro los papeles mientras encaro a la de RR. PP.

—¿Dónde están las formalidades? —exige.

—Yo no necesito eso. ¿Necesito, Rómulo? —Miro al testarudo usando como arma todo lo que ha estado haciendo y no me dejo intimidar por la conversación de esta mañana, así como por el beso.

—No. —Toma los papeles de mi mano, con la mirada perdida en mi rostro.

Impulsivamente me muerdo los labios, intimidada; enseguida me giro hacia la de RR. PP., para no sucumbir a la vergüenza de las miradas de Rómulo.

—¿Qué ibas a decir mismo? —Rómulo le pregunta a ella.

—Iba a decir que usted, quiero decir, el señor debería ver pronto quién le va a acompañar en la alfombra roja. Ese evento es muy importante para la empresa y para su nombre.

"¡Caramba! Ni sé qué pensar sobre esa frase."

—Linda va conmigo.

Ella me mira, como si no se lo creyera.

"¿Voy?"

Imaginé que sería la persona, pero no esperaba que Rómulo lo dijera antes de suplicarme, porque no quiero ir a ningún evento con él después del último al que fuimos juntos.

—¿Vas a llevar a esa chica como acompañante en el día más importante del año para la empresa?

—Esa chica tiene nombre. —Me impongo y cruzo los brazos.

—¡Pero el noviazgo de ustedes ni… ni es de verdad! —protesta—. Deberías llevar a alguien a tu altura.

—¿Como tú? —pregunto.

"Creo que esta conversación gira en torno a eso.

Si yo no hubiera aparecido, ciertamente ella se ofrecería para acompañarlo.

¿Será que él aceptaría?"

—Sí, como yo, Ana Cláudia, Sandra. Cualquier mujer tiene más clase que tú, chica. —Su cara de asco hace que se me hierva la sangre.

—Puedo mostrarte mi clase. —Considero irme encima de ella, pero Rómulo me sujeta del brazo y pierdo el raciocinio.

—Basta de ese asunto y de esa falta de respeto. Si me entero de que andas maltratando a Linda o maltratando a cualquiera de los otros empleados, serás la próxima en ver la puerta de la calle. Aprovecha que esta semana estoy de buen humor para replantearte tus propuestas y actitudes. No deberías preocuparte por quién me va a acompañar. Otra cosa: ya dije que lo que tuvimos fue solo algo del momento, así que no mezcles tus intenciones personales con el trabajo. Ahora, sal.

"¡Madre mía!"

Hasta bajo la cabeza después de eso, pues me dolió a mí.

—Perdón, señor Rómulo. —Ella lo mira arrepentida a él, pero a mí la mirada es de odio y desprecio.

Como ya hice lo que Gustavo mandó, decido irme también.

—Tú no, Linda. —Rómulo me hace parar.

"Ay, Dios mío, ¿qué será lo que quiere?

¿Será que va a regañarme también?"



CAPÍTULO 55

Rómulo Guimarães

—***Vuelve*** aquí.

Ella da un paso atrás y se gira con un semblante dramático.

—¿Qué es?

—Linda, no puedes ir por ahí amenazando con dar bofetadas a los demás. Y menos en la empresa.

—No iba a dar bofetadas. Eran puñetazos —dice con una inocencia que hasta parece que no fuera a agredir a nadie.

La verdad es que quien no la conoce piensa que es un ángel.

—Puñetazos, bofetadas… Ninguna agresión puede ocurrir aquí dentro; si no, tendré que despedirte.

—Mi jefe es Gustavo.

—Te estoy prestando a Gustavo. Yo decido sobre eso.

—Mira, si ella me insulta una vez más, voy a por ella de verdad. No me importan tus amenazas. Si me despides, Gustavo me contratará.

—¿Me estás desafiando, Linda?

—Eso es —asiente con la nariz en alto—. Me voy, mi jefe me está esperando.

"¿Y esta ropa, eh?

¿Qué cuerpecito es ese?"

—Esta noche tendremos una cena.

Lo invento de la nada.

—¿Y? —Ella sujeta el picaporte.

—Debes ir.

—¿Es por trabajo? ¿Va Gustavo?

"No, pero es una excusa estupenda."

—Es. Sí, va. —Asiento con la cabeza y me arreglo la corbata.

Odio mentir.

"¿Por qué estoy haciendo esto?"

—¿Va Laisa? Es tu asistente. —Parece animada con la idea.

"¿Mi asistente?

Ay, Linda, no tienes ni idea."

—Va. Sí, va.

—Vale, entonces. —Ella sale de la sala; segundos después cojo el teléfono y llamo a Gustavo.

—¿Qué es? —dice al contestar.

—Linda te va a hablar de una cena; tú dirás que vas, pero no irás.

—¿Cómo?

—Es la única forma de conseguir salir con esa mujer, así que ayúdame.

Él se ríe.

—Puedes quedarte tranquilo.

"Ahora necesito avisar a Laisa."

—Estupendo. Por cierto, ¿almorzamos juntos hoy? Tú, ella y yo.

—No puedo. Tengo una reunión y ella viene conmigo.

—¿Qué reunión? ¿Dónde?

—En ese restaurante de mariscos que hay cerca de aquí.

—Hum. ¿Y quiénes son las personas de la reunión?

—Son unos amigos míos de la época de la facultad.

"¿Esos imbéciles?"

—Mmm. Vale.



—¿Dónde va a almorzar hoy, señor? —pregunta el chofer—. ¿En el restaurante de siempre?

—No, he cambiado de idea. Vamos a un restaurante de mariscos que hay aquí cerca. ¿Lo conoce?

—Sí, lo conozco.

—Estupendo. —Entro en el coche.

Seguimos hasta el restaurante y decido entrar.

En cuanto cruzo la puerta, veo a Gustavo distraído, conversando con dos hombres y a otro charlando con Linda, sujetando la silla donde ella está sentada, como si quisiera tocarla.

Por eso estoy aquí.

Esos tipos no pierden el tiempo y, aunque ella no les haga caso, el simple hecho de que le tiren los tejos ya me molesta.

Entro en el restaurante y voy hacia ellos.

Gustavo me nota enseguida.

—Buenas tardes. —Me detengo al lado de Linda y apoyo mi mano en su hombro.

—Buenas tardes —responden desordenadamente.

—Has venido. —Gustavo ríe.

—Pues sí.

Mi amigo se levanta y me presenta a cada uno de ellos que, por más que vistan traje, no inspiran respeto. Y, por lo visto, la mayoría ya sabe quién soy.

Me invitan a almorzar con ellos.

—Gracias. —Me siento al lado de Linda, entre ella y el tipo con quien estaba conversando—.

—Con permiso.

Pido lo mismo que están comiendo. A él no le hace gracia, pero insiste en continuar el asunto, fingiendo que yo no estoy aquí.

—Entonces, como estaba diciendo, la temporada de verano en mi resort es estupenda. A tope. Si quieres ir un día, serás muy bienvenida.

"¿Invitándola a salir?

¡Qué cara más dura!"

Paso el brazo izquierdo por sus hombros.

—¿Dónde queda tu resort, exactamente? —pregunto, curioso —. Quizá podamos ir en verano. ¿No es así, Linda? —La miro.

Linda es una pésima actriz cuando no se esfuerza y parece seguir en shock por mi aproximación.

Confieso que me encanta verla nerviosa por mi causa.

No cuando está enfadada, sino así.

—¿Sois novios? —pregunta, entre sorpresa y decepción.

Asiento con la cabeza, ya que no puedo afirmar con palabras lo que no somos.

—Ah. Genial. Mi resort está cerca del litoral. —Me entrega una tarjeta.

—¡Estupendo! ¿Quién sabe si reservamos unos días allí? —comento con ella. Y no me parece mala idea; de hecho, guardo la tarjeta en el bolsillo de mi blazer.

Mi almuerzo llega al cabo de unos minutos y empiezo a comer, mientras los otros ya están terminando.

La comida está deliciosa, realmente estupenda, pero hay algo que me adormece la lengua.

—Creo que hay pimienta en mi comida —comento con Linda.

—¿No es el mismo plato que el mío? No tiene pimienta. Yo no noto nada de eso.

Como un poco más, mi lengua empieza a hormiguear y la garganta a picarme.

—¿Qué tiene esta comida? ¿Lo viste? —Me cubro la boca para toser.

—Son gambas con salsa de champiñones, especias y arroz.

—¿Champiñones? —Los ojos también me empiezan a arder y la cara me quema—. ¿Has dicho setas? Soy alérgico —digo con dificultad—. Necesito un médico, Linda. —Le agarro la mano con fuerza.



CAPÍTULO 56

Linda Fonseca

—***Toma*** un vaso de agua, Linda.

Gustavo me lo entrega y es un sacrificio sujetar el vaso desechable de lo mucho que estoy temblando. Bebo el agua y acabo mojándome.

—¿Crees que se va a poner bien?

—Sí, va a ponerse.

—¿Lo has visto alguna vez tener una reacción alérgica así?

El vaso se rompe en mi mano por el temblor.

—No. Ni siquiera sabía de esa alergia suya.

Trastea con el teléfono.

—Linda, tengo que irme y terminar la reunión. Se va a poner bien. Quédate aquí para cuando salga el médico.

—Pero no sé qué hacer.

Me angustio.

—Solo quédate callada y espera las noticias. Coge su móvil y llama a su madre, por si necesita quedarse ingresado.

—¿Ingresado? Ay, Dios mío…

Me pongo todavía más nerviosa.

—Para cualquier cosa, me llamas. En cuanto termine la reunión, vengo a verlo, si no ha mejorado.

—Está bien.

Asiento con la cabeza, con el corazón en un puño.

En cuanto se va, me quedo sola en el pasillo y me siento en la silla. Solo me queda mirar la puerta de la sala donde está él.

¡Tengo tanto miedo!

Tengo miedo de que se muera.

"Ya he perdido a mi madre, a mi padre…

No puedo perder a alguien más."

El miedo me hace llorar.

Esto no puede volver a pasarme.

He intentado ser fuerte y relativizar la ausencia de mi padre en estos últimos días, y hasta este trabajo, estos líos, me han tenido la cabeza ocupada y me han distraído; pero ahora, viéndome en esta situación, el miedo a la pérdida me consume de nuevo.

"¿Y ahora?

¿Y si le pasa algo?"

No puede.

Me levanto y cojo un papel de cocina para secarme las lágrimas.

El médico sale de la sala y me da miedo lo que vaya a decir.

—¿Usted es la acompañante del paciente Rómulo Guimarães?

—Sí.

Asiento, intentando controlar las emociones, y respiro hondo.

—¿Cómo está?

—Está en observación. Ya ha sido medicado y vamos a esperar la respuesta a la medicación en el organismo.

—¿Pero se va a poner bien?

—Probablemente.

"¡Probablemente no es un sí!"

—Pero él puede… ¿Podría no resistir?

—Lo trajeron rápidamente. Si hubiera tardado más, correría más riesgos.

"No respondió si aún puede."

Una enfermera lo llama; él pide permiso y la acompaña. Aprovecho para entrar en la habitación donde está Rómulo, aunque no tenga permiso.

Está tumbado en la cama hospitalaria, con una cánula en la nariz y un sensor en el dedo.

—Enfermera, ¿puede ver si mi novia está fuera? Pídale que entre —pide con un poco de dificultad al hablar.

"Novia..."

Me acerco al lecho. Tiene los ojos y los labios hinchados, además del rostro irritado.

Ni parece Rómulo.

Vuelvo a preocuparme.

—Soy yo, pero no soy tu novia —corrijo en un susurro.

No abre los ojos, pero mueve la mano hasta encontrar la mía y sujetarla.

—Tienes la mano fría —susurra.

—Sí.

Intento mantener la calma.

—¿Te sientes mejor?

—Me duele mucho la cabeza. ¿Puedes apagar la luz?

—Puedo.

Le suelto la mano y voy a apagar la luz; después vuelvo junto a la cama hospitalaria y él abre un poco los ojos.

—¿Estabas llorando?

—¡Yo no!

—Tienes el maquillaje corrido.

"¡Mierda!"

Voy al baño de la habitación en busca de un espejo. Me miro y sí, el maquillaje está corrido. Lo limpio con un trozo de papel higiénico, pero los ojos siguen vidriosos.

Aun así, vuelvo junto a su cama.

—Siéntate aquí.

Se aparta del borde del lecho; subo al banquito y me siento. Él vuelve a tomarme la mano y me mira, pensativo.

Nunca imaginé que nos encontraríamos en una situación como esta. Él está enfermo y yo muriéndome de preocupación.

—¿Quién diablos sirve setas con gambas?

—Creo que todo el mundo pijo.

Me río.

—Odio ese restaurante.

—Entonces, ¿por qué fuiste, eh? Apareciste de repente.

—Porque estabais allí. Llamé a Gustavo para comer; dijo que iba a comer con esos tíos, y aparecí.

—Ni miraste bien cuál era la sugerencia del chef. Yo no sabía que tenías alergia a las setas. Esas cosas hay que contarlas.

—Las evito desde niño. No presté atención a eso.

—Ni Gustavo lo sabía.

—Debería habérselo contado.

Cierra los ojos.

—¿Rómulo? Mantente despierto. ¡No me mates del susto!

Sacudo la mano con la que me sostiene y él abre los ojos.

—¿Estás preocupada por mí?

—¡Claro! Te estabas ahogando en medio del restaurante. ¡Nos desesperamos y te trajimos al hospital!

—Creo lo mismo que todos.

Acaricia mi mano.

—¿Sobre qué? —pregunto bajo el efecto de su caricia.

—Que eres mi novia.

"Y de la nada cambia de tema."

—Nunca lo escondiste.

—Aunque no sea real, eres la primera novia que he tenido. ¿Sabías?

Qué locura, ponerse a hablar de eso ahora.

Pero me sorprende la revelación.

—Lo dudo.

—Solo podemos considerar lo que valió la pena.

"¿Entonces yo valgo?"

—¿Tuviste peores que yo?

Cierra los ojos.

—Ninguna que llorara por miedo a mi muerte.

Se me enciende la cara.

No quería que supiera que estuve llorando por eso. Ahora me siento más tranquila, todavía preocupada, pero más tranquila.

—Que vivamos discutiendo no significa que no me preocupe por ti.

Él esboza una leve sonrisa.

—Podría haberme muerto y ni me casé ni tuve hijos…

—¡No digas eso, Rómulo! No te vas a morir. El médico dijo que fuimos rápidos al traerte aquí.

—¿Tú quieres tener hijos, Linda? —abre los ojos.

"El arte de cambiar de tema de golpe."

—No sé. Nunca lo he pensado.

Me encojo de hombros.

—Yo tampoco lo he pensado hasta ahora. ¿Para quién va a quedar mi fortuna si ni siquiera tengo un hijo?

—¡Deja de hablar así, me estás poniendo nerviosa, Rómulo!

"¡Ya basta: el médico ha aclarado la situación sin aclarar!"

—¿Te quedas aquí conmigo? —Aprieta mi mano.

—Me quedo. ¿Y adónde me iría?

Sonríe.

Creo que mis intentos de no sentir nada por él han fracasado.

—La cena no va a tener lugar.

—No importa.

—Quiero una cena solo contigo.

Sigue acariciando mi mano.

"Pobre de mi corazón, con tantos traqueteos."

—¿Solo conmigo? Yo solo iba a esta porque era cosa de trabajo.

—Fue solo una excusa. Nadie aparte de nosotros dos iba a aparecer.

"¿Una excusa?

¿Hasta qué punto ha llegado este hombre?"

—Ya has cenado conmigo muchas veces —digo sin entender el motivo de inventarse una cena de trabajo falsa.

Él me mira fijamente todo el tiempo, igual que ha hecho últimamente. Aunque tenga la cara deformada, puedo ver que tiene la mente lejos y los ojos clavados en mi boca.

Cohibida, miro nuestras manos.

Una enfermera entra en la habitación y enciende la luz.



CAPÍTULO 57

Rómulo Guimarães

¡***Qué*** susto de la hostia!

De verdad pensé que iba a morir.

Me duele la cabeza, tengo la cara hinchada y debo de estar feo de cojones.

Los antialérgicos me han dejado somnoliento y casi no consigo mantenerme despierto, pero estoy feliz de que Linda esté aquí conmigo.

Ella apagó la luz después de que la enfermera se fue y aproveché para echar una cabezadita. Soñé con el restaurante de mariscos, con el resort, cosas que no tenían ningún sentido.

Me despierto con la voz de Linda.

—Hola, Laisa.

Abro los ojos y veo que está yendo de un lado a otro con el teléfono en la oreja.

—Rómulo no va a volver a la oficina hoy. Ha tenido una reacción alérgica y estamos en el hospital. ¿Puedes cancelar las citas que tiene esta tarde? Reprograma… Sí. Ya le han dado la

medicación. Estamos esperando al médico para el alta… —Me mira y cierro los ojos. —Vale. Chao…

"¡Cómo está toda llena de iniciativas!"

Con lo que me ha pasado, me olvidé por completo de lo que iba a hacer esta tarde. Mi vida es más importante que esas citas, pero menos mal que ella se acordó e hizo la llamada.

—Hola, Gustavo…

"Llamó al desubicado.

¿Cómo pudo llevar a Linda en medio de un montón de machos atrevidos?

¡Aquel hombre venía con el cuento del resort, creyendo que iba a ligarse a la mujer hablando de los bienes que posee!

Solo si fuera una niñata pija interesada, pero a Linda no le van esas cosas. Apuesto a que, si aceptara, sería más por la experiencia de pasar un día en un resort que por interés en él y en lo que tiene."

—Sí. Está bien… No. Creo que no. Voy a llamar a su chófer… Está bien. Gracias. Chao. —Se gira hacia mí. —Rómulo, ¿cuál es la contraseña de tu móvil? Necesito llamar al chófer. —Me alarga el móvil.

—¿Estás haciendo las llamadas desde mi móvil?

—No, pero se me ha acabado el saldo.

Marco la contraseña para que la vea.

—¿Te la has aprendido?

—Sí. —Me quita el móvil de la mano.

—¿Cuándo nos vamos?

—Cuando vuelva el médico.

—Qué tardanza. Quiero irme a mi casa. Mi cama es mucho mejor que esta.

—Cualquier cama es mejor que esta. —Se aparta y coge una botella de agua.

—¿Cancelaste mis citas?

—Sí. Llamé a tu asistente.

—Te estás desenvolviendo muy bien en el puesto.

Se atraganta con el agua y tose.

—Solo hice lo que hacía falta. ¿Quieres agua?

—Quiero.

Me entrega la botella.

—¿Qué es esto? — Coge un mando. —¿Será del aire acondicionado? Aquí hace frío. —Lo apunta al aparato y el cabecero empieza a subir y me empuja para sentarme. Se emociona. —Retiro lo dicho sobre la cama. ¿Te imaginas tener una con un mando así?

Al menos estoy sentado y es la mejor posición para beber agua. Me la tomo entera.

—No toques más ese mando.

—Pero quiero saber qué hace este botón de aquí. —Me lo enseña.

—No. No toques. —Le quito el mando de la mano y le devuelvo la botella vacía, luego coloco la cama en una posición más cómoda. —Ahora sí.

—Qué hospital más lujoso, ¿no? —Pasea por la habitación. —La mejor parte es la vista. Dios bendito. —Se acerca a la ventana y mira hacia el pasillo.

—¿Qué ves ahí?

—Nada que te vaya a gustar ver.

"No me fío de eso."

—¿Cómo está mi cara? —pregunto, mientras me la toco.

Los labios ya parecen bastante más pequeños, no siento los ojos tan hinchados y puedo abrirlos mucho más.

Vuelve cerca de la cama y me examina la cara.

—Está menos peor.

—¿Menos peor?

—Es que antes estaba peor. Ahora está menos peor, pero aún está peor que lo normal.

—¿Peor que lo normal? ¿Me estás llamando feo?

—No. Estoy hablando de peor, solo eso.

—Entendí "feo".

—No voy a decir que eres guapo. —Se aleja y sonrío por dentro.

Es la primera vez que la veo así.

Es bueno saber que se preocupa por mí.

—¿Vas a mi casa? —pregunto esperanzado.

—Voy. Si tú quieres, quiero decir, si lo necesitas.

—Lo necesito.

Asiente con la cabeza.

"¡Genial!

Esta alergia me está sirviendo de maravilla."

—Con permiso, necesito verle.

La puerta se abre y Ana Cláudia entra junto con un enfermero.

—Rómulo, ¿cómo estás? ¡Gustavo se lo dijo a Maria Clara y ella me lo dijo a mí: que estabas en el hospital! —Se me acerca preocupada. —¿Estás bien?

"No tengo una hora de paz."

—Señorita, no puede entrar así. Tiene que llevar la tarjeta de visita. —El enfermero intenta sacarla. —¿La señorita es de la familia?

—¡Pues claro! Soy gran amiga de Rómulo. ¿A que sí, Rómulo? —Se sienta en el borde de mi cama.

Miro a Linda, que observa de lejos, con los brazos cruzados.

Creo que ahora sería un buen momento para que se pusiera agresiva, porque necesito paz en mi reposo.

—¿Qué quieres, Ana Cláudia?

—Vine a cuidarte. ¡Ay, Rómulozinho, qué hinchado estás! Esto va a pasar, ¿verdad? —pregunta dramática y mira al enfermero.

—Sí, pasará. Es una reacción alérgica —responde el enfermero.

—De todas formas, tengo unas cremas aquí que te van a encantar. —Saca el bolso.

"¿Cremas?

¡Era lo que me faltaba!"

—Ay, Ana Cláudia, ¡por el amor de Dios! ¡No vengas a tocar las narices en un momento como este! —Linda interviene, impaciente. —¡Lárgate de aquí y deja a Rómulo descansar!

—¿Y tú, qué haces aquí?

—Soy su acompañante.

—Enfermero, ¿usted dejó que esta tía acompañara a Rómulo?

Linda se ríe.

Me vuelve a doler la cabeza, por eso me voy a quedar callado.

—Querida, ¡fui yo quien lo acompañó hasta aquí!

"Qué dolor de cabeza."

Ana Cláudia se aparta de mí y va hacia Linda. Me quedo con un solo ojo abierto porque la luz está encendida ahora que el enfermero decidió iluminar la pelea.

—Solo puedo creer que estás amenazando a Rómulo de algún modo, porque esos chismes… Aparecer con él en el cóctel… ¿A quién crees que engañas? Jamás Rómulo saldría con una chica como tú. ¡Pobretona estafadora! Yo no me creo vuestra relación. Rómulozinho… —Se gira hacia mí. —Si necesitas ayuda, si te está amenazando, parpadea dos veces. ¡Apuesto a que fuiste tú quien le dio el veneno para que esté así!

"¡Dios mío!

No tengo ánimos para hablar con esta sin luces."

—Ana Cláudia… —Linda respira hondo y fuerte. —Aún no tengo antecedentes, ¡pero me los ganaría con gusto si fuera para reventarte la cara! —Da un paso hacia la chica, que retrocede, y el enfermero se pone entre las dos.

—¿Se permite esto, enfermero? ¡Me está amenazando! ¡Eche a esa mujer de aquí! —grita Ana Cláudia.

—No — digo, cansado. —Ven aquí, Linda. Deja eso. Ana Cláudia, ya has visto que estoy fatal, así que puedes irte. Agradezco la preocupación, pero si es para insultar a Linda, mejor vete.

—No imaginé que ya hubieras cogido los modales de esta estafadora, Rómulo. No te reconozco. —Ana Cláudia sale decepcionada, acompañada por el enfermero.

"Yo tengo una suerte con estas mujeres…

Que si Kettelyn, que si Ana Cláudia…"

—¿Ves por qué no había nadie? ¡Son todas así!

—¡Estafadora es ella!

"Linda se pone aún más linda cuando está molesta."

—Me duele la cabeza.

—Por su culpa… —Se levanta y apaga la luz. —Llega gritando y aún quiere hablar de modales.

—Olvida eso. Quédate aquí, cerca de mí, a ver si mejoro más rápido.

"Voy a aprovechar."

—Hola. —Aparece el médico y debe de ser para darme el alta.



CAPÍTULO 58

Rómulo Guimarães

Por fin llegamos a mi casa.

Me duele la espalda por culpa de la cama del hospital, pero al menos se me pasó el dolor de cabeza.

En cuanto entramos, dejo a Linda hablando con Sérgio y me voy directo a mi cuarto, me ducho, cierro todas las cortinas de la habitación y me tumbo en la cama.

—La cocinera te va a preparar un plato, ¿vale? —Linda aparece en mi cuarto.

—Vale.

—He traído agua.

—Déjala ahí en la mesa.

—De acuerdo. ¿Quieres algo más?

—Por ahora no —susurro.

—Vale.

—Rómulo —una voz me saca del inconsciente—. Rómulo, tu comida.

Es ella.

—Déjala ahí.

—No, vas a comer ahora. ¡Ya son las cuatro de la tarde y no has almorzado!

Me doy la vuelta y veo a Sérgio detrás de ella, riéndose, con los brazos cruzados, mientras ella tiene el plato en la mano.

—¡Venga, antes de que se enfríe!

"¡Mandona!"

Me siento en la cama.

—No tengo hambre, solo quiero descansar.

—¿Y morirte de hambre mientras duermes? —Lleva el plato a una mesa que hay en mi cuarto donde de vez en cuando tomo café.

—No es para tanto. Quien tiene hambre ni consigue dormir.

—Tú nunca pasaste hambre. —Arrastra la silla.

"¿Acaso ella sí?"

—¿Quieres algo más? —Parece bien dispuesta a ayudar, apoyada en la mesa.

—Por ahora no —respondo.

—Entonces ya puedes irte, Sérgio —avisa.

Empiezo a comer y aparece el hambre.

—Tu cara ha mejorado. Creo que no te vas a morir por esto.

Me río.

—¿Sigues pensando en mi muerte, Linda?

—Ya no —anda por la habitación—. Tu cuarto es casi del tamaño de mi casa.

—Tu casa ahora es el piso y no es tan pequeño.

—No lo es. Es tuyo.

—Ahora es tuyo.

Se gira hacia mí.

—¡Pero es mucho dinero! No quiero pasar por estafadora.

—¡Ay, Dios mío! ¡No me digas que escuchaste lo que dijo Ana Cláudia!

—Es mucho dinero y aún no tengo cómo pagar un apartamento así, tampoco quiero que me lo regales.

—Tema zanjado, Linda.

Niega con la cabeza.

—¿Necesitas el documento para aceptarlo? Haré que lo traigan.

—Sabes que no quiero nada.

—Sí, pero no acepto devoluciones. —Sigo comiendo.

Deja de hablar y vuelve a andar por el cuarto. En cuanto termino, voy al baño y decido volver a la cama.

—¿Te sientes bien? —pregunta.

—Mucho mejor. —Me acomodo en la cama.

—Creo que voy al piso a cambiarme de ropa… Ducharme.

—¿Pero vuelves? —La encaro.

Parece indecisa.

—¿Me necesitas?

"¡Pues claro que sí!"

—Ven. ¿Y si tengo una recaída?

—¡No digas eso! —Se pone la mano en el pecho, asustada—. Voy y vuelvo entonces. —Sale del cuarto apresurada mientras me río bajito.

Para asustarla basta con hablar de muerte; bueno saberlo.

El sueño me atrapa de nuevo y me despierto con un olor dulce y floral llenando la habitación.

—Rómulo, la medicina —avisa Linda, para darme un susto de muerte esta vez.

—¿A qué hora llegaste? —Me vuelvo hacia ella.

Ya decía yo que reconocía el perfume.

Lleva un vestido negro que no se ciñe al cuerpo.

—¿Ya vienes de luto?

—¡Uf, Rómulo! ¡No digas eso! —ruega, dramática.

Esta vez me río delante de ella, porque no hay cómo esconderlo.

—Eso no tiene gracia.

—¿Dónde está la medicina? —Me siento en la cama.

Saca de la caja una pastilla y me la da con el vaso de agua.

—Pues ya hemos cumplido todo el juramento del matrimonio —comento al tomar la pastilla.

—¿Cómo así?

—En la alegría y en la tristeza, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza… —Bebo toda el agua.

—Esta sí que es buena. Te lo inventas…

—¿Cuánto tiempo dormí? —Me levanto y voy al baño.

—Ni idea.

—Mi cara ha vuelto a la normalidad. —Me miro al espejo y respiro aliviado.

"¡Maldita alergia!"

Me río y la miro.

—¿Qué fue?

—Nada. —Se aparta.

Me arreglo un poco el aspecto y, cuando salgo del baño, Linda está frente a la ventana, con el viento dándole en el pelo.

—¿Te gusta mi cuarto?

—Tiene una bonita vista de la ciudad. ¿Por qué no vives en una urbanización?

—Me cansé de las urbanizaciones.

—Suerte que hay mucha gente aquí… Pero no deberías quedarte solo los fines de semana. ¿Y si hay una emergencia?

Nunca pensé que Linda se preocuparía así por mí. Está en estado de alerta, todo el tiempo preguntando cómo me siento, si necesito algo y con miedo de la palabra muerte.

Si volvió, significa que va a dormir aquí.

Sonrío pensando en la otra noche.

—Eso no ha sido un problema últimamente; al fin y al cabo he pasado los fines de semana en tu compañía.

Cada día que pasa estoy más parecido al desubicado de mi hermano, emocionándome con todo.

Ella vuelve a mirar hacia fuera y veo movimiento al otro lado del muro. Observo unos segundos hasta darme cuenta de qué es y sujeto los brazos de Linda para apartarla de ese lugar.

Me alejo y la traigo conmigo.

—¿Qué fue? —Se asusta.

—Hay alguien sacando fotos fuera. Ya deben saber lo que me pasó. —Suelto su cuerpo.

—Jo, ¿pero no dan un día de paz, eh?

—Últimamente no. —Cierro las cortinas y me siento en la cama, donde está mi móvil, así que le echo un vistazo por si no hay nada importante.

—¿Quieres cenar? —Se acerca a la cama y dejo el móvil a un lado.

—No tengo hambre. —Me levanto y la encaro.

"¿Será que ahora, después de este susto, dejará la pose?"

—¿Quieres agua? —Da un paso atrás.

"¿Me tiene miedo?"

—No.

—Ah, entonces… Entonces me voy al salón.

—No. —Le agarro el brazo—. Quédate aquí haciéndome compañía.

—¿Compañía? —repite, sorprendida.

—Sí. —La acerco a mí y me siento en la cama.

Ella no se suelta.

—¿No quieres asegurarte de que estoy bien?

La dejo entre mis piernas y suelto su brazo para sujetar su cintura. No hace ni dice nada, permanece tímida, con una mirada asustada.

La parte de ella que más me está volviendo loco está justo frente a mí.

Paso el pulgar derecho por debajo de su labio inferior y este se ladea con el empujón; entonces lo toco.

Tan suave…

Ella no hace nada más que mirarme. Sus ojos brillantes parpadean lentamente, tranquilos e hipnotizantes.

Agarro su nuca y tomo sus labios, eufórico y sediento por sentir su sabor. Chupo su carne blanda y dulce, sin permitir que sus labios escapen ni un segundo. Pido un permiso respetuoso con la lengua y la euforia se apaga mientras nuestras frentes se juntan. Muevo los labios con la esperanza de que me deje ir más hondo y, cuando ella separa los suyos, temo que se le ocurra huir.

Abro los ojos aún con nuestras frentes pegadas, ella hace lo mismo y puedo ver el deseo en sus ojos.

"¿Por qué huyes de esto?"

Baja la mirada y se lanza a mi boca, succionando mis labios como si fuera la primera dosis de oxígeno al recuperar el aliento.



CAPÍTULO 59

Rómulo Guimarães

Agarro su cintura y aprieto su piel, hambriento por cada parte de su cuerpo casto, mientras saboreo cada centímetro de su boca.

Mi polla se endurece rápidamente al sentir su cuerpo caliente pegado al mío. Ella apoya las manos en mi pecho, agarrada a mi camisa, atrapando mi piel del mismo modo que yo hago con su espalda. Quito la mano de su nuca y aprieto su muslo, liso y delicado como su rostro. Recorro la piel caliente por debajo del dobladillo del vestido. Ella me da un manotazo en la mano y la aparta de su cuerpo. Agarro el muslo de nuevo y, esta vez, lo traigo hacia mí.

Linda se apoya en mis hombros y hago lo mismo con la otra pierna. Se sienta encima de mí y arrastro mis labios por su rostro hasta el cuello. Chupo su piel y dejo besos y más besos.

"¡Cómo huele de bien!"

Dedico unos segundos a recrearme en su olor y, como si lo potenciara, ella suspira, moviéndose en mi regazo. Por fin se frota contra mi erección, volviéndome aún más loco.

Miro sus labios hinchados y los beso de nuevo. Capturo su lengua caliente dentro de mi boca y la chupo mientras Linda sigue frotándose contra mí, gimiendo deliciosamente.

—Joder, Linda. Quiero chuparte cada parte, lo que incluye ese coñito que se está frotando contra mí.

Ella aparta el rostro, asustada y jadeante.

—No me mires así, que las ganas solo aumentan —le agarro el culo y la arrastro de forma brusca y rápida hacia mí.

Su cuerpo entero viene y alcanzo su boca una vez más, en un beso intenso que en poco tiempo es dominado por ella.

Para quien nunca ha besado a otro hombre y me ha besado pocas veces, sabe marcar el ritmo, pero su ritmo es arrasador y solo me hace querer follarla.

La lanzo sobre la cama con un deseo incontrolable.

Su vestido ahora revela la diminuta braguita negra que no esconde en nada lo pequeño que es su coño.

"Tal como imaginé…"

—Vamos con calma —pide con miedo.

Miro su cuerpo buscando memorizar esta imagen para siempre.

¡Linda en mi cama parece un delirio!

—Esto es con calma. Relájate —me tumbo entre sus piernas y aprieto sus muslos con las uñas—. Eres una delicia —le beso el escote e intento alcanzarle los pezones sin quitar las manos de sus muslos.

Linda hunde los dedos en mi pelo, tira de mi cabeza hacia la suya y me besa con necesidad. Quiere cambiar mi foco, pero, aun besando su boca, sigo frotando mi cuerpo con el suyo, mientras mi polla late en el pantalón, palpitando más fuerte porque sé que su alivio está justo delante, calentito y seguramente húmedo.

Ella se asusta con la fricción.

Creo que nunca ha tenido una erección cerca de sus partes íntimas; en realidad, creo que nunca ha sentido una erección antes.

Linda nunca ha estado con un hombre.

—¿Ves cómo me pones? Siento tanto morbo que duele.

"Y rozarme con un cuerpo tan delicado e intacto me excita aún más."

Ella interrumpe el beso y yo recobro el aliento mientras miro su hermoso rostro.

—No estoy lista para esto, Rómulo —revela, apoyando las palmas en mi pecho.

"Me imaginé que diría eso."

—No te preocupes, solo iré hasta donde tú me dejes —le quito las manos del pecho y vuelvo a besar su boca.

Linda me agarra del cuello y corresponde al beso.

Ahora estoy seguro de que es consciente y está implicada en lo que está pasando.

La sed de besarla y sentir su cuerpo en el mío no cesa, ni siquiera disminuye; al contrario, es una llama que solo crece.

Le subo el vestido y lo llevo hasta rozar su cuerpo desnudo.

¡Tiene una cintura tan fina!

Y sus pechos… tengo que interrumpir el beso para mirarlos. Son pequeños, con pezones beis y puntiagudos.

—Pareces un salido.

—Cualquiera lo estaría viéndote así. Menos mal que nadie más te ha visto —le masajeo el pecho derecho y acaricio el pezón con la punta de los dedos, girándolo entre ellos.

Linda salta en la cama y me mira con la boca entreabierta.

—¿Te gusta?

Ella asiente con la cabeza. Cambio los dedos por la boca y le mamo el pecho mientras ella mueve la cadera e inevitablemente se frota contra mi polla.

—Gime, Linda. Gime para mí —chupo el pezón sabroso y vuelvo a mamar.

La boca, el pecho…

Solo falta el coño.

—¡Desgraciado!

—Acepto insultos también —paso al otro pecho y aprieto su cintura fina, con la cara enterrada en su piel suave.

Me arrodillo entre sus piernas y desciendo los besos por su escote, bajando por su abdomen.

—¡Desgraciado… *Ahhh*!

Acabo de descubrir que sus insultos son mejores cuando van acompañados de gemidos.

Muerdo y chupo la piel, que en esa zona huele a fresa, y ella se arquea en la cama.

Cuando mis labios se escapan hacia el lateral de la cintura, suelta una carcajada y se cubre la boca.

—¡Mierda! Sérgio va a aparecer y a saber lo que está pasando.

—No va a venir. Además, nadie entra en mi cuarto sin llamar. Solo tú, claro, para matarme del susto —vuelvo a trazar besos y llego a su braguita, donde beso por encima de la tela.

Linda levanta las piernas y me aprieta la cabeza con los muslos.

La miro y veo que está recelosa y, al mismo tiempo, parece curiosa.

—Nada de lo que haya hecho hasta ahora se compara con esto.

Ella traga con dificultad y se queda pensativa.

—Vamos con calma.

Le beso la cara interna del muslo y ella se estremece.

—Está bien —me inclino sobre ella para besar sus labios—. Como tú quieras.

Ella esboza una sonrisa tímida.

—Duerme conmigo hoy; prometo que no voy a pasarme de los límites. Ya te lo he demostrado.

Vuelve a quedarse pensativa; después frunce el ceño y sonríe.

—No me creo que esté haciendo esto contigo.

La abrazo y la atraigo para que se quede encima de mí.

—Pues deberías, ya que soy el hombre adecuado —le aparto el pelo y nos besamos de nuevo.



CAPÍTULO 60

Linda Fonseca

Dormí con Rómulo, en la cama y en sus brazos.

A diferencia de la otra vez, esta vez nos tocamos. Él no tocó mi parte más íntima, pero fue como si me hubiera desnudado por completo; sentí su cuerpo, cada parte, sobre todo aquella que no conozco de ningún hombre.

Me despierto temprano, con muchos pensamientos; él me abraza y me besa el cuello.

¡Es tan bueno!

Suena la alarma y él me suelta, levantándose de golpe, mientras yo sigo acostada, fingiendo que estoy dormida.

—Linda, despierta. Hora de arreglarte para trabajar.

Pensé que hoy se relajaría un poco, pero, cuando se trata de trabajo, el hombre es realmente muy puntual.

Finjo que acabo de despertar, me siento en la cama rascándome los ojos y me arreglo el pelo.

"¿Estaré muy fea?"

Pero él ya me vio despertar cuando estaba enferma y peor que aquello no puedo estar.

—¿Quieres ducharte conmigo? —pregunta de repente.

—¡No! —respondo, sintiendo la pulsación frenética en mi pecho.

Él entra en el baño.

—Voy al otro cuarto; dejé mis cosas allí.

Salgo de su cuarto y voy a donde dejé mis cosas.

Me ducho, me cepillo los dientes y me peino. Cuando salgo, él también está saliendo, todo arreglado.

Rómulo se acerca con ese aire poderoso que le dan el tupé y el traje; luego me toma de la mano y besa mis labios como si fuera algo muy natural.

Lo peor es que me gusta.

Eso significa que lo de ayer todavía existe hoy y no es como "algo que no tuvo ningún significado", como le dijo a aquella rubia desgraciada de RP, y no se arrepiente de lo que tuvimos.

Me hace acompañarlo por el pasillo.

—¿Dormiste bien?

—Sí.

—Qué bien. Vamos a pasar por tu apartamento para que te cambies de ropa y después vamos a desayunar al sitio de siempre.

"¡Ya tenemos una rutina de verdad!"

Sérgio está en el salón y nos da los buenos días. Respondemos juntos, pero aún me da vergüenza cuando mira nuestras manos juntas.

No debería estar con Rómulo, pero una parte de mí quiere, y cada parte de mi cuerpo, que fue tocada por él anoche, está feliz por ello.

Salimos de su casa y el chófer nos lleva a mi apartamento. Cuando bajo del coche, él se queda observándome.

—Si no quieres esperar en el coche…

—Pensé que no me invitarías, aunque prescindo de invitación —sale del coche sin demora.

"¡Creído!"

Entramos en el edificio y enseguida en el ascensor y, en cuanto se cierran las puertas, Rómulo me arrastra a un rincón, levanta mi rostro y empieza a besarme.

Pienso que esto de aquí, esta sensación, es algo solo nuestro, íntimo, placentero y mágico.

Y parece que ahora va a hacerlo a todas horas. Le correspondo con tanto empeño como él.

El ascensor se detiene y nuestro beso termina, pero él todavía me besa el cuello y me hace cosquillas; por eso sonrío.

—Buenos días.

Alguien habla y Rómulo mira hacia atrás.

Es mi vecino.

—Buenos días, Juliano —digo sonriendo, y tiro de Rómulo del brazo, fuera del ascensor.

—Buenos días —Rómulo adopta la seriedad de siempre y eso me hace reír.

Abro la puerta del apartamento y entramos.

—Tienes cinco minutos para cambiarte de ropa.

—¡Eita!

Corro al cuarto y cierro la puerta.

—Nada de eita, vamos tarde.

—Increíble cómo pasas de un hombre tranquilo y cariñoso al CEO sin corazón en segundos —Me arranco el vestido a toda prisa.

—¿Tranquilo y cariñoso? ¿Yo? ¿Desde cuándo?

"Y la difícil soy yo."

—Desde nunca, me equivoqué.

Cojo un pantalón y una blusa del armario y me visto.

En cuanto termino, me pongo crema en el pelo, vuelvo a peinarlo, dejándolo peinado de lado; me pongo los pendientes, los tacones y me echo perfume. Por último, me acuerdo de coger el bolso.

—El tiempo está pasando… —dice, y salgo del cuarto—. Muy bien. —Se levanta del sofá y se acerca analizándome de pies a cabeza.

Antes de que diga algo, me besa, y es un beso que quita el aliento.

Todos lo son, y solo paramos en el último suspiro.

—¿Y no eras tú quien dijo que llegábamos tarde?

—Tus cinco minutos se acabaron… Ahora, vamos —me tira del brazo.

"Está loquito de remate."

Salimos del edificio y el chófer nos lleva a la cafetería. Desayunamos y él, descaradamente, pasa su pierna por la mía. Lo peor es que, después de lo que pasó ayer, esto ya no me descoloca tanto.

—Estás… ¿cómo dicen? Radiante —comenta.

—Siempre lo estoy.

—No. Hoy lo estás más. Deja que Gustavo se dé cuenta y verás cómo te convences.

Sonrío.

Gustavo es el maestro de las expresiones; lee la cara de todo el mundo.

—No entiendo cómo un tío majo como él sale con una pesada como Maria Clara. Es otra copia de Ana Cláudia.

—Solo se está divirtiendo con ella.

—Pero salen juntos y van de la mano.

—Esa es su forma de divertirse; no significa que estén enamorados.

"Ahora estoy preocupada."

—¿Cuál es tu manera de divertirte con una mujer? —pregunto, porque con la respuesta ya me hago a la idea de lo que está pasando entre nosotros.

Él sonríe y me lanza una mirada con encanto que me deja blandita.

—No soy muy de divertirme, pero creo que mi idea de diversión sin compromiso con una mujer ahora sería… —menea la cucharilla en el café mientras yo permanezco atenta a lo que dice—. Una invitación casual para pasar la noche en algún lugar donde nadie que nos viera saldría cotilleando y bien lejos de mi casa. Tampoco saldría con alguien de mi entorno. Es complicado convivir con alguien con quien ya te has liado. Esa es mi idea de diversión.

"Se quedó conmigo en su casa y en su cama, así que no entro en eso de diversión casual."

De cierta forma es un alivio; al fin y al cabo, ¡me vio casi completamente desnuda!

Pero sobre las personas del entorno, enseguida me viene a la mente la RP.

—¿Dices eso por la RP?

Él asiente con la cabeza.

—Fue un rollo que no debería haber pasado. Hay gente que no sabe lo que es una relación casual.

"Yo no lo sé."

—¿No quieres nada con ella?

—No. Bebimos y pasó, solo eso.

"Conmigo estaba sobrio."

—¿Te arrepientes? ¿Alguna vez te has arrepentido de haberte liado con alguien?

Él esboza una leve sonrisa, mirando la taza de café.

—Claro.

"¡Eita!

¿Será que se arrepintió de haber estado conmigo?

Pero luego me besó."

—Tú no entras en ninguna de esas listas, Linda. Relájate —dice, dando un sorbo al café.

El alivio es inmediato.

—No pensé en eso, ni me importa —miento, y me encojo de hombros.

—Está bien.

—Como dices, fue solo un acontecimiento.

Él alza las cejas, sorprendido.

*"Solo el **acontecimiento** de mi vida."*



CAPÍTULO 61

Linda Fonseca

Llegamos a la empresa y él me da un beso de despedida.

—¿Nos vemos para comer? —me mira la boca.

Lo peor es que yo también me quedo mirando la suya.

—Eso, para comer. En un restaurante que no te suponga peligro. —recuerdo lo que pasó ayer.

"Pobrecito."

Él aún se ríe.

"¿Yo con pena de Rómulo?

El mundo se ha puesto patas arriba."

—¡Hecho! —me guiña un ojo y salgo del ascensor conteniendo la sonrisa.

"Ay, Dios mío.

Creo que me está gustando esto."

Miro hacia atrás y él se queda mirándome hasta que la puerta se cierra.

—Buenos días —digo al pasar por la recepcionista y otra empleada chismosa.

—Buenos días, Linda.

—Buenos días.

Gustavo viene justo detrás.

Parece hasta que soy la jefa, porque me abre la puerta.

—¿Vino mi amigo?

—Vino.

—¿Me he convertido en el tío más guapo del edificio o él ya ha vuelto a la normalidad?

Suelto una carcajada.

—Ha vuelto a la normalidad.

—Qué pena, pero parece que el problema os unió aún más.

—¿Cómo es eso? —se me congela la sonrisa.

—Estás diferente, genuinamente feliz. ¿Rómulo se ha enternecido más? Enternecido en buen sentido, claro. Del corazón, ¿entiendes?

"Rómulo tiene razón respecto a su amigo."

—Normal. Cosa normal —respondo sin ser capaz de mirarlo.

—Ajá. Creo que vosotros dos estáis más enamorados que nunca. Con permiso, necesito ver la cara de muy enamorado de mi amigo Rómulo. Esto es inédito en la vida de todos nosotros. —Sale del despacho animado.

Él simplemente lo deja todo solo para matar su curiosidad y quedarse haciendo esas bromas con Rómulo.

Aún me hace gracia.

Dejo eso de lado y reviso los compromisos del día en la agenda.

Cuando salgo del despacho a por un cafecito, me encuentro a la RP y a otra chica en la cocina. No cambio mis planes y voy igualmente, como siempre con la cabeza bien alta.

La guapa está de espaldas y no me ve llegar.

—¿Sabes lo que podemos hacer? Una escapada a algún sitio, quizá un resort, con la gente del edificio. Sé que no todo el mundo irá, pero llamamos a los más interesantes.

—¡Es una idea estupenda! ¡Perfecto! Vas a invitar a Cardoso, ¿no? —la mujer se ilusiona.

—¡Por el amor de Dios! ¡Es el tío del aparcamiento!

—Aparcacoches.

—¡Un aparcacoches, por favor! Ahórrame. Vamos a pescar peces grandes. Piensa en grande, chica. Gustavo, Rómulo.

"Siempre Rómulo."

—¡Me encanta la idea! —digo, metiéndome, y ella me mira con cara de asco—. Voy a avisar a Rómulo. Quizá quiera ir si lo invito yo.

—Como si fueras tan importante… No finjas delante de mí.

—No estoy de acuerdo, pero no tengo que demostrarte nada. —echo azúcar a mi café y lo remuevo con una cucharilla, mostrando una sonrisa plena en los labios.

Me gusta tan poco que disfruto viendo su cara de manía hacia mí.

—La invitación no se extiende a ti, independientemente de cualquier paranoia que tengas —avisa.

—Entonces despídete de la presencia de Rómulo en esa salida tuya. —vuelvo al despacho de Gustavo, sonriéndole.

Esta vez me he asegurado demasiado.

"¿De verdad va a insistir con Rómulo?"

Rómulo Guimarães

—… y estás mejor que nunca. Recordando que ayer tuviste una reacción alérgica. Hoy deberías estar abatido, pero ¿qué tío se ve abatido al lado de Linda, no? Mírame a mí.

Lo encaro con las cejas juntas.

—¿Qué estás insinuando?

—Que Linda también me alegra el día.

—Pero no le pagan para eso, sino para ser tu asistente.

—Madre mía, este amigo mío tardó en tener novia, pero qué celos… ¿Dónde encontraste a esa que no hay otra, no?

—Estoy seguro de que no. Y los celos que siento, que dices que siento, son normales. ¿Tú no sientes lo mismo por Maria Clara? Ah, lo tuyo con ella es solo un rollo —recuerdo.

—Quiero sentir algo, pero ella no me deja. Siempre que está callada, me quedo observándola, desnuda, en mis brazos…

—Sin detalles, por favor.

—… En mis brazos, callada, la encuentro tan bonita que casi me enamoro. Entonces me suelta una cosa abominable y acaba con cualquier posibilidad de que nazca un buen sentimiento, pero recuerdo que el polvo es bueno, debo continuar y no mandarla a la puta que la parió.

—Romántico e inspirador. —me quedo admirado.

Él suelta una carcajada.

—¡Ay, Rómulo! Estoy de verdad feliz por ti. Nunca te vi así.

Reconozco que tiene razón.

—Es todo tan natural que, en vez de asustarme y alejarme, solo me atrae. Ella y yo… Chocamos mucho. Nunca baja la cabeza ante mí y eso me vuelve loco, pero también me hace admirarla por ser tan valiente y sincera.

—Sí. Realmente, es muy valiente y muy sincera. Habla más. —permanece sentado frente a mí.

—Al principio era solo un deseo absurdo que debería haber ignorado, pero después del primer beso me perdí en toda la historia.

—Además, un tipo posesivo, como tú, descubre que fue el primero en todo con la chica, es música para sus oídos. Es como decir: "ahora puedes exagerar". Te tocó la lotería.

"¿Exagerar en qué sentido?

Está loco."

—Sé lo que valgo, me lo garantizo, pero a veces pienso que no soy el tipo con quien ella debería tener esas experiencias. Pero tampoco la imagino con otra persona —me desahogo.

Es la primera vez que toco este tema con alguien. Como Gustavo piensa que ya estoy enamorado de ella desde que la traje aquí por primera vez, no va a juzgarme.

—Si no eres tú, eres tú —bromea.—Solo haz feliz a la chica y todo lo que ya pasó habrá valido la pena.

Asiento con la cabeza.

—Tienes razón.

Alguien llama a la puerta.

—¿Señor Rómulo?

Gustavo aprieta los dientes, tenso.

—Adelante.

Es Kettelyn.

—Ah, qué bien que estáis juntos. He venido a invitaros a una cosa.

—¿Invitación? Suéltala. —Gustavo se anima.

Ella se acerca y apoya la mano en la mesa.

"¡Qué escote tan enorme!"

Linda ya usó uno de esos en aquel cóctel y el impacto casi me mata del corazón.

—Estamos planeando hacer una escapada a un resort. Solo la gente exclusiva, los más próximos. ¿Qué os parece?

—Estoy dentro. ¿Quién va? ¿Van muchas mujeres? —dice mi amigo, animado.

"Vaya, Gustavo."

—Algunas de tu empresa y algunas de aquí, solo las más íntimas.

"Entonces Linda ya debe saber…

Puede que esto la haga feliz, un resort."

—Apunta mi nombre entonces. Voy solo. —Gustavo le guiña un ojo.

"Cualquier mujer para él vale.

Siendo mujer…"

—¿Y tú, Rómulo? ¿Harás como Gustavo? —me mira, inclinándose sobre la mesa para apuntarlo en la lista.

—Parece una buena idea. Pon mi nombre y el de Linda.

—¿Seguro de que la vas a llevar? No es necesario.

—¡Pero bueno! ¿Cómo va a ir sin su chica? ¿Estás loca? —replica Gustavo.

—Ella va, sí. Puedes poner su nombre al lado del mío —digo.

—Está bien… —lo anota.

"Creo que a Linda le va a gustar la idea."



CAPÍTULO 62

Rómulo Guimarães

Paramos en el condominio, pero la verdad es que quería que ella se fuera a mi casa.

—Linda, vamos a un resort, el evento que se han inventado —le aviso, porque no consigo perder la costumbre de tomar las decisiones por mi cuenta.

—¿La de RR. PP. de tu empresa se lo inventó? —me mira con las cejas alzadas.

—Esa misma.

—¿Vas a ir?

—Vamos a ir.

Ella se queda callada y solo asiente con la cabeza, mirando hacia fuera del coche.

—Será dentro de un mes y medio, creo. Gustavo va y otras personas también.

—Genial. —No parece ilusionarse.

Sé que esa actitud es por Kettelyn, pero voy a hacer que ese viaje sea bueno para ella.

—Pero antes de eso, tenemos la entrega de premios y tienes que encontrar la ropa adecuada. Quiero que estés impecable a mi lado.

—Creo que no hay un vestido más bonito que el que usé el otro día. Rómulo, ¿estás seguro de que quieres mi compañía en eso?

—Sí que la quiero y, sobre el vestido, claro que podemos encontrar uno nuevo. Con un escote menor y que no sea tan corto.

Ella me ningunea en silencio.

Sé que solo usó aquella ropa el otro día para sacarme de quicio.

—Así, casi mejor que lo elijas tú mismo.

—No es mala idea y lo voy a considerar. Ya veo que si te dejo las riendas… —echo un vistazo al móvil.

—¿Qué? —me encara con media sonrisa—. Si no cojo yo las riendas y digo un "no", tú te pones a hacer un montón de cosas.

—Creo que es totalmente al revés. Qué digo, lo sé. La loca de remate que no piensa las cosas eres tú.

—¿Yo, la loca de remate? —suelta una carcajada—. ¿Y tú? ¿Quién eres? ¿La cría de Christian Grey? Porque si no es a tu manera…

—Si no es a mi manera las cosas no salen bien y parece que no lo entiendes. Pues a partir de ahora vas a los eventos conmigo con la ropa que yo apruebe.

Ella me mira incrédula, luego suspira.

—Sí, quizá sea bueno para mí. Para ti solo hay un beneficio: no vas a gastar dinero en maquillaje y peluquería, porque me vas a poner una burka. Ya para mí, hay más beneficios: al fin y al cabo, nadie sabrá que soy yo y aún puedo mandar a otra en mi lugar y nadie se va a enterar.

No voy a reírme, pero ese humor ácido suyo me destruye la postura.

—¿De verdad me dejarías ir con otra persona? Porque hay gente que querría acompañarme —pregunto en tono provocador.

Sé que siente algo, pero no quiere admitirlo.

En realidad, los dos tenemos ese problema.

—¿La de RR. PP.? —me mira, aburrida, y pone los ojos en blanco—. Me quedo bien preocupada… Mira mi cara, llévate a esa de ahí contigo.

—No. Quien va eres tú.

—Pareces estar bien animado con las cosas de ella. ¿O quieres llevar a Ana Cláudia? Me imagino que todavía está guardando la crema para echártela en la cara. Debe de ser betún —se burla.

Está toda resentida y aún dice que no le importa.

—No hace falta que tengas celos.

—¿Yo? —suelta otra carcajada—. ¿Yo con celos de ti? Ay, Rómulo, cuando te canses de ser empresario, puedes trabajar de comediante.

"Ni sabe disimular."

Salimos del coche al mismo tiempo y doy la vuelta por detrás del automóvil.

—Hasta mañana.

—Espera. —La sujeto del brazo y viene hacia mí.

En ese momento, se queda mansita.

Le beso la boca terca como una breve despedida calurosa y ella se pone de puntillas, aun llevando un pequeño tacón.

Cuando el beso llega a su fin, sigo con ella entre mis brazos.

Linda me mira con los ojos redondos y la inocencia de quien convence a cualquiera de cualquier cosa.

Le limpio el pintalabios corrido con el pulgar y beso sus labios por última vez antes de soltarla.

—Hasta mañana.

—Hasta. —Se aleja con pasos lentos.

Entro en el coche y la observo caminar hasta que desaparece de mi vista.

—¿Podemos irnos, señor?

—Ahora sí.



Después de cenar, me quedo en mi despacho mirando algunos documentos.

La hora no pasa, el sueño no llega y me pongo a pensar qué estará haciendo esa criatura ahora.

¿Será que ese vecino *médico* fue a buscarla?

No dudo que vaya allí todos los días "para saber cómo está".

Él y Caleb son de la misma calaña, no aguantan ver a una mujer con cara de ingenua y ya quieren echarse encima.

Ya me arrepentí de haber dado el "hasta mañana", debería haber dicho que podía venir a cenar aquí en casa, así no se quedaría sola y ese tal Juliano no tendría oportunidad de buscarla. Y si estuviera aquí, podría pasar que durmiéramos juntos e ir más lejos.

¡Fui muy imbécil!

Me empeño en acostarme y dormir, pero ¿dónde está el sueño?

Me falta algo en lo que apoyarme.

Me apoyo en la almohada y me quedo pensando en lo ilusionado que estoy. ¡Dormí una vez con esa mujer y ya la echo de menos en mi cama!

No consigo dormir.

Decido hacer una actividad que me deje exhausto.

Entrenar.

Me cambio de ropa, lleno una botella de agua en la cocina y me voy al gimnasio de mi mansión. Empiezo a correr en la cinta y cada vez que pienso en ella, subo la velocidad, así que en menos de diez minutos estoy corriendo a la velocidad máxima.

Linda me ha ocupado la cabeza desde que llegó. Primero, no paraba de pensar en ella con rabia por la forma en que actuaba conmigo, pero eso me excitaba. Luego pensaba en ella por nuestras divergencias y eso también me excitaba. Pero ahora pienso en ella básicamente por su otra faceta, cuando no está peleando conmigo. Pienso en cuando se queda mirándome, intimidada, tan inofensiva y toda la historia de que nunca se involucró con otra persona.

Eso me excita todavía más.

Nunca conocí a una mujer con su historia, jodida y con la cabeza en alto.

Quisiera tener el valor que ella tiene para enfrentarme cuando me encuentro con mi padre.

Consigue distraerme incluso de mis asuntos más importantes.

No hay manera de frenarlo y tengo que enfrentar esto.

Cuando se trata de esos asuntos, ella se cohibe más de lo que a mí me enorgullece admitir que me interesan.

Ojalá llegue pronto mañana y, con toda seguridad, tendré otros planes para la noche.



CAPÍTULO 63

Linda Fonseca

Creo que Rómulo quiere volverme loca.

Lo peor de todo es que he aceptado todas sus invitaciones. Estoy flipando con que el hombre aceptara ir al paseo de su garrapata. Me llamó loca de atar cuando estábamos en aquella discusión y solo conseguí acordarme de su hermano, que dijo que teníamos charlas de pareja.

Sí, las tenemos, discutimos sobre quién manda en la relación y yo todavía quise decir que era yo.

¡Venga ya!

Él siempre da la última palabra y hago todo sin pestañear, salvo en el evento del vestido escotado.

Y sobre los celos…

¿Yo, celosa de Rómulo?

No, definitivamente no.

No estoy celosa, solo creo que si quiere estar conmigo, no debe estar haciéndoles caso a aquellas dos.

¡No me gustan!

Ni Ana Cláudia ni la RP cuyo nombre nunca supe.

Nunca tuve a nadie y él fue el primero en proporcionarme algunas experiencias, pero no significa que sea tan ingenua como para aceptar alguna payasada o jueguecitos que venga a intentar conmigo.

Ya basta con lo que me hizo antes.

Ahí parece que no está pasando nada entre nosotros, que estamos en desacuerdo, pero salgo del coche y él simplemente me da un beso de buenas noches.

¡Me voy a volver loca!

Reconozco que tengo parte de culpa en esto. Tengo que entender que Rómulo nunca será el tipo que besa y se pone a decir palabras bonitas. Él besa, pero luego actúa como un caballo; provoca y después vuelve a besar, para a continuación provocar un poco más.

No tengo cabeza para esto.

Esa manera de agarrarme me deja muertita, me desarma entera.

Estoy furiosa, quiero ver al demonio antes que a él, pero creo que si me agarra de ese modo se me olvida todo rapidito.

¡Eso es un peligro!

¡No siempre voy a poder perdonarlo con un beso!

Menos mal que falta tiempo para ese viaje, el tiempo necesario para conseguir asimilar las actitudes de Rómulo.



—Llegas tarde —dice Rómulo en cuanto entro en el coche para irnos a trabajar.

Respiro hondo y sonrío.

—No pierdes la oportunidad, ¿eh?

—No. —Me besa la cara.

Listo, una pelea menos.

—¿Dormiste bien?

—Dormí —miento—. ¿Y tú?

—También, como una piedra.

"Ya, claro.

¡A él no se le cae la conciencia por nada!"

Cuando estamos cerca de la cafetería, me acuerdo de algo que vi anoche.

—Estaba mirando en Instagram unas fotos que nos sacaron en la cafetería. Rómulo, la gente sabe todo sobre mí. —Me giro hacia él, preocupada.

—¿Cómo así?

—De todo. Dónde trabajo, dónde tomo café, dónde vivo, dónde viví. Lo saben todo. Saben dónde encontrarme y tengo miedo. —Me encojo.

—Nadie va a hacer nada.

—Lo dudo. ¡Vete tú a saber la maldad de la gente!

—Estás conmigo todo el tiempo. ¿Crees que alguien va a intentar hacer algo? Tomo café en la misma cafetería desde hace años y nunca pasó nada.

—No sé yo… No me gustan estas cosas.

—¿Y qué quieres que haga? —me mira, aburrido.

—No sé, cambia ese recorrido. ¡La gente sabe hasta que me llevas a casa!

—La gente es curiosa, Linda. No voy a dejar que vuelvas a casa sola si puedo llevarte. Es así como te protejo. Y tú, cuando llegues a casa, puedes cerrar con llave. La única persona que quiere entrar en tu casa es ese vecino tuyo creído.

¡Tenía que criticar a alguien!

Me quedo callada.

Tomo café en alerta, pero cuando llegamos al edificio de la empresa, me relajo un poco, concentrada en mis obligaciones.

En cuanto termino de resolver algunas cosas, voy a tomar un cafelito y llevo mi botella para llenarla de agua.

—Tengo una idea. —Rómulo aparece de la nada, doy un salto y me giro hacia él.

—¡¿Vas a matar a otro?! ¡Qué susto! —Me pongo la mano en el pecho.

Mi corazón casi se me sale del pecho.

Él ignora lo que me ha causado.

—Haz todo lo que tengas que hacer con Gustavo. Vas a salir conmigo a las cuatro de la tarde —avisa.

—¿Adónde vamos?

—Una sorpresa. —Se va.

—¡¿Qué sorpresa, Rómulo?!

"¿Me buscó solo para esto?

¡Mi corazón no aguanta estos sustos!

¿Adónde vamos?!"



CAPÍTULO 64

Rómulo Guimarães

Parece que Linda aún no entendió que está segura cerca de mí.

—Señor Rómulo, todos los compromisos fueron cumplidos —avisa Laisa.

—Perfecto. Hoy saldré más temprano. ¿Cuáles son los compromisos de mañana?

—Hasta ahora solo una reunión con su abogado.

—¿Con el abogado?

—Sí. Él concertó una reunión.

Debe ser sobre los procesos.

—¿Algo más?

—No.

—Perfecto. Si aparecen nuevos compromisos, no dejes de agendarlos. Si surge algo urgente todavía hoy, llámame y volveré. —Salgo de la oficina ansioso y bajo al quinto piso.

—Buenas tardes, señor Rómulo —dicen a coro las chicas de recepción.

—Buenas tardes. ¿Gustavo está por aquí?

—Sí. Está en su despacho.

—Ok. —Voy hacia allí.

Al llegar a la puerta, oigo carcajadas; abro sin avisar y pillo a los dos riéndose de algo en el ordenador.

—Con permiso. —Entro en la sala.

"Linda nunca se ríe así cuando está conmigo.

¿Qué hace Gustavo?

Cada vez que la encuentro con él, se está divirtiendo."

Me miran y a ella se le borra un poco la sonrisa.

—¿Qué están haciendo de tan gracioso?

—Es que estamos aprendiendo a usar Photoshop, pero no nos está saliendo muy bien —cuenta Gustavo, llorando de risa, y Linda se ríe con él.

—Dios mío… —me quedo perplejo con las ideas de Gustavo en pleno horario laboral—. ¿No deberían estar trabajando?

—Ya terminamos lo que había que hacer —responde Gustavo.

"El trabajo nunca termina."

—Y yo, teóricamente, estoy trabajando, ayudando a Gustavo a usar el software.

—Hum. Linda, es hora de aquel compromiso.

Ella se levanta y recoge sus cosas, apurada.

—¡Eh, vas a tener que pagarme las horas que me robas a Linda!

—Dijiste que ya acabaste lo que tenían que hacer, así que no estoy estorbando en nada —le recuerdo con una sonrisa triunfante y él se calla.

—Chao, Gustavo —dice ella.

—Chao, Linda, hasta mañana.

—Hasta luego. —Pasa por la puerta y yo salgo enseguida.— ¿Adónde vamos?

—Es una sorpresa.

—Me da miedo eso.

—Creo que te va a gustar. —Observo a la mujer preciosa que se coloca el pelo detrás de la oreja.

"La mujer es demasiado guapa."

Llamo al ascensor y esperamos junto a la puerta. Linda se acerca y me arregla la corbata, dejándome sorprendido.

—Estaba torcida —explica, distraída.

"Está bien."

Se abre el ascensor y entramos.

Cuando las puertas se cierran, no lo pienso dos veces antes de ceder al deseo de besarla; la empujo contra la pared y pego mi cuerpo al suyo. Sus labios carnosos, entreabiertos, dejan escapar un aliento dulce y los atrapo con fiereza en un beso lento y placentero.

Linda aprieta mis hombros y baja la barbilla, entonces rompemos el beso, pero aun así le levanto el rostro para un beso rápido. Luego encaro a la mujer hermosa que tengo delante y ella aparta la mirada.

—Estamos en el ascensor y en cualquier momento alguien puede aparecer aquí.

—No te preocupes por eso.

—Yo no soy como tú, a quien no le importa lo que piensen los demás. Al menos, no cuando se trata de estos asuntos. —Está toda tímida.

—¿Te molesta mucho?

Ella asiente con la cabeza.

—Entonces me voy a controlar. Lo voy a intentar. —La suelto contra mi voluntad.

—Es lo mejor.

—¿Has paseado alguna vez en yate?

—¿Eh? —Abre los ojos de par en par—. ¿Me vas a llevar al mar?

Se abre el ascensor y le cojo la mano.

—Vamos.

Salimos del edificio y ella se arregla el pelo mientras camina, incapaz de disimular que nos estuvimos besando.

El chófer nos lleva hasta el muelle y, en cuanto bajamos del coche, ella se queda deslumbrada.

La verdad es que me preguntó por ello durante todo el camino y yo me quedé callado.

—¿Vamos a pasear en yate?

—Sí. —Le tomo la mano y caminamos hasta la embarcación.

El viento le hace volar el pelo y el olor de su perfume me llega a la nariz con facilidad.

Espero que se quede feliz con el paseo de hoy, pues fue lo mejor que se me ocurrió para complacerla.

Entramos en el yate y Linda lleva una sonrisa enorme en la cara.

—Nunca he estado en un lugar así.

—Este ni siquiera es el destino; es solo el transporte hacia él.

—¿Solo, Rómulo? ¿Te parece poco?

—Sí, es un paseo.

—Es raro que hagas este paseo un jueves por la tarde.

—Soy el jefe.

—Lo sé, ya lo has dicho un millón de veces.

Reímos.

Agarro la barandilla y ella también. El capitán enciende el motor y salimos del muelle.

Ella se queda pensativa, mirando al mar. Yo solo quisiera saber qué pasa por su cabeza, si es algo bueno.

—Me gustaría poder leer tu mente ahora.

Ella me mira y vuelve a mirar el mar.

—Estoy pensando en cuánto adoraba mi padre el mar. Siempre decía que la ciudad no era nada comparada con el mar. Hablaba de cómo surgían las olas y de cómo era cuando había tormenta. Todo parecía ser muy grande y él no tenía miedo de nada; yo, en cambio… sentía curiosidad, pero no tuve la oportunidad de ver las cosas como él.

"Tenemos una trayectoria bien distinta; al fin y al cabo, no veo a mi padre como ella ve al suyo."

Linda mira el agua como una niña.

—Linda, ¿no te queda ningún familiar? ¿La familia de tu padre o de tu madre?

—Existe, pero no son para nada cercanos a mí; son de otras generaciones y ni me conocen.

Cuando decidí vivir solo fue porque no aguantaba a mi familia. Pasé mucho tiempo sin volver allí, pero sé que están vivos.

Y ella no tiene a nadie vivo.

Me quedo sin palabras otra vez.

—¿Qué es aquello? —pregunta, señalando.

—Es una de las plataformas, la plataforma donde trabajaba tu padre.

—¿En serio?

—Sí.

Ella mira el lugar sin parpadear.

—¿Te va bien ir allí?

—Sí, está bien. Era lo que mi padre siempre quiso que conociera. —Esboza una leve sonrisa.

Entonces ella está feliz.



CAPÍTULO 65

Rómulo Guimarães

Llegamos a la plataforma y el director le muestra todos los rincones. Linda se anima bastante y, cuando algunos obreros descubren que es hija del obrero que murió, también se alegran de conocerla.

Confieso que me estoy sintiendo una pésima persona en este momento, peor que la otra vez que vine aquí; al fin y al cabo, por mi ego no creí en su palabra, que tiene una historia tan triste y solo estaba intentando honrar el nombre de su padre. Miré tanto sus ojos en aquel primer momento y aun así me empeñé en llamarla mentirosa y estafadora.

¿Será que ese rencor ya pasó?

Al final del paseo, ella se acerca, secándose el rostro, y le presto mi pañuelo.

—Si hubiera sabido que ibas a llorar tanto, no te habría traído aquí.

—Es de felicidad —se seca los ojos y sonríe mirando en otra dirección—. No imaginaba que mi padre era tan querido. Cuando murió, pensé que nadie, ni siquiera sus compañeros de trabajo, se

preocupaba por él. Ahora sé que estaba equivocada y es genial estar equivocada.

—¿Entonces estás feliz?

Me apoyo en la pared del pasillo y ella se apoya en la de enfrente, frente a mí.

—Sí. Puedes dejarlo, que lavaré el pañuelo.

Lo guarda en el bolso.

—Sin problema. Linda, yo…

—¿Linda? —otro chico la llama y miramos hacia la voz.

—¡Vinícius! —exclama, sorprendida.

Es un joven obrero.

—Sí. ¡Vaya, cuánto tiempo! —se acerca—. ¿Puedo darte un abrazo?

"No."

—¡Claro! —abre los brazos y me quedo viendo el abrazo de ambos—. ¡Hace muchísimo! ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y tú?

—Voy tirando. ¡No sabía que tú también trabajabas con petróleo y gas! —sonríe.

—Estoy empezando ahora. Acabo de volver de Recife.

—Ah, es verdad. Te mudaste allí en aquella época, ¿no?

—Sí, toda mi familia, pero decidimos volver. Vine primero, pero mi familia ya está regresando también.

—¿A la misma casa?

—Sí —asiente, sonriéndole.

—Entonces iré cuando lleguen —promete ella.

"No me ha gustado nada."

—¿Y cómo has venido a parar aquí?

Él, por fin, me ve.

—Ha venido conmigo —le tiendo la mano—. Rómulo Guimarães.

—Vinícius Santana —me estrecha la mano—. Su nombre no me resulta desconocido.

"¿En serio?"

—Es que él es el dueño de la empresa… —responde Linda, cohibida, y él suelta mi mano, sorprendido.

—Ah… no sabía que el señor estaba aquí —dice, cortado.

—Decidí traer a Linda para ver dónde trabajaba su padre —respondo mirándolo fijamente.

—Y ustedes se conocen… —dice sin quitar la vista de los míos.

—Sí. —La atraigo del brazo y ella viene toda tímida hacia mí.

Entonces él entiende lo que significa nuestra cercanía.

—¡Vaya! —dice, admirado.

Linda permanece tímida.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar aquí? —pregunta ella.

—Tres semanas —responde él mirándola, y ella asiente con la cabeza.

—Será mejor que volvamos, Linda. En nada anochece.

Le tomo la mano y está de acuerdo conmigo.

—Nos vemos en tierra —le dice ella, sonriendo.

—De acuerdo —él también le sonríe—. Un placer, señor.

Yo solo asiento con la cabeza y nos alejamos.

Busco al jefe para agradecerle la disponibilidad y Linda le da las gracias; después subimos al yate y viajamos de vuelta a la ciudad.

Siento algo distinto al ver la interacción entre Linda y aquel chico, siento el peso de la amenaza de verdad. Parece que sienten un afecto el uno por el otro que ella no siente por mí, ni por el vecino ni por Caleb.

Es una amenaza real.

Pasa el viaje de regreso al muelle asomada a la barandilla, mirando el mar con el pelo al viento y un semblante feliz.

Yo la observo desde lejos.

"¿Y si le gusta otro?"

—¿Qué cara es esa? —pregunta desde lejos.

—¿Eh?

—Pareces en trance y bastante preocupado.

Se aparta el pelo de la cara, pero el viento no ayuda y se lo vuelve a echar encima; entonces sonríe hacia la nada, con los ojos cerrados.

—Impresión tuya. Estaba pensando en que cenáramos juntos esta noche. ¿Qué te parece?

—Puede ser. Ya no tenemos nada que esconder, ¿no?

Esboza una leve sonrisa y mira al mar.

—No.



CAPÍTULO 66

Linda Fonseca

Yo amé el paseo y ni sé cómo agradecer a Rómulo por hacer esto.

¡Fue genial!

Aún siento en mi piel la brisa del mar y la sensación de estar allí.

Quería que mi padre estuviera vivo.

Me miro una vez más en el espejo y suspiro.

—No estoy tan mal.

Llevo unos shorts de sastre y una blusa de crepé.

La idea es cenar en su casa, por eso me puse la ropa casual de siempre. Solo espero que no me lleve a ningún lugar pijo.

Me perfumo y cojo el bolso para esperarlo en el vestíbulo, por si aparece y dice que llego tarde. Salgo del apartamento y llamo al ascensor; en cuanto se abre, me llevo un susto y doy un paso atrás.

—¿Ya? —pregunto al ver a Rómulo en el ascensor.

—Llegas cinco minutos tarde.

Entro en el ascensor.

—¿Y pensaste que viniendo a decirme eso a mi puerta me harías caminar más rápido? —Pulso el botón para bajar y luego me giro hacia él, que me está midiendo con la mirada.

—Lo pensé, sí —responde con todo el morro.

Veo que Rómulo va vestido fuera de sus estándares habituales: jersey negro y vaqueros.

Me apoyo en la pared del ascensor.

"¿Será que viene otra vez a besarme?"

Parece que esto se está volviendo rutina en el ascensor.

Pero no pasa.

Observo que sigue pensativo como estaba a la vuelta del paseo.

—Entonces… —Intento romper el silencio y él me mira—. ¿Esta cena es para qué? ¿Para celebrar que llevamos un tiempo récord sin insultarnos?

Suelta una risita rápida y mira al suelo, con los brazos cruzados.

—¿Pasó algo? —pregunto.

—¿Qué tipo de cosa?

—Que te dejó así, tan serio.

—Yo siempre soy serio.

—Pero estás más de lo normal.

—Hay algo que me molesta, sí, pero hablaremos de eso al final de la noche.

"Apuesto a que va a implicarse con Vinícius.

Ya tocaba…

Él se mete con todo tío que me habla."

Salimos del edificio y me abre la puerta del coche para que entre.

Rómulo está con otro coche de lujo en el que solo caben dos personas.

—¿Hoy estás fardando o qué? —bromeo.

—¿Impresionada?

—No.

Él se ríe y entra en el coche, así que me acomodo en el asiento y me pongo el cinturón de seguridad.

—Cuando me subo a estos coches, siempre creo que vas a salir haciendo trompos y luego a toda leche por la carretera. Menos mal que… —Me callo cuando de repente da un acelerón, el motor ruge fuerte y me deja con el corazón en un puño.

El coche sale girando, frena y, cuando salimos de la urbanización, vuelve a pisar fuerte, conduciendo tal como dije.

Creo que solo condujo despacio en el otro coche.

Me quedo pegada al asiento, con los ojos en la calle, con miedo de que pase cualquier cosa. Disminuye la velocidad porque el tráfico está lento más adelante.

—¿Qué estabas diciendo?

—Me equivoqué —digo, arrepentida—. Mira, si estás con ganas de matarte, avísame y me bajo del coche. Soy muy joven.

—Yo también lo soy y no quiero matar a nadie, loca. Solo estoy dándole un poco de emoción.

—Ya me has proporcionado mucha emoción hoy. Puedes conducir a veinte por hora, eh. —Intento relajarme en el asiento y él esboza una leve sonrisa, mirando a la carretera.

No tardamos mucho en llegar al restaurante, un lugar más tranquilo y abierto.

Bajamos del coche y él me toma de la mano para entrar. Después de la intimidad que tuvimos cuando dormimos juntos, ir de la mano no parece nada del otro mundo.

El sitio tiene un ambiente romántico; todas las mesas están iluminadas con velas y hay muchas parejas. Me siento hasta rara. Sobre todo por el hecho de que sea Rómulo quien me trae a un lugar así.

Nos sentamos en una mesa para dos, frente a frente, pero el ambiente hace que el momento sea distinto a otros en los que hemos estado en la misma posición.

Miro hacia la ventana de cristal que da al río y veo pasar un yate. Va bien iluminado y hay algunas personas bailando.

—Entonces te diste cuenta de que ya no estamos bajo amenazas… Me alegra que estés dejando atrás lo que vivimos cuando nos conocimos.

—Me jodiste mucho en aquella época, pero te mostraste arrepentido.

—Linda… —Él suspira y el camarero llega con los menús.

Cojo uno y él otro.

—¿Qué decías? —Intento retomar el tema.

—Que de verdad me arrepiento de no haberte dado la oportunidad de explicarte cuando estuviste en mi casa. Siempre he tenido esa manía de no dejar entrar a nadie allí y, a veces, el motivo de la visita ni siquiera me llega a los oídos cuando alguien me busca, porque ya mando que lo despachen.

—Lo sé.

—En aquella época estaba muy apegado a la agenda. Aun así, cuando hablaste conmigo, debería haberme parado a escucharte y no haberte llamado estafadora y mentirosa, ni haberte echado de allí cuando necesitabas cuidados.

—Me puse muy cabreada cuando me sacaron de allí. Eso no se hace, Rómulo. Por eso no quise hacer ningún acuerdo contigo.

—Pero viste que cambié de idea en cuanto descubrí que era verdad.

—Sí, solo que ya me habían echado y tus guardias fueron bordes conmigo. Apuesto a que lo hicieron encantados.

—Lo lamento. Se llevaron una buena y no dudo que se quedaran con rabia.

—Debería haberles dado más rodillazos. Pero aún estoy a tiempo. —Lo analizo.

—¿Crees que me arrepentí? Porque hoy, después de verte allí en la plataforma, me quedé con más remordimiento todavía y eso me está carcomiendo —dice incómodo.

"Entonces es eso."

—Me heriste y yo no quería tenerte cerca, pero conocerte me hizo ver otro lado tuyo y sí, sé que te arrepientes. Me veo en ti cuando dices que no te gusta tu padre.

—Y yo me veo en ti también por eso. Por otro lado, me siento como él y me odio por eso. Fue lo que me llevó a buscarte.

—Como sabemos cómo es, se hace más fácil entender el lado del otro, ¿no? Pero sé que no eres como tu padre, aunque no haya convivido con él.

Él asiente con la cabeza.

—El desprecio por él no creer en mí y, ¿qué hago yo? Lo mismo que hace él. Lamento lo que pasó con tu familia, Linda. —Me toma la mano—. Estoy aquí para todo lo que necesites. No hablo de dinero, hablo de familia.

"Vaya, ahora sí que me ha dado de lleno, aunque yo ya tenía esa sensación."

—Lo sé. —Trago el nudo en la garganta.

Él acaricia mi mano, pero parece seguir cargando con el peso de la conversación.

—¿Hablamos de otra cosa?

—Vamos —asiente—. ¿Y ese amigo tuyo? Parece que sois muy cercanos.

"Pensé que ese era el tema principal."

—Nos conocemos desde niños y él vivía cerca de mi casa. Jugábamos juntos.

—Os alegrasteis mucho con el reencuentro…

Ahora tiene esa cara de celoso.

—¡Claro! Hacía mucho tiempo que no nos veíamos. Éramos como hermanos, mejores amigos. Por eso a las chicas no les gustaba mucho yo. La chica que contó que nunca tuve novio, le gustaba Vinícius y tenía celos de nosotros —cuento con una leve sonrisa—. En la época fue tenso, pero hoy hasta me parece gracioso.

—No dudo que se le pasara por la cabeza esa idea.

Lo miro.

—Bueno… —No quiero mentir y, ya que él sacó el tema…— Antes de irse, dijo que yo le gustaba. —Miro a la calle.

—Creo que eso no ha cambiado.

—Ya hace tiempo.

—¿A ti también te gustaba él?

—¿A mí? ¡No! Me parecía mono, pero era solo mi amigo. No pensaba en esas cosas.

Él arquea las cejas.

—Ahora las cosas han cambiado.

—¿Eso es lo que te preocupa? ¿Vinícius?

—No, yo me las apaño.

—Ya sé que sí. —Sonrío.

—Pero no quisiste decir que estábamos juntos. No me gustó.

—Creo que lo dejaste bastante claro cuando me agarraste por la cintura, Rómulo.

—No podía decirlo con palabras. No querrás ser mi novia, ¿verdad?

"¿Esto es una propuesta?"

—¿Eh?

—Yo… Rómulo… Necesito pensar antes de responder a eso.

—Pues piénsalo con cariño. —Él analiza el menú.

"Ay, mi corazón."



CAPÍTULO 67

Rómulo Guimarães

—¿***Cómo*** que, Linda? ¿Vas a dejarme sin respuesta todo el fin de semana? —pregunto el viernes, cuando ella simplemente me da un plantón para quedarse con sus vecinas.

—Para pensarlo con calma, Rómulo. Nuestras vidas son muy diferentes, aunque yo esté metida en tu ambiente.

—¿Quieres decir que aún puedes decirme que *no*? —pregunto, preocupado, y ella se ríe.

—¿Tú qué crees?

—Que eres una caja de sorpresas. —La abrazo por la cintura y le doy un beso de despedida.

—Disfruta el fin de semana con tu hermano, con los amigos…

—Sería mejor contigo, pero ya que tienes tus planes, hablaré con ellos.

—Eso. ¡Nada de quedarte encerrado en casa! Chao.

—Chao. —Me quedo atrás, a regañadientes.

Ya me había acostumbrado a pasar el fin de semana con ella. Solo espero que Linda vuelva con un *sí*.



Seguí el consejo de Linda y salí con el degenerado de Rodrigo, que me trajo al medio del monte.

—Llegamos. ¡Bienvenido al club de los perdedores! —anuncia animado.

—Odio perder, Rodrigo. Odio perder. Si perdemos por tu culpa, te dejo aquí —aviso de antemano.

—Pero el coche es mío.

Cojo la llave.

—Ahora ya no. —Salgo del automóvil y él también.

Es un…

Es un campo, un terreno rodeado de árboles, con una casita dentro.

—¿Dónde está el club?

—Estás pisando en él.

"¡Qué decepción!"

—¿Qué te ha parecido? —mi hermano se apoya en el coche, con una sonrisa orgullosa.

—En mi cama estaba mejor.

—¡Venga, Rómulo! ¡Desde que te echaste novia, solo piensas en noviar todo el día! ¡Tienes que divertirte con los amigos y con tu hermano! ¡A Linda no le va a importar quedarse un día sin el *Rômulito* de ella!

—Me acordaré de esto cuando venga con ideas de socializar. Por ese motivo acepté venir contigo.

—¡Caramba!

—¿Viene alguien más? —miro alrededor, buscando alguna señal de vida que no sea la coctelera ambulante de mi hermano.

—Sí, deben de estar llegando. Vamos al barecito a tomar un café o una cachaça. —Sale delante y yo lo acompaño.

El bar está en la casita y tomamos café en vasos americanos. Me acuerdo de la noche en que cené en casa de Linda, donde había una botella igual.

—¿Quién más viene?

—El tal Gustavo Araújo de Medeiros Costa, alias tu amigo.

—¿Gustavo viene de verdad? —me sorprendo.

—Viene él y alguien más.

—Ah, vale. —Le doy un sorbo al café—. ¿Qué se supone que vamos a hacer aquí?

—Juegos mortales.

—Venga ya.

—La gente viene a jugar al fútbol, a las cartas, capoeira, vóley, pero a nosotros lo que nos gusta es la lucha libre, ¿sabes? —insinúa que va a darme un puñetazo.

—Tengo, literalmente, una imagen que cuidar. No puedo aparecer magullado. Hagamos otra cosa.

—Puede ser. Pero somos cuatro.

Un coche se acerca y enseguida veo a Gustavo. Toca el claxon y hace un trompo antes de aparcar, lo que levanta una nube de polvo.

Gustavo es muy presumido, eso sí.

Enseguida baja del coche y Caleb lo acompaña.

"¿Tenía que llamar al creído?"

Nos levantamos y los saludamos.

—¿Listo para que te zurren, Romerito? —pregunta Gustavo con una sonrisa perversa.

—No me provoques. Con tantos gimnasios buenos en la ciudad, ¿y me traéis a este sitio? —digo, decepcionado.

—Vamos a echar una pachanga. Enseguida llega más gente —sugiere Caleb, que parece conocer bien el lugar.

Pero yo no frecuento estos sitios.

—Pero tened cuidado porque ese campo está fatal para correr —avisa el dueño del bar—. La semana pasada, un chico tropezó, cayó y se rompió la nariz. Hace falta desbrozar.

—Espero que aún tengas una novia que te cuide las heridas después de hoy —dice Caleb hacia mí, y me río con sorna.

—Más fácil que te caigas tú en la primera carrera.



—Aquí. —Rodrigo trae una cerveza envuelta en un paño y me la pongo en la frente.

—Menuda caída de mierda. Tenía que haber escuchado al dueño del bar y ahorrarme esta payasada. ¿Dónde se ha visto tanto matorral en medio del campo?

Él se ríe.

—No fuiste el único que se hizo daño.

Caleb va cojeando por haberse torcido el pie.

—¿Sabes qué? —se sienta a mi lado—. Estamos muy mayores para estas cosas. La próxima jugamos a las cartas, al billar…

Acabo riéndome de la idea porque me veo obligado a estar de acuerdo.

—La próxima vamos a un sitio decente, eso sí. Un campo en medio del monte…

—Eres un burgués —dice Rodrigo, poniéndose las gafas carísimas.

—Ajá. Yo mismo.

—¿Adónde vamos? —pregunta Caleb.

—A casa —digo.

—Vamos a almorzar en el mejor restaurante de carretera de la región —dice Gustavo, animado—. Y a ponernos ciegos allí.

—Luego voy a llamar a mi chófer, porque no me subo en el coche de un borracho. —Me levanto para acompañarlo.

—¡Entonces tú también te vas a poner ciego! —concluye Rodrigo, animado.

—No lo sé; aun así, no seré vuestro conductor.

Cogemos el coche de Gustavo y vamos al dichoso restaurante, cada uno con una cerveza. Rodrigo deja su coche en el club para recogerlo después de comer.

—Métete esa cerveza para dentro, Caleb, a ver si ayuda a curarte el dolor del tobillo —lo animo.

—Lo acepto. —Se traga la bebida de un trago.

Cuando nos acercamos al restaurante en cuestión, hay un autobús y mucho movimiento.

—¡Joder, hay tías a punta pala! —Rodrigo se estira entre los asientos, animado.

—¡Hoy es el día, *Rodrigón*! —Gustavo, que conduce, levanta la mano para chocar los cinco con él.

—¿Hay fiesta? —pregunto.

—Siempre la hay, virgencito. Las chicas de las aldeas y de los campos cercanos vienen a este restaurante los fines de semana —dice Gustavo, animado.

Tengo curiosidad, pero no tan entusiasmado como ellos; al fin y al cabo, no estoy buscando a nadie.

Gustavo aparca delante del restaurante y salimos del automóvil. Noto que sí hay muchas mujeres, pero no creo que estén impresionadas con nuestra llegada por algo bueno; debe de ser por nuestra pinta. Uno cojeando y otro con un chichón en la frente.

Parece incluso que acabamos de salir de una pelea.

—Vamos. —Gustavo va delante y entramos en el restaurante.

Es un lugar sencillo, pero con muchísima gente.

Nos sentamos en una mesa que estaba vacía.

—Rómulo, ¿esa de allí no es mi cuñada? —Rodrigo me da un codazo y me pongo en alerta.



CAPÍTULO 68

Rómulo Guimarães

La busco hasta encontrarla.

Sí, es Linda, y está en una mesa llena de mujeres, riendo y tomando cerveza.

"¡Entonces me dejó plantado para venir aquí!"

Cuando no la busco, la encuentro; hasta parece que el destino de verdad nos quiere cerca el uno del otro.

Ella no me ve hasta que mi hermano grita su nombre.

—¡Linda! ¿Tú por aquí también?

—¿Rodrigo? —extraña, y luego sus ojos me encuentran.

Creo que va a pensar que preparé todo para encontrarme con ella aquí.

—Acabamos de llegar —dice animado.

Ella se levanta, pide permiso a las mujeres y viene hasta nuestra mesa. Veo que lleva una camiseta temática verde claro, igual que las otras mujeres, y shorts vaqueros cortos.

—Gustavo… Caleb… —mira a ellos y, por fin, a mí—. ¿Qué te ha pasado, Rómulo? ¿Te caíste?

—Me caí durante el partidillo. Caleb también se hizo polvo. Se torció el pie.

Ella lo mira y desaprueba.

—¿Era un partidillo o una pelea de gallos?

Reímos.

—Creo que tengo algo en el bolso, en el autobús —dice, observándome.

—No hace falta que te preocupes por eso —lo minimizo con tranquilidad y doy otro trago a mi cerveza.

—¡Ve ya! —Rodrigo me apremia.

—Vamos —insiste ella.

Me levanto y la acompaño mientras los idiotas se quedan riéndose de mí, pero apuesto a que si tardo un poco más Caleb se ofrecería para ir en mi lugar.

Entramos en el autobús y me siento en una silla mientras ella coge el bolso.

—No deberías dejar tus cosas aquí.

—En este bolso no hay nada muy valioso. —Se sienta en el brazo del asiento, junto al que yo ocupo.

—¿Siempre llevas esas cosas?

—Sí. No se sabe cuándo puedo necesitarlas yo o puede necesitarlas alguien, y aquí más todavía, lejos de la ciudad.

"Bien cauta, pero aquel día en mi casa no tenía nada de eso."

—¿Qué haces aquí? ¿Son tus amigas? —me da curiosidad saberlo, y ella moja un trozo de algodón en algo.

En su camiseta pone "XII Torneo de Argollas" y tiene un caballo delante.

—Las chicas son de mi barrio y sus familiares. Hoy hubo un evento aquí cerca y, como ya había quedado con ellas, vine. —Me pasa el algodón por la herida y escuece tanto que no logro contener la mueca.

—¿Competiste?

—No, solo vi. —Limpia la herida, concentrada—. ¿Y tú, eh? ¿Qué haces por aquí?

—No te estoy siguiendo, fue idea de mi hermano.

—Tiene sentido. —Sonríe.

—Fue una caída peor que la tuya.

—Lástima que no estuviera allí para verlo.

—Mujercita cruel.

Ella sonríe.

"¡Qué guapa!"

—Querías vacaciones de mí y aparecí donde estabas…

—Parece que eso pasa incontrolablemente.

—Pues sí.

—Podrías haber llamado a tu padre para este plan con los chavales.

—Ni pensarlo. Si supiera dónde es, no vendría. Me lo imagino…

—Podríais iros a un sitio mejor. ¿Quién sabe si no os arregláis?

—Él no hace nada para merecer eso.

—Tal vez ni siquiera vea cuánto te hirió.

Respiro hondo y asiento con la cabeza.

Quizá tenga razón.

Ella termina la cura y cierra el bolso.

—¿Vamos?

—Vamos. —Me levanto del asiento—. Puedes seguir con tus amigas, no quiero estropear vuestro momento.

Ella asiente y sale delante.

Vuelvo a la mesa y otra vez los chicos se ríen de mí.

—Mira eso, ¡volvió con una curita! —dice Gustavo como si yo fuera un crío.

—¿Ganaste también un pirulí, o fue un besito? —pregunta Rodrigo mientras me siento y vuelvo a beber mi cerveza.

—La edad mental vuestra es cuestionable. —Ignorando los comentarios, observo a *mi indecisa* desde lejos.



CAPÍTULO 69

Linda Fonseca

No esperaba que ellos aparecieran aquí, mucho menos Rómulo, que no tiene el perfil de quien frecuenta sitios así.

Pero parece que siempre acabamos juntos.

Almorzamos y me quedo con mis vecinas, tomando cerveza. Rakelly se acerca y nos sentamos juntas.

La chica no sale de las redes sociales.

—Las chicas actúan como si nunca hubieran visto a tantos hombres guapos juntos, pero creo que nunca los han visto —comenta, haciéndome reír.

Estamos con un ojo puesto en todo.

—Tu novio es bastante serio, ¿no?

"Novio..."

Peor es que acabé mirándolo de esa forma, sí.

—Sí, siempre es así. —Miro a su mesa. Rómulo está bebiendo su cerveza y hablando con Gustavo, todo serio.

—Mira allí, Linda. —Rakelly me da un codazo y miro en la misma dirección—. Las guapas ya se están arrimando. Dentro de

nada bailarán justo al lado de su mesa, ya verás.

—¿Y qué quieren con eso?

—Llamar su atención. No soportan ver gente de fuera y ya se lanzan.

A Rakelly le gusta mucho venir aquí y conoce cómo funciona todo.

Observo que un grupo de cinco chicas se acerca a ellos. Son guapas, pero muy creídas.

—Y mira quién ha llegado para completar la fiesta. —Rakelly me sacude el brazo y vuelvo a mirar hacia la puerta.

Veo entrar a Maria Isabel, la piedra en mi zapato versión *"misma clase que yo"*. Fue ella quien difundió que yo nunca había besado a nadie, algo tan íntimo.

Esa chica no tiene escrúpulos.

Coge una cerveza y se junta a las otras.

Como dijo Rakelly, enseguida están bailando delante de la mesa de los chicos, meneándoles el culo.

—¿Ella viene siempre aquí, o qué?

—Viene todos los domingos, por lo que veo en las fotos.

Con el paso de la tarde y la caída de la noche, que, entre botellas de cerveza, se fue volando, los chicos invitan a las chicas a bailar y me río muchísimo.

Rodrigo tiene ritmo, pero Gustavo parece que tiene la columna agarrotada, y la cadera también.

Por lo visto, no son nada tiquismiquis, ya que vinieron a un lugar tan sencillo.

—Creo que deberías ir a sentarte con tu novio. Quien tiene un novio así tiene que marcar territorio, Linda. Si no, las chicas se van a lanzar —aconseja Rakelly, y me echo a reír.

Cuando ella sale a bailar con un chico, Maria Isabel viene a hablar conmigo.

—Mira tú, si no es ella la que salió de casa. ¿Qué milagro es ese? —sonríe, mirando mi camiseta—. Ah, claro. Andas con el grupo de las viejas. ¿Por qué no andas con nosotras?

—¿Me echabas de menos, Maria Isabel?

—Sí. ¿No quieres beber con nosotras?

"Falsa simpatía."

—No. Voy a sentarme allí con Rómulo. —Paso por el grupo de las chicas y llego a su mesa.

Arrastro una silla y me siento a su lado.

—¿No estáis exagerando con la bebida? ¿Quién va a conducir?

Él deja de mirar la cerveza y me mira.

—¿Qué has dicho? —me clava la mirada en los labios.

—Que no…

Rómulo avanza hacia mí y me roba un beso.

Me desmonta entera y, mientras me mira, yo observo a nuestro alrededor para ver si hay alguien mirándonos.

Nunca había besado a nadie delante de gente que conozco; si bien aquí no hay tanta gente cercana a mí, después de haberme convertido en tema por su culpa, mucha gente me conoce.

—Estar separados el fin de semana no cuela. —Apoya su frente en la mía y cierro los ojos, sonriendo.

Ya no tiene remedio, estoy realmente enamorada de él; mi corazón late más fuerte cada vez que dice algo bueno sobre mí, y cuando me toca es aún más intenso, porque me siento llena de vida.

Se aparta y me mira con el rostro alegre, aunque sin mostrar una gran sonrisa.

La verdad es que el tiempo que estuvimos juntos nos unió muchísimo.

—¿Ya has dejado de beber?

—Ya —asiento.

—Estupendo. No quiero verte borracha.

Me río de su audacia.

—¿Ya vienes con órdenes, cabezota? Tú también estás bebiendo y, por lo que se ve, bebiendo mucho. —Miro la botella en su mano y voy a pasar por alto la cantidad de veces que vi al chico trayendo bebida y llevándose botellas vacías, porque perdí la cuenta.

Rómulo me revuelve el pelo, acaricia mi rostro y no consigo seguir mirándole a los ojos.

—Te encuentro demasiado guapa.

"¿Cómo no ponerse cortada con eso?"

—Estás borracho, por eso vas diciendo eso.

Intento esconder la felicidad de oír un elogio así encogiéndome y apartando la mirada.

—Me he convertido en lo que más temía.

—¿En qué? —me entra curiosidad.

—En un tonto enamorado —declara.

Me río, pero por dentro el cuerpo me tiembla con el corazón acelerado; al fin y al cabo, oír eso me hace feliz.

La primera vez que escuché que a un chico le gustaba yo, huí, pero esta vez quiero vivirlo, porque siento lo mismo. No estoy preparada para saber que un hombre así está enamorado de mí; apenas puedo mirarlo, y peor es esconder la sonrisa enamorada.

—¿Te gusto? Sé sincera.

El alcohol de verdad le dio demasiada valentía. ¿Mañana tendrá amnesia alcohólica? Espero que sí.

"Dudo que él no sepa ya la respuesta."

—Cuando bebes así, ¿te acuerdas de las cosas al día siguiente?

—Depende de la importancia de la cosa.

—A mí me gustas, claro.

Él acaricia mi rostro de nuevo y arrastra su asiento para acercarse a mí.

Ahora no hay cómo escapar de sus besos —como si quisiera —, y me besa.

Pero esta vez ni tengo valor de mirar a ningún lado.

—Entonces espero un *"sí"* como respuesta a mi petición. Ya caminamos de la mano por la calle… Quiero seguir haciéndolo, pero también quiero poder responder que *sí, que estamos juntos*, a quien sea que lo pregunte. —Apoya otra vez su frente en la mía.

—Te doy la respuesta cuando estés sobrio.

—¡Qué chica mala!

Me río.

Él entrelaza nuestros dedos, luego besa el dorso de mi mano y suspira mirándome a los ojos.



CAPÍTULO 70

Linda Fonseca

Pasa otra hora y ellos no paran de beber, sin contar que los chicos no desisten de coquetear con las chicas.

Por fin, hablo con el grupo con el que vine y les aviso de que volveré con ellos para asegurarme de que lleguen bien a casa.

Enseguida ellas se van.

Al regresar al interior del restaurante, veo a Rodrigo sacando de quicio al hermano.

—Apaga eso y no lo subas a ningún sitio. Se va a enfurecer contigo —le aviso a Rodrigo—, que graba al hermano bebiendo, con la mente lejos, mientras suena una música cursi.

—No. Yo no me voy de aquí —Rómulo insiste en quedarse en el restaurante, siendo que ahora solo estamos nosotros y el dueño del local.

—Ya te bebiste todo lo que había para beber.

—Solo me voy si Linda viene conmigo, a mi casa.

—Eh, Linda, por el amor de Dios, acepta ir con él, si no voy a perder a la chica —me presiona Caleb, agobiado.

—¿Y vosotros creéis que estoy esperando a quién? Mi transporte ya se fue y me quedé para ir con vosotros, para asegurarme de que lleguéis vivos a casa.

Rómulo no deja de beber.

Y yo que pensé que tendría un fin de semana tranquilo…

Suspiro y le quito la botella de la mano.

—¡Basta, Rómulo! ¡Nos vamos!

—Iiiiiii… Hoy al macho le cae —se burla Rodrigo.

—Voy a terminar esta primero —intenta recuperar la botella, pero no se lo permito.

—No.

Rómulo está demasiado borracho y nunca lo vi tan lento así.

Se calla y me obedece.

—Gustavo, ve a ver si el conductor ya llegó —ordeno, con la paciencia agotada.

En la oficina él es mi jefe, pero aquí no es nada más que otro sin noción.

¡Todos magullados y encima borrachos!

Mi paciencia pasa de controlada a perdida en segundos.

—Caleb, ve a pagar la cuenta —ordeno, y él anda pegado a una de las chicas que bailaba para ellos más temprano. Saca la cartera y le pide la cuenta al dueño del restaurante.

—Ya llegó —avisa Gustavo en cuanto regresa.

—Estupendo, ahora vamos. Levántate, Rómulo —le tiro del brazo.

—¿Vas a dormir en mi casa? ¿Vas a dormir conmigo, eh?

"¡El hombre está carente de verdad!"

—Si me facilitas la vida levantándote ya y yendo al coche, me quedo en tu casa, sí —hago lo posible por adelantar nuestra salida.

Se levanta bien rápido.

"¡A esto lo llamo ganas de estar cerca de mí!"

—Vámonos a casa, gente —Rómulo me agarra la mano y camina hasta erguido.

El chófer vino con el coche más espacioso que tiene Rómulo.

Aviso a Gertrudes, por mensaje, que voy a dormir en casa de Rómulo por su situación, antes de perder la señal del wifi del restaurante, ya que, por el camino a casa, internet prácticamente no funciona.

Al final, Caleb es quien nos retrasa, porque no consigue soltarse de la chica.

Confieso que, por la prisa que tenía, pensé que ella vendría con nosotros.

El coche tiene ocho plazas; Rodrigo se sienta en el asiento delantero, y yo, Rómulo y Gustavo en el asiento de atrás; y Caleb debería sentarse ya en el asiento que queda en el maletero para que nos fuéramos.

—Dios, voy a estrangular a Caleb si tarda un minuto más —aseguro, sentada entre Rómulo y Gustavo.

Rómulo tiene la cabeza apoyada en la ventanilla y Gustavo se lamenta con Rodrigo.

—Las chicas de aquí son muy difíciles. ¿No te parece, Gustavo?

—Sí. Te calientan y luego solo quieren besitos y abrazos. ¡Yo no busco eso! —se queja Gustavo.

—¡Pues eso! Estuvieron tirándonos los tejos y, cuando fuimos a por ello, se pusieron a hacerse las difíciles. ¡Un trabajazo para dar un beso y, encima, no quieren ir hasta el final! —completa Rodrigo.

—Me llevé una bofetada porque, en el magreo, le toqué el pecho —dice Gustavo, indignado.

"¿Necesitaba oír esto?"

Para colmo, Rómulo empieza a roncar.

Me froto la cara, sin creer lo que estoy pasando.

"¿Por qué no me quedé en casa hoy?"

Tiro de Rómulo para poder abrir la ventanilla y saco la cabeza fuera.

—¡VAMOS, CALEB! ¡ESPABILA, HIJO!

Rómulo me abraza la cintura y, cuando me siento, apoya la cabeza en mi regazo.

—Me voy a sentar en el asiento de atrás —avisa Gustavo, y cambia de sitio.

Caleb por fin aparece y se sienta al lado de Gustavo, y entonces podemos irnos.

Por el camino, tenemos que parar un poco, porque Rómulo se encuentra mal y vomita todo en la cuneta.

Después de eso seguimos a casa sin pausas.

A pesar de vaciar el estómago, sigue borracho y está más mareado que antes.

Por el momento, todos van a dormir en casa de Rómulo.

Decisión suya.

Por lo menos, así le darán paz al conductor.

Entramos en la mansión y Sérgio se hace cargo de los tres ruidosos mientras yo voy al cuarto con Rómulo. Él finge estar sobrio, pero, cuando se acerca a la cama, cae de bruces sobre ella.

—Es bueno que te duches, Rómulo.

Y aquí estoy yo, otra vez, cuidando de él.

—¿Necesita alguna cosa, señorita? —pregunta Sérgio desde el otro lado de la puerta.

—Entra, Sérgio.

Él entra.

—¿Hay algo listo para la cena?

—Cuando la señorita llamó, mandé a la cocinera preparar un caldo y tostadas.

—Estupendo. Después de la ducha, vamos a cenar —tiro del brazo de Rómulo—. Vamos, Rómulo.

Sérgio se va.

—Déjame echar una siestecita rápida.

—No. Primero te duchas, después comes y solo después duermes.

—¿Te vas a duchar conmigo? —se sienta en la cama, con un equilibrio pésimo.

—Yo me ducho después.

Él me dedica una sonrisita.

—Ven aquí, quiero darte un beso.

—¿Beso con gusto a vómito? Ni de broma —no le dejo que me abrace.

—Ven aquí.

—Ven tú —voy al baño y él viene detrás.

Dejo la ducha abierta.

—Quítate la ropa.

—Tu deseo es una orden —empieza por la camiseta.

—Pero déjame salir primero —me aparto de él y por poco no me deja salir.

—No huyas, ¿eh? Hoy solo hay una cama.

No va a creer nada de lo que dijo cuando despierte mañana.

Cojo ropa para él y, sin mucha opción, busco entre la suya algo para mí: la camiseta más grande que encuentro y uno de los shorts con elástico.

Lo dejo todo en la cama y miro cómo están los otros: todos duchándose, por lo que me contó Sérgio.

En cuanto vuelvo al cuarto del anfitrión, lo encuentro en calzoncillos, poniéndose la camisa, así que doy media vuelta sin que me vea.

"Dios mío, no sé cómo voy a seguir con esto."

Recuerdo la noche en que dormimos juntos y la sensación de su cuerpo rígido contra el mío. Un escalofrío me baja por la nuca; sacudo los hombros y me doy con la mano en la cara, intentando apartar los pensamientos obscenos.

Espero el tiempo necesario para que se vista y entro. Encuentro a Rómulo tumbado en la cama, encima de la ropa que separé para usar.

—Déjame coger la ropa, Rómulo —tiro de la punta de la camiseta.

—Ven aquí —me abraza y pierdo el equilibrio, cayendo encima de su cuerpo, en la cama.

—Me voy a duchar.

—Dame un beso primero —pide en un susurro, y nos besamos.

Esbozo una pequeña sonrisa.

—Ahora me voy a duchar —intento levantarme, pero él me roba un piquito antes de dejarme ir; entonces cojo la ropa y corro al baño.

Cuando Rómulo bebe, se pone todo suelto.

Pensándolo bien, podría ser desinhibido así con más frecuencia, porque me siento más a gusto.

Pero tampoco deseo que se vuelva un alcohólico; debe ser desinhibido de forma natural.

Cierro con llave, me doy una ducha larga, bien relajante, y solo salgo vestida.

Al salir, mi cuerpo es agarrado y acabo contra la pared, frente a frente con Rómulo, que parece un depredador con la presa en la mira. Todo es muy brusco y me da un cosquilleo en el estómago.

Rómulo no me mira mucho, porque enseguida me besa con ganas y aprieta mi cadera contra su cuerpo. Percibo que está excitado, como la otra vez, y su beso caliente me pone de puntillas. Sin demora, me alza y quedamos a la misma altura, mientras mis piernas quedan en el aire, enroscadas a su cintura.

Apretada contra la pared, siento la dureza de su erección y él fricciona, presionando mi clítoris, que ahora está bastante sensible, esparciendo excitación por toda mi zona íntima.

Salí del baño seca, pero ahora estoy resbaladiza entre las piernas, y el tejido de las bragas se mueve junto con el cuerpo de Rómulo, aumentando todavía más el calentón. Y el beso, ese, sobrevive a base de succiones y mordiscos rítmicos, al compás del roce de su cuerpo fuerte contra el mío.

Él captura mi lengua y un gemido se me escapa por la boca.

Nunca me sentí tan tentada a follar con él como ahora, que no está la blandura de la cama para aliviar la tensión que su polla ejerce contra mi intimidad.

Pero las proporciones aún me asustan, independientemente de las ganas que tengo de ver cómo sería Rómulo entrando en mí.

Las cosas se calientan más todavía cuando sus manos suben por debajo de la camiseta que llevo y yo interrumpo el beso.

—Vamos a cenar.

—¿Ahora?

—Ahora.

—¿Y después? —me da un beso corto.

—Después nos vamos a dormir.

—¿Dormir? —parece tener otra idea.

—Sí. Dormir, Rómulo. Ahora vamos —quito mis piernas de su cintura y él me deja en el suelo.

Salgo delante, pero él me agarra por la espalda y me hace parar, besándome el cuello. Los gemidos se me escapan sin que pueda controlarlos, así como arqueo el culo e inclino la cabeza bajo la sensación que sus besos provocan en mi piel.

Estoy toda erizada.

Esta noche será complicada con su versión salida.



CAPÍTULO 71

Rómulo Guimarães

Me despierto con un dolor de cabeza terrible. Abro los ojos y siento como si mi cuerpo estuviera cayendo en un abismo sin fin. Una sed intensa me consume, así que me levanto de la cama para buscar agua.

El mundo está girando a mi alrededor.

¡Qué resaca de mierda!

¿Bebí tanto así?

Alguien se mueve en la cama y miro hacia atrás.

¡Es Linda y está durmiendo en mi cama, conmigo!

¡Linda!

"¿Qué pasó ayer?

¡No me acuerdo de nada!

¿Cómo convencí a Linda de dormir conmigo?

¿Será que…?

¿Será?"

Me apresuro al baño, cansado como un maratonista al final del desafío, y me siento en el váter a ver si se me pasa el mareo. Miro en la papelera y no hay ningún envoltorio ni preservativo usado.

Pero ¿será que…?

¿Será?

Me encierro en el cubículo, que no es tan pequeño, y hago de todo para mejorar mi situación.

Salgo del baño secándome el pelo con una toalla. La cabeza me sigue latiendo, pero ya me tomé una pastilla para la migraña que encontré en el cajón del armario.

Tiene que hacer efecto.

Necesito agua que no sea del grifo y en abundancia, porque la sed que siento nunca estuvo aquí antes.

Llamo a la cocina.

—Sergio, trae una botella de agua a mi habitación, por favor.

—Sí, señor.

—¡Espera, tío! ¡Así te vas a caer! —La voz de mi hermano llega desde fuera.

Preocupado, salgo al *deck* del lateral de la casa, donde está la piscina.

Gustavo está en una boya con forma de cocodrilo que se da la vuelta y él cae al agua; Caleb intenta montarse en un flamenco hinchable con la ayuda de mi hermano.

Me pongo furioso de inmediato, pero todavía los observo unos minutos. No recuerdo haber invitado a estos intrusos a venir a mi casa, ¡mucho menos a quedarse en mi piscina!

¿Y de dónde sacaron esas boyas?

Cierro la puerta de la habitación y me apoyo en la barandilla del *deck*.

—¡¿QUÉ PUTA PAYASADA ES ESTA, EH?! —Les llamo la atención a los vagabundos.

—¿Despertaste, bello durmiente? —Gustavo me saluda con la mano y vuelve a caerse de la boya.

—¿Qué hacéis en mi casa?

—Dormimos aquí. ¿No te acuerdas? —pregunta Caleb.

"¿Caleb?

¡Él durmió en mi casa!"

—No. ¿Quién os invitó?

—Tú.

Me río.

—¡Yo no os invitaría ni estando muerto de borracho!

—Pues invitaste.

"Lo dudo."

—Relájate, hermanito. Baja aquí a curarte la resaca con el cloro de la piscina.

"¡Encima tiene la cara de invitarme!"

—¡Os doy diez minutos para salir de ahí! —aviso y vuelvo a entrar en la habitación.

Linda acaba de salir del baño y se arregla el pelo.

—¿Te desperté?

No me creo que esté aquí y además usando mi ropa. Recuerdo que estuvimos juntos, pero no recuerdo cómo volvimos.

—No. —Ella se ata el pelo.

—Linda, ¿qué pasó ayer?

—¿En qué momento? Porque pasaron muchas cosas. ¿Dices cuando estábamos en el restaurante, cuando estábamos en el coche o cuando estábamos cenando?

"¿Pasó todo eso?"

No me acuerdo del coche ni de ninguna cena.

—Dime que no hice nada demasiado —pido, preocupado, y llaman a la puerta.

—Señor, su agua.

Voy hasta la puerta y recibo la jarra.

—Gracias, Sergio.

Dejo la jarra en la mesa y me bebo dos vasos de agua seguidos. Hasta se me va el aliento de la prisa.

—Si digo que no, estaría mintiendo —retoma el tema Linda.

"¡Qué vergüenza!

No debería haber salido con esos retrasados."

—¿Qué hice?

—Bebiste mucho. Muchísimo.

—¿Y dije algo que no debía?

—Bueno… —Parece contrariada—. ¿De qué te acuerdas?

—Después del alcohol de poca cosa, pero no me olvidé de la propuesta, si es lo que piensas.

Ella alza las cejas con una pequeña sonrisa.

"De algo tan importante no me olvidaría."

—¿Qué más hice?

—Creo que mejor mires en el móvil de Rodrigo.

—¿¡Qué!?

—Lo grabó todo, pero no digas que te lo conté, por favor.

"¡Claro que haría eso!"

Salgo al *deck* furioso y miro hacia la piscina.

—¡RODRIGO, PRESÉNTATE INMEDIATAMENTE EN MI HABITACIÓN! —Mi grito asusta a Caleb, que se da la vuelta con boya y todo dentro de la piscina.

Vuelvo a la habitación y Linda me mira, asustada.

—¿Qué más pasó? —Me acerco a ella—. ¿Nos acostamos?

—¿Qué? —Se le va el color.

—¿Anoche nos acostamos, Linda? Me desperté contigo a mi lado, usando mi ropa, y no me acuerdo de nada. ¿Nos acostamos? —pregunto, preocupado.

—No, claro que no. Después de la cena caíste muerto en la cama —responde pálida.

—Menos mal. —Me quedo más tranquilo.

—Ahora estoy confundida.

—No me acuerdo de nada. ¿Crees que me gustaría no recordar nuestra primera vez?

Ella alza las cejas y se muerde los labios; después mira al suelo, tímida, abrazándose el cuerpo.

—No pasó nada, pero no significa que no quisieras. De hecho, ayer solo te viniste porque me vine contigo. Estabas tan necesitado… —cuenta, con una sonrisa burlona.

"¡Qué vergüenza, Dios!

Necesitado sí que estaba; de hecho, todavía lo estoy."

—¿Lo dije discretamente o monté un escándalo?

—Depende del punto de vista. Fue escandaloso para quien estaba sobrio, pero casi todo el mundo estaba borracho. —Se encoge de hombros, con esa sonrisita que me vuelve loco.

—No debería haber salido con esos idiotas. —Me siento en la cama, arrepentido.

—Sí. Iban sin freno, la verdad. Si yo no hubiera puesto orden, todavía estaríais allí bebiendo.

—¿Cuidaste de mí?

—Sí.

Agarro sus dedos, rompo su pose y la acerco a mí.

—Te fastidié el fin de semana, ¿verdad? —Me siento culpable y abrazo por la cintura al motivo de mi desequilibrio.

—No. No te preocupes. Ya hablamos de eso, ¿no te acuerdas?

—Me acuerdo, pero sé que no era tu plan cuidar de cuatro borrachos.

—Técnicamente, solo cuidé de ti —cuenta, tímida.

Sonrío satisfecho y alcanzo sus labios que huelen a menta; nos besamos y sonreímos con los rostros muy cerca.

—Sea lo que sea lo que te dije borracho, si fue positivo es verdad y si fue negativo era solo para verte enfadadita. Te pones muy sexy cuando estás enfadada. —Le doy otro beso.

—No bromees con eso —susurra a modo de consejo.

—Me imagino varias formas de dejarte muy tranquilita ahora que estamos juntos. Y no son solo ramos, chocolates y peluches.

Ella sonríe.

—Me encanta cuando sonríes por mi culpa. —Acaricio su rostro.

—Me odio por eso.

—¿Por qué? —apoyo mi frente en la suya.

—Porque el objetivo es ser racional y que no me guste lo que haces, pero no puedo, porque el obstáculo eres tú.

Sonrío.

—No puedes estar luchando contra los sentimientos, ¿sabes? Yo ya me cansé de eso y decidí afrontarlo. Si hasta yo lo hice, tú deberías hacer lo mismo. Además, soy irresistible.

Ella suelta una carcajada.

—Y presumido también.

—¿Y mi respuesta?

Ella me mira sonriendo.

—¿Tú qué crees?

—Creo que solo querías hacerme sufrir esperando oírlo.

—Quiero, Rómulo. Vamos a intentarlo.

—Vamos. —Me satisface su respuesta.

Ahora puedo decir con todas las letras que es mi novia.

Intercambiamos algunos besos sin prisa, entre caricias, hasta que invaden mi habitación. Suelto a Linda y me levanto para echarle la bronca a mi hermano.

—¿Dónde está el móvil? —exijo saberlo, y él mira inmediatamente a Linda.

—¡Cuñada, no pensé que ya estuvierais en ese nivel de confianza! —protesta, decepcionado.

—No fue Linda quien dijo nada. Sé lo que hiciste, así que dame el puto móvil. —Le tiendo la palma de la mano con prisa.

—Ya lo borré todo.

—Déjame ver la papelera. Rodrigo, si has subido algo mío a internet, yo mismo voy al notario a cambiar tus documentos y te quito el apellido de nuestra familia.

—Tampoco es para tanto, ¿no? —Me entrega el móvil, porque sabe que puedo cumplir mis amenazas.

—Desbloquéalo. —Le doy la pantalla al imbécil, que pone la clave.

Abro la galería, voy directo a la papelera y encuentro los vídeos. Antes de borrarlos, abro algunos y uno es más vergonzoso que el otro.

Mi reputación cayó después de esta payasada.

Rodrigo se ríe al oír el audio de los vídeos y Linda se sienta en la cama con cara de culpable.

—¿Cómo me dejasteis hacer un ridículo así? —pregunto.

—Intenté pararte, ¡pero eres muy terco! —justifica Linda—. Solo lo conseguí cuando te grité.

—Linda sabe ponerse brava cuando hace falta —cuenta mi hermano, admirado—. Hasta yo me asusté.

—Debería haberte roto el móvil en la cabeza, Rodrigo. ¡Yo dije que tu hermano se iba a cabrear! —dice Linda.

—No me des ideas, que todavía puedo hacerlo —amenazo, seleccionando todos los vídeos y luego los borro de la papelera—. Rodrigo, si te atreves otra vez a hacer una payasada así, ya sabes lo que voy a hacer.

—No sabes ni divertirte. —Coge el móvil.

—Llama a los otros y iros, no quiero a nadie aquí.

—¿Puedes mandar a tu chófer a llevarnos al restaurante para recoger nuestros coches? Estoy sin coche y Gustavo también.

—¡Que os lleve Caleb! Mi chófer puede llevaros hasta su casa, y ya. Ya os habéis aprovechado demasiado de mis cosas. —Me sirvo otro vaso de agua.

—Linda, ¿te vienes con nosotros también?

—No, Linda va a pasar el día conmigo —respondo por ella.

Ella no se opone.

Ya que está aquí, no la voy a dejar ir, no ahora que nos estamos entendiendo.

Tenemos tres semanas de añoranza acumulada.



CAPÍTULO 72

Linda Fonseca

Rómulo manda a los chicos que se vayan y nos quedamos solo nosotros dos y los empleados, que se irán después del almuerzo.

Él se pasa la mañana durmiendo, con resaca por las bebidas del día anterior. Yo no siento nada, pero aprovecho para descansar, conversar con las empleadas y caminar por la casa.

Siempre hay algo nuevo en esta casa.

—Imagino que debe de ser muy cansado limpiar este caserón, ¿no?

—Sí. Es muy cansado, pero no hay desorden. Es solo quitar el polvo y abrillantar —explica la limpiadora—. Y no es todo de una vez. Cada día de la semana limpio una parte de la casa.

—Ah, es verdad. Hace falta una planificación. Yo nunca viviría en una casa así; sufriría para limpiarlo todo sola.

—Pero la señora no tiene que preocuparse por eso —dice sonriendo—. Cuando se case con el señor Rómulo, no va a necesitar hacer nada, porque él ya nos paga para hacerlo.

"¿Yo casarme con Rómulo?

¡Ella ya está en 2050!"

Me quedo cortada, pero acabo riéndome de la idea.

—El señor Rómulo cambió mucho desde que está con la señora —comenta la cocinera y, por lo visto, a ellas les gusta ese cambio.

—Cuando él te mandó a casa, me dio tanta pena —se desahoga la otra—. Pero sabía que se había quedado tocado contigo, porque cambió desde el momento en que te vio por primera vez. Nunca vi al señor Rómulo tan nervioso y desde entonces anda hecho un manojo de nervios. Pasó más de tres meses perturbado y se le notaba en la cara que estaba pensando en la señora, seguramente arrepentido de lo que hizo. Pero cuando la señora volvió, volvió a estar contento. Y, entre nosotras… —dice bajito y sonriendo— le encanta cuando la señora viene aquí.

La cocinera la reprende y yo me río.

—Él está enamoradísimo de la señora. Enamorado, no: amando —asegura la limpiadora con una expresión graciosa.

—Yo no sé ni qué decir.

—El señor Rómulo nunca trae a ninguna mujer aquí. Solo a la señora, a ninguna otra. Y no deja que nadie aparezca sin avisar, pero cuando se trata de la señora ni le importa.

"¡Se fijan en todo!"

—Él no puede controlarme —explico y nos echamos a reír.

—Creo que eso es lo que le gusta.

Después de esta conversación reveladora y embarazosa, Rómulo no tarda en aparecer y almorzamos.

Una hora después, ellas se van y nos quedamos solo nosotros dos en la casa. Él se tumba en el sofá y parece que va a volver a dormirse, así que me siento en el otro sofá y busco algo que ver en la tele.

—Siéntete a gusto, Linda.

—Estoy a gusto. —Me acomodo en el sofá.

—Túmbate ahí en el sofá.

—Estoy bien así.

—Ven aquí. —Estira el brazo.

—¿Para qué?

—Ven aquí —pide con tono zalamero.

Es difícil resistirme a él cuando actúa así.

Me levanto y luego me siento en el borde del sofá, a su lado, y él permanece tumbado.

Ya no hay manera de huir de lo que estoy sintiendo por él y he aceptado su propuesta. Espero que todo siga bien.

—¿Te sientes mejor?

—Sí. Aún tengo un poco de sed, pero la cabeza está mucho mejor. No voy a volver a beber así nunca más. —Desliza la mano por mi brazo.

—Ese es el discurso que todo el mundo olvida la próxima vez.

Sonreímos.

—Linda, no me contaste lo que pasó ayer. —Me tira de la otra mano.

—Te dije, no pasó nada.

—¿Nada, nada? ¿Me quedé frito y me dormí enseguida, o…?

—Dormimos abrazados.

—¿Y te gustó? —Ahora me toquetea el pelo.

—No fue la primera vez, ¿no? —Apoyo los antebrazos sobre él —. Pero estabas roncando.

—¿Yo, roncando? ¡Yo no ronco, Linda!

—Sí, roncas.

—¡Nadie me ha dicho nunca que ronco!

—Entonces ya has dormido con mucha gente, ¿no? —deduzco, y no me gusta la conclusión.

—No, yo no duermo con nadie, solo contigo.

Me alivia oírlo.

—Entonces cree cuando te digo que, cuando estás borracho, sí roncas —insisto.

—¿Estás intentando bajarme la autoestima?

Me río.

—No, a no ser que tu autoestima dependa de si roncas o no.

Él me tira del brazo bruscamente y me besa; después me aparto, mordiéndome el carrillo para no sonreír.

—Me pregunto cómo me dejé hacer esto.

—¿El qué? —Vuelvo a apoyarme en su pecho.

—Ya no me veo sin ti.

"Yo también, y oír eso me alegra demasiado."

—Cada vez que dices algo así, es como si un golpe me diera de lleno. Y tú quisiste decir que yo era la estafadora.

—Y lo eras. Me diste de lleno y ahora estoy aquí, caído por ti. Noqueado.

Esta vez no consigo aguantar la sonrisa.

—¿Eres así siempre que quieres conquistar a una mujer?

—No. Por lo general, solo las miro y entonces vienen a mí. —Me agarra la cara con una sola mano y me aprieta las mejillas—. Tú eres la diferente, no caes en mi encanto y, por lo visto, acabas de

decir que todavía no te he conquistado. ¿Qué hace falta para conquistar tu corazón de piedra? Dímelo.

—¿Corazón de piedra? —repito riéndome—. Mi corazón no es de piedra. Solo es un lugar que nunca ha sido habitado antes.

—Eso es muy injusto, ¿lo sabías?

—¿El qué? ¿No haberse enamorado nunca?

—También. Pero digo que tú eres injusta conmigo, porque me robaste el corazón. Déjame robar el tuyo ahora… Así quedaremos en equilibrio.

No aguanto a Rómulo siendo tierno y me quedo completamente derretida.

¿Será esta la calma después de la tormenta?

¿O aún viviremos más tormentas?

Querría que esta felicidad fuera perpetua.

—Ese golpe… —Me separo de su pecho.

—¿Acertó en el corazón?

—¡Rómulo! —Me cubro el rostro, caliente, y me levanto, cohibida—. ¡Uno detrás de otro!

—Tengo un repertorio extenso, veinticinco años acumulándolo.

—¡Tú no tienes veinticinco años! —Me giro hacia él, sonriendo, y él se está incorporando del sofá.

—Es que hasta los diez no cuentan. Solo pensaba en jugar y sacar dieces en los exámenes.

—No es posible que nunca hayas tenido que conquistar a una mujer.

—Es mi encanto. Me ayuda a no tener que esforzarme.

—Te lo tienes muy creído, ¿eh? Cada día estás peor.

Él me sujeta del brazo.

—Prepárate, porque pienso usar mi repertorio de piropos todo el domingo entero. De hoy no pasa: voy a robarte el corazón. —Me arrastra por la cintura y me besa.

"Creo que será una pérdida de tiempo…

porque ya lo tiene"



CAPÍTULO 73

Rómulo Guimarães

Después de un beso, no consigo parar. Solo nosotros dos en mi casa, no podría haber una oportunidad mejor.

Me siento en el sofá y la arrastro encima de mí. Ella se sienta con las piernas abiertas y el short holgado me permite ver la braguita amarilla cubriendo uno de los lugares de su cuerpo más codiciados por mí.

Linda me sujeta por los hombros y nos besamos apasionados, mientras mis manos recorren su culo pequeño y durito, donde aprieto y tiro de su cuerpo contra el mío. Froto mi erección en su intimidad, que está presente desde el primer beso en esta conversación provocadora.

Linda por sí sola ya me vuelve loco, pero el hecho de que aún no hayamos llegado ahí, de no haber follado nunca con ella, me pone aún más nervioso.

Le quito una de sus manos del hombro, la llevo a mi erección y me pone muy cachondo saber que está palpando mi polla.

Cuando interrumpe el beso y me mira inocente, avergonzada, mi cuerpo late ansiando sexo.

—Nunca más te quedes lejos de mí. Te lo prohíbo, Linda. —La agarro por la nuca y la beso ferozmente.

Ella aprieta mi polla y luego la suelta, sentándose encima de ella, gimiendo contra mi boca.

Nuestras lenguas serpentean una contra la otra, peleando por el dominio del beso, y nunca la vi tan eufórica en un momento así. Es como si sintiera tantas ganas como yo de besar y matar esta añoranza que atormenta y enfurece.

Clavo las uñas en su piel y ella saca el culo, frotándose contra mi erección; a continuación la tumbo en el sofá y me coloco encima. Nuestro beso se corta, me aparto y me quito la camisa.

—Ya va siendo hora de que me devuelvas la ropa.

—Tan rico y tacaño. Si la quieres, quítamela tú.

Sonrío con la provocación inesperada y no tardo en subir la camiseta que lleva puesta hasta dejar sus deliciosas tetas al aire. Paso la tela por su cabeza y brazos.

Linda está desnuda de cintura para arriba y cubre sus pezones, pero los descubro y le sujeto los brazos para que no me moleste mientras chupo esa carne suave y sensual.

Ella gime y se mueve bajo mí.

—Esto es tan bueno.

—Linda…

"Qué ingenua es…"

Miro su cara llena de deseo, beso sus labios y trazo besos por el cuello hasta el otro pecho. Mordisqueo su piel y dejo chupetones que la hacen estremecer. Me incorporo y esta vez arrastro el short con la braguita hasta pasarlos por los pies. Antes de poder ver su coño desnudo, ella lo cubre con las dos manos y luego con una, al ver mi erección marcada en el short holgado.

—Eres un hijo de puta.

—Ajá, y este hijo de puta te va a chupar ahora. —Vuelvo a arrodillarme y le separo los muslos.

Su mano se aplana sobre la ingle y yo beso el dorso, luego las caras internas de los muslos.

—Quita esa mano, que ahora mi lengua quiere encontrar otra cosa.

Ella se cubre los ojos con una mano mientras le aparto la otra del vientre. Su coño es del color del pezón, clarito, pequeño y completamente depilado.

Mi polla palpita, llena de ganas de tocarla y entrar en ella.

La acaricio, maravillado.

—Es preciosa.

Deslizo el pulgar por el clítoris duro y rojo y, en respuesta, Linda casi se incorpora en el sofá. Ella se alza gimiendo y se quita las manos de los ojos.

Masajeo la protuberancia con cuidado, pero presionando lo suficiente para que sienta placer. Sus mejillas están rojas y su boca, abierta. Traga con dificultad y me mira en alerta.

—Relájate, bebé, aún ni hemos empezado. —La empujo para que se tumbe.

Beso su boca y la masturbo con el dedo índice y el medio. En el vaivén, mis dedos arrastran la miel de su excitación y la esparzo alrededor de su coño, mientras ella gime mi nombre, con la mirada perdida y la respiración desordenada.

Hago más de lo que le gusta y penetro con las puntas de los dedos la entrada de su coño; en respuesta, Linda cierra los ojos y yo me muevo con más cuidado.

—Bésame —pide con una mirada necesitada, e invado su boca con mi lengua.

Ella la chupa y esta vez soy yo quien suelta el gemido.

Hundo el dedo entero dentro de ella y me muevo, entrando y saliendo. Siento el embadurnado de su coño mojado y meto otro dedo en su canal estrechito. Ella gime cuando deslizo con los dos, pero no me pide que pare.

Dejo de besarla y bajo hasta su cadera, presionando la lengua contra su coño.

Linda me mira asustada y, al mismo tiempo, consumida por el placer incesante que causan mis besos al tocar una de las zonas más erógenas, si no la mayor, de una mujer.

Mi lengua serpentea alrededor del clítoris y lo mamo, viciado con su sabor; después chupo los labios de alrededor. No paro hasta que ella se deshace, gimiendo tan alto que seguramente los vigilantes de la garita lo oyeron.

—¡Qué sabor tan bueno!

—¿Bueno? —inquiere, respirando pesado.

—Estás deliciosa, Linda. —Le embadurno el coño con la miel que sale de ella y la beso en los labios.

Bajo mi short y me masajeo la polla. Incluso después de lo que hice, Linda sigue tímida y no mira lo que hago.

—No sé si voy a poder.

—Déjamelo a mí. —Beso sus labios.

Me aparto unos segundos para ponerme el preservativo y vuelvo a ponerme encima de ella, dispuesto a hacerla mujer. Le chupo los labios y meto la lengua en su boca, y así me muevo hacia dentro de ella. A cada embestida escucho un gemido, pero son embestidas tan leves, y Linda parece sentir el mayor dolor del mundo por la cara que pone cuando dejo de besarla. Presiono un poco más y sus carnes no se dilatan para recibirme, ni tampoco siento placer con eso.

—No puedo —dice, plantando la palma en mi pecho cuando fuerzo un poco más—. No puedo, Rómulo. Perdona, pero hoy no puedo.

Respiro hondo y pienso que insistir es una pésima idea, así que guardo mi erección dentro de la ropa y me quedo con ella.

—Está bien. —Beso sus labios—. Las ganas no se me van a pasar porque hoy no haya salido.

—¿En serio?

—Ajá. ¿Qué te creías? ¿Que voy a rendirme contigo porque no pasó?

—Yo qué sé. Eres un hombre experimentado… Perdón de verdad. —Se entristece.

—Eh, no quiero ese tipo de pensamientos por aquí. Es tu momento y puedo esperar. Solo con haber chupado ese coño tuyo, mi amor… —Le beso el cuello y ella se remueve bajo mi cuerpo—. Eres demasiado sabrosa.

—Estás loco —se ríe.



CAPÍTULO 74

Linda Fonseca

Qué sensación maravillosa.

Nunca olvidaré lo que hicimos en este sofá…

Aunque no haya conseguido dejar que él me penetrara, todo fue perfecto.

Sus dedos dentro de mí, entrando y saliendo mojados, cuando me masturbó y más aún cuando me chupó.

Rómulo me chupó con ganas, como si fuera mi boca, y fue demasiado bueno sentir esa sensación que me dejó con las piernas temblorosas.

Confieso que no imaginé que pudiera ser tan fuerte.

Me hizo tener un orgasmo sin siquiera tener el sexo propiamente dicho y, con esto, ya no huyo de él, aunque aún no me sienta tranquila para llegar hasta el final en el sexo.

¡Qué dolor de mierda!

Cuando empezó, hasta pensé que a ese ritmo iba a funcionar, pero sin éxito; apretó un poco más y no fue posible. Sentí mi piel forzada y al borde de romperse, pero el dolor fue demasiado fuerte para dejarle continuar.

Me quedé hasta sin aire, retorciéndome en el sofá, pero podremos intentarlo otra vez, como él mismo dijo.

La verdad es que un hombre comprensivo es todo lo que esperaba cuando pensaba en esta parte de la relación.

Llegué a los veintidós años virgen y ahora me pregunto si eso fue o no una buena idea, pero no podía hacer esto con cualquiera y ni siquiera había besado a nadie.

¡Qué vergüenza!

Debo de ser la mujer más parada del mundo cuando se trata de vida amorosa.

Rómulo y yo pasamos el domingo juntos, muy juntos, y en los días siguientes también nos vimos por la noche, pero en ninguna intentamos tener sexo.

Días difíciles para la mujer.

Lo nuestro ya es oficial y esta vez no mentimos a nadie. A pesar de que nadie pregunta por lo nuestro, pues ya dieron por hecho que somos novios desde hace más de un mes.

No soporto encontrarme con la RP en el edificio y lo que me consuela es saber que, independientemente de lo que ella piense, sigo con mi empleo y ahora con el tipo que creyó que no podría quererme.

Y ahora, voy a acompañarlo al evento.

La mujer debe de estar que trina.

Esta vez vinieron a arreglarme en casa.

Rómulo no me deja apañarme sola y puede que tenga razón, porque yo no habría conseguido arreglarme hasta tener esta cara de rica que tengo ahora.

Elegí un vestido dorado, con mucho brillo, que deja la espalda completamente desnuda; los tirantes que sostienen el escote en V son finos y casi imperceptibles, y la falda es larga, cubriendo incluso

mis zapatos. Llevo el pelo recogido, dando protagonismo a los pendientes más grandes que he usado, llenos de pedrería, y el maquillaje me dio un glow up sin parecer cargado.

En cuanto los profesionales se van, aparece Rómulo.

—Linda, ¿ya estás lista?

—Solo me falta guardar las cosas en el bolso. —Lo miro, impecable, como siempre.

Al hombre le encanta llevar esmoquin, pajarita y camisa negra. Este debe de ser de otra marca, porque veo que el corte y el tejido son diferentes.

Me gusta informarme de estas cosas y, conviviendo a diario con Rómulo, empecé a notar diferencias en estas prendas.

Sacudo la cabeza, admirada, y él está perdido en mí.

—Estás más que perfecta. —Me entrega el móvil y lo guardo en el bolso.

—Gracias. —La sonrisa es incontrolable.

—No podría querer a otra persona para que me acompañe. —Me besa en los labios y eso sigue volviéndome loca.

Ya han pasado algunos días desde mi "sí" para ser su novia y aún no hemos llegado a los *finalmentes*, porque simplemente no consigo, y ver que él tiene esa paciencia, ese cariño, me da más confianza por haber aceptado salir con él.

Pero sé que en algún momento tendrá que suceder.

Salimos bajo los elogios de Sérgio y de los demás empleados.

Esta vez conduce el chófer y no Rómulo.

Admito que nunca estuve tan ansiosa como hoy y, aunque ya lo acompañé a aquella fiesta, esta vez siento que es diferente. Antes no teníamos nada y yo solo me preocupaba por no parecer su novia mientras él hacía el camino inverso, pero ahora estamos juntos y,

quiera o no, siento la presión de eso, la presión de estar con alguien que tiene los focos sobre él.

—Serás la mujer más guapa de la fiesta —me dice al oído, aún en el coche.

Me muerdo la mejilla.

—Eso no reduce mi ansiedad.

Él me toma la mano, acariciándola, tal como hizo cuando estuve enferma y siempre que estamos juntos.

Cuando llegamos a la fiesta, es inevitable pasar por la lluvia de flashes y esta vez soy yo quien quiere agarrarse a alguien, quiero agarrarme al brazo de Rómulo y esconder mi cara.

Como no puedo, me quedo a su lado, fingiendo que todo está bien.

Ahora que nadie tiene dudas sobre lo nuestro, cesaron las preguntas y, en cuanto nos hacemos las fotos, entramos en la fiesta.

Saludamos a algunos conocidos de Rómulo y enseguida encontramos a Gustavo, que está bastante elegante.

—¡Mira, si no son el alcalde y la primera dama!

Nos reímos.

—No pierdes una, ¿eh? ¿Dónde está tu acompañante? —pregunto.

—No traje. No quiero que me tachen de comprometido, dejo eso para mi amigo de aquí. —Le da unas palmaditas en el hombro a Rómulo.

—¿Dónde está la mierdecita de tu amigo? —pregunta Rómulo.

—Si hablas de Caleb, creo que no vendrá. La última vez que hablamos estaba en el extranjero.

"¡Qué chic!"

—¡Mira, mamá! —Es la voz de Rodrigo.

Miramos atrás y ahí viene, todo elegante y sonriente, acompañado de sus padres.

Me pongo ansiosa por Rómulo.

—Cuñada, ¿pero esto qué es? ¡Van a cambiar el nombre del premio por Miss Universo y darte el trofeo! —Rodrigo me abraza y yo me río con la idea.

¡Siempre es tan exagerado!

—¿Vosotros aquí? —Rómulo también se sorprende.

—Sí, nuestro padre consiguió las invitaciones. No podíamos faltar a una noche tan importante para ti. —Rodrigo saluda al hermano.

Su madre viene a hablar conmigo.

—Linda, ¿qué decir de ti? ¡Estás perfecta, niña! —Me abraza.

—Gracias. Usted también.

—¿Cómo está mi hijo? Parecéis muy felices. Estoy muy feliz por vosotros. ¡Por fin! Ya me daba miedo que Rodrigo se casara y Rómulo no. Y mira que para que Rodrigo se case está difícil. Imagina mi preocupación.

Me echo a reír.

—¡Mamá, ya estás haciendo campaña! —Rómulo la saluda.

—¡Claro!

—Entonces sigue, cuanto más, mejor.

"¡Ay, ay, eh!

¡Rómulo nunca escondió lo descarado que es!"

—Hola. ¿Cómo estás? —Su padre viene a saludarme.

Ya sé cómo será Rómulo cuando tenga cincuenta, ¡y puedo afirmar que será un viejo de barco guapetón!

—Bien, ¿y usted? —pregunto amablemente.

Espero que él y Rómulo se arreglen pronto.

—Bien también.

Enseguida se acerca a mi novio, que está un poco tenso, como ya había imaginado.

—Mis parabienes, has conseguido un premio bastante codiciado. Eso es motivo de mucho orgullo. —Se dan un apretón de manos.

—Gracias.

Le cojo la mano a Rómulo y nos dirigimos a la mesa reservada para nosotros. La familia entera viene con nosotros; Gustavo se va a otro lado.

Menos mal, porque él y Rodrigo juntos no funcionan muy bien, ya que les sale el espíritu de quinto de primaria.

Los camareros nos traen bebidas y aceptamos.

—Rómulo —le susurro al oído.

—¿Qué? —pregunta bajito.

—¿Has oído lo que dijo tu padre?

—¿El qué?

—Que está orgulloso de ti.

—No fue exactamente así.

—Sí que lo fue. Es que él es como tú, orgulloso. Dijo que era motivo de orgullo, pero, en realidad, dijo que está orgulloso de ti.

Hay una sonrisa queriendo formarse en sus labios y la animo, sonriendo también.

—Ves demasiado, Linda.

—Pero es evidente. Creo que hoy es un gran día para arreglarlo.

—No esperemos tanto.

—¿Pero admites que tienes esperanzas, que está brotando un tallito de perdón ahí en tu corazón?

—Dímelo tú, que vives en él.

—¡Rómulo! —Sus palabras me dejan boba y él me besa la mejilla.

—No quiero hacerlo hoy. No sé si una conversación de esas terminará bien o mal. Vamos a disfrutar la fiesta.

—Vale.

Cuando Rómulo sube al escenario para recoger el premio, me pongo nerviosa por él, porque incluso hay un equipo de TV grabando.

Dice palabras cultas en su discurso y no entiendo ni la mitad. La verdad es que me siento en una reunión de Gustavo y asiento con la cabeza como en las reuniones, fingiendo que lo entiendo todo.

—…Y por último, y no menos importante. En realidad, muy importante, quiero agradecer a la mujer que me enseñó que la vida no es solo esto de aquí. —Levanta el premio—. No es solo trabajo, no son solo negocios. La vida es mucho más que eso, pero solo vi ese hecho y aprendí otras cosas importantes después de que ella apareció en mi vida. Gracias, Linda. Me hiciste una mejor persona. —Me mira y sonríe.

El pecho se me llena de aire, de felicidad y orgullo. Mi sonrisa no consigue expresar ni la mitad de la alegría que siento al oír eso, tanto que me contengo para no derramar lágrimas y parecer más enamorada y boba de lo que ya parezco.

No vine para causar una revolución y no quiero que él vea que cambió por mi culpa. Él se convirtió en una persona mejor a través de lo que sucedió, porque quiso.

La gente lo aplaude y él baja del escenario cargando el pequeño objeto en las manos.

—Vaya, Linda, ¿qué lavado de cerebro le hiciste a mi hermano, eh? —pregunta Rodrigo.

"¿Lavado de cerebro?"

Siempre tiene una hipótesis que me hace reír.

Rómulo se acerca y yo soy la primera en felicitarlo con un abrazo.

—Enhorabuena.

Él me besa la frente.

—Gracias.

Sus padres también lo felicitan, pero no veo ninguna conversación prometedora entre él y su padre.

El resto de la noche nos divertimos con Rodrigo y Gustavo, que se unieron a nosotros, con sus charlas sin sentido, pero graciosas, y luego nos vamos a mi apartamento, donde nos acostamos abrazados en cucharita.

Rómulo está felicísimo con el evento; yo estoy boba con las cosas que dijo sobre mí.

—¿Crees que todo esto fue el destino? Si lo fue, lo odio por necesitar matar a mi padre para juntarnos. Pero aquí estamos y nunca imaginé que podría vivir todo esto.

—Si fue él quien te puso en mi vida, no lo sé; solo sé que no quiero que salgas de ella nunca más. —Me besa el hombro.



CAPÍTULO 75

Rómulo Guimarães

Han pasado dos semanas desde la fiesta y las cosas entre Linda y yo van mejor que nunca.

—¿Pero cuándo fue que se volvió de verdad? ¿Fue la noche de la cena en mi casa o cuando te emborrachaste? ¿Cuándo fue?

—¡No te interesa, Rodrigo!

—Entonces vosotros dos… Espera. Aquella chica dijo que Linda nunca había hecho nada en la vida. Entonces, en aquella época, ¿todavía no había hecho?

—Sí…

—Y entonces ahora… —carraspea—. ¿Te enteraste después por la chica o ya lo habías intentado?

—¡No es asunto tuyo, Rodrigo!

—Apuesto a que te enteraste por la chica y por eso te pusiste enfermo de celos por Linda, ¿a que sí? Ella no era tu novia, pero ya te interesaba y con esa historia de que nunca había hecho nada… Fue la receta perfecta para que un tío controlador se enamorara.

—¿Soy controlador? ¡Cállate, Rodrigo! —Arrastro la maleta fuera de la habitación—. Mi intimidad con Linda no es asunto tuyo.

—¡Ahora tiene sentido que nos echaras aquel domingo y la dejaras aquí! ¿Os quedasteis solos el domingo, eh? ¿Duerme aquí siempre?

Me paro y me doy la vuelta hacia él.

—¿Nunca vas a dejar de ser un impertinente?

—¿Entonces seguís siendo vírgenes? —Abre los ojos de par en par, analizándome.

—¡Rodrigo, cállate, joder! Te estoy diciendo que no quiero hablar de eso. No vas a sacarme nada.

—Virgencitos en un resort. ¿Linda está esperando al matrimonio? Di que sí. Idealizo ese evento desde la boda de mi amigo. Tener la primera vez en la boda debe de ser algo raro, pero debe de ser especial.

—¿Tú te estás guardando para eso? —Lo miro intrigado con la conversación.

—Si encontrara a alguien como Linda, no me importaría. —Se encoge de hombros.

A mí tampoco me importa mucho, solo que es muy difícil no querer intentarlo. Todas las noches me entran ganas y me controlo para no presionarla. Claro que la provoco mucho, pero ella no deja que llegue hasta el final.

No lo exijo, porque quiero que se sienta a gusto y no forzada a hacerlo. Ya le pregunté si estaba esperando al matrimonio cuando descubrí que era virgen, pero no me respondió y no volveré a preguntar.

Si quiere esperar…

Aún no lo he pensado.

—Sérgio, cuide bien de la casa. Ya sabe lo que tiene que hacer, ¿no?

—Sí, señor. Que tenga un excelente fin de semana.

—Gracias.

Salgo de casa con la maleta y el chófer la guarda en el coche.

Rodrigo se enteró de esta escapada e insistió en venir con nosotros; al final, consiguió convencer a Linda y ella… bueno, ella me convenció con una sola petición.

¡No entiendo cómo me dejé llegar a este punto, consigue cualquier cosa de mí!

Entramos en el coche y el chófer nos lleva hasta el condominio donde ella vive. En cuanto paramos delante, llamo a mi novia.

—*¿Diga?* —contesta de inmediato.

—Ya hemos llegado. Estamos aquí delante.

—*Ya voy* —corta la llamada y enseguida sale del edificio.

Bajo del coche y el chófer también.

—¿Es muy grande esta maleta? —pregunta frunciendo el ceño.

Lo que es pequeño son tus shorts.

Esta mujer me vuelve loco con esas piernas al descubierto.

—Parece hasta pequeña para ser de una mujer. —Saludo a mi novia con un abrazo y un beso en la frente—. Estás muy guapa hoy. —Beso sus labios.

—¿Ayer estaba fea?

—Estabas guapa —me río—. Hoy más, cada día más.

—LINDA, TE AMO. ¡AHORA, DÉJAME CARGARTE EN BRAZOS PARA QUE NO ENSUCIES TUS ZAPATOS! —Rodrigo me imita de manera exagerada, con la cara pegada a la ventanilla del coche.

Linda se ríe.

—Esto es lo que pasa por inventarte traer a este degenerado.

—Es tu hermano y es divertido.

—Tiene veinticuatro años y una madurez de once.

Abro la puerta del coche.

Ella entra y saluda a Rodrigo, luego me siento en el asiento delantero y seguimos hacia el aeropuerto.

—¿Quién inventó este viaje, eh? —pregunta mi hermano—. Me pareció una idea estupenda.

—La RP. Por cierto, ¿cómo se llama? —pregunta Linda—. Porque no me imagino a una madre bautizando a una hija como RP.

Nos reímos.

—Es Kettelyn —respondo.

—Le pega mucho… —Linda tuerce la boca.

"*Celosita*…"

—¿Está soltera? —Rodrigo parece interesarse.

—Creo que sí —respondo.

—¿Crees? —Linda me mira fija.

—No voy preguntando por su vida íntima —respondo y ella resopla.

—¡Ella te tira los tejos cada diez minutos y tú todavía te preguntas si está soltera! —dice Linda, irritada.

—Linda, conmigo no tiene ninguna oportunidad —refuerzo lo que digo.

—Pareja que empieza discutiendo, permanece discutiendo. ¡Eeeeeh! ¡Relación saludable!

Mi hermano hace chistes de todo y ya sé que va a estar con ese numerito todo el tiempo.

No quiero saber nada de Kettelyn, al fin y al cabo lo que tuvimos fue cosa de una sola noche.

En cuanto llegamos al aeropuerto, nos reunimos. Laisa va en el mismo grupo que Rodrigo, *a petición de Linda*, Gustavo, Kettelyn, otra chica que es de la empresa de Gustavo y algunas chicas más.

En total somos diez.

Linda se junta con Laisa y hablan sobre viajar en avión, ya que nunca ha viajado en ese tipo de transporte y estuvo hablando de eso toda la semana.

Gustavo ya va vestido según el tema: shorts y camiseta con estampado de flores, chanclas y un sombrero enorme, forrado por dentro con otro estampado de flores en rojo, verde y amarillo. Además lleva gafas de sol.

—¡Me gusta el estilo! —elogia Rodrigo, sentándose a su lado.

—Son solo dos días y no quiero perder tiempo. Quiero disfrutar desde el avión.

—¿Y qué vas a hacer en el avión para disfrutar de eso? —Siento curiosidad.

—Tomar unas copas, ligar con las azafatas… —enumera, sonriéndole a mi hermano.

—Muy bonito para ti. ¿Dónde está tu chica? —pregunto.

—Ya dije que no es mi novia. Solo la llevo a sitios donde no me voy a perjudicar. Si hay mujeres solteras, ¡claro que también voy soltero!

—Eh. ¿Y esa rubia, eh? —Rodrigo codea a Gustavo y me siento en el asiento delante de los dos—. Está buenísima. Rómulo dijo que está soltera.

—Si consigues ligarte a esa desgraciada, te pago una ronda de bebidas —promete Gustavo.

—La consigo *fácil* —garantiza Rodrigo.

"El espíritu de primero de la ESO…"

Oímos el aviso de embarque y nos levantamos.

Quiero ver la reacción de Linda en el avión.



CAPÍTULO 76

Linda Fonseca

—***Linda***, la organizadora va hasta con lista —comenta Laisa discretamente sobre Kettelyn—. Si la dejaran, elegiría hasta los asientos de cada uno en el avión.

—De eso no tengo dudas, Laisa.

Reímos.

—Aquel es el hermano del señor Rómulo, ¿no?

—Sí. Lo es.

—Guapo, ¿eh? —parece admirada.

—Sí. Es una familia con una genética que Dios bendiga —concuerdo, y sonreímos.

Es el primer viaje que hago con Rómulo y, cuando embarcamos, siento un cosquilleo en el estómago.

He pensado mucho en este viaje porque, por más que Rómulo y yo hayamos convivido mucho en las últimas semanas, todavía no hemos tenido nuestra primera noche completa y pienso que, si no ocurre durante estos días, podría no ocurrir nunca.

Quiero decir, lo tiene todo para salir bien.

Él quiere mucho, siempre, y yo también quiero; solo tengo miedo.

Pero quiero que nuestro primer viaje sea especial de verdad, por eso dejaré ese miedo a un lado.

—¡Mi sitio! —Kettelyn aparece sonriente y se sienta al lado de Rómulo.

Niego con la cabeza y sonrío, incrédula, pues la mujer no desiste nunca.

Es claro que haría algo parecido; al fin y al cabo fue quien compró los billetes.

No quiero parecer celosa, porque esto va más allá de celos. Sé que no le gusto por Rómulo, pero a mí no me gusta ella por los insultos. Decir que vine para dificultarle la vida y que hice todo a propósito fue demasiada osadía, sin contar que todavía me pica la mano por haberme llamado "descalificada".

Puedes apostar que, si se pasa, se la lleva.

La presencia de la RP me distrae del miedo a volar, miedo que nunca tuvo motivos para existir, ya que es la primera vez que viajo así.

El avión despega, aprieto la mano de Rómulo y no aparto los ojos de la ventana que me da la visión de lo que está pasando, la ciudad quedando abajo mientras vamos al encuentro de las nubes.

Hasta ahí, todo bien, pero me asusto de verdad cuando se estabiliza en el aire; entonces contengo la respiración por algunos segundos y mi tensión se descompensa.

Un rato después, todo vuelve a la normalidad y solo disfruto del viaje observándolo todo por la ventana.

—No te moriste, ¿verdad? —Rómulo me susurra al oído.

No es que ese fuera el problema…

El problema era la curiosidad y el miedo de la primera vez, que no ocurre solo en un viaje en avión.

Rómulo Guimarães

—Está por nacer una pareja más guapa que mi amigo, Rómulo, y la linda novia de él que se llama Linda —comenta Gustavo, escandaloso—. Cuando crezca, quiero ser como vosotros.

—Si no has crecido hasta ahora, siento informarte de que ya no tiene arreglo —me lamento.

En la oficina es desenfadado, pero fuera de ella parece un chaval en plena pubertad.

Ese no logra nada serio con nadie, ¡porque no se toma nada en serio más allá de sus negocios!

Pero al menos nos hace reír.

Me gusta saber que Linda se integra con la gente de mi círculo, aunque no salga mucho con los chicos. Laisa tampoco parece una mala amistad para ella. No las veo muy pegadas, pero se llevan bien cuando están juntas.

Parece que se conocen de toda la vida.

—Yo también me reflejo en mi hermano mayor. —Rodrigo me acierta un codazo.

—¡Mentiroso! Pero deberías reflejarte, sí.

Rodrigo necesita tener responsabilidad y no entiendo el motivo de que nuestro padre nunca le haya apretado las tuercas a ese vagabundo como me las apretaba a mí.

—Necesito conseguir un sombrero de esos. —Rodrigo ignora mi comentario y coge el sombrero de Gustavo.

Cuando digo que juntos tienen más sentido, es por esto.

Pero ¿quién los aguanta?

Seguimos en taxi hacia el resort que, sorprendentemente, es de un excompañero de facultad de Gustavo.

La verdad es que a estas alturas ni debería sorprenderme.

El sitio es exactamente todo lo que prometía la propaganda y un poco más.

Cerca de la playa, enorme, con muchas piscinas y otras áreas de ocio.

Y en la hora del check-in lo encontramos. Gustavo toma el lugar de Kettelyn, ya que conoce al propietario del sitio, y cuando él ve a Linda y a mí, nos reconoce.

—¡Ella vino de verdad! —La saluda con más respeto que cuando los encontré hablando en el maldito restaurante donde casi muero.

—Pura coincidencia. —Ella es carismática.

—Y tú sobreviviste. —Me da un apretón de manos.

—Sí. No fue aquella vez.

Linda me mira igual que se puso después de que me internaran. Odia que hable de mi muerte y, esta vez, hice una broma ligera.

—Sentíos como en casa. Estoy aquí para lo que necesitéis.

—Vale. —Gustavo se despide de él y hacemos el check-in.

Linda y yo nos quedamos en una suite; me encargué de elegir la mejor de todas. Dejamos las maletas en un rincón y ella se sienta en la cama.

—¡Caramba, este debe de ser el mejor cuarto de aquí!

—Eso espero, porque fue la exigencia que hice.

Ella inclina la cabeza riéndose con los ojos entrecerrados.

—Eres un exagerado, Rómulo.

—Quiero que este paseo sea inolvidable. —Apoyo los brazos a cada lado de su cuerpo, en la cama, y beso sus labios.

—Yo también quiero —susurra, y me besa.

Es inevitable no pensar que ese *querer* esté relacionado con el sexo. Ya soy feliz de más por tenerla a mi lado independientemente de eso, pero si lo hay, y cuando lo haya, será aún mejor, ya que mi cuerpo hierve cuando estoy cerca de esta mujer.

—¿Has pensado alguna vez que estamos juntos y lo extraño que es?

Suelto una risa.

—Sí, ¿pero has pensado en que no estemos juntos?

—Ya, y no quiero volver a pensarlo nunca. —Su sonrisa se desvanece.

—Entonces no vamos a pensar en eso, solo a disfrutar. —Le doy otro beso y me aparto para quitarme la camisa—. Vamos a la piscina.

Ella se queda mirando mi pecho, admirada, y luego se ríe.

—Te estás volviendo una traviesa, ¿sabías?

—¿¡Yo!? —Se tumba en la cama soltando carcajadas—. Eres tú el que se anda mostrando.

—Soy lo que ves.

—Ajá.

Me pongo una camiseta más ligera, cambio los calzoncillos por un bañador tipo slip y el pantalón por unas bermudas. Linda decide cambiarse en el baño y sale con un vestido blanco que deja a la vista el bikini negro.

Respiro hondo y solo la elogio.

—Tengo que aprender a convivir con esto.

—¿Con qué? —coge un bolso de playa y guarda su móvil dentro.

—Con el hecho de que estás buenísima de cojones.

Ella abre la boca y baja la cabeza, avergonzada.

—No he mentido.

—Me dejas cortada. —Sale delante de mí.

Y a mí me encanta verla cortada y sin ropa.

Cuando llegamos a la piscina, encontramos a los dos caraduras en las tumbonas, intentando convencer a las chicas de que les pongan protector solar. Yo me siento cerca de ellos, ya que no tengo mucha elección, y Linda se sienta junto a mí.

—¿Bermudas y camiseta, Rómulo? ¿No te sostienes? —pregunta mi hermano.

—No necesito estar mostrándome a nadie.

—Rómulo, no te pusiste protector, ¿verdad? Date la vuelta —pide Linda.

Bajo las gafas mirando a Rodrigo y Gustavo, y lamento que, aun usando bañadores tipo slip y mostrándose, los "seguros" no tengan a nadie para echarles el protector. Creo que mi cara no es precisamente de lamento, pero entienden el mensaje.

Ella me extiende el producto por el rostro y yo hago lo mismo con ella.

"¡Tuve demasiada suerte en todos los sentidos!"

Es mi novia y tiene razón, esto es raro, pero no consigo verme con otra mujer que no sea ella.

Linda decide buscar a Laisa mientras yo me quedo con los chicos, tomando cerveza.

—Rómulo —Gustavo llama mi atención—. Mira esta visión.

Miro hacia donde me indica y en la piscina están Kettelyn y las otras chicas.

—¡Tu RP está buenísima! —Rodrigo sigue admirado con eso —. ¿Será que todo eso es natural?

—Debe de ser. Desde que me acuerdo es así.

—Tu hermano ya se la folló —suelta Gustavo, el escandaloso.

—¿En serio, Rómulo? —Rodrigo se incorpora rápido.

—Eso es pasado. —Me pongo las gafas de sol y me tumbo.

—¿Cómo dejaste pasar a un mujerón así? ¿Ya no te quiso?

Sonrío.

"¡Como si eso fuera posible!"

—Yo no quise.

—Ella va detrás de él, Rodrigo —cuenta Gustavo—. Incluso ahora que está con Linda. ¿O no te diste cuenta?

—¿A Rómulo solo le gustan mujeres vírgenes o qué? —parece que mi hermano me estuviera conociendo hoy.

—¡Deja de ser impertinente, Rodrigo! No tiene nada que ver con eso.

—Es lo que parece. ¿Cómo le das calabazas a un mujerón así?

—Yo no quería compromiso con ella, fue cosa de una sola noche.

—Entonces la cosa fue mala para decidir en una sola noche —concluye Gustavo.

—No es solo eso lo que importa en una relación. Si lo fuera, no estaríais solteros, ya que os acostáis con varias mujeres. Al menos lo dais a entender.

—¿Noviar? Soy demasiado joven para eso —replica mi hermano.

Descanso tumbado, mirando la sombrilla mientras los dos sueltan tontería tras tontería.

—Creo que vienen hacia aquí —comenta Gustavo.

—¿Quién? —No me incorporo para mirar.

—Vaya cuerpo, ¿eh? —Mi amigo se admira sin responder a mi pregunta.

—Tiene pinta de problema —dice mi hermano.

—¿No vais a entrar?

Reconozco la voz de Kettelyn, levanto la cabeza y la veo parada cerca de donde estoy tumbado.

Por lo visto, esa pregunta se me extiende, ya que me está mirando a mí.

—En un rato. ¿No estáis bebiendo? —pregunta Gustavo.

—Aún no. El agua está deliciosa. —Se arregla el bikini diminuto delante de mí—. ¿No te gusta la piscina, Rómulo?

—A veces —respondo.

—Si quieres divertirte con nosotras… Para eso vinimos aquí… —se insinúa.

Veo por la lateral de las gafas a Gustavo y Rodrigo mirándome, curiosos.

—Ya. —Sigo sin mucho interés.

—Con permiso —pide Linda, parada detrás de Kettelyn.

Cuando esta se gira, derrama la bebida que mi novia llevaba en la mano y moja todo su vestido, además de dejar los trozos de fruta pegados al tejido.

—¡Perdón! Ha sido un accidente. —Kettelyn se ríe como si verla a Linda así le divirtiera.

Linda no dice nada, no parece estar enfadada; solo deja el vaso encima de mi tumbona y empuja a Kettelyn a la piscina.

Me quito las gafas, sorprendido con lo que hizo.

Kettelyn vuelve a la superficie, furiosa.

—¿Estás loca? ¿Eh, chica?

—A la próxima haré algo peor. —Linda coge el vaso y se aleja de la piscina.

Me levanto y la acompaño hasta la barra del bar.

—Dame otra bebida, por favor.

La ayudo a quitarse los trozos de fruta. Ni sé qué decir, pues Kettelyn ya pagó por lo que hizo.

—Qué situación…

—Voy a cambiarme de ropa —dice, resignada.

—Voy a hablar con Kettelyn sobre sus modales.

—No hace falta, no estamos en tu oficina. Aquí puedo resolverlo todo por mi cuenta.

"Eso es lo que me da miedo."



CAPÍTULO 77

Linda Fonseca

Ella Lo hizo a propósito, pero ya demostré que no me quedo parada.

Como le dije a Rómulo, no estamos en su despacho y aquí puedo hacer lo que quiera.

Creo que eso le preocupó, porque me acompañó hasta el bar y después hasta la habitación, cuando fui a cambiarme.

Volvimos cerca de la piscina y la mujercita estuvo desfilando en el borde de la piscina, descaradamente, toda la mañana, como si me estuviera provocando.

Cuando Laisa apareció para quedarse con nosotros, ya sintiéndose mejor de los mareos del viaje, pude divertirme un poco y por la tarde paseé con Rómulo por todo el resort.

Eso fue lo que salvó el día, pero aún queda la noche y nos reunimos para cenar.

Llegamos tarde o fueron ellos los que se adelantaron; por eso, hay dos lugares vacíos y uno de ellos está al lado de Kettelyn.

Claro que debe haber sido elección suya y Rómulo se sienta entre nosotras.

El hecho de que ella esté tirándole los tejos a mi novio incansablemente no me molesta tanto como las críticas personales que hace hacia mí, así que Rómulo me haya ahorrado tener que sentarme junto a ella fue estupendo para mí.

Como si no vieran lo ridícula que es, Gustavo y Rodrigo pasan la noche intentando ligar con ella y con sus acompañantes, que apoyan todo lo que dice. Reconocí a las dos de la recepción del quinto piso y ya debería haber imaginado que serían amigas de la víbora.

Como la conversación giraba en ellas, no hice otra cosa que comer y beber vino, pero me divertí con Laisa contándome lo que había hecho por la tarde y también estuve hablando con mi novio, como si ya no lo hubiéramos hecho toda la tarde.

Parece que los temas nunca terminan.

—Voy al baño —aviso al levantarme y Rómulo se encarga de mi bolso.

Al salir de la cabina del baño, la más cercana que encontré, me lavo las manos y salgo, pero, para mi disgusto, Kettelyn se me pone delante, mirándome de arriba abajo.

No parece estar tan sobria como yo, ya que ha bebido desesperadamente mientras se reía contando sus aventuras en la mesa.

—¿Qué pasa? ¿Has perdido algo?

—Llevas Gucci… Déjame adivinar, ¿te lo dio Rómulo?

—Y si fue así, ¿cuál es el problema?

—¡Has conseguido un gran logro! Has completado el timo. Después de hacer que todos quisieran esa relación, ¡incluso convenciste a Rómulo! ¿Ahora vives la vida que querías, no? Con el millonario pagándolo todo.

No me sorprende que siga con esos pensamientos, porque ese tipo de gente no cambia de idea tan fácil cuando se empeñan en un prejuicio.

—Sé lo que tengo con él y no es nada de lo que dices.

—Te haces la pobrecita, porque el padre obrero murió y te quedaste sola… Ahora Rómulo ha caído en el timo*. "Soy una chica huérfana con amor propio…"* —me imita de un modo irritante—. Tanto amor propio y orgullo que te estás quedando con todo lo que tiene Rómulo, incluso vives en su apartamento.

"¿Cómo sabe ella que ese apartamento es suyo?"

Lo era, de hecho, ya que el terco lo pasó a mi nombre y hice la locura de firmar.

—¡No te atrevas a hablar de mi familia ni de mí!

—Apuesto a que eran todos timadores. No es de extrañar que estén llenos de deudas. Cuando Rómulo se dé cuenta del robo, el agujero financiero ya será demasiado grande y me dará la razón.

—¡Lávate la boca antes de hablar de mí y de mi familia! —Me acerco a ella.

Rómulo Guimarães

Los chicos y yo estamos en un debate sobre un asunto empresarial hasta que somos interrumpidos por un ruido y amenazas. Miro en dirección al sonido, como todos, y veo a Kettelyn en el suelo recibiendo bofetadas de Linda.

—¡Nunca más hables de mí o de mi familia!

Me levanto, corro hacia ellas y, de inmediato, arrastro a mi novia lejos de Kettelyn.

—¡Linda! ¿Qué estás haciendo?

Ella no me presta atención y trata de soltarse.

—¡Voy a callarle la boca a esa zorra que me está llamando timadora!

—¡Yo nunca hice eso, Rómulo! ¡Ella simplemente empezó a tener un ataque de celos y vino a pegarme! —Se defiende Kettelyn.

—¿Qué? —exclama Linda.

Con una fuerza que no esperaba ver, Linda consigue soltarse y vuelve sobre Kettelyn, llena de odio.

Ahora entiendo por qué mis guardias de seguridad no pudieron detenerla.

—¿Crees que voy a pelear por un tipo? ¡Te voy a romper la cara por tu lengua venenosa! Nadie habla de mí, ni de mi familia, sin conocernos —ella le da una serie de bofetadas a Kettelyn y vuelvo a intentar separar la pelea, pero tengo dificultades, ya que las dos se agarran en agresiones.

Otras personas en el restaurante observan todo, asustadas.

"Espero que no saquen fotos."

—¡Ayuda aquí, joder! —apresuro a Rodrigo y a Gustavo, que miran la escena, paralizados.

Con ayuda, acabamos con el altercado.

No imaginaba que una mujer enfadada pudiera ser tan fuerte.

—¡Suéltame, Rómulo!

—No, Linda. Tienes que parar.

—¡Estás loca! —Kettelyn suelta las palabras mientras las chicas la ayudan a recomponerse.

La marca de los dedos de Linda está tatuada en rojo en la cara de Kettelyn y solo pienso en qué más podría haber pasado si no

hubiéramos estado cerca.

—¡Yo no dije nada y ella vino a pegarme!

—¡Sí lo dijiste! Dijiste que mi familia y yo éramos timadores.

—¡Jamás diría algo así! Eres tú la que tiene esos celos enfermizos. Cuidado, Rómulo, ¡esa mujer es una loca!

—¿Quién dice la verdad? —pregunta Rodrigo, confuso.

—¡¿Todavía lo preguntas?! —Linda tiene los ojos encendidos de furia— Es una mentirosa. ¡Una hipócrita! Suéltame, que voy a hacer que esa desgraciada se trague la lengua. —Agita los pies.

—No, vámonos de aquí —decido—. Gustavo, lleva a Kettelyn con las demás y aléjala de esta.

—Déjamelo a mí.

—Y a Kettelyn —miro fijamente su cara—: te avisé más de una vez sobre esto; ahora asume las consecuencias.

Rodrigo y Laisa nos acompañan y mi asistente carga con el bolso de Linda. En cuanto nos alejamos bien de Kettelyn, Linda se calma y la suelto.

—Ella piensa que estoy contigo por dinero. Solo se cruzó en mi camino para insultarme.

—¡Qué mujercita ruin! —comenta mi hermano.

—Déjala, Linda. Sabemos que nada de lo que dijo es verdad. —Laisa le devuelve su bolso.

"¡Qué situación!"

Si hubiera sabido que sería así, no habría venido. La idea era salir con Linda, pero no debí hacerlo con gente que no se lleva bien.

—Vámonos. —Sostengo su mano.

—Eh... Se torció la cosa, pero tranquila, cuñada. Ella debe de haber aprendido la lección —Rodrigo se aleja con las manos en los

bolsillos del abrigo.

—Yo también me voy. Buenas noches. —Laisa sigue a mi hermano.

—Vamos, Linda. Esta noche ya ha terminado.

Caminamos en dirección contraria.

—¡Qué rabia me da esa mujer! Habla demasiado, supone demasiado. Ella sabe que ese apartamento era tuyo. ¿Por casualidad ha estado alguna vez allí?

"Esa es una pregunta molesta."

—Sí, pero no importa, Linda. Cuando volvamos a casa las cosas serán diferentes. Te lo aseguro.

Nada más llegar frente a la habitación, abro la puerta y entramos.

—Habló de las deudas de mi familia. ¿Cómo supo eso? Sabes que nunca quise tu dinero, ¿verdad? —Me mira, trastornada—. Cuando te busqué fue justamente para rechazarlo.

—Linda. —Rodeo su rostro con las manos y la miro a los ojos —. No te voy a dejar caer en esa paranoia. ¿No ves que eso es lo que ella quiere? Pero, claro que sé que no te interesan mis bienes. Lo sé porque cada vez que quiero darte algo, tengo que rogarte para que lo aceptes.

—Apuesto a que todo el mundo en el edificio donde trabajamos piensa lo mismo que ella. —Sus ojos se humedecen y respiro hondo.

—¡Que les jodan a todos! Yo creo en ti. —Presiono ligeramente su rostro y sus labios hacen un puchero irresistible.

Dejo el tema a un lado y la beso, soltando su rostro y abrazando su cuerpo esbelto.



CAPÍTULO 78

Linda Fonseca

Rómulo me hace dejar a un lado todo el problema cuando me besa y me roba el aliento para sí. Me agarro a su camisa y me guía hasta la cama, donde el beso se vuelve más violento, igual que la forma en que nos quitamos la ropa. Desabrocho a toda prisa la camisa de vestir gris que lleva, pero el hombre me hace sentar y me sube la blusa, interrumpiéndome antes de que termine.

Completamente desnuda de cintura para arriba, Rómulo no me deja acabar de quitarle la camisa, agarra mis pechos expuestos con su boca hambrienta, dándome placer ahí, aumentando el calor entre las piernas. Le agarro del pelo y miro al techo, mientras sus dedos rodean uno de mis pezones y el otro es mamado por su boca caliente.

Sujeto el cuello de su camisa y dejo sus hombros al descubierto; enseguida él se levanta y termina de quitarse la camisa con prisa. Su pantalón está bien marcado y, por ser atrevida, me siento y le sujeto el cinturón para quitárselo. Él me deja, y al menos eso lo hago con rapidez. También abro el botón y la cremallera, encontrándome con el bulto que estira la tela de los calzoncillos de lo rígido que está.

Será la primera vez que practico sexo oral y espero alcanzar cualquier expectativa que él tenga sobre esto, tanto como él cumple las mías cada vez que me lleva al orgasmo con su boca.

Cuando meto la mano en sus calzoncillos para bajárselos, él enrolla delicadamente mi pelo en lo alto y dejo el pudor a un lado, envolviendo el glande rosado con mis labios, luego un poco más del largo.

—Eso, chica. Chupa esa polla que es solo tuya —me sujeta la cabeza y me marca el ritmo.

Todo el tiempo intento no usar los dientes y, cuando oigo su gemido bajo, gutural, creo que voy por el camino correcto. El sabor del líquido preeyaculatorio pronto desaparece y lo devoro succionando, lamiendo en un ritmo no tan lento, pero sin mucha prisa.

—¡Qué boquita tan rica, Linda! —dice entre gemidos—. Eres pura sorpresa.

Miro a Rómulo y él me encara con una mirada afilada.

—Continúa —ordena, autoritario.

Hago lo que mandó hasta que el hombre gime con la voz ronca y suspira tembloroso, liberando chorros largos y calientes en mi boca, cuidando de que salten en dirección a la garganta, y después tragando.

Aun así, siento el sabor agridulce en la lengua cuando saco el volumen que me llenó toda la boca.

Rómulo me sujeta la cara y me mira, embriagado.

—Déjame hacerte mujer, Linda, solo mía —suplica, aturdido.

Me arrodillo sobre la cama, frente a él, lo abrazo por encima de los hombros y lo beso completamente de acuerdo con el pedido.

Sus manos grandes envuelven mi cintura, aprietan mi piel, dejándome pegada a su cuerpo, mientras el largo duro presiona mi

abdomen. Con la mano derecha, Rómulo me agarra el culo, luego abre el botón lateral que sujeta mi ropa y arrastra la tela hacia abajo junto con la lencería. Lo hace del otro lado y, en cuanto lleva la tela hasta las rodillas, suelto su cuerpo y me aparto, yendo al centro de la cama, dejando las piernas libres para que él pase las prendas hasta los pies. Antes de subir a la cama, se quita sus últimas prendas y yo le espero apoyada en los brazos sobre el colchón.

—Cuando pienso que no puedes volverme más loco, vas y me la chupas, ¡chica! —Rómulo avanza a cuatro patas sobre mí, como un depredador.

Sus ojos llameantes hacen que mi cara arda y jadeo en anticipación.

—Ahora voy a enseñarte cómo suelo lidiar con ese tipo de osadía. —Desliza su lengua por mis muslos—. A partir de hoy serás únicamente mía. Mi mujer. —Me agarra y me tira con las piernas abiertas bajo su cuerpo musculoso, con una sonrisa ladeada—. Vamos a fingir que no lo fue desde la primera vez que nos vimos. —Me besa, dominando mi boca con su lengua.

El beso se deshace rápido, pero basta para dejarme sin aliento y, mientras lo recupero, sus labios vagan por todo mi cuerpo. Oigo rasgarse algo, un envoltorio, pero, embriagada por la excitación que se esparce dolorosamente por mi ser cuando su lengua larga y caliente se hunde en círculos en mi intimidad, no levanto la cabeza para mirar.

—Ya me he viciado con el sabor de tu coño.

Sus palabras me dejan completamente cortada.

Un murmullo jadeante se me escapa cuando sus dedos me penetran y se deslizan dentro y fuera. Me masturba a un ritmo cruel y no se detiene.

—¡Rómulo! —Soy incapaz de pronunciar una frase entera—. ¡Hijo… de puta! Yo… yo… —me retuerzo.

Un placer incalculable me deja completamente desorientada y feliz de cojones.

Vuelve, me mira y nos sonreímos mientras siento el calor de la cabeza de su polla en la entrada de mi intimidad.

—Ah, Linda… He vivido para verte con una sonrisa traviesa. —Me mira, excitado.

Mi cuerpo está en éxtasis con el último orgasmo y aun así quiero más.

—Hazme tuya, Rómulo.

Mirándome a los ojos, con las pupilas dilatadas, me sujeta los antebrazos por encima de la cabeza y me besa, iniciando embestidas lentas pero fuertes. Siento mi piel forzada y la molestia que eso me causa, hasta que me pierdo en el beso.

Pero enseguida se detiene y me mira, preocupado.

—No pares. Te quiero dentro de mí, hoy mismo. —Alzo la cabeza y lo beso con la misma intensidad con la que se mueve dentro de mí.

Contraigo los pies al sentir mi interior expandirse a su alrededor y los gemidos que intento contener esta vez no son tan placenteros.

—No cierres esa boquita. Ya te quedaste muy callada chupándome la polla, así que ahora quiero oírte mientras me hundo en tu coño.

Me contengo menos y él se vuelve loco al oírme. Siento mi interior recibiendo cada centímetro de él y, cuando parece que estoy completamente llena, creyendo que eso es todo lo que siento, bajo la vista y veo que ni la mitad de su tamaño está dentro de mí.

—¡Joder, Linda! —gruñe.

—¿Qué pasa?

—Acabas de convertirte en mi vicio. Dime que eres solo mía, Linda. Que cada parte de ese cuerpo tuyo adictivo me pertenece —exige, posesivo.

—¿Tuya? —pregunto de forma provocativa.

—Quiero oírlo de esa boca terca. Di toda la verdad. —Sus movimientos, más lentos, se vuelven deliciosos dentro de mí y me siento instigada a responder a sus exigencias entre leves mordiscos en sus labios.

—¿Qué quieres que admita? ¿Que aquel beso robado me quitó el sueño y que después de él todo cambió? ¿O que cada vez que me miras me pierdo? ¿Que cuando me agarras pierdo toda noción de equilibrio y toda la puta mierda? Siempre fui tuya y nunca me imaginé besando a otro hombre después de ti. Mucho menos follando. Y ahora… —le agarro del cuello—. Que te sentí dentro de mí, no quiero saber de nada más.

El hombre se vuelve loco al oír mis palabras y el vaivén se vuelve más rápido y profundo. Su cuerpo pegado hace que su piel friccione mi clítoris, dándome placer.

Rómulo me mira gemir, drogada de deseo, sudado y con las venas marcadas en la frente.

No esperaba sentir algo más que dolor en la penetración, pero, pasado un tiempo, la incomodidad disminuye y la humedad dentro de mí facilita el deslizamiento de su miembro.

—Córrete dentro de mí, Rómulo —le imploro, ansiosa.

Lo único que quiero es darle un poco del placer que él ya me dio.

—Córrete dentro de tu mujer.

Aún no es el placer que siento cuando me la chupa, pero no está nada mal. Y, aunque se limita a no meterla toda, veo que se tortura en el vaivén hasta estremecerse y apoyar la frente en mi cuerpo, respirando pesadamente.

Y, aun siendo la primera vez, puedo decir que me gustó cómo terminó todo.

Levanto su rostro y Rómulo está rojo, sudado, jadeante.

—Ha valido la pena esperar —susurro, también jadeante, y lo beso.

Sale de dentro de mí.

—Admite que perdimos el tiempo.

—Admito que nunca imaginé que tu polla enorme cabría dentro de mí. —Sonrío, tímida.

—Con el tiempo aprenderás que cabe en muchos sitios, pero por ahora solo quiere saber de ese coñito bien abierto —acaricia mi hendidura y se gira en la cama, tirándome encima de su cuerpo.

—He llegado al punto de ver a Rómulo Guimarães diciendo palabras sucias.

—Suciedad vas a oír cuando te folle a cuatro. —Me aprieta el culo—. ¿Aguantas más? Porque ya me he imaginado follándote de todas las maneras y estoy ansioso por hacerlo realidad.

Me echo a reír.

—Hoy estoy dispuesta a todo.

—Chica, ese discurso entre cuatro paredes es peligroso —advierte.



CAPÍTULO 79

Rómulo Guimarães

Después de tanto tiempo esperando y de un intento fallido, dejé de lado todas las palabras delicadas y maté mi deseo en la cama, con ella, dentro de ella. Y escucharla admitir lo que muchas veces sospeché volvió la noche mucho más placentera.

Linda fue mía desde la primera vez que besé sus labios y un lado más sombrío mío aún se atreve a decir que fuimos el uno del otro en la primera mirada.

Amor y odio pueden ir juntos.

Me desperté antes que ella, que duerme tan tranquila, tanto que no tengo valor para despertarla. Considerando lo que hicimos anoche, le daré un respiro.

Las sábanas manchadas de sangre que dejamos a un lado nos delatan; aun así, las enrollo y las dejo en la esquina de la habitación para que los empleados del hotel se las lleven a lavar.

Me cambio de ropa y voy al baño; luego salgo de la habitación para ver cómo están las cosas después de lo de anoche.

Kettelyn dejó de lado mis amenazas e hizo lo que le dio la gana, así que ahora tendrá que asumir las consecuencias, porque si

en otros asuntos ya no vuelvo atrás en mis decisiones, en mis amenazas, aún menos.

Y todo empeora cuando se trata de Linda.

Dejé a Gustavo encargado de ella, ya que esas chicas no deben ofrecer nada que yo no apruebe, y como no sé dónde está su habitación, busco la suya.

Pero no sé dónde está la habitación del miserable y, tras dar una vuelta, encuentro a Laisa en la piscina.

—Laisa, buenos días. ¿Has visto a Gustavo?

—Buenos días, señor Rómulo, aún no lo he visto hoy. ¿Dónde está Linda?

—Ella aún duerme. ¿Sabes dónde está su habitación? —Mis ojos apenas se mantienen abiertos por la claridad.

—No. Solo sé dónde está la habitación de Rodrigo.

—¿Y dónde está Rodrigo?

—Creo que todavía está en la habitación.

—Está bien. ¿Y viste a Kettelyn?

—Sí, la vi en el restaurante.

—Estupendo, con permiso.

—Adelante.

Cambio mis planes y voy a hablar directamente con Kettelyn, a quien encuentro aún en el restaurante, tomando zumo en la barra.

—Rómulo, ¿podemos hablar? —Se levanta en cuanto me ve, con el semblante abatido.

—Estoy aquí para eso.

Observo que Linda ha dejado marcas en su rostro que son levemente perceptibles y me imagino que debió haberse puesto una buena capa de maquillaje, pero las hinchazones aún son visibles.

Ella sale del restaurante y la acompaño; entonces nos detenemos en el jardín.

Confieso que quiero creer en el arrepentimiento que transmite su rostro, pero pedir perdón no es su intención.

—Sigo conmocionada por la actitud de Linda. No pude dormir, aterrorizada; solo recordaba su mirada feroz y los golpes. Aún siento sus manos sobre mí. Y antes de que digas que la apoyas, quiero decir que no hice nada. Juro que no dije nada. Desde que ella me conoció, no le gusto. Me mira como una amenaza, una amenaza para su golpe. Siempre lo supe.

—Sé que Linda sería incapaz de hacer algo así. Te lo advertí, Kettelyn. ¿Creíste que estaba bromeando?

—No puedes hacerme esto. Hago mi trabajo impecablemente; incluso aquello que no debería delegarse en mí, ¡lo hago!

—Y eso era solo lo que deberías hacer. Solo estoy aquí para reafirmar que mis amenazas se cumplirán.

Me alejo de ella, dando por finalizada nuestra conversación.

—Con permiso.

Ella se queda llorando.

Basta de este lío.

—¡RÓMULO! —grita mi hermano, y miro en dirección a la voz.

—¿Qué es, inconveniente?!

Ahora todos saben mi nombre por el escándalo que él armó.

—Quiero saber de Linda. ¿Dónde está? Se acerca, mientras Kettelyn huye hacia algún lugar.

—Está bien, según sus palabras, pero no sé cómo está en realidad.

Todo fue una confusión después de la pelea, pero luego todo quedó perfecto con el sexo.

La noche pasada fue de emociones fuertes.



CAPÍTULO 80

Linda Fonseca

Me despierto y Rómulo no está en la habitación.

Mi cuerpo necesitaba descanso después del sexo de ayer.

¡Dormí con Rómulo!

Mejor: ¡me acosté con Rómulo!

Es surrealista pensar que ayer estuve completamente desnuda en los brazos de Rómulo e hicimos el amor. No es que no me hubiera visto ya así, pero fue diferente de la primera vez que lo intentamos en el sofá de su casa y de otros intentos también.

Él estaba más malicioso y, aun así, no dejó de cuidar que fuera bueno, por eso no consigo resumir mi primera vez al dolor.

Enseguida me arreglo y junto las otras sábanas sucias con las que estaban en la esquina del cuarto.

Me siento en la época en que las mujeres usaban las sábanas manchadas para probar su honra.

Admito que no imaginé que había sangrado tanto, pero me desperté dolorida.

Me miro en el espejo, con un vestido estampado, y me río de mí misma por lo que hice ayer. Las cosas que le dije a Rómulo en el

momento del sexo fueron, sin duda, guiadas por el calentón, porque la Linda normal no diría ciertas palabras en la hora H por timidez, y creo que a él le gustó.

Salgo a desayunar a las nueve de la mañana y espero no encontrarme con Kettelyn por este resort hasta la hora de irnos.

En el restaurante, me topo con Rodrigo y Gustavo tomando café.

—Buenos días. —Saludo a cada uno.

—Buenos días, Linda.

—¿Habéis visto a Rómulo por ahí?

—Creo que está cerca de la piscina, decidiéndose si se baña o no. Porque ya sabes, ¿no, cuñada? No es fan del baño. Gracias a Dios que su perfume es bueno y consigue tapar el pestazo —dice Rodrigo, y me echo a reír.

—Muy bonito tú haciéndome la fama, Rodrigo. —Rómulo se acerca a nosotros, nada satisfecho con lo que dijo el hermano, y se para a mi lado.

Acabo poniéndome cortada al recordar lo que pasó ayer y solo empeora cuando me toca la espalda, masajeándome el hombro.

—¿Todo bien? —Me besa la frente.

—Sí. ¿Y tú? —Lo encaro.

—También. —Me revuelve el pelo y le dedico una pequeña sonrisa.

Gustavo y Rodrigo nos están mirando, intrigados.

—¿Qué coño de conversación es esta? —Rodrigo se ríe de nosotros y Gustavo hace lo mismo.

—Parece que no habéis dormido juntos. ¿Qué pasó?

"¿Se nota tanto que follamos?"

—¿Os olvidasteis de lo de ayer? —Rómulo lleva el asunto hacia otro rumbo.

Me pregunto si cuando preguntó por mi bienestar se refería a eso.

—Fue una locura. No imaginé que la movida podría llegar a tanto. —Gustavo se pone más serio—. ¿Qué te dijo, Linda?

Tiro de una silla y me siento.

—Insultó a mi familia. Dijo que éramos todos unos estafadores. Mi familia puede que no esté viva, pero yo sí, y no iba a oír una cosa de esas sin hacer nada.

Confieso que no estoy ni un poco arrepentida.

—Ya hablé con ella. —Rómulo se sienta a mi lado y me entra curiosidad por saber de esa conversación—. Ya le había avisado más de una vez que si insultaba a Linda u otro empleado, su destino sería la puta calle y ella lo ignoró, así que no la quiero trabajando más para mí —dice duro y sin ningún remordimiento.

Yo nunca busqué pelea con ella y este es el resultado de sus elecciones.

—Equivocado no estás. —Mi jefe lo apoya—. Pero hoy es un nuevo día y vamos a aprovechar el resort. Hay muchas cosas que hacer en poco tiempo. No quiero a nadie desanimado ni hablando de trabajo.

Veo a Laisa pasando por delante del restaurante y la llamo por su nombre. Lleva el pelo suelto y ropa de baño.

—Buenos días.

—Buenos días. Siéntate aquí con nosotros. —Indico el sitio al lado de Rodrigo, pero ella se sienta al lado de Gustavo.

—La persona que más está aprovechando el viaje es Laisa —comenta Gustavo.

—Pues claro. No todos los días cojo un avión para un resort. Necesito que el sufrimiento del vuelo valga la pena.

—Tengo un medicamento para el mareo en mi maleta. Si quieres, solo tienes que ir a cogerlo —ofrece Rodrigo.

—¡Mira tú! —Rómulo le suelta un señor coscorrón en el hombro al hermano—. Se está volviendo responsable.

Los papeles se han invertido.

—Precavido. Soy precavido. Cuñada, sácame de una duda. ¿Rómulo ronca? —Rodrigo se inclina sobre la mesa, curioso.

—No si está sobrio —respondo riéndome.

—Y por eso no me gusta llevarte a los sitios, Rodrigo. Eres la caricatura del hermano pequeño. —Rómulo se estresa con facilidad.

Rodrigo señala a Gustavo, que también se ríe.

—No soy solo yo.

—Y por eso me quedo en casa y no os invito —justifica una vez más Rómulo—. Vamos a desayunar a otro sitio. Vamos, Linda.

—¡Pobrecita Linda! —Gustavo y Rodrigo hablan a la vez.

Me levanto y voy detrás de él.

Me entran ganas de reírme, pero sé que eso solo dejaría a Rómulo más enfadado.

—¿Aún no has desayunado? —pregunto cuando nos sentamos frente a frente en una mesa cerca de la salida.

—Te estaba esperando. —Mira la carta.

—No hacía falta, dormí mucho.

—Sí hacía, somos pareja.

"Sí, somos de verdad una pareja."

—Aún te molesta lo que pasó ayer en la cena, ¿no?

—Sí. Kettelyn no debería haber insultado a ti y a tu familia.

—Ella ya pagó. Vamos a aprovechar el viaje. Como dice Gustavo, tenemos mucha cosa que hacer en poco tiempo. —Sonrío y él me devuelve el gesto.

—Sobre el momento importante de tu vida…

Su pequeña sonrisa debería estar prohibida de lo encantadora y peligrosa que es, pues lleva a cualquier persona a la perdición. Yo misma estoy boba mordiéndome los labios.

—¿Qué fue?

—¿Fue como esperabas? —frunce el ceño y se le arquean las cejas mientras sus ojos azules brillan fijos en mí.

—No.

—¿No?

Veo cómo se le desinflan los pómulos con el desánimo.

—Fue mejor… Mucho mejor —confieso un poco avergonzada.

No suelo hablar de estas cosas abiertamente, y menos aún después de tener mi intimidad expuesta con el testimonio de María Isabel.

¡Esa peste!

Él suspira.

—Por un instante pensé que había traído otro momento traumático a tu vida.

—Basta de traumas, ¿no? —bromeo y la sonrisa vuelve a su rostro—. Fue sorprendente.

—”Sorprendente” es una palabra estupenda para definir lo que pasó. No esperaba oír todo aquello. —Suelta una sonrisita descarada.

—Fuiste tú quien lo pidió…

Intercambiamos sonrisas y esta es una de las raras veces que veo a Rómulo con las mejillas rojas.

—Estoy satisfecho de saber que coincidimos en algo tan importante.

Ahora es mi cara la que arde.

La verdad es que, del mismo modo que no soy capaz de esconder lo que siento, él tampoco, porque enseguida me besa.

—¿Crees que los chicos pueden notar que hicimos eso? —Dejo que hable más alto mi inexperiencia—. ¿Hay algo diferente en mí?

Él me analiza, asiente y me toco la cara.

—Sí. Estás más guapa de lo normal.

Me asusta con un cumplido.

—¡Puedes llevarme de un ataque al corazón a otro por motivos distintos en segundos!

Se ríe.

—¿Pedimos el desayuno?

—Vamos.



CAPÍTULO 81

Rómulo Guimarães

Es bueno saber que le proporcioné un buen momento.

Después de ayer, la quiero a todas horas; al fin y al cabo ya me costaba controlarme sin sexo, pero ahora que lo he tenido no voy a poder.

No esperaba vivir esto en este momento de mi vida, pero parece que era todo lo que me faltaba para ser feliz.

Pasamos el resto del viaje haciendo cosas que ofrecía el resort. Sauna, masajes, paseos en jet-ski, yate con tobogán acuático y todo cuanto nos pusieron a disposición.

Nos divertimos cada uno a su manera.

No van conmigo las bromas tontas ni ciertos tipos de actividades, pero intenté participar en la mayoría para hacerle compañía a Linda.

Creo que ella se divirtió más viéndome inexpresivo en medio de cosas que para ella y los demás eran súper emocionantes que por el hecho de que yo estuviera realmente cerca.

Nunca la había visto reír así conmigo y, en verdad, se reía de mí.

Y mi hermano no se quedó atrás.

Confieso que fue bueno haber hecho ese viaje y ver que terminó así.

Kettelyn no se acercó más a nosotros, y menos aún las otras chicas.

Admito que la situación se volvió pesada, pero no me da pena.

El lunes, de vuelta a la ciudad, convoqué una reunión de última hora y Laisa quedó encargada de organizarlo todo.

—Señor Rómulo. —Ella me acompaña en cuanto llego al edificio.

—Sí. —Me detengo para escucharla.

—La RP y Rodrigo ya están en la sala de reuniones.

—Gracias, voy para allá ahora. ¿Puedes guardar mi carpeta en mi despacho?

—Sí, señor. —Ella toma la carpeta de mi mano y va hacia mi despacho; yo, en cambio, me dirijo a la sala de reuniones.

Al entrar, veo que mi hermano está discutiendo con Kettelyn.

Resoplo y cierro la puerta.

—Buenos días.

—Buenos días, señor Rómulo —responden ambos y miro a mi hermano, que muestra una sonrisa burlona.

A veces tomo decisiones cuestionables.

Me siento en la silla y apoyo las manos sobre la mesa.

—Creo que ya saben cuál es el motivo de la reunión.

—Rómulo, ¿te estás tomando en serio esa amenaza? —cuestiona Kettelyn.

—Kettelyn, no puedo permitir que sigas siendo la RP de mi empresa después de lo que hiciste en el resort. ¡Y otras veces también!

Ella se queda incrédula.

—¿No eras tú el que no mezclaba asuntos personales con asuntos de trabajo?

—No mezclo, pero lo que hiciste está fuera de esa regla, Kettelyn. A partir del momento en que ofendiste a mi novia, las cosas toman otra figura y no puedo aceptarlo.

No me importa que me tachen de hipócrita; soy el jefe.

—No te reconozco. —Ella niega con la cabeza de un lado a otro.

—Tú no me conoces, Kettelyn. Rodrigo ocupará tu lugar. Ya que te quejabas de hacer cosas que no eran de tu formación, mi hermano también puede hacer algo que no sea de la suya.

—En realidad, estoy formada en…

—Reunión terminada. —Me levanto.

Rodrigo calla y empieza a aplaudir.

—Te dije que no podía meterme con mi cuñada —dice mi hermano.

—¡Tú ni siquiera tienes competencia para eso! —replica Kettelyn.

—¡La tengo! —responde él, todo engreído.

—Basta de pelea. —Salgo de la sala.

Ese asunto ya está resuelto.

Abro la puerta de la sala de reuniones y veo a Linda salir del ascensor con unos papeles; después camina en dirección a mi despacho.

Voy hacia allí también.

—¿Qué me está mandando Gustavo esta vez?

Ella me mira y sonríe.

—No lo sé, pero ha enviado algunas cosas aquí.

Entramos en mi despacho y, en cuanto cierro la puerta, no pienso en otra cosa que no sea darle un beso. La atrapo por la cintura, la apoyo contra la puerta y beso su boca despacio, saboreando el sabor que se ha vuelto uno de mis vicios.

Cuando el beso se interrumpe, ella muerde los labios, sonriendo.

—No deberías hacer esto aquí, en la oficina.

"Nunca se preocupó por mis reglas, ahora quiere inventar cosas."

—Ah, Linda, pensé que ya estabas acostumbrada a esto. —Beso su cuello, que tiene un perfume ligeramente dulce y muy atractivo.

Basta con apoyar mi cuerpo en el suyo y la excitación ya aumenta.

—¡No podemos hacer esto aquí, loco! —Se sobresalta.

Yo no tenía pensado proponer eso, porque la estoy dejando recuperarse de la primera vez, pero ahora que lo dijo, me dan ganas de cometer la locura.

—La oficina es mía —recuerdo, pero suelto su cuerpo y recojo los papeles que dejó caer en el suelo en medio del beso.

Es otra propuesta.

—Dile que le voy a echar un vistazo.

—Está bien. —Ella sujeta la manilla.

—Kettelyn ya no trabajará aquí —aviso y me siento detrás de la mesa.

—¿No? —Se sorprende.

—¡Claro que no! ¿Por qué te sorprende? Después de lo que te hizo, es obvio que no la dejaría aquí.

—Por mucho que ella no me guste nada, no me agrada la idea de ser responsable del despido de alguien.

Me levanto otra vez y me acerco a ella.

—En el momento en que te insultó, desobedeció mi orden… Eso le pasa a quien no me obedece. —Le sujeto el mentón.

—¿Y quién ocupará su lugar?

—Rodrigo.

—¿Rodrigo, tu hermano? —Ella contiene la risa.

"Sí, suena patético, en efecto."

—Sí, él mismo. Dará lo mejor de sí; sé que lo hará. Sabe con quién está trabajando.

—Será interesante. —Me besa. —Tengo que ir. Hablamos después, en el almuerzo.

—Hecho.

Linda Fonseca

Cuando salgo del despacho de Rómulo me encuentro con mi cuñado.

Estoy contenta por él y por ver que Rómulo decidió dejar a alguien de la familia cerca, ya que siempre es muy reacio a esos temas y le encanta criticar a Rodrigo.

La guapa de Kettelyn también sale, pero se dirige en otra dirección.

—Cuñada, quiero hablar contigo —llama mi cuñado para captar mi atención.

Está vestido con un conjunto formal y elegante, como si fuera un hombre responsable.

—¿Vienes por la copia de Rómulo?

—No me compares con Rómulo, que me entristezco —pide, dramático, y me hace reír. —¿Pero qué esperabas? No estoy aquí para jugar. —Da una vuelta, sujetando la solapa del blazer.

—Tan elegante como tu hermano. —Le devuelvo el halago.

—Ese elogio estuvo a la altura. —Se acomoda la corbata mientras yo sigo divirtiéndome. —Quiero hablar contigo sobre él. —Sujeta mi hombro y me arrastra para alejarnos de la sala de Rómulo. —No sé si lo sabes, pero este miércoles es el cumpleaños de mi hermano.

—¿En serio? ¡No lo sabía!

—Haremos una sorpresa. Él no te lo va a contar, pero, sin duda, quiere que lo sepas de todas formas. Ese es el estilo de mi hermano y le encanta celebrar, así que haremos una sorpresa como hacemos cada año, incluso cuando él no vivía allí. Él ya sabe que haremos la sorpresa, pero finge que no lo sabe. Te aviso para que no te olvides de comprarle el regalo y de aparecer para cantar el cumpleaños, comer la tarta, porque se enfadaría muchísimo si no aparecieras.

—Imagino. —Me preocupo un poco. —¿Miércoles?

—Sí, en su casa. Pasaremos por tu casa para recogerte.

—Está bien.

—Ah, y también hace una fiesta benéfica.

—¿En serio?

—Sí. Subasta los regalos que le dan, los dona a los necesitados y los obsequios son muy valiosos. Prepárate también. Estarás al lado del cumpleañero.

Me sorprende eso, porque no imaginaba que Rómulo hiciera caridad.

—Genial. —Asiento, admirada. —No lo olvidaré. Gracias por avisarme, ¿vale?

—Es mi deber. Hasta luego, cuñada. —Se aleja saludando y yo entro en el ascensor para volver al quinto piso.

Necesito comprar un regalo para Rómulo.

Antes de que las puertas se cierren, la ex-RP entra en el ascensor. El ambiente se vuelve tenso al instante y, aunque mi lado compasivo se tambaleó con la historia del despido, no olvidé lo que dijo de mí.

Sé que nos enfrentamos con la mínima provocación.

Las puertas se cierran con mis puños apretados. Ella todavía lleva algunas marcas de la paliza que le di, pero tiene una capa tan gruesa de maquillaje que las hace casi imperceptibles.

Ahora es la ex-RP.

Permanecimos en silencio todo el tiempo y, afortunadamente, no soltó ninguna broma. Sabe que si se mueve contra mí, recibirá una buena bofetada en la cara o un puñetazo; quién sabe. Mi mano está cerrada y no tengo miedo de acertarle en la cara.

El ascensor se abre en el quinto piso y salgo, deshaciéndome de ella de una vez por todas. No creo que vuelva aquí en el futuro.

Espero no verla nunca más.

Me encuentro con mi jefe en la sala.

—Dijo que lo leerá.

—Perfecto.

—¿Sabes lo del cumpleaños de Rómulo, el miércoles?

—Sí, lo sé; incluso iba a avisarte. No te olvides de ir, o se pondrá hecho una furia si faltas. Odia que las personas más importantes no acudan a su cumpleaños. La sorpresa que él ya sabe que es sorpresa.

" Madre mía, habla exactamente igual que Rodrigo.

Parece que todo el mundo ya conoce la manera de Rómulo."

—Y no olvides llevar un regalo —añade.

—No lo olvidaré, pero no voy a llevar ningún regalo que él vaya a vender en su subasta; soy su novia. Mi regalo es para él. — Me siento decidida a darle algo de valor sentimental, al fin y al cabo no tengo dinero para algo muy caro.

—Jamás. Los regalos que recibe de las personas cercanas no se venden en la subasta, pero los que recibe de quienes hacen negocios con él, sí.

—Menos mal, porque ni loco vendería el regalo que le di a otra persona. Creo que también solo le servirá a él.

Hace tiempo que sé qué darle y solo esperaba la ocasión adecuada. Es un regalo que, en una distracción, puede salvar vidas; se lo daré como una broma y sé que él lo entenderá de la misma manera.



CAPÍTULO 82

Rómulo Guimarães

Este miércoles me tomé el día libre y todos saben por qué.

No sé si Linda lo sabe, pero espero que lo sepa.

Es mi cumpleaños y ese día me quedo en casa, solo, reflexionando sobre la vida, bebiendo bebidas caras y comiendo cosas a domicilio.

A veces alquilo un avión privado y viajo, pero este año preferí quedarme en casa; al fin y al cabo, muchas cosas cambiaron en mi vida en el último año y, por primera vez, pensé que sería bueno pasarlo acompañado de mi novia, pero me acobardé.

Yo, Rómulo Guimarães, me acobardé.

Por suerte, el día pasa rápido y sobre las siete de la tarde suena el timbre y ya sé lo que es.

Voy bien arreglado, con un suéter beige de manga larga que me remangué hasta los codos y unos vaqueros que rara vez uso.

Abro la puerta y gritan **"¡SORPRESA!".**

Veo a mi madre, a mi hermano, a Linda, a Gustavo y un pastel.

Cada vez que esto ocurre, me mantengo serio para protegerme, pero, esta vez, creo que de tanto sonreír con la pequeña mujer de ojos verdes brillantes que ahora me mira con una sonrisa enorme, sonrío con facilidad.

Dejo que entren y recibo los abrazos, otra cosa que solía rechazar, pero, para los insistentes, esta vez no hay queja.

—Felicidades, amigo.

Gustavo me abraza y me da palmadas en la espalda.

—Gracias.

—Felicidades, señor Rómulo.

Rodrigo me abraza.

—Si fuera por respeto, hasta podría gustarme, pero esa cara de vagabundo que tienes solo pide despido.

—¡Calma! ¡Ni siquiera has firmado mi contrato!

Se aparta, asustado, y Linda suelta una carcajada.

—Felicidades.

La atraigo por la cintura y la abrazo, levantando sus pies del suelo.

—Qué bueno que viniste —susurro en su oído y beso su rostro.

—Fui avisada más de una vez sobre el evento del año.

—Es muy propio de esos dos decir eso, ¿no fueron ellos?

La suelto y ella asiente.

Mi madre vuelve del comedor con las manos vacías y me abraza.

—Felicidades, amor mío. Que Dios te dé muchos años de vida y salud. Es estupendo verte sonreír.

Me sujeta el rostro.

—Gracias, mamá, ni esperaba esta sorpresa.

—¿Ahora te has vuelto mentiroso? —pregunta Gustavo.

—¿No lo entendiste? —indaga Rodrigo—. Este es su nuevo sentido del humor.

Se me escapa una risa.

—Me gustó el Rómulo 1.1, primera actualización y ya es éxito.

—Vamos a comer el pastel, a soplar las velas —mi madre sigue las tradiciones.

Vamos al comedor, donde está el pequeño pastel redondo, de color azul, con muchas velas para encender.

—¿Para qué tantas velas?

—Es la moda.

Pasa el mechero encendido y las velas se encienden una por una.

—Mucha vela. Te estás haciendo viejo, hermano.

Rodrigo me da un codazo.

—¿Dónde están mis sobrinos? Necesito malcriar niños.

—Después de mí, claro —avisa nuestra madre—. Cuando tenga mis nietos, haré todo lo que no pude hacer con mis hijos.

—¿Pueden cambiar de tema? —pide Gustavo—. Están asustando a Linda.

Ella está con los brazos cruzados, con una sonrisa tímida.

—Si espantan a la mujer, los culparé el resto de la vida —amenazo y me acerco al pastel.

—Haz un deseo —dice mi madre.

—¿Por cada vela? —bromeo.

—El nuevo sentido del humor, ¿eh? —conversa Gustavo con Rodrigo.

—Es raro, ¿no? —responde Rodrigo.

—Puedo acostumbrarme —Gustavo sonríe.

Pienso en un deseo; solo me viene a la mente el rostro de Linda. Apago las velas: algunas insisten en volver a encenderse y me quedo soplando hasta que todas permanecen apagadas.

—Ahora el tontaina va a abrir los regalos.

Rodrigo carga varias bolsas y lo deja todo en el suelo.

Por los logotipos de marca, este año se esmeraron con los regalos.

Mi madre me entrega una bolsa.

—No acepto que no lo uses —avisa, como hace todos los años.

Abro la caja sobre la mesa y saco una camisa blanca de vestir, de lino, de *Yves Saint Laurent*, y en otra caja hay una corbata de seda, a rayas, de la misma marca.

—Me ha encantado, mamá. Aún no tenía una corbata de estas; la usaré el día de la subasta.

—No esperaba menos.

Ella queda satisfecha.

—Para completar el *look*…

Gustavo saca una caja de una bolsa.

—¿Dolce & Gabbana? —pregunto.

—No me gustó el corte de la marca que compró tu madre; me pareció más elegante este de aquí —explica.

Un conjunto de pantalón y americana de mezcla de seda en color negro.

—Va a quedar bien con las cosas que me dio mi madre. Gracias, Gustavo —agradezco.

—Ahora solo faltan los zapatos.

Rodrigo me entrega una caja.

—¿Se pusieron de acuerdo, no?

Sospecho.

—No. Todo el mundo compró en un sitio diferente —garantiza mi madre.

—Fue suerte, una jugada de suerte —dice Rodrigo.

Abro la caja.

El regalo es unos zapatos negros muy bonitos.

—Cuero de cordero.

—Gracias, Rodrigo. Espero que te hayas comprado unos para ti, ya que ahora estás trabajando para mí.

—¡Pero claro que me compré!

—Ahora me da vergüenza entregar mi regalo, porque es el más sencillo de todos —comenta Linda, acorralada.

—Tu regalo no es menos importante que el de nadie. Vamos, quiero verlo.

Estoy ansioso.

Ella saca primero una caja rectangular de una de las bolsas.

—Este es el regalo para completar la ropa; tu madre me ayudó. Y este es para evitar que te perdamos.

El primero es un cinturón de cuero y el segundo, una camiseta con el estampado de prohibido comer setas.

"¡Estaba asustada de verdad!"

—No dejas de meterte conmigo, ¿eh, Linda?

—Jamás.

—Genial, Linda. Y necesario después de aquel susto —comenta Gustavo riendo.

—Es mejor que un tatuaje.

—Tengo miedo del regalo del próximo cumpleaños —dice mi amigo riendo.

—Vamos a comer el pastel —se apresura a decir mi hermano —. ¿Para quién es el primer trozo? Déjame adivinar. ¿Para quien te conoce desde que ese alguien nació, tu compañero de vida, jugabais juntos y también os llevabais regañinas juntos?

—¿No cenaste? —pregunto.

—No —admite.

Mi madre trae la espátula y platos a la mesa.

—No puedo hacerles ese desaire; todos ustedes son muy importantes para mí, así que todos van a recibir los trozos al mismo tiempo, así nadie se siente menos importante.

Corto los trozos y los pongo en los platos con la ayuda de mi madre.

—Qué soso —murmura Rodrigo.

Comemos la tarta, rellena de crema de coco, y nos quedamos en el salón conversando durante horas.

Fue una buena manera de celebrar mi cumpleaños y con Linda aquí fue aún mejor.

Sobre las nueve de la noche deciden irse, ya que mañana es jueves y tenemos trabajo.

—Gracias por venir, me encantó la sorpresa.

Abrazo a mi madre y recibo palmadas en los hombros y la espalda de los otros dos.

—Vamos a dejar a Linda como regalo —avisa Rodrigo—. Disfruta.

—¡Eh! ¡No me trates como objeto! —protesta ella.

—Perdona, cuñada, fue con las mejores intenciones. Hasta el próximo año —dice Rodrigo bajando los peldaños.

—Hasta mañana y preséntate a tu hora.

Cierro la puerta y echo la llave.

—Rodrigo es un payasazo, ¿no? —comenta Linda riendo.

—Demasiado.

Me doy la vuelta hacia ella.

La mujer lleva el maldito shortcito que ya me molestó otras veces y una camiseta.

—Voy a quemar ese shortcito.

Camino hacia ella.

—Ya te dije que uso lo que quiero, Rómulo. ¿Cuándo vas a entender eso?

—Te encanta provocarme, ¿no?

Aproximo mi cuerpo al suyo y ella me abraza por los hombros.

—Me encanta.

Se muerde los labios.

Mi cuerpo se envaró simplemente por estar cerca de ella y la agarro por la cintura, alzando su cuerpo hasta quedar a la misma altura. Linda cruza las piernas alrededor de mi cadera y nos besamos locamente.



CAPÍTULO 83

Linda Fonseca

Con las piernas separadas, siento la rigidez de su cuerpo, que, al igual que el mío, ya se ha llenado de deseo con el beso apasionado. Beso su rostro y llego a su cuello, donde distribuyo mordiscos suaves. La respiración de Rómulo se vuelve pesada mientras me lleva por la casa.

—¿Adónde estamos yendo?

—Al mejor lugar para follarte —responde en mi oído, y se me eriza la piel entera.

Sigo provocándolo con besos y chupadas, y, cuando abro los ojos, nos veo en lo alto de la escalera y, a continuación, mi espalda entra en contacto con la pared fría.

Rómulo frota su cuerpo con el mío y me besa mientras me pierdo en la excitación que se extiende dolorosamente por todo mi ser. Y, como si no bastara el calor y el contacto de nuestros cuerpos, me deja loca por repetir lo que tuvimos en el resort.

Me besa como si me follara la boca, más específicamente, como cuando chupa mi coño y así me arranca gemidos.

—Pensé que el lugar era tu cuarto —comento jadeante.

Por lo visto, quiere follarme aquí mismo.

—Por ahora lo será, pero no dudes que voy a follarte en cualquier rincón más adelante. Me pones loco de deseo, Linda —susurra contra mi boca y me besa—. Te quiero todos los días en mi cama. De preferencia, desnuda.

Me derrito por completo con ese pedido e incluso me muerdo los labios mientras él me mira, intoxicado de deseo.

Vuelvo a ser cargada y miro su rostro, excitada con la mirada descarada que se cruza con la mía.

—Necesito una solicitud formal para eso.

—No es un problema. Sé muy bien tratar con formalidades.

Entramos en el cuarto y me lanza de la forma más brusca sobre la cama.

"Cuando se trata de delicadeza, él está a años luz…"

—Esos malditos shorts —implica de nuevo mientras me los quita.

—No finjas que no te encanta verme con esta ropa. Admite que el día que me viste llevándolos por primera vez te sentiste tentado.

—¿Que si me sentí? —Deja los shorts en el suelo y me sujeta las rodillas—. Linda, aquel día consumiste mi mente sin ni siquiera estar delante de mí.

Lame mis muslos y pierdo la capacidad de pensar antes de hablar, perdida en el deseo.

Los espasmos me vuelven inquieta y, para rematar, se acerca a mis bragas mientras desliza la mano derecha por mi abdomen, arrastrando con ella mi camiseta y, al llegar al cuello, me la quita. Me incorporo con él entre mis piernas y nos hundimos en un beso envolvente.

Me atrevo a abrir la cremallera de los vaqueros y sigo sentada sujetando su polla, dura como una roca, con la punta húmeda por el líquido preseminal. Lo masajeo y recibo caricias en mi intimidad. Rómulo aparta sin demora mis bragas a un lado y me penetra con sus dedos.

Ambos gemimos entre el beso y no consigo mantener un ritmo, así que él chupa mis labios y mi cuello.

—Déjame borrar las marcas de mis manos con mis besos.

Echo la cabeza hacia atrás, perdida entre el deseo de las metidas de dedos que se deslizan dentro y fuera de mí, empapadas. Rómulo baja y, enseguida, su boca hambrienta succiona mi clítoris; en respuesta, mis piernas se encogen con una contracción incontrolable.

—¡Rómulo! ¡Joder, sabes el modo correcto!

—Eres mía, Linda. Nadie mejor que yo para conocer bien tu coño.

Me penetra el canal con la punta de la lengua, que resbala dura y caliente, arrancándome un gemido y una contracción de placer que me hace incorporarme.

—Ya he mapeado cada pliegue con mi lengua.

Se quita la ropa.

—Quítate la camiseta, porque te quiero desnuda por completo.

Obedezco su orden y, al quitarme la camiseta, quedo completamente desnuda, ya que mis bragas han desaparecido.

—¿Dónde están mis bragas?

Suelta una risa rápida y maliciosa.

—Esa desorientación tuya también me excita. En realidad, todo en ti me pone la polla dura. Es un esfuerzo tremendo contenerme cerca de ese cuerpecito tuyo, de esa boquita terca.

Se masturba para mí.

—No te contengas —pido, mirándolo fijamente.

Me arrastra bruscamente hacia él y me domina con besos; entonces siento la piel húmeda y lisa del glande deslizándose por los pliegues de mi coño.

Es tan bueno como la primera vez.

—Quiero sentir mi piel contra la tuya, Linda, en la hora del placer.

—Siempre que no haya ningún riesgo.

—Tranquila, voy a correrme dentro de tu boquita.

Me da un último beso antes de hacerme tumbar y empezar a penetrarme a un ritmo lento.

Aunque aún no es totalmente indoloro, cuando la mayor parte de su grosor está dentro de mí, el sexo se vuelve delicioso.

Aunque sea la segunda vez, ya no me siento tan inexperta.

—Follas deliciosamente bien, Rómulo —lo miro mientras me folla.

—Estoy enloquecido con este coño tuyo apretado.

Me agarra de nuevo sin delicadeza y me saca de la cama.

Siento un poco más de su dureza hundiéndose en mí y un gemido se me escapa de los labios, pero es acallado con un beso.

—¿Adónde vas a llevarme?

Se sienta en la cama y abre cada lado de mi culo, y luego aprieta. La piel me arde al mismo tiempo que me excitan las nalgadas.

—Quiero que termines lo que empezaste. Muévete, Linda.

Rómulo Guimarães

Me vuelvo loco de deseo al ver a Linda moverse encima de mí, toda desnuda, gimiendo de placer. Al mismo tiempo que tiene una mirada tímida, veo maldad y atrevimiento, y esa mezcla no podría ser más perfecta.

Analizo su cuerpo desnudo mientras se mueve adelante y atrás sobre mi polla, que se expande no solo en su interior, sino alrededor de los labios rosados que rodean la pequeña protuberancia y roza mi piel en el vaivén delicioso.

No tengo ninguna prisa por correrme y estaré satisfecho si se pasa una hora o dos encima de mí.

Esa visión es demasiado maravillosa y necesito tiempo para contemplarla.

—Eso es, mi chica, lo estás haciendo muy bien —acaricio sus muslos.

—Esto está bien.

—Es delicioso, mi amor.

Beso su boca y, enseguida, me entrega su lengua húmeda, que chupo sediento.

Abrazo su cuerpo y levanto su cadera repetidas veces.

—Cabalga, Linda.

Me encanta el hecho de que, en el sexo, me obedezca de inmediato.

Linda se apoya en mis hombros y cabalga, a su tiempo y ritmo, con los pechos pequeños y redondeados balanceándose ante mí.

Chupo uno de ellos y me tiran del pelo.

—¿Cómo puedo darte placer mientras haces esto? —murmura, mimosa.

—Me estás dando placer desde el momento en que llegaste.

Arrastro la lengua por su piel hasta llegar a su mandíbula y muerdo.

—¡Hijo de puta! ¿Vas a marcarme de verdad?

—Desde el cuello hasta el coño.

Beso su boca y la levanto conmigo.

La muy cabrona me insulta descaradamente cuando un poco más de mi polla se entierra en ella.

—Quiero que lo sientas todo dentro de ti.

—¿El qué? —pregunta, y salgo de dentro de ella.

—Ponte a cuatro.

—No vas a…

—Una cosa cada vez. A no ser que lo quieras ahora.

Una sonrisa brota en mis labios al pensar en la suerte que sería.

—¡No!

—Entonces ponte a cuatro antes de que yo mismo te ponga en esa posición. Sigue obediente.

Me masajeo la polla húmeda y ella me obedece, como una perrita entrenada.

Su culito pequeño y liso se me ofrece antes incluso de tocarlo y separo sus muslos.

—¡Coño! ¡Estás buena en cualquier posición!

—Ve con calma, por favor.

Me deslizo dentro de ella como siempre, lentamente. No quiero verla retorcerse de dolor, sino de placer, además de que adoro sentir mi polla ahogándose de deleite mientras llena su coño extremadamente apretado que, por si fuera poco, late durante mis embestidas.

—¿Se ha doblado de tamaño? ¡Coño, Rómulo! —protesta.

—Sí, mi polla misma te está llenando, amor —suelto un gruñido áspero.

Doy golpes profundos y sus gemidos salen a sollozos cada vez que llego al fondo. La sujeto de la cintura y, ora me muevo yo, ora muevo su cadera.

—No sé si es más placentero verme deslizarme dentro de ti o ver tu coño tragándose mi polla cuando te traigo hacia mí.

La penetro, voraz y más rápido, con un deseo feroz.

—Yo…

Oigo un hilo de voz y la sábana de mi cama se arruga atrapada en sus manos.

—Rómulo… Así me voy a… Yo… ¡Rómulo!

Ella alza el culo y echa la cabeza hacia atrás, dando el gemido más satisfactorio que ha salido de su boca, y enseguida aprieta mi polla, llevándome a correrme antes incluso de conseguir salir de dentro de ella.

Me aparto temblando y eyaculo el resto en su culo rojo, marcado con los golpes. Le doy una palmada y Linda gime, mimosa.

—Mírame, Linda.

Desparramada boca abajo en la cama, me mira, pero la agarro del brazo y la hago sentarse para encararme bien. Tiene una sonrisa satisfecha en el rostro.

—Así mismo es como quería verte —le sujeto la barbilla y beso sus labios—. Vamos a darnos una ducha.

—Después de que se me pasen los temblores en las piernas.

Se tumba con una sonrisa descarada en la cara.

—Si depende de mí, te van a temblar toda la noche, Linda.



CAPÍTULO 84

Linda Fonseca

Cinco semanas después...

Rómulo y yo nunca estuvimos tan unidos y tan bien como en estas últimas semanas.

Aún hay algunas cuestiones de Rómulo sin resolver, como la situación con su padre, pero sé que pronto eso dejará de ser un problema. Ahora que su madre ha estado en su casa con frecuencia y Rodrigo pasa el día entero en la oficina, solo falta que esté bien con su padre.

Ellos encontrarán la manera de entenderse.

Me deshice de la casa alquilada del barrio en el que viví prácticamente toda mi vida, después de semanas de terquedad y apego.

Y aunque ya no viva en el barrio, siempre visito a Gertrudes y a mis vecinas queridas.

En cuanto al apartamento, que está a mi nombre, ha sido solo un lugar más para turnarnos las noches con Rómulo, porque, al final, estoy a un paso de vivir con él.

Que es lo que él quiere.

Hoy es la fiesta de Rómulo, la subasta benéfica, y confieso que aún me sorprendo con la iniciativa.

¡Rómulo esconde muchas cosas!

Siempre lo vi engreído, pero es muy modesto con cosas como esta y eso me hace creer que aposté por la persona correcta.

Antes incluso de que todo pasara entre nosotros, él no era totalmente frío y agresivo, pues este evento ya sucede desde hace algunos años.

Elegí un vestido verde esmeralda, que ha sido mi color favorito en los últimos días, con una falda larga, fruncida en la cintura y una caída impecable en una seda de gran calidad. El cuerpo marca perfectamente mi cintura, dejando un escote sensual incluso en mis pechos pequeños y con tirantes finos. Llevo un pintalabios nude y las joyas que Rómulo me dio para usar especialmente hoy.

Exagerado, como siempre.

Brillantes y más brillantes.

Admito que me da miedo andar con estas cosas que pueden ser más caras que yo misma.

Me llama justo cuando termino de ponerme el perfume.

—¡Holaaa!

—¡Hola! ¿Ya estás lista?

—Casi lista. Aún me falta el zapato.

—Los invitados ya están llegando. Deberías haberte arreglado aquí.

—Sabes que no quiero que piensen que vivo con mi novio.

"A pesar de que ya estamos casi en esa situación."

—Tonterías.

—Manda al chófer. Vas a recogerme en la puerta, ¿no?

—No. No voy a dejar que cualquier otro tío entre contigo.

—¡Animal! Manda al chófer. Ya llego ahí.

—Vale. Hasta luego.

Anda hecho un manojo de nervios con esta fiesta.

¡Parece hasta la primera vez!

Rómulo Guimarães

Me aparto de la ventana, donde veía llegar a los invitados, y guardo el móvil en el bolsillo.

Linda tiene cada pregunta…

A veces le doy un margen por no estar acostumbrada a mi rutina y a las cosas que suceden comúnmente en mi vida, pero, en este caso, debería saber que tenemos que entrar juntos, a pesar de que la casa sea mía.

Ella es mi novia y no quiero que nadie pose para una foto con ella, además de mí, claro.

Iré a buscarla a la puerta del coche.

Bajo al lugar de la fiesta y me preparo psicológicamente para la cansada tarea de saludar a todos los invitados.

Los regalos que recibí durante las últimas semanas están expuestos en cilindros de vidrio, sobre una larga encimera en el lugar donde el subastador llevará a cabo el evento.

Lo dejamos así para que los invitados tengan la oportunidad de ver los artículos antes de que se oferten.

Son objetos estupendos y creo que se convertirán en una buena suma.

Al final, siempre elegimos más de una institución a la que donar.

Hace años que realizo este evento y hasta hoy nadie se ha molestado porque subaste mis regalos de cumpleaños. Por cierto, estoy usando las piezas que me regalaron en mi pequeña celebración con los más cercanos.

Admito que me quedan muy bien los regalos.

Nunca fallan al elegir y hasta Linda, que es primeriza, acertó.

Saludo a todos e incluso hablo con algunas personas a las que no veo desde hace tiempo, hasta que mi hermano me avisa de que Linda ha llegado; entonces pido permiso a mis invitados y salgo de la sala con Rodrigo. Me arreglo la americana y encuentro a los fotógrafos fuera, cerca del portón de mi casa. Estos, a diferencia de los que vivían difundiendo chismes sobre Linda y sobre mí, fueron contratados para la fiesta y están registrando a los invitados en todo momento.

Guardo álbumes con fotos de otros eventos que hice, porque me gusta eso.

Al llegar a la puerta del coche, encuentro a más fotógrafos que no contraté y esos, inconvenientemente, empiezan con ráfagas y más ráfagas de flashes en mi dirección.

Abro la puerta del coche, veo a Linda impecable con el vestido verde esmeralda, del que se enamoró en cuanto se lo puso, y quedó aún más guapa con el arreglo completo.

Ella me sonríe y se apoya en mi mano para bajar del automóvil.

Esta vez, tendrán pruebas nítidas de que estoy completamente enamorado de esta mujer, pues no hago ningún

esfuerzo por esconder ese sentimiento y eso, con seguridad, debe de estar estampado en mi cara.

—¡Joder, Linda!

—Guarda las palabrotas para el final de la noche —pide, parada frente a mí, pegada a mí.

Es difícil oír eso y que el cuerpo no lo interprete.

Me aparto de su frente. Ella pasa su brazo por el mío, cierro la puerta del coche y seguimos hacia el interior del jardín de la mansión. Tras los portones, los fotógrafos contratados nos fotografían frente a un panel montado exactamente para eso.

Rodrigo se acerca con las manos en los bolsillos del pantalón y se detiene, esperando algo.

—¿Qué ha pasado? —pregunto.

—Estoy esperando mi turno —responde.

—¿Turno de qué?

—Después de ti, quiero hacerme una foto con mi cuñada. No tengo acompañante. Hasta invité a Laisa, pero me dio calabazas, así que tienes que prestarme a tu novia al menos para la foto.

—¿Tengo?

"¡Lo que me faltaba!"

Linda incluso se ríe.

—Ven, Rodrigo. Aprovecha que mi autoestima hoy está por las nubes —dice ella.

—¿Será que hoy sale una propuesta de matrimonio? —inventa Rodrigo.

No sería una mala ocasión, pero estamos juntos desde hace poco, aunque así ella viviría de una vez conmigo.

Genial, ahora me voy a pasar la noche pensando en eso.



CAPÍTULO 85

Linda Fonseca

Después de sacarme fotos con Rómulo y con Rodrigo, entramos en la casa de mi novio. Después de que encienden toda la iluminación extra, sumada al efecto de la decoración, todo queda muy bonito.

Tan bonito como ya estaba más temprano.

Me reencuentro con algunas personas que conocí en los eventos en los que acompañé a Rómulo y conozco a otras más.

Admito que me puse un poco tímida al principio, más aún con los halagos que recibí sobre mi belleza, pero luego me fui acostumbrando.

Rómulo conoce a mucha gente y esta noche sentí el peso de estar a su lado. Más aún por saber que este es uno de los eventos más comentados del momento.

Si en los años anteriores fue así, sospecho que vivía debajo de una piedra.

Ana Cláudia también sintió el peso de mi compañía, pues cuando llegó, tuvo que tragarme al lado de Rómulo, que se empeñó en presentarme como su novia a cada alma que pasó por la puerta. Ya Gustavo llegó llenándome de elogios y eso, viniendo de él, me hace reír por la exageración y las referencias.

Confieso que llegué a creer que la única persona de quien Rómulo no sentía celos era de Gustavo, pero míralo con cara seria para el amigo.

—Es el peso de estar con una mujer así.

—Deja de gracietas —dice Rómulo al amigo, que sonríe.

—¡Mira eso! —Rodrigo saluda a Gustavo con un abrazo, todo animado.

—Creo que has perdido a tu mejor amigo, Rómulo —le comento.

—Le voy a robar el amigo a él también —asegura pasándome el brazo por la cintura y besándome—. ¿Ya te he dicho que estás perfecta hoy? —Me acerca la boca al oído y me aprieta la cintura, arrancándome un suspiro con el susurro—. Demasiado buena.

—Parejita empalagosa… —se queja Rodrigo—. Vamos a tomarnos algo, Gustavo. ¿Vas a adjudicar algo hoy?

—¿Hay mujer, Rodrigo? —Gustavo lo acompaña.

—Quién diera.

Suelto una carcajada.

"¡No pueden estar juntos, son muy descarados!"

—Sabes esas invitaciones que una se lo piensa dos veces antes de enviar… —comenta Rómulo en lamento.

Sus padres por fin llegan a la fiesta y los saludamos.

Rómulo todavía no consigue saludar al padre con semblante amistoso, pero entiendo que eso lleva tiempo y un apretón de manos ya es un progreso.

Desde que llegué ya había música sonando y ya estaban sirviendo bebidas y comidas para los invitados, tanto que me tomé dos copas de champán antes de que empezara la parte principal del evento.

La subasta empieza sobre las nueve de la noche y hay mesas reservadas con asientos para cada uno de los invitados. En la nuestra se sientan Rómulo, Gustavo, Rodrigo y yo.

Sirven otra ronda de bebida y otra vez acepto.

—Linda, Linda…

¡Rómulo quiere dictarme cuánto puedo beber!

Está bien que no tengo costumbre, ¡pero casi ni se siente el alcohol de la bebida!

Sigo bebiendo hasta olvidarme de lo que tengo en la mano, distraída con los precios de los lotes subastados.

El valor inicial de la mayoría de los objetos es de cien mil reales, mientras otros tienen un valor mucho más alto que eso, lo que ya me deja admirada, y solo empeora con las pujas.

La gente sube las pujas con facilidad y empiezo a pensar en la desigualdad del mundo.

El valor de solo uno de esos objetos resuelve el problema de mucha gente de una sola vez.

—¿Ya has decidido a quién le vas a donar todo esto? —Le pregunto a Rómulo.

—Hay una institución que cuida de menores abandonados, otra que trabaja con familias que viven en extrema pobreza, una que ayuda a llevar agua a regiones de sequía y hay otra que no recuerdo bien, Linda.

Oír eso me deja más tranquila respecto a los valores de esta subasta.

—¿Ya te has parado a pensar en tanta gente a la que ya has ayudado?

—Cuando oigo que aún hay mucho más, me parece que hago poco; pero al menos hago, ¿no?

—No es poco, créeme. Es un gesto precioso.

Él sonríe y me besa la frente.

La subasta es larga, pues Rómulo recibió muchos regalos.

"¿Imagínate si fuera más carismático?"

Me río para mis adentros.

—¿Te está gustando la subasta? —pregunta un buen rato después.

—Sigo apabullada con el valor de las cosas.

Gustavo remata un reloj que dijo que era el modelo que quería, pero solo se vende en el extranjero y no tiene tiempo para ir a comprarlo, ni paciencia para esperar a que venga de fuera.

En fin, problema de rico.

Por cierto, mi jefe me contó que lo dejó todo con esa arpía y ya ha pasado a otras.

La verdad es que nunca vi futuro en lo que Gustavo tenía con la amiga de la ostentosa.

Y después de horas, muchas copas de champán y muchos pastelitos en compañía de mi cuñado, que no hizo ni una sola puja, la subasta termina con un valor de millones que yo no sabría contar en billetes.

La gente sigue bebiendo y comiendo los aperitivos servidos, pero enseguida, en una de las salas, van a servir la cena para quien quiera.

La fiesta no tiene hora para terminar y, aun con la música baja, hasta que una se entretiene con ella.

Rómulo no me deja sola ni un minuto.

El padre de Rómulo remató dos cosas bien caras, gastó cerca de cuatrocientos mil reales en total y nos contó cuán valioso era uno de los objetos.

Lo que alcanzó el precio más alto fueron los relojes, que parecen ser de marcas estupendas; por eso tuvieron un número mayor de pujas.

No había nada femenino y, si lo hubiera, no me imagino que las mujeres fueran lo bastante valientes como para pujar.

Yo misma, si fuera rica, no lo haría.

Pero quizá si fuera muy rica, por caridad, sí lo haría.

Nos estamos divirtiendo hasta que empieza un murmullo y todos se quedan mirando hacia nuestra dirección con expresiones de horror y asco. Enseguida, la gente simplemente empieza a irse sin despedirse del anfitrión.

—Rodrigo… —dice Rómulo, y este sale por la fiesta—. Descubre qué está pasando.

—¡Caramba! Esta no me la esperaba, Rómulo —aparece Ana Cláudia al otro lado, con el móvil en la mano—. Entonces, al final, ¡la pobrecita era, en realidad, la víctima!

—¿De qué estás hablando?

—¿No tienes internet? Ah, espera, tú sabes bien de lo que hablo. ¡Rómulo le pegó a esa pobre! Caramba, Rómulo. Esperaba más de ti. —También lo mira con asco y se aleja de nosotros.

Miro a Rómulo completamente perdida.

—¡Puta mierda! ¿Quién se ha inventado esa?



CAPÍTULO 86

Rómulo Guimarães

Inventaron que le pegué a Linda el día en que estuvo en mi casa y ahora veo a la gente mirándome con aversión y yéndose de la fiesta.

Linda tiene lágrimas en los ojos, mientras Gustavo mira el móvil y yo hago lo mismo.

—Parece que han soltado en todos los sitios de cotilleo que le hiciste daño a Linda. —Rodrigo vuelve contando lo que ya sabemos.

"Parece que esta ciudad gira en torno a los chismes."

—¿Quién demonios inventó esto? —Lo encaro, enfadado.

Cuando la aplicación carga, veo uno de los perfiles con fotos de Linda el día que salió de mi casa después de que todo pasara, al lado de otra tomada hoy.

—Linda, creo que es mejor que vengas conmigo. —Mi madre le sujeta el brazo.

—Tenemos que resolver esto. ¿Quién inventó esa historia? —pregunta.

—Eso no es verdad, ¿no? —indaga Gustavo, perdido en la historia—. Es mentira, ¿verdad, Rómulo?

Respiro hondo.

—¡Yo nunca le pegué a Linda! ¡Eso es mentira!

—No hay manera de resolver esto ahora, Rómulo. —Mi hermano pasa delante de mí—. Nuestro padre quiere hablar contigo, en su despacho.

—¡Era lo que me faltaba! —Me llevo la mano a la frente—. Rodrigo, tenemos que desmentir esto.

—Ve, hijo —insiste mi madre—. Gustavo, ¿puedes llevarnos? A Linda y a mí.

—No quiero ir —dice Linda—. Voy a desmentir esto. ¡Rómulo no me hizo eso!

—Vamos, Linda, quiero entender esta historia. —Gustavo me mira, preocupado.

Todos están decepcionados conmigo, siendo que no soy ese monstruo. Puedo haberle dado la espalda, pero nunca haría lo que están diciendo que hice.

—Rodrigo y Sérgio, ocupaos de acabar con esta fiesta, voy a subir —aviso, y hasta despedirme de Linda es difícil en medio de tanta gente que piensa que tenemos una relación abusiva.

Ella me abraza fuerte y yo la abrazo, sintiendo el sabor amargo de todo lo que hice.

Al final, son consecuencias de aquel día.

—Vamos a resolver esto. Lo prometo —le digo.

Yo sabía que si este asunto se esparcía, inventarían cosas como esta.

—Ve con Gustavo y con mi madre; más tarde hablamos. —Saco el pañuelo del bolsillo y le seco el rostro.

Ella los acompaña, indignada, y las miradas que recibo me dejan completamente avergonzado y contrariado.

Subo la escalera para ir a mi despacho y encontrarme con mi pesadilla.

Entro y veo a mi padre encendiendo una cerilla y tirándola a la papelera.

—¿Qué significa esto? —pregunto, completamente confuso.

—Rómulo, pensé que podías hacer cualquier cosa en la vida, pero maltratar a una mujer y hacer un contrato para que se quedara en silencio nunca pasó por mi cabeza. —Tira trozos de papel a la papelera, decepcionado.

Mi padre está quemando el contrato.

—No hice lo que andan diciendo.

—Pero tu hermano me dio un rápido resumen de lo que pasó. ¿Por qué no resolviste el asunto con ella civilizadamente? ¡Supe que quería saltar el muro de tu casa para huir!

—Cuidé de ella y quería arreglar las cosas mientras estaba enfadada por mi arrogancia.

—¿Cuándo te convertiste en ese tipo de hombre?

—¿Cómo puedes seguir preguntándote eso después de la forma en que me criaste? Fui criado para ser así.

—¿De dónde sacas eso? —indaga.

—Cuando dijiste "no dejes que nadie pase por encima de ti", "no dejes que nadie te hable alto", ¿pensabas que eso no me influyó para ser así? Fui criado de esa forma, sin perdonar ningún error. Tú nunca perdonaste ningún error mío. Crecí intolerable y me convertí en el peor hombre del mundo. El mejor empresario, pero la peor persona. ¿Cómo esperabas que actuara, después de la forma en que fui criado por ti?

—Rómulo, nunca quise que fueras de ese modo.

—Entonces no hubieras sido como fuiste conmigo, ¡toda la vida! Sufrí presión para ser como tú querías que fuera. Cuando eso pasó, yo era igual que tú. Ese fue el resultado. —Señalo la papelera donde el papel arde—. Este es el resultado de lo que hiciste conmigo. Me convertí en aquello que querías y, ¿crees que yo quise ser así? Pero no me diste elección y así funcionaba mi cabeza hasta acercarme a Linda.

—Siempre tuve las mejores intenciones contigo, Rómulo. Eres mi hijo mayor y quería que tuvieras éxito, que fueras un hombre de éxito como yo lo era.

—Me desanimaste a continuar con mi negocio.

—No te iba bien.

—¡Pero nadie empieza bien! Remonté y ahora estoy bien. Siempre me esforcé cuando trabajaba para ti y ni siquiera me felicitaste por ello. Al contrario, siempre exigiste más y más.

—Sabía que podías dar más.

Niego con la cabeza.

—¿Sabías que eso no era un incentivo? Me sentía presionado. Siempre me sentí presionado a ser el mejor solo por ti, porque sabía que siempre me ibas a criticar. Nunca voy a ser bueno para ti. Para todos, yo era excepcional, pero para ti, siempre tenía que mejorar en algo.

—Pensé que me agradecerías por todo lo que hice.

—No voy a agradecer nada. ¡Mira el resultado de todo eso! Me convertí en una persona fría, una persona que siempre está pensando en trabajo, en ser perfecto. Nunca amé a nadie, nunca me enamoré de nadie, porque creía que esas cosas eran absurdas, que no valían mi tiempo, porque debía estar haciendo otras cosas. Incluso odiándote, creo que quería probarte algo, probar que estabas equivocado.

Él baja la cabeza y se queda callado.

—Todo lo que hay en mí también es reflejo de tus exigencias.

Mueve la cabeza de un lado a otro y ya no veo la imponencia en su postura.

—Nunca pensé que había sido un mal padre para ti. Todo lo que pensé e hice… Pensé que iba por el camino correcto y nunca imaginé que eso se reflejaría en malas actitudes; creí que serían solo cosas buenas.

—Estabas muy equivocado.

Él me mira, desconcertado.

—Hijo, sabiendo esto, reconozco y te pido perdón por haber sido un pésimo padre. Siempre fuiste mi orgullo. Nunca te lo dije, pero todas tus conquistas las celebré. Puedo haber sido duro contigo delante de ti, pero, dentro de mí, hay un padre lleno de orgullo por el empresario en que te convertiste, por el hombre en que te convertiste. Solo lamento lo ocurrido.

No esperaba tener esta conversación hoy con mi padre, pero, al menos, dije todo lo que quería y tampoco esperaba oír una disculpa suya.

—Quiero corregir todo esto que piensas de mí. No quiero que sigas pensando que soy un mal padre, que no reconoce al gran hijo que eres.

—Rodrigo siempre tuvo toda la libertad. ¿Por qué siempre yo era el que recibía las exigencias?

—Porque me veía en ti. Yo no tuve las mismas oportunidades que tú tienes. Vi a alguien con todo ese potencial y me dije a mí mismo que haría de ti aquello que yo podría haber sido a tu edad. Sabes que nunca tuvimos la vida perfecta, que pasamos por momentos difíciles cuando eras pequeño, pero vencimos la batalla y ahora tenemos esta vida cómoda. Sabía que podías llegar lejos, mucho más joven de lo que yo llegué cuando quise. Y Rodrigo… Tenemos que admitir que es un caso perdido.

—No deberías haber hecho eso.

—Lo sé y te pido perdón otra vez —pide mirándome a los ojos —. Vamos a arreglar esto juntos, pues también soy responsable y no voy a dejar que nadie acabe con tu empresa ni con nuestro apellido.

No esperaba esto, pero me satisface.

—Nunca le pegué a Linda. Ella se cayó de los escalones delante de mi casa y mandé que la sacaran de mi territorio. Después, cuando descubrí que no estaba mintiendo, intenté arreglar el error que cometí, pero ya no quería hablar. Insistí y me equivoqué al hacer que se quedara en mi casa. Sin embargo, en aquella época no confiaba en ella —le explico.

—Preferirán creer la mentira. Será difícil resolverlo.

Lo peor es que es verdad. Cuando contamos que no estábamos juntos, insistieron. No van a creernos otra vez.

De repente, me da un abrazo, cogiéndome totalmente desprevenido.

No recuerdo cuándo pasó esto antes, porque hace mucho tiempo.

—Perdóname, hijo.

Cierro los ojos y respiro hondo, tragando con dificultad la emoción que quiere manifestarse.

—Yo te perdono, pero, como dice Linda, el querer por sí solo no basta en ciertas situaciones.

Enseguida, nos soltamos del abrazo.

—Entiendo. Ahora vamos a resolver este problema.

—No puedo perder a Linda por culpa de esta mentira, papá y, sinceramente, no me importa nada más en esta historia aparte de ella.

—Entonces quédate tranquilo, que del resto me encargo yo.



CAPÍTULO 87

Linda Fonseca

Voy a casa en contra de mi voluntad, pues no debería haber abandonado a Rómulo en un momento así.

¿Quién inventó una mentira de esas?

—¿Qué historia es esa, Linda? —oigo y no lo creo—. No quiero creer que Rómulo haya hecho eso contigo. —Gustavo camina agitado por la sala.

—Gustavo, Rómulo nunca me pegó. Me caí de la escalera que hay delante de su casa y los guardias me echaron el día que entré en la mansión.

—¿Entraste en la mansión? ¿Cuándo? Él no me contó.

—Sí, entré, fue cuando murió mi padre. Me llamó mentirosa y estafadora. Me cabreé muchísimo. Le dije que no saldría de allí hasta arreglar aquello, pero, después de la caída, cambié de idea. Él y los guardias fueron muy bruscos conmigo.

—¡Qué locura!

—Pues eso. Quería joderle la vida, pero entonces vio que no estaba mintiendo y me dejó quedarme en su casa hasta resolverlo. Estaba muy enfadada con él, pedí irme, pero no me dejó. Al final

firmé el jodido contrato y rechacé el dinero que su empresa ofreció por el secreto. Resumiendo, eso fue.

—Yo no sabía nada.

—El contrato era para que no contara nada —explico.

—Incluso así, no imaginé que Rómulo podría llegar tan lejos. —Se sienta en el sofá.

—¡Era un cabezota! —admito—. Ahora lo es menos. Me costó aceptar sus disculpas, pero sé que es más que eso. Nunca me tocó para hacerme daño, Gustavo.

—Creo que cambió mucho después de ese episodio —comenta Sandra.

—Eso se nota, pero ¡joder! —Gustavo sigue asombrado.

—Lo peor es que, si no les creyeron cuando dijimos que no estábamos juntos, ahora menos aún. Al público le encanta un escándalo —analizo.

Da hasta ganas de colgar un vídeo hablando de lo ocurrido.

—No te creerán. Pensarán que lo haces para defenderlo. Es mejor dejar que lo resuelva él —me aconseja mi jefe.



Después de un rato, hablo con Rómulo por videollamada.

—¡Menuda putada, eh, Rómulo!

—Por eso quise ese contrato. Sabía que, si esa historia salía de allí, inventarían alguna mierda como esta.

—Yo no se lo conté a nadie.

—Lo sé. ¡Pero alguien supo de tu accidente e hizo eso!

—Puede ser la misma persona que sacó la foto cuando salí de allí.

—Lo averiguaré.

—¿Y mientras tanto? —Me quedo con la curiosidad.

—Ya emití una nota aclarando todo. Lo difícil es que te crean, ¿no?

—Sí. La gente de esta ciudad adora las fake news. ¿Crees que esto salpicará a tu empresa?

—Con toda seguridad, pero mi padre está al frente de todo.

—¿Tu padre? —Me sorprendo.

—Sí, hablamos y llegamos a un acuerdo.

—¿Hicisteis las paces?

Niega con la cabeza.

—Dijo que me va a ayudar.

—Qué bien. —Me animo—. Esta tempestad pasará. También haré un texto para que Rodrigo lo entregue a los que creen en esa calumnia.

Suspira.

—Nunca debería haber mandado a los guardias a sacarte después de la caída.

—No hablan de eso, así que, de todas formas, dirían que me hiciste daño.

Parece muy preocupado.

—¿Quién habrá hecho esto?

Rómulo Guimarães

Estos últimos días fueron tensos, una noticia peor que otra, y la denuncia no afectó solo a mi imagen personal, también manchó mi reputación profesional.

La gente no quiere hacer negocios conmigo, porque muchos no aceptan trabajar con alguien envuelto en un escándalo así.

Y, como sospechábamos, nadie creyó nuestra palabra.

Mi padre se está encargando con los abogados e hicimos una reunión en mi casa, el miércoles por la noche.

Trabajo desde casa y Linda también sufre el acoso. No está yendo a trabajar, se queda en el apartamento y, de vez en cuando, me llama. A veces mando a Laisa para hacerle compañía.

En la reunión aparecen Edgar, Rodrigo, mi padre y otro abogado.

—¿Aún no hemos descubierto quién inventó esa historia, no? —pregunta mi padre.

—Tenemos una sospecha —cuenta Rodrigo.

—¿Quién, Rodrigo? —pregunto, preocupado por sus ideas.

—Ah, hermano, ¡deja de ser tonto! Ella es la única persona que tendría motivos para hacer algo así contigo.

—¿Quién? —indaga nuestro padre.

—La ex RR. PP. de la empresa, Kettelyn.

—¿Kettelyn? —Edgar se sorprende—. No imaginé que pudiera hacer algo así. ¿Tenéis pruebas?

—Ya hizo amenazas, está colada por Rómulo, siempre llamó a Linda estafadora y, en el viaje que hicimos, insultó a Linda hasta que le propinaron una paliza. Seguro que fue ella. Debió husmear por todas partes.

Nuestro padre escucha asombrado la historia de Rodrigo.

—Rodrigo, esto no es apostar, no podemos acusar sin pruebas —le explico—. Fue por eso que tuve problemas con Linda.

"Si fue ella…"

Ni quiero pensarlo, porque ya tuve demasiados problemas con mujeres.

—Sí, pero tenemos que ir a buscarla, porque si la presionan un poco, contará toda la verdad.

—¿Quién va a quedarse amenazando para empeorar las cosas? —pregunto.

—No podemos actuar así, Rodrigo. —Nuestro padre parece el más mesurado—. Si no, será aún peor. Pero tenemos que encontrar una forma, ya que no creen en vuestra palabra. Esto puede llevar a la empresa a la quiebra.

—¿Y qué podemos hacer? He tardado años en construir este imperio. —Me angustio y miro a mi padre.

—Por ahora, lo mejor para la empresa es nombrar a otro presidente y desvincular tu nombre del negocio hasta que todo esto se resuelva —dice, y me siento derrotado.

—¿Y cuánto tiempo durará eso? ¡No venderé mi empresa! —exclamo, angustiado.

—Puede durar años —especula Edgar.

—Una empresa en quiebra no te servirá de nada, Rómulo. Es solo un nombre y puedes seguir al tanto desde lejos, porque los muros en pocos días se convertirán en una prisión para vosotros.

—¿Qué?

—Necesitas alejarte de las noticias, ser olvidado. Un viaje, quién sabe. Un tiempo fuera. Eso no impedirá que estés al tanto de lo que pasa en la empresa, pero te dará paz y la gente creerá que ya no formas parte del negocio —explica mi padre.

—No esperaba una solución tan radical. Esta empresa es una de las cosas más importantes que tengo. —Me entristezco.

—Dijiste que ahora te importaba más la chica. Llévatela contigo, pasaos un tiempo lejos de este lío y trabaja a distancia. Cuando todo esté bien, volvéis y retomáis la vida aquí. Es la mejor decisión, Rómulo —concluye mi padre.

—Es una decisión inteligente —coincide Edgar.

—Puedo quedarme de presidente —se ofrece Rodrigo enseguida.

—¿Tú, Rodrigo? —Me río—. Esta empresa es mi mayor patrimonio material; no quiero que quiebre por mi culpa. Es una decisión difícil, pero, si ese es el precio para preservarla, lo pagaré. Tenemos que hablar con Gustavo, porque, después de mí, él es quien tiene más acciones en la empresa. Quiero que me sustituya, padre. Si dices que sabes lo que haces, confiaré en ti, al menos hasta que vuelva. Trabajaré a distancia y quiero saber todo lo que ocurre en la empresa. Cada informe, cada evento y cada problema.

—Está bien. No te decepcionaré —garantiza mi padre.

— Me voy a hacer autónomo —murmura Rodrigo, decepcionado.

—No. Serás mi sombra, Rodrigo. Yo también tengo mi empresa que atender. Haremos esto juntos —dice decidido nuestro padre.

"¡Pobre de mi hermano!"



CAPÍTULO 88

Linda Fonseca

Hace días que no salgo de casa para evitar que me aborden curiosos empeñados en decir que miento cuando digo que Rómulo me pegó. Por eso Rómulo y yo ya no nos vemos, ni fui a ver a las otras personas que se preocupan por mí, mis antiguas vecinas.

—¿Hija mía, esa historia que andan contando es verdad? —Me llaman por vídeo y las veo a las dos mirándome con pena y preocupación.

—No. Él nunca me pegó. Es mentira. La verdad es que me di una puta hostia en su casa y luego otra en la acera.

—¿Y por qué no nos lo contaste?

—No podía. Él dijo que si lo contaba, podría pasar esto que está pasando ahora.

"Al final, tenía razón."

—Linda, si te pasa algo así tienes que contárnoslo. Tú creciste con nosotras, no lo olvides. No tienes solo a ese hombre. Él no es tu mundo y si te grita o te prohíbe algo, y sobre todo te hace daño, no lo dudes y vuelve. No estás sola en este mundo —aconseja Doña Gertrudes.

—Eso —coincide mi otra vecina—. Puedes quedarte en mi casa o en la de Gertrudes, busca otro trabajo, pero no te humilles y no olvides quién eres. Siempre fuiste valiente, orgullosa, siempre luchaste por lo que creías justo y sigue así, lúcida, pero no ocultes nada. Cuando uno se enamora se queda ciego y hasta la persona más inteligente, que lo ve todo, no percibe lo que puede estar pasando.

Asiento.

—Podéis estar tranquilas que, ante cualquier cosa, avisaré, y perdonad que no os contara antes lo que pasó. Estaba cumpliendo con mi palabra.

—Pero dime una cosa, ¿qué hiciste en la casa de ese hombre que valió tu silencio? Porque dijiste que no te importaba él.

Muerdo los labios.

—Salté la tapia, rompí algunas cosas… Pero antes de irme, con el contrato ya firmado, rompí cosas caras también.

—¿Caro cuánto?

—Millones —murmuro.

Quedan boquiabiertas.

—Pero él ya se conformó. Ahora estamos bien —cuento riendo—. Quitando esa mentira que anda circulando por ahí.

—En las fotos se ve la pasión en la mirada de los dos, pero no está de más mantenerse alerta y contar también lo malo.

—Sí. Os prometo que lo contaré, igual que contaré las cosas buenas. —Sonrío.

Suena el timbre y miro inmediatamente hacia la puerta.

—Alguien ha llegado. Cuelgo y luego hablamos.

—Está bien.

—Adiós. —Doña Dalva hace un gesto.

—Adiós. —Cuelgo la llamada y abro la puerta.

Me encuentro a Rodrigo parado.

—Hola.

—¡Hola! ¿Qué pasa? —Le dejo entrar.

—Hemos descubierto quién difundió la historia.

—¿En serio? Rómulo no me contó nada. ¿Cuándo fue eso? —cierro la puerta, sorprendida por la noticia.

—No hace mucho. Él está en reunión y decidí saber cómo estabas. ¿Todo bien? —Me saluda.

—Estoy bien. ¿Quién lo hizo?

—Fue el exgerente con Kettelyn. —Se tiende en el sofá y yo me siento en el otro, frente a él.

—Kettelyn se pasó, ¿eh? ¡Menuda mujer! Hacer eso por culpa de un hombre. ¿Cómo sacó esas conclusiones? ¿Cómo supo que me hice daño en la casa de Rómulo?

—El doctor Alves.

Me quedo boquiabierta.

—¿Cómo que qué?

"¡Parecía otro robot de Rómulo!"

—No sé cómo, pero ella descubrió que él visitó la casa en la misma época que tú estabas allí. A los desgraciados los amenazaron con un arma y todo. Hoy el médico fue a ver a Rómulo, a pedirle perdón, y fue a presentar denuncia a la policía por las amenazas.

—¡Caramba! —Me reclino en el sofá, admirada—. ¡La ha removido todo!

—Sí. Tenía muchos contactos y mucha rabia también.

—¿Y Rómulo cómo está?

—Furioso, echando fuego por la boca. En cuanto nuestro padre tome posesión de la empresa, publicaré la nueva nota de aclaración que Rómulo escribió y creo que la gente nos dará un poco de paz. El médico también escribió una carta contando todo.

—No aguanto más estar aquí, Rodrigo. Necesito salir aunque sea al supermercado. ¡Este lugar me asfixia! ¿Qué mal hay en que esté en la casa de Rómulo?

—Linda, la gente piensa que tenéis una relación abusiva, que él te agrede. Tardará en pasar que vayáis por la calle de la mano en paz. Pero no te angusties, mi hermano está arreglándolo todo.



No me contengo, salgo a comprar para mi arresto domiciliario y voy en Uber.

La urbanización donde vivo no tiene ni un supermercado, de lo pequeña que es.

Salgo con gafas de sol, como si fuera a esconder todo mi rostro y nadie me reconociera en la calle.

No hay nadie en la puerta, este jueves.

El supermercado no está lejos en coche y entro ignorando las miradas de la gente. Incluso en barrio rico hay curiosos.

Elijo pocas cosas, en su mayoría dulces, y la demora es en la fila de la caja, con dos personas delante.

Mi idea es hacer un pastel relleno y, al pasar por caja, comprobar si no falta nada.

Por suerte recordé todo.

Pido otro Uber y espero delante del supermercado.

"Ojalá Rómulo apareciera hoy en el apartamento, ya que las cosas están más calmadas."

Las cosas están calmadas porque ha surgido otro asunto.

Tras hacer una retransmisión hablando de Rómulo, Ana Cláudia ha empezado a ser expuesta por atrocidades que hizo.

Algunas personas comentaron en la retransmisión guardada que ella tampoco era santa en la podredumbre de la alta clase, y la gente perjudicada por compras que hicieron por influencia de Ana Cláudia dejó su testimonio.

Apuestas que promovió, productos para adelgazar y eso ni siquiera fue lo peor.

Encontraron en Twitter publicaciones donde insultaba a minorías con comentarios racistas y otros homófobos.

Al final la están cancelando y ahora la gente que iba a por nosotros, va a por ella.

Yo ya no contesto números que no tengo guardados.

No cambié de contacto, pero sé ignorarlos con facilidad.

A la gente de aquí le encanta acabar con la privacidad ajena, nunca vi una ciudad con vecinos más chismosos que esta donde vivimos.

Huelo un perfume repugnante que me revuelve el estómago y, por cierto, lo reconozco, así que miro atrás y veo a Kettelyn, que me desdeña mientras me examina de pies a cabeza.

—Mira si no es la estafadora. Insististe tanto con Rómulo que al hombre se le acabó la paciencia y recibiste palos.

Suspiro buscando paciencia.

—Debes de estar muy feliz después de haber difundido más noticias falsas que verdaderas por ahí.

—Aún no. Mi felicidad solo será completa cuando te vea de vuelta en la periferia y a Rómulo de rodillas a mis pies, reconociendo que siempre tuve razón.

"¡Qué mujer más loca!"

—Eres enferma —le acuso, horrorizada, y ella se ríe.

—No mereces nada de eso. No mereces ese trabajo, vivir en ese apartamento, comprar en ese supermercado. Tienes que volver a vivir en ese barrio asqueroso, con gente de tu calaña, remendando ropa barata. —Se acerca a mí, escupiendo palabras que parecen salir de su pecho.

Levanto la bolsa con las compras y le doy en la cabeza. Ella cae hacia un lado y su pendiente rasga la bolsa, haciendo que mis compras caigan al suelo. Me lanzo sobre ella y le doy unas bofetadas que retumban en su piel.

—¿Crees que voy a aguantar tu podredumbre llena de envidia sin darte una paliza? —agarro su rostro y lo único que quiero es desgarrarlo con las uñas.

—Eso no va a cambiar lo que pienso de ti —me golpea en los brazos y, cuando veo el paquete de harina de trigo a mi lado, lo cojo con las uñas y se rompe mientras lo restriego en la cara de la desgraciada.

—¡Mira el timo! —Le pego en la cara con la bolsa de harina y ella queda toda blanca.

Mientras se ahoga en la harina, ella me golpea.

Un guardia del supermercado me arranca de encima, pero no veo público.

—¡Nunca vuelvas a cruzarte en mi camino! ¡La próxima vez te dejo irreconocible!

—Anda, pégame. Me encantaría verte en la cárcel. —Se levanta blanca, soplando la harina.

—No aguantarías dos días viva allí conmigo, porque te acabo en un momento.

Un coche toca el claxon cerca de la acera.

—¿Linda Fonseca? —pregunta el hombre.

—Es mi Uber, suéltame —aviso al guardia, que me suelta.

La maldita sale corriendo, como si huyera de mí o del guardia, y recojo mis cosas para irme.

Debe quedar harina en casa.



CAPÍTULO 89

Rómulo Guimarães

Estoy en el despacho de mi casa, revisando algunas cosas con Rodrigo, cuando recibo una serie de imágenes y audios de Kettelyn.

La está buscando la policía desde anoche y salió de su escondite para meterse con mi novia. Debería haber avisado a Linda sobre eso, pero creí que, con el peligro de la prisión, Kettelyn ya estaría lejos y ya no sería un problema para nosotros.

Estoy furioso con ella y la maldita tiene la cara de mandarme esas cosas después de lo que hizo conmigo, pero cuando la detengan, pagará por todo.

La mujer no solo amenazó al doctor Alves, sino que también cometió varios delitos que, sumados, le darán un tiempo en la cárcel.

Nunca imaginé que tenía a una loca delincuente como empleada.

Escucho los audios delante de Rodrigo y, por más desgraciado que sea, por la rabia que le tengo, no me da pena su falso llanto.

Alega haber sido agredida por Linda delante del supermercado y que casi se murió atragantada con harina de trigo.

Mi hermano no hace el más mínimo esfuerzo por contener la risa y salgo de los audios para saber si Linda está bien con esa historia.

Ella me mandó un audio.

"Le pegué, sí, y estoy muy bien con eso. Una vez más me insultó, pero tú sabes muy bien que no escucho bobadas y me quedo parada. Le di unas buenas bofetadas y solo lamento por la harina, que merecía un final mejor."

Las cosas ya están complicadas y, si sale una historia así en los medios, todo se pondrá peor.

—Yo amo a mi cuñada. No podrías haber conseguido una mujer mejor —Rodrigo se ríe escandalosamente—. Déjame ver las fotos de Kettelyn.

Abro las fotos y se las muestro. El resumen es sangre y harina en la cara y el pelo.

—¡Tío, Linda fue con todo! Alguien tiene que avisarle que le falta un diente ahí.

—Creo que ya se dio cuenta, Rodrigo.

No voy a sentir pena, pues ella sabe de lo que Linda es capaz y siempre vuelve a repetir el error.

—Yo sabía que Linda se lamentaría por la harina.

Rodrigo se ríe aún más.

—¡La están buscando y aun así fue a por Linda!

—Tengo la certeza de que no tardarán en detenerla.

—Ojalá, ya tenemos problemas de sobra.

Manda esas fotos para hacerse la pobrecita. Pero después de lo que hizo, no siento pena.

—Ve a organizar la toma de posesión de nuestro padre, Rodrigo.

No quería llegar a ese punto, pero no veo elección. Solo espero que él sepa representar mi empresa, que entienda que nada de ahí es suyo y que estaré todo el tiempo ocupándome de todo.

Guimarães Petróleo y Gas es mía y nadie me la quita.



Y ahora ya no soy la cara de Guimarães Petróleo y Gas…

Intento conformarme con eso tomando whisky.

Alguien llama a la puerta de mi cuarto.

—Adelante.

Es Sérgio.

—Hay una mujer en la puerta, aquella que trabajaba para el señor.

—¿En la puerta o en el portón?

—En el portón.

Me levanto y me apresuro, mientras él me acompaña.

—Diga a los guardias que la registren antes de dejarla entrar y llame a la policía. Esa desgraciada está siendo buscada desde ayer.

—Vale. —Coge la radio y habla con los guardias.

Tengo tanta rabia por lo que hizo Kettelyn.

No tenía que inventarse eso.

Pocos minutos después, llaman a la puerta de la entrada y abro.

Como la pelea con Linda ocurrió más temprano, todavía lleva las marcas de la pelea. En realidad, ni parece haberse bañado o al menos limpiado.

La mujer está inmunda.

—¿Qué quieres, Kettelyn?

—Necesito ayuda, Rómulo. Sabes que estoy sola en esta ciudad.

—¿Cómo tienes la cara de venir a buscarme después de lo que hiciste?

—Perdóname. —Se arrodilla, llorando—. Perdóname. Nunca debí haber hecho aquello. Fue Magno quien me obligó a hacer eso, lo juro.

—Como si no te conociera… Fuiste a por Linda, después de todo. ¡Fuiste a por ella para insultarla una vez más, Kettelyn!

—Yo no hice nada de eso, Rómulo. Lo juro. Fue ella quien me pegó. Dijo que me mataría si pudiera. ¿Cómo puedes estar con una mujer como ella? —Me mira de rodillas, con la harina derritiéndose en su rostro por las lágrimas.

No consigo tener ninguna compasión por ella.

—Vas a pagar por lo que hiciste, te arrepientas o no. No esperes nada de mí, además de desprecio. Todo lo que hiciste cuando apareció Linda fue insultarla y recibiste de ella tu lección. Yo, por mi parte, solo puedo tratarte con el mismo desprecio con que trataste a la mujer que amo.

Ella llora exageradamente.

—Perdóname.

Le alzo la barbilla y la encaro.

—Sé que tu petición no es real, porque yo también ya hice lo mismo.

La policía llega haciendo ruido y Kettelyn se levanta, asustada.

—Por favor, déjame entrar, Rómulo. No dejes que me lleven.

—Nunca más esconderé a ninguna mujer en mi casa. —Agarro con firmeza el picaporte y, cuando percibe en mi rostro que no estoy para bromas, corre hacia el muro.

Igual que hizo Linda cuando estuvo aquí, intenta trepar.

Los policías preguntan dónde está y yo señalo, y voy detrás de ellos.

—¡Baja de ahí!

—¡NO! ¡NO VOY A LA CÁRCEL! —Sigue trepando.

Contemplo, junto a Sérgio, cuando cae.

Su suerte son los policías que la sujetan.

Se la llevan y entro en casa con la certeza de que no la veré por un buen tiempo.

Linda Fonseca

Kettelyn fue detenida y no podría estar más satisfecha.

Lástima que no estaba presente en el momento.

Como mis galletas mientras me pongo al día de las novedades del antiguo vecindario este sábado.

La familia de Vinícius volvió y ni siquiera fui a visitarlos.

No era novedad para la gente que tenía un hijo, pero, para mí, es una gran novedad.

Sé que en el rápido encuentro que tuvimos no sería posible descubrir todo eso y no sigo su vida, pero tampoco escuché nunca a ninguna de las vecinas hablando de eso.

El niño de tres años vino con ellos y, otra sorpresa, Vinícius y Maria Isabel están juntos, lo que se convirtió en el tema del

momento entre mis vecinas.

¡JUNTOS!

Como ella siempre quiso desde niña.

Qué puedo decir, suerte para él.

Pero opino en silencio.

Me levanto para ir al baño, pero me siento de nuevo con la boca salivando y el estómago revuelto.

"Otra vez no."

Ayer fue eso, pero una vez es normal; dos días seguidos debe de ser alguna intoxicación o parasitosis.

No entiendo de salud, pero necesito buscar a alguien que entienda.

Corro al baño cuando siento el nudo subir y me arrodillo frente al inodoro, echando todo lo que comí. Permanezco así hasta que ya no tengo nada más que vomitar.

"Dios mío…

¿No bastaban los otros problemas?"

Me repongo, me cepillo los dientes y me cambio de ropa para ir a alguna consulta, pero primero busco, claro.

Veo que hay una a trescientos metros de donde vivo.

Abro la puerta con el móvil en la mano y me encuentro a Juliano en el pasillo.

—Hola, Linda, ¿cómo estás?

—Nada bien.

—Supe lo que pasó y lo siento mucho.

—Pues sí. Estamos lidiando con eso.

—¿Vas a algún sitio? ¿Quieres que te lleve?

—En realidad sí, a alguna consulta médica. —Cierro con llave.

—¿Estás enferma otra vez? —pregunta preocupado.

—Creo que sí, pero no es resfriado. Son vómitos y dolor de cabeza.

Él alza las cejas.

—¿Ya sospechaste de embarazo?

—Estoy ignorando esa posibilidad, porque tomo el anticonceptivo bien.

—Entonces es mejor hacerte unas pruebas. Te llevo yo.

—¿Conoces alguna clínica buena?

—Sí, mi familia es de médicos, pero sin peloteo, mi hermana es una ginecóloga estupenda. —Llama al ascensor.

—Perfecto. Muchas gracias, Juliano. Con tanta cosa pasando, ando completamente desorientada. —Lo acompaño.



Conozco a la hermana de Juliano, la doctora Beatriz, y ya llego inquieta.

—Cuéntame lo que pasó —se ríe de mi forma nerviosa.

—Solo vomité dos veces. Ayer y hoy, y como hay dolor de cabeza, pensé que debía de ser otro problema.

—Vamos a evaluarte y a hacerte unas pruebas.

—Trae ya el test de farmacia, Bia. Debes de tener alguno por ahí, ¿no? —Juliano contribuye a empeorar mi inquietud.

—No digas eso —le suplico, dramática—.

¿Cuánto tiempo hace que se inició mi vida sexual?

¡Es poco tiempo para quedar embarazada!

—¿Quieres hacerte el test? Por lo general se recomienda hacerlo a primera hora del día, cuando la concentración de la beta hCG es mayor. Podemos hacer la prueba mediante una extracción de sangre si no quieres esperar hasta mañana, pero la pregunta es: ¿tu menstruación está retrasada?

—Siempre se retrasa cuando me estreso.

—¿Cuándo fue la última vez que menstruaste?

—No voy a mentir, ni me acuerdo. Me estoy poniendo más nerviosa con esto. —Tengo las manos heladas.

—Tranquila. ¿Hace más de un mes?

Tiro de memoria, solo me vienen las noches de sexo con Rómulo y no recuerdo nada más saliendo de mí.

—Creo que sí. —Me tapo la boca, preocupada.

—Vamos a hacer las pruebas y hoy mismo sabremos si las náuseas son por causa de un embarazo.



Después de las pruebas, Juliano me trajo a casa y le agradecí la ayuda.

La doctora Beatriz dijo que me llamaría para darme el resultado, evitándome así tener que volver allí.

Reconozco que estoy perturbada por la idea de estar embarazada, pues ni me fijé en esos detalles.

En cuanto me siento en el sofá, me descargo una aplicación de calendario menstrual y empiezo a marcar todo lo que recuerdo. Empecé a tomar el anticonceptivo un día después del cumpleaños de Rómulo, pero la última vez que menstrué fue bastante antes de eso.

¿Cómo puede ser?

Pero también hubo algunos días en que sangré…

Necesito estar atenta a esas cosas.

No me voy a tranquilizar hasta que no reciba ese resultado.

No almorcé para no vomitar otra vez, tampoco consigo concentrarme en la tele y Rómulo me está llamando.

—¿Rómulo? —atiendo la llamada.

—¡Hola!

—¿Estás bien?

"Porque yo no estoy nada bien."

—Sí. Linda, quiero verte. Ya son días que solo hablamos por teléfono y vivimos tan cerca… me estoy volviendo loco.

—Yo también. ¿Cómo fue allí con tu padre?

—Fue horrible ver mi empresa con otra cara, pero no fui. Lo vi todo a través de una llamada que hizo Laisa. A la gente ni le interesaba lo que mi padre tenía que ofrecer, querían saber de mí.

—Vaya situación. Al menos no hablaron de la paliza que le di a la demoníaca.

—Con su detención y la cancelación de Ana Cláudia, hay muchos asuntos de los que hablar como para una paliza que nadie vio. Voy a arreglar para que nos encontremos, Linda. Necesitamos hablar de algunas cosas, pero quiero decirlo en persona.

—¿Algo malo?

—No, tranquila.

—Uf.

—Te echo muchísimo de menos. —Su respiración fuerte se oye en la llamada.

Sonrío.

Ahora él es del tipo que admite los sentimientos.

—Yo también te echo de menos, Rómulo. Estoy ansiosa por verte.

Hablamos un poco más, pero no menciono las náuseas ni las pruebas que me hice.

A mitad de la conversación, llega su padre y tenemos que colgar.

Todo esto es una locura, pero, como dicen, ningún secreto sobrevive escondido toda la vida: tarde o temprano siempre sale.

La doctora Beatriz me llama, para empeorar la situación o mejorarla, según la noticia.

—Hola, Linda —dice animada.

—Dilo ya, antes de que me dé un infarto.

—Sí, dio positivo. Estás gestando un bebé.

"Menos mal que estoy sentada.

¡Estoy embarazada!

¡EMBARAZADA!"

—¿Linda? ¿Está todo bien?

—Ajá. Solo estoy al inicio de una crisis existencial. Gracias por avisar.

Ella se ríe.

—Va a estar todo bien. No es el fin del mundo. Pero debes iniciar el prenatal. Conozco a una obstetra muy buena que puede acompañarte durante este período.

—¿Obstetra? ¡Dios mío! Cualquier cosa te llamo. —Intento controlar la respiración y nos despedimos.

"¡Embarazada!

Perdí la virginidad hace unos dos meses y ya estoy embarazada.

Enhorabuena, Linda."



CAPÍTULO 90

Rómulo Guimarães

—***No***, Rodrigo. Ya dije que no voy a hablar con nadie más sobre esto. Que se conformen con la nota que di. Si hubieran hecho bien su trabajo, ya se habrían olvidado de esta historia —me quejo en la sala de estar de mi casa.

—Rómulo, estoy haciendo lo mejor que puedo.

—Pues hazlo mejor antes de que yo empeore la situación.

—No lo dudo, porque cada día que pasa empeora. ¡Parece que estás volviendo a ser el testarudo de siempre! ¿Todo esto es falta de mujer?

—Sabes muy bien que odio ver mi nombre en polémicas. —Aprieto los puños, furioso y agotado de todo esto.

Creí que, con los otros acontecimientos, se olvidarían de mi nombre, pero no fue así. Aflojaron en la puerta de nuestra casa, pero los correos y llamadas siguen.

—Si hubieras acogido a Linda en tu casa, probablemente no habría necesitado los cuidados del doctor Alves. Esas son las consecuencias, Rómulo. Ya conseguí que muchos sitios dejaran de

hablar de esta historia, pero, incluso con las denuncias sobre Ana Cláudia y el arresto de Kettelyn, la gente no se olvida de ti.

—Joder. —Me froto la cara.

—Cuando te vayas de aquí, podrás vivir de un modo más tranquilo. ¿Vas a hablar con Linda hoy?

—Voy. —Me siento intentando calmarme—. No sé si lo va a aceptar.

—¡Pues claro que sí!

—¿Y si, en medio de todo esto, se lo pensó mejor sobre lo que pasó y decidió que ya no me va a querer?

—¿Linda? —duda.

—¿Hay otra?

"Ha dicho que me echa de menos, pero me extrañó su tono de voz en la conversación."

—Solo si es otra, porque Linda no. Ella te ama, Rómulo, aunque seas un pesado.

—Lo veremos cuando llegue.

—Yo ya me voy, ¿vale? Tengo otras cosas que hacer esta noche. Cosas mejores que hacer de sujetavelas. —Se levanta del sofá y se va.

Ni le contesto.

Pongo en un vaso un poco de whisky y unos cubitos de hielo para tomar mientras espero a que Linda llegue. Mandé al chófer a buscarla, porque ya estoy harto de esta distancia y desde el miércoles no hay nadie acampando en mi puerta.

Rodrigo tiene razón respecto a mi temperamento, porque cada día que pasa siento ganas de tomar las riendas de todo, demandar a medio mundo y hacer que me traguen sin pestañear.

Sé que esta mierda no se resuelve así, pero ganas no me faltan.

Como no puedo hacerlo, he estado presionando a todos a mi alrededor; siempre lo hice, pero ahora con un poco más de estrés por la insatisfacción de no ver nada resolverse en el tiempo que quiero.

Suena el timbre y, apresurado, dejo el vaso en uno de los muebles para atender. Abro la puerta y me topo con Linda, que parece estar tan nerviosa como yo.

Lleva un vestido rojo y un abrigo de punto.

La atraigo hacia dentro por el brazo, cierro la puerta y la pego a ella. En una explosión de adrenalina, devoro sus labios con mi boca hambrienta en un beso desesperado y lleno de añoranza.

Ella corresponde al beso y nuestras lenguas se enredan con las vueltas que dan nuestras cabezas.

Su sabor dulce nunca estuvo tan bueno y su olor me trae la certeza de que estamos juntos, que, aun teniéndola en mis brazos, parece algo irreal. Palpo su cuerpo y, cuando llego al culo, lo presiono hacia arriba, dejando a Linda a mi altura, pudiendo ahora dominar su boca con más facilidad.

Hay tanta nostalgia en un beso que nuestras lenguas luchan golosas y desesperadas mientras nuestras narices se aplastan de lo cerca que están nuestros rostros.

Mi polla se endurece entre nuestros cuerpos, y las uñas de Linda me rasgan y se hunden en mi piel. Rompo el beso, tirando de su labio inferior entre los dientes, y nos miramos jadeando.

—Tenemos mucho de qué hablar, pero ahora mismo solo quiero follarte, Linda. —Dejo su cuerpo atrapado entre el mío y la puerta, retomando el aliento mientras le chupo el cuello.

Con las manos libres, bajo el pantalón de chándal y aparto sus bragas a un lado.

—¿Aquí? ¿No hay nadie más? —pregunta cuando deslizo la cabeza de mi polla por su coño mojado.

—No. —Le beso la boca, entro en su coño con urgencia y ella se expande entre los golpes fuertes, no tardando en tragarse mi polla entera.

—¡Rómulo! —suplica entre la excitante dominación—. ¡No imaginé que estabas así!

—No sabes el mal que me hace tu falta. —Entro hasta el fondo y salgo, esparciendo su miel por toda mi polla.

Como si no bastara, el encaje de las bragas aún me roza la piel, así que paso las manos por los lados de sus caderas y encuentro la tira fina de la prenda.

Linda me mira totalmente rendida, gimiendo de placer mientras su coño hinchado es follado.

Y de la nada sonríe.

—¿Sabes lo que me gusta?

—¿Te gusta?

—Me gusta que me follen fuerte.

—Perfecto, porque de ahora en adelante no seré nada delicado. —La llevo hasta el brazo del sofá y hago que su cabeza se apoye en el asiento. Me mira con las caderas elevadas y le levanto el vestido para arrancarle las bragas. Quiero librarme de ellas, pero me niego a salir de dentro de su coño, así que las rompo.

Linda me aprieta dentro y se cubre la boca.

—¡Rómulo!

Rompo el otro lado y tiro los restos al suelo.

Ahora sí, le sujeto las piernas y las doblo delante de mí, teniendo una visión privilegiada de Linda totalmente abierta para mí, mientras mi polla entra y sale, brillante. Con el cuerpo ardiendo,

acelero la follada y mis huevos azotan su culo en cada embestida. Linda gime mimosa y cada vez más suplicante.

No aparto los ojos de su rostro.

Verla retorcerse de placer es casi tan placentero como tener mi polla estrangulada dentro de su coño. Tengo todo el cuerpo tenso con el placer que siento en cada estocada, con olas y más olas esparciéndose por todo mi ser, alcanzando cada centímetro de mi cuerpo, incluido el corazón, que no sé a cuánto late en medio de todo este placer, mientras estremece las paredes de mi estómago.

Esta mujer me satisface por completo y, en medio de esa oleada placentera, entre movimientos rápidos y profundos, Linda me ahoga la polla, expulsándola de dentro de su cuerpo de forma brusca y apresurada. Una explosión de placer incontrolable me hace gruñir y derramar mi leche por encima de los pliegues que ahora están rojos.

—Un minuto de descanso. —Linda está jadeante, desparramada en el sofá.

Froto los dedos en su coño empapado y tiro de Linda por la muñeca. Ella se sienta en el brazo del sofá y llevo mis dedos mojados a su boca, que los chupa mirándome a los ojos.

—Pero de ningún modo me quedo sin ti.

—Yo tampoco quiero eso. —Me agarra de la camisa y me atrae para un beso agridulce—. ¿Qué vamos a hacer?

—Linda, vámonos fuera de Brasil, a Europa.

—¿Fuera? ¿En serio? Yo… no esperaba algo tan… lejano.

—Allí tendremos paz y tranquilidad. Sin nadie llamando a la puerta detrás de cotilleos, solo nosotros dos.

—Nosotros tres, Rómulo —me corrige y se muerde los labios, preocupada.

—¿Nosotros tres?

Baja la cabeza y se pone las manos en la barriga.

—Estoy embarazada.

—¿En serio? —La sorpresa me golpea de lleno, tanto que tambaleo hacia atrás y guardo mi miembro en el pantalón.

Ella me mira y lo confirma.

—¿Qué te parece?

Parpadeo procesando la información.

"Un hijo, formar una familia con Linda…"

—Creo que no podría haber una noticia mejor. —Sonrío y ella sonríe aliviada, respirando como si antes estuviera ahogada.

—¿De verdad?

—¡Claro que sí, Linda! Tengo treinta y seis años, ya era hora y es contigo, la mujer a la que amo. ¿Qué esperabas que dijera?

"¡Caramba, un hijo!"

—No sé… Estoy tan asustada desde que me enteré.

—Pensé que te lo habías replanteado sobre nosotros dos.

—¡No! Ya no tengo nada más que pensar, Rómulo, ya pasamos esa etapa. Sé lo que quiero. Quiero estar contigo, independientemente de la casa, la ciudad o el país —afirma, decidida.

Le sujeto el rostro y beso sus labios.

—Entonces vámonos, porque si me quedo aquí más tiempo, Linda, viendo este caos, sin poder tomar la delantera, me voy a volver loco. —Siento el estrés queriendo dominarme—. Rodrigo no resuelve nada rápido, mi padre solo empieza a trabajar el lunes y no imagino cómo será. Estoy hecho un manojo de nervios.

—Entonces estás en tu estado normal.

—No te lo imaginas. Es peor que cualquier cosa que ya viví. —Cierro los puños y los abro repetidamente.

—¡Eh! ¡Cálmate! —Ella me sujeta el rostro—. Todo se va a resolver a su tiempo.

—¿Al mío?

—Al tiempo justo.

—Debería ser al mío.

—¡Rómulo, las cosas no son así! Aprende a ser paciente. ¿Crees que el mundo gira en torno a ti?

—En este momento, parece que sí.

—¡Que les follen a ese montón de chismosos! Creen en una mentira. Tenemos algo más importante que resolver ahora: cuidar la llegada de este bebé y conseguir que no sea como tú.

Me río con su audacia.

—Como si tú fueras fácil de tratar.

—Yo no soy fácil porque tú no eres fácil.

—Entonces dejamos este asunto aquí —decido—. Levántate, terca, y vamos a darnos una ducha.

Ella se levanta y sale delante.

—¿Europa? ¿Qué país?

—Me gusta España.

—¿Y hablas español? —pregunta mirando hacia atrás y nos reímos.

De verdad espero que esa sea la solución a nuestros problemas temporales.



CAPÍTULO 91

Linda Fonseca

Conseguí el pasaporte después de algunas semanas y, aun con el padre de Rómulo al frente de la empresa y los inversores mantenidos, la gente sigue queriendo saber de nosotros y creando teorías.

Hoy viajo a España, mientras que Rómulo ya está allí desde hace una semana.

Él se fue antes para dejarlo todo listo para mi llegada.

Me costó explicar mi decisión a mis vecinas, pero entendieron que estoy bien con Rómulo desde el inicio de nuestro noviazgo y que no voy a criar a un hijo sola si tengo una relación muy buena con su padre.

Al menos, creo que lo entendieron.

En cuanto todo pase, volveremos y no me olvidaré de ellas jamás. Llevaré a mi bebé para que conozca a las mujeres que, sin duda, forman parte de mi familia.

Puede que no tengamos la misma sangre, pero forman parte de mi vida y se preocupan por mí.

Después de despedirme de ellas, vuelvo al apartamento.

Mis maletas ya están listas; solo falta despedirme de Gustavo, Laisa y de la familia de Rómulo.

Enseguida están llegando al apartamento.

—¿Mi ahijado va a nacer fuera de Brasil? —lamenta Gustavo al abrazarme—. Ya le di el aviso a Rómulo. Si se atreve a hacerse el graciosito, haré cuestión de ir a buscarte y darle una paliza.

—Yo ayudo —se ofrece Robert.

—No va a pasar, quedaos tranquilos. —Intento sonreír y no llorar.

—Ay, Dios mío, no me creo que seré abuela. ¡Por fin! —Sandra me abraza fuerte—. Dile a Rómulo que recuerde no decepcionarnos.

—Se lo diré, sí.

—Que tengas un buen viaje, Linda —Robert me abraza.

—Gracias.

—¡Qué mierda! —Rodrigo se seca los ojos.

Abrazo a Laisa.

—Te echaré muchísimo de menos —le digo; ha sido una gran amiga en los últimos meses.

—Yo también. Vas a hacer mucha falta en la oficina. Espero que vuelvas pronto.

—Y que lo digas —se lamenta Gustavo—. Pero Rómulo no estará allí para darnos la lata.

Sonreímos.

—Pero en compensación… —Rodrigo mira al padre.

—No tolero a la gente incompetente y tienes que entenderlo, Rodrigo —explica Robert.

"¡Es igualito a Rómulo!"

Me despido de Rodrigo riendo.

—Ah, Linda. Te voy a echar de menos —dice Rodrigo, emocionado.

—Yo también. —Esta vez no contengo las lágrimas.

—Cuídate, ¿vale? Ojalá el bebé nazca con el pelo claro como el mío. —Mi cuñado toca mi barriga.

—Seguro que Rodrigo fue fruto de una canita al aire —suelta Gustavo delante de los padres de Rodrigo—. Uy.

—Hay cada cosa… —masculla Sandra.

Salimos del apartamento con las maletas y dejo la llave con Rodrigo. Sé que Rómulo va a quejarse, pero, con toda seguridad, Rodrigo va a aprovechar la mansión. Sérgio, pobrecito, será quien aguante todo.

El chófer coloca mis maletas en el coche.

—Chao, gente. En cuanto llegue allí, aviso.

Entro en el coche tragándome el llanto.

—Buen viaje —dicen, agitando la mano, y me voy.

Lloro después de que partimos y, cuando llego al aeropuerto, ya estoy recompuesta. Todo el embarque es tranquilo y, como no es mi primera vez, estoy calmada para viajar.

Hago todo lo que toca y lo único que no hago es tomar las bebidas, porque son todas alcohólicas.

Tras muchas horas de vuelo, tres siestas muy buenas, me pegué un maratón de una serie hasta los últimos episodios, felizmente sin ningún mareo, llego a Madrid.

Ya ni sé lo que es poner los pies en tierra, por eso salgo del avión totalmente desorientada. Cojo las tres maletas enormes antes de salir a encontrarme con Rómulo.

Lo cual no es difícil de hacer, ya que el hombre de más de un metro ochenta llama la atención entre todos con la ropa elegante y cara que suele llevar. Pantalón oscuro y camisa blanca de lino remangada hasta la mitad de los antebrazos, con el pelo bien peinado.

Los zapatos se acomodan mejor en mis pies cuando camino y Rómulo sonríe en cuanto me ve. Él viene hacia mí, ya que no puedo adelantarme arrastrando tres maletas. Entonces nos abrazamos y me pongo de puntillas para besarlo.

—¡Qué castigo estar lejos de ti!

—Casi me muero de ansiedad —digo riendo y él me suelta, pero me toma de la mano—. Dime que esto es como imaginamos.

—Sí, hablan español.

Río.

—Hablo de los problemas de los que estamos huyendo.

—Aquí no somos nadie, Linda —me besa la frente—. Tendremos la paz que pedimos.

—Qué bien. —Sonrío satisfecha.

"Todo este viaje va a merecer la pena."

—Vamos. Necesitas descansar.

Arrastra dos de las maletas.

—¿Más? ¡He dormido tanto! —cuento, arrastrando la otra maleta—. Por cierto, me encantó viajar en primera clase.

Él sonríe.

—Qué bueno que tuviste un buen viaje.

—Tengo curiosidad por ver nuestra casa. Dijiste que sería un lugar acogedor, solo para pasar este tiempo.

—Te va a gustar —asegura.

Entramos en su coche *modesto* y vamos hacia casa.

Ya debería haber esperado que compraría aquí otro de esos coches caros cuyos nombres nunca me aprendo.

Solo nosotros dos…

Los tres, en realidad.

Estoy feliz por eso y él deja claro en su rostro que también lo está.

Después de algunos minutos de viaje, vemos mansiones y más mansiones.

—Rómulo… —murmuro, preocupada—. No me digas que nuestra humilde casa está en medio de esas mansiones.

"¡Yo no tengo energía para limpiar un caserón de ese tamaño!"

Él solo sabe reírse de mí.

Más adelante tomamos un caminito, unos portones enormes con arabescos se abren y vemos con más nitidez una mansión enorme, muy bonita, cosa de cine.

—¿Rómulo? —Lo miro, asustada.

—Tenemos empleados si el problema es la limpieza.

—¿Por qué eres siempre tan exagerado?

—Serán días felices, Linda. Quiero darte una vida de reina y esta casa fue lo más parecido a un castillo que encontré por aquí. También encontré castillos, pero no quisieron vendérmelos.

—¿Has comprado esta mansión?

—La compré —se encoge de hombros.

—¡Pero, Rómulo!

—Nada de peros, Linda. Tenemos que tener una casa grande para que el día de nuestra boda haya sitio para todo el mundo.

—¿Nuestra boda?

"Este hombre debió de planear muchas cosas en estas semanas aquí y no me dijo nada."

Él para el coche delante de la mansión y nos bajamos.

—Has pensado en todo, ¿eh? —comento, admirada.

Él saca del bolsillo una cajita azul de terciopelo.

—¡Ay, no! Ni se te ocurra hacerme llorar otra vez. Me pongo la mano delante de la cara, pero luego la uso para secarme los ojos.

—Linda —dice, con una rodilla en el suelo, sosteniendo la cajita con el anillo más bonito que he visto—. Sé que no tuvimos un buen comienzo, pero las cosas cambiaron y solo tú y yo sabemos por lo que pasamos. Me volviste loco con ese tonito burlón, pero también me hiciste renacer, me hiciste ser un hombre de verdad, me diste un corazón. Eres la mujer que me gustaría tener a mi lado para ser feliz el resto de la vida. ¿Aceptas casarte conmigo?

El anillo es de oro y brillantes, con un grosor perfecto.

"Bajo la mirada.

¡Me pilló de lleno!"

—Sigue siendo un golpe bajo hacer este tipo de sorpresa a una embarazada —me seco las lágrimas—. ¿Y se lo preguntas a alguien que viajó a otro continente por ti? ¡Claro que quiero!

Él sonríe y me pone el anillo en el dedo; enseguida me abraza y me besa.

—¡Joder, cómo te amo! —gruñe, apretándome entre sus brazos.

Mi mente enloquece con sus manos grandes sobre mí.

—Yo también te amo. —Le beso el cuello y luego la boca.



CAPÍTULO 92

Rómulo Guimarães

Ocho meses después…

Todos forman un círculo para mirar, curiosos.

—Tan grande… —comenta Gustavo, admirado.

—Listo. Ya se ha dado cuenta de que soy guapo. —Rodrigo no pierde la broma.

—Los ojos son del padre —murmura mi padre.

—Por supuesto. ¡Es igualito a Rómulo cuando era bebé! —Mi madre está fascinada.

Sigo apoyado en la puerta y Linda se coloca a mi lado.

—No deberíais estar tan admirados de él. Deberíais estar admirados de mí, ¡que he sacado cuatro kilos por mi vagina!

"Solo de pensarlo se me pone la piel de gallina."

—¿Yo era así de cabezón, madre? —pregunto.

—Claro, hasta hoy. Nos mira—. ¡Linda, qué bebé tan precioso!

—El ADN de tu familia —responde Linda.

—Qué va. ¡Tú eres demasiado guapa! —Mi madre no escatima elogios y no le falta razón—. ¿Puedo coger a mi nietecito?

—Todo suyo —dice Linda.

—Rom llora toda la noche —digo.

—¿Rom? —Mi padre se extraña.

—Sí. De Rómulo, hijo —dice Linda.

—¡Dios mío! —Rodrigo rompe a carcajadas—. Sabía que tu ego era grande, ¿pero tanto como para ponerle tu nombre al crío?

No me molesta.

—No me pareció mala idea y fue Linda quien lo eligió —respondo.

—Me parece un nombre bonito, fuerte, con personalidad —defiende Linda.

—Igual que yo —remato.

—Ajá. Lo dice el tipo que va por ahí en la mayor cursilería con la novia. "Ay, mi amor", "no vivo sin ti", "Linda, te quiero tanto". —se burla Rodrigo.

—Pero cuando se trata de nosotros, solo gritos, amenazas… Nunca cambia —añade Gustavo.

Siento alivio al saber que él sigue siendo mi amigo después de todo.

—¡Deja a tu hermano, Rodrigo! —Nos reprende nuestra madre con mi hijo en brazos—. Está enamorado.

—¿Quién será el padrino del *Rómulito*? —pregunta Gustavo, pasando por la puerta.

—Si lo preguntas una vez más, no serás tú.

Linda Fonseca

Nuestro bebé ya ha nacido y seguimos en España. Hace un mes que el pequeño genio vino al mundo y no sabemos hacer otra cosa que babear por esta criatura.

Es un amor inexplicable, demasiado fuerte.

Sería capaz de todo por él y sé que Rómulo también.

Decidimos casarnos ahora, porque así nuestros parientes y amigos pueden ver al *Rómulito* ya nacido.

Por desgracia, mis vecinas no están aquí para ver mi boda, pero cuando volvamos les enseñaré el álbum.

Será una ceremonia sencilla, solo la familia y los amigos más cercanos.

Llevo a mi padre sobre el pecho, en el relicario, y, después de meses viviendo con Rómulo, sigo segura de que es con él con quien quiero casarme.

Han pasado ocho meses, Gustavo y Rodrigo siguen hablando de soltería y, por lo visto, Rodrigo y Laisa no se aguantan en el mismo ambiente.

Debe de ser el peso de trabajar juntos.

Desde que llegaron, están picándose el uno con el otro.

En cambio, Rómulo y su padre están muy bien.

Es curioso que lo que los llevó a pelear fueran los negocios y ahora lo que los une sean, de nuevo, los negocios.

No saben hablar de otra cosa.

Nuestra boda es mañana y los preparativos están a tope. Todo sencillo, pero elegante, como soñamos.

Confieso que estoy nerviosa.

Sandra, el bebé y yo estamos en la habitación, y mi hijo está enfadado porque ya tiene hambre, así que me siento en el sillón para amamantar.

—Creo que soy la abuela más babosa del mundo —dice, aún fascinada con el pequeño—. Cómo me habría gustado que en todo este periodo hubierais estado cerca de nosotros.

—A mí también. ¿Cómo van las cosas por allí?

—Van bien. En breve podréis volver y vais a tener que casaros otra vez —avisa, como si fuera una exigencia.

—Lo haremos. —Sonrío—. ¿Y la empresa? Yo no hablo mucho con Rómulo de eso.

—La empresa está bien. Robert está muy implicado en ella y no ha tenido grandes pérdidas por lo que sé.

—¡Qué bueno! —Me siento aliviada.

—Estoy muy feliz con vuestra boda, Linda. Solo tengo que agradecerte lo que has hecho en la vida de mi hijo.

—Creo que no fui solo yo. Me di cuenta de que cambió bastante después de hacer las paces con su padre.

—Sí. Yo también lo noté.

—Pero, como se quejan los chicos, en el trabajo sigue siendo autoritario y bruto.

—Ese es su modo de trabajar y no podemos hacer nada al respecto.

—Pues sí.

Reímos.

Aunque sea una ceremonia íntima, no dejé de lado las cosas que hacen una hermosa boda de ensueño. Mi vestido tiene el cuerpo y las mangas de encaje, escote en forma de corazón y una falda grande con capas de tul que reciben el encaje hasta la cadera como una cascada. Un equipo del salón de belleza vino a arreglarnos y empezamos temprano.

El ramo elegido fue de rosas rojas naturales y está precioso.

Toda la estructura se montó en el jardín, aprovechando el día soleado. Se instaló un altar con decoraciones de tul y arcos de flores, alfombras, ramos por el lugar y las sillas de madera para que los invitados se sentaran.

Invitamos a un cura brasileño para celebrar la ceremonia, además de músicos y fotógrafos.

A las nueve de la mañana empieza la ceremonia.

No pude ver la entrada de los invitados, que eran simplemente los padres y los padrinos, pero oí a Gustavo y Rodrigo decir que iban a llevar carteles con "se buscan damas de honor". En cuanto a Laisa, es mi madrina y lleva un vestido azul en un tono pastel, con mucho brillo y escote en V.

Está guapísima y tengo mucho que agradecerle que haya venido.

Faltaron mi padre y mi madre, pero sé que, donde estén, deben de estar felices por mi momento.

Llega mi turno y el sonido del violín vuelve este momento aún más emocionante. Veo a Rómulo con nuestro hijo en brazos, esperándome junto al cura.

No fue algo planeado; probablemente el pequeño estaría irritado en los brazos de la abuela y él lo calmó, pero me hizo llorar ver allí a los dos hombres de mi vida.

Yo no tenía una familia propiamente dicha y acabo de construir la mía.

Si alguna vez me sentí sola, eso no volverá a suceder.

Jamás imaginé que el día en que salí de casa, furiosa con la negligencia de una empresa, para plantarle cara a su dueño, tiempo después estaría casándome con ese mismo hombre y tendríamos un niño precioso.

Aquel hombre sin corazón que me plantó cara con frialdad ahora es una de las personas que más amo en la vida.

Nos sonreímos.

Rómulo Guimarães

Nunca, ni en un millón de años, habría imaginado que hoy estaría casándome con una persona tan diferente a mí —solo tan terca y de carácter fuerte como yo— que se cruzó en mi camino.

A diferencia de cualquier mujer que conocí, Linda llegó quitándome la paz, rompiendo todas mis reglas y enfrentándome. No me tenía miedo, me puso de rodillas y me hizo arrepentirme amargamente de algo que hice.

La traje a mi vida, encontré todos los motivos para que no se fuera mientras lo desordenaba todo, me desordenó por completo y me hizo cuestionar cosas en las que nunca me había parado a pensar. Me venció, me hizo enamorarme, sentir lo que nunca había sentido, replantearme actitudes, ser otra persona; me hizo ser un hombre enamorado, un padre y ahora un marido.

La mujer que llamó a mi puerta diciendo que no se iría de allí sin que tuviéramos una conversación ahora viene hacia mí para casarse conmigo.

¡Todo está perfecto!

La boda, nuestra vida.

Entrego a nuestro bebé, que duerme tranquilamente, para que mi madre lo coloque en el carrito, y recibo a Linda con un beso en la frente.

Empieza la ceremonia y yo, que nunca fui muy religioso, reconozco que todo lo que dice el cura tiene sentido y tengo la certeza de lo que estoy haciendo aquí.

—Sí, acepto —dice ella, sonriéndome.

—Y usted, Rómulo Guimarães, ¿acepta a Linda Fonseca como su legítima esposa, para amarla y respetarla hasta el resto de sus vidas?

—Sí, acepto. —Le sonrío.

Tomamos las alianzas del carrito del bebé y hacemos el intercambio repitiendo las palabras del cura. Beso su mano y ella abre una gran sonrisa.

—Si hay alguien aquí en contra de este matrimonio, que hable ahora o calle para siempre.

—No hay, puede proseguir, padre —avisa Rodrigo, y sonreímos aliviados.

Hasta el cura se ríe.

—Entonces, por el poder que me ha sido conferido, os declaro marido y mujer. Puede besar a la novia.

Me acerco a mi esposa, abrazando su cintura fina —que está impecable con este vestido de novia—, y beso su boca.

—Te amo.

—Yo también te amo, Linda. Te amo muchísimo. —Vuelvo a besar sus labios.

—Dios mío… Qué falta de respeto, ¿eh, señor cura? —Gustavo nos pone en evidencia.

Salimos de la mano por la alfombra mientras los fotógrafos sacan fotos.

Este es otro de los días más felices que esta mujer me ha proporcionado en la vida, y sé que será así hasta el fin de nuestros días.

Nuestro amor nació del dolor, pero es más fuerte que todo.



EPÍLOGO

Rómulo Guimarães

Un año después…

Entramos en nuestra casa y Linda deja que nuestro pequeño Rómulo corra por el salón. Todo está muy tranquilo a nuestro alrededor, ya que ya no somos noticia.

Mi madre dijo que cuando nos casamos tampoco hubo un gran alboroto por aquí y creo que, cuando sepan que hemos vuelto, no nos acosarán como antes.

Volvimos en el momento justo.

—¡Han llegado! —Sérgio aparece sonriente, al igual que los demás empleados.

—Sí, y hemos traído a un nuevo miembro de la casa.

—¡Rómulo! Eso no es para jugar. —Linda se apresura y le quita un adorno de la mano—. Sérgio, a este de aquí le encanta romper cosas, así que dejadlo todo fuera de su alcance.

—¿A quién habrá salido, eh, Sérgio? —bromeo y Linda me mira.

—Ni voy a escuchar. —Me da la espalda y se pone a hablar con las empleadas como si fueran amigas de toda la vida.

—¿Dejaron preparada la ropa que pedí? —pregunto.

—Sí, señor Rómulo —responde Sérgio.

—Estupendo. Voy a prepararme para ir a la empresa. —Subo la escalera deprisa.

Estoy ansioso por retomar lo que abandoné hace dos años. Aunque como persona ya no me admiren, y lo entiendo, lo reconozco, lo respeto, porque sé que ya no soy aquel hombre repugnante, como profesional no hay nadie mejor que yo para dirigir mi empresa.

Tardo un rato en el dormitorio hasta salir impecable con mi traje italiano y el Rolex favorito en la muñeca. Linda está poniendo orden en la casa y me despido de ella con un beso en la boca.

Han pasado años y sigo ardiendo por esta mujer.

—Dile a Laisa que quiero verla y a Gustavo que, en cuanto el pequeño Rómulo entre en la escuela, quiero mi empleo de vuelta —dice Linda.

—¿Quieres volver a trabajar con Gustavo? —Me extraña la idea.

—Sí. ¡Es muy divertido!

—No lo necesitas —le recuerdo.

—Pero quiero. —Se encoge de hombros.

—Vale. —Cojo al pequeño en brazos y le beso la cara—. Dentro de unos días te vas con papá a la empresa y vas a ver cómo funciona todo. Con trajecito.

—¡Ni pensarlo! —La madre se opone de inmediato—. ¿No te ha enseñado nada la vida?

—Sí. He aprendido, pero voy a llevar a mi hijo para que vea cómo trabaja su padre.

—Ya me da pena el personal. —Me quita al niño de los brazos.

"No me da pena."

—¿Vas a salir hoy?

—Voy a ver a mis vecinas.

—Vale. Hasta luego. —Salgo de casa y me voy con mi chófer.

Aun después de tantos años fuera, al poner los pies en la acera del edificio de la empresa siento que es como si fuera un día cualquiera, pero la sensación de satisfacción por volver es inmensa.

La gente me saluda sin ningún trato diferente y entro en el ascensor. Subo directamente al noveno piso y, en cuanto se abre el ascensor, veo a Laisa, que me espera en la recepción.

Solo ella sabía que estaba volviendo.

Ella se había apartado de la empresa y volvió a mi llamada.

—Buenos días, señor Rómulo. ¿Cómo fue el viaje?

—Estupendo. Qué bueno que has vuelto.

—Solo porque usted lo pidió. —Se sienta detrás de su mesa y voy directo a mi despacho, donde encuentro a Rodrigo muy acomodado en mi silla.

—¿Rómulo?

—¡No, mi clon! ¡Sal de ahí! ¡Fuera!

Él se levanta y yo me siento.

Por fin, estoy en mi lugar legítimo y siento el poder volviendo a mí.

—¿Has vuelto para ser el director?

—Pues claro, Rodrigo. Vuelve a tu puesto y desaparece de mi vista. Tengo mucho trabajo que hacer.

—Caray… Ni avisaste antes.

—No necesito avisar, soy el dueño. —Abro mi sesión en el ordenador.

—¡Qué miedo! —Sale asustado.

—¡LAISA!

Oigo el sonido de sus tacones golpeando el suelo hasta que abre la puerta.

—¿Necesita algo?

—Avise a todos de que he vuelto y tráigame un café.

—Sí, señor Rómulo.

FIN.

Deja tu reseña

Querido lector, ¡me alegra que hayas llegado hasta aquí!

Esta historia no habría llegado hasta aquí si no fuera por la paciencia y la resiliencia que Dios me dio, además del ánimo de mis maravillosas lectoras que me acompañan en todas las plataformas.

Imagino que, si has llegado a este punto, es porque de algún modo la historia te ha gustado.

Tu opinión es muy importante; por eso, espero tu valoración y comentarios en Amazon.

¡Gracias por la atención y el cariño!

Nos vemos en la próxima aventura.